

THE TRINITY
No. 1



ELLA ES
LA JEEA
J.L. LORA

ELLA ES LA JEFA

J L LORA



ELLAES LAJEFA

Copyright © 2019 by Janny L. Lora.

Todos los derechos reservados. Impreso en los Estados Unidos de América. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida de ninguna manera sin permiso por escrito, excepto en el caso de citas breves incorporadas en artículos críticos o reseñas.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o locales es totalmente casual.

Para mas información, contacte a J.L. Lora:

P. O. Box 47022

Windsor Mill, MD 21244

[**http://www.JLLora.com**](http://www.JLLora.com)

Diseño de Portada por Deranged Doctor Designs

Traducido por Cymbeline Nuñez

Corregido por: Pamela De Castro Phipps & J. L. Lora

ISBN: 978-1-950453-06-1

ISBN: 978-1-950453-09-2 (Trade Paperback)

✿ Creado con Vellum



ELLA ES
LA JEFA

J.L. LORA

A las mujeres de mi familia, especialmente a mi abuela de 108 años, Fefa, por ser un ejemplo de la verdadera belleza, la fuerza y el valor. No importa los clavos que les tire la vida, siempre terminan martillándolos.

CAPÍTULO UNO

La agradable noche de Miami, con sus cielos despejados a 1.104.09 millas de casa, debería haber calmado su alma.

No puede.

El oloroso perfume de la flor Dama de Noche, tan distinto al de desinfectante de yodoformo, le debería haber permitido estar más relajada.

No lo consigue.

La buena onda en el club elegante prometía emoción, risas, olvido.

No... por lo menos para tí.

—Estoy lista para un trago —gritó Carissa para que la escuchasen sus amigas por encima del ruido de la música antes de dejar la pista de baile. No podía soportar un minuto más de empujones de borrachos. No podía pasar otro segundo más entre tipos con el aliento oliendo a ron, sin darles un puñetazo en sus caras estúpidas y sonrientes. No podía pasar otro instante más soportando el dolor que le roía el estómago, rasgándole los nervios.

Su amiga Mel la alcanzó en la barra. —¿Estás bien? Sé que es duro salir y todo eso, ahora que has perdido a tu madre.

Carissa asintió con la cabeza y pidió tragos. —Pago yo. —No esperó a que Mel le contestase. —Sólo quiero respirar algo más fresco que Bacardi con menta.

Mel puso su mano encima de la de Carissa. —Nos podemos ir todas si quieres.

El mesero colocó los tragos delante de las dos.

Sí, salgamos de aquí, pensó, imaginándose ya su pijama y la lujosa cama del hotel. En vez de eso, Carissa dijo, “No. Podemos quedarnos. Yo descanso un poco y luego nos vamos a la pista de baile. Apura tu trago.

Mel alzó un dedo. —Esta escapada de fin de semana es para ti. Si volvemos a la habitación, puede que Gia se disguste un rato pero ella entiende. No estará disgustada mucho rato.

—¿Eso crees? Fíjate en ella en la pista de baile -ondeando el cabello, esa sonrisa de -venpor-mí- está conquistando a todo vapor. Y, ¿ese tipo no es el del otro club?

Mel miró hacia Gia. —Sí, ese es el. Ese sitio estaba bien, pero éste es más sexy. Por fin Braeden recomendó algo con categoría y no un cuchitril.

Carissa se bebió su trago de whiskey haciendo una mueca mientras la lava líquida se abría paso por su garganta. Desplazó los pies un poco con la esperanza de aliviar sus dedos. Le había mentado a Mel. De ninguna manera volvería a esa pista de baile. Mirar a la gente a su alrededor le parecía algo mucho mejor, seguro y tranquilo. Alzó dos dedos para pedir otra ronda.

Mel la miró, tenía la frente arrugada de preocupación. —Sabes, mi madre murió hace siete años. Todavía la echo de menos todos los días. —El leve temblor en sus labios, casi imperceptible, mostraba un dolor que nunca se disipaba.

Su voz, suave y tan poco típica de ella, desgarraba las hebras sueltas del corazón de Carissa. Ella intentó no recordar imágenes del hospital —el olor a antiséptico, el sonido del ventilador- y sacudió la cabeza.

—Todos sabíamos lo de Mamá... Era inevitable. Brae se portó bastante bien durante ese tiempo. Estuvo a mi lado como un escudo.

—Me cuesta trabajo reconocerlo, pero el tarado de tu ex-novio resultó ser un buen amigo. Me alegra saber que ha estado allí para protegerte del Patrono de los Imbéciles. —El ardor se opacó en los ojos de Mel. —Pero, a Calum... Ese hijo de puta merece que lo maten. ¿Qué clase de hijo

del diablo trata de seducir a una chica en el funeral de su madre?

El efecto del whiskey recorrió la piel de Carissa, entumeciendo su cuerpo poco a poco. *Dios, qué bien me siento ahora.* —Sí, tiene que morir. Pero ¿quién lo va a hacer, Mel? ¿Nosotras? ¿Vamos a ser un equipo otra vez? ¿Es esto otra aventura para *Las Chicas Superpoderosas*? ¿Todavía tienes tu disfraz?

Se rieron tanto que casi se borró la tristeza. No resultó, de modo que tomaron otro trago. *Eso debe funcionar.*

—Calum no deja de llamar. Por eso Braeden ha insistido en que yo me aleje unos días.

Mel apoyó los codos en la barra y descansó la barbilla en las manos. —Dile a Braeden que ya no le odio un 1.000 por ciento.

Tenía que ser el alcohol. Carissa miró hacia el cielo y luego a su alrededor en la sala al aire libre. —Se ha congelado el infierno.

Mel le dió un empujoncito. —Vamos a bailar.

—De ninguna manera. Si alguien me da otro pisotón, habrá sangre. Mucha sangre.

—Señorita, se le ha invitado a una mesa VIP.

Carissa se giró para encontrarse con un hombre alto, de pelo oscuro, cuyos músculos eran impresionantes y hasta daban un poco de miedo. Vestido con una camiseta negra una talla menos de la normal, y pantalones negros ceñidos, el hombre tenía toda la pinta de ser un guardia de seguridad.

—No me interesa. —Carissa se volvió hacia Mel, cuyos ojos tenían una expresión de —estás-totalmente-loca.

El vigilante de seguridad le dio un golpecito en el hombro de Carissa. —Es la mesa de Noah. Dice que estarías más cómoda allí, ya que te estás tomando un descanso.

El vigilante señaló la zona acordonada donde un hombre sentado miraba la pista de baile. Ella no podía ver su rostro. Sólo su cabello espeso y ondulado. —¿Quién es Noah?

El vigilante ladeó la cabeza hacia la pista de baile. —El hombre que está bailando con tu amiga. El que está sentado a la mesa, es su hermano.

Mel se inclinó hacia ella. Su sonrisa era dulce como un helado derritiéndose en el verano, pero su voz era afilada como una catana. —¿Estás rechazando una invitación VIP? ¿A quién se le ocurre? Te doy dos opciones. Vuelve a la pista de baile conmigo o vete a mirar ese pedazo de hombre allí.

Carissa podía quedarse en pie al lado de la barra hasta que las chicas terminasen de bailar, esquivando borrachos con el aliento caliente y nula autocontrol o esperar sentada. Miró a Mel iracunda y se volvió hacia el vigilante. —Bien. Llévame a él.

Ella siguió al vigilante rodeando la pista de baile hasta llegar la zona donde había un grupo de chaise lounge blancos bajo palios. Cada uno estaba enmarcado con cortinas —algunas cerradas— lo cual ofrecía un ambiente íntimo para sus ocupantes. Todo era muy subido de tono. El vigilante alzó el cordón y ella se abrió camino hasta el palio que cubría al hombre que estaba solo.

Sus altos tacones, de intenso color rojo no estaban diseñados para la larga caminata hasta Club Retreat o periodos largos de baile, así que sus pies estaban luchando denodadamente. Ella se sentó en el chaise lounge, con un leve suspiro escapándose de sus labios. Se podría haber enamorado de ese asiento.

El hermano de Noah ni siquiera se molestó en mirarla. Carissa no se molestó en presentarse.

En vez de eso, buscó a Mel de entre la muchedumbre. Con sus rizos negros cayéndole por los hombros y su vestido verde esmeralda, era fácil de encontrar. Carissa la vio riendo al lado de un tipo alto con pantalones tan ceñidos que mostraban todos sus atributos. En el otro lado de la

iluminada piscina, Gia se balanceaba contra Noah en movimientos lentos y coordinados.

—Se ve que a mi hermano le gusta mucho tu amiga.

La mano de Carissa se fue hacia su pecho. Inmersa en sus propios pensamientos, él la había pillado desprevenida. A la luz de la luna, sus rasgos llamaban la atención. Sus ojos eran no de un color, sino del tono exacto en que confluyen el verde y el azul.

—No está solo —dijo ella por fin. ¿Era esa realmente su voz?

—¿Cómo te llamas?

Su voz, de un barítono algo ronco, le acariciaba los oídos y la mirada de Carissa se quedó un momento en su boca hecha para besar. Intentó recordar el nombre que se había inventado antes de dejar el hotel. Su memoria estaba en blanco, había usado el nombre de la chica de la película que habían estado viendo más temprano.

—Elvira.

Los ojos de él se achinaron, sus labios disolviéndose en una sonrisita picarona de no-me-lo-creo. —Entonces, ¿Eso significa que yo me llamo... Tony?

El ardor subió por su cuello y su rostro. Él había detectado su mentira inmediatamente. —Lo siento, es de la película que estaba viendo antes de salir de la habitación.

Él rió. —Yo también la estaba viendo. Es una de mis favoritas.

Ella entornó los ojos, desplazando su cabello por encima del hombro. —¿A que Scarface es la película favorita de todos?

—¿Estás diciendo que no soy alguien especial? —El elevó una ceja y se acercó a ella en el amplio sofá.

El olor del océano, con tonalidades de cítrico hostigó su nariz. Los tonos de satín causaron un alboroto en su pecho. Ella no iba a coquetear con él. No era capaz. —Eso no es lo que yo quería decir...

Él imitó el movimiento de cabeza de ella. —¿No?

Carissa rió. —A casi todo el mundo le gusta ese malo de la película.

—Él era un personaje complicado.

Ella cruzó una pierna por encima de la otra, agarrándose a la rodilla con las dos manos. —Él era un criminal, un traficante de drogas, que lastimaba a la gente.

El hermano de Noah se apoyó con la mano en el asiento, a pocos centímetros de ella. —Cierto, pero también era un personaje con el que te podías identificar.

Esto estaba bien. —¿De qué manera? —preguntó ella.

—Fíjate en su relación con Elvira, por ejemplo. —Él bajó la cabeza hacia ella como si fuese a confiarle algo. —Sólo un vistazo y sabía que sería suya.

Un hilo tensó su pecho. Ella se aclaró la garganta. —Era la novia de su jefe. No muy ético, me parece a mí.

—¿Ético? Tú has dicho que era un traficante de drogas. ¿No eres de Miami, verdad?

La cuerda se tensó más. *Tranquila. No pasa nada por un poco de conversación banal.* “No, yo soy de Eden Rose, un pueblo pequeño de Maryland.

Un leve fruncido apareció durante un instante en su frente. —¿Estás de vacaciones de la universidad?

—No. Ya no estoy estudiando. Estoy aquí de mini vacaciones. ¿Y tú?

—Yo estoy aquí de negocios. ¿A qué te dedicas?

Carissa sacudió la cabeza. —Todavía a nada. Acabo de graduarme y estoy buscando trabajo.

—¿Qué tema? —preguntó él.

—Recursos humanos y negocios.

—Estoy impresionado. —Su voz se hizo más profunda. —¿Qué quieres hacer?

Él acercó ligeramente su mano más cerca de la de ella, distrayéndola. —Yo... yo quiero encontrar becas para gente para que puedan ganar dinero haciendo lo que aman —usando lo que saben y lo que hacen bien.

—Eso es un sueño muy grande para un primer empleo fuera de la Universidad. —Él le brindó una sonrisita pequeña y paternalista, como si ella fuese una concursante de belleza deseando la paz mundial.

—Si no vas a tener un gran sueño, ¿para qué soñar en primer lugar?

Quería llevarse las manos a la boca en cuanto se le escaparon las palabras. Sus entrañas se revolvían como la primera vez que tropezó en un baile en la escuela. La mirada de Carissa bajó al suelo. Qué ingenua debió parecerle.

Cuando alzó la vista para encontrarse con la mirada de él, no había nada de bromas en su rostro. No, él la miraba como si hubiera hecho zoom y la había magnificado. Estiró una mano hacia su barbilla, sus dedos largos descansando en la mandíbula de ella.

—Me encantan tus ojos. —Su voz se convirtió en un susurro ronco, su pulgar deslizándose por el labio inferior de ella.

El pulso de Carissa se aceleró en su pecho y le robó el aliento, el tacto de él dejaba una bola de necesidad al pasar. Había pasado bastante tiempo desde la última vez que se acostó con alguien, pero disfrutar del cuerpo de este hombre no era una opción. No cuando recién había enterrado a su madre. No cuando tenía un Michael Corleone de mentira en casa intentando meterse en las bragas de ella. No cuando tenía las ideas tan liadas, que no podía fiarse de su propio juicio.

Ella de todas formas se dejó llevar un poco por él.

—Sólo son corrientes.

—No, yo no creo que nada de ti sea sólo corriente. —Su voz era sedosa. —No beso personajes de ficción. Dime cómo te llamas.

Ella no podía dejarle besarla. Se dijo a sí misma que se pusiera en pie y se marchase, pero no podía dejar de mirar los labios rebosantes de él. Se preguntaba cómo se sentirían presionados contra los de ella.

—Carissa —escuchó a alguien decir, sin reconocer su propia voz.

Una sonrisa brotó en los labios de él, llegando hasta sus ojos. —Carissa —su voz se adueñó de su nombre de una manera lenta y ociosa. —Yo soy Alec.

—Alec —repitió ella, ahogándose en sus ojos. La boca de él descendió hacia la de ella y sus labios se abrieron, las protestas deteniéndose en su garganta.

Él capturó su boca sin dudar. Ella saboreó el whiskey y otra cosa más que hizo que sus rodillas se debilitasen. Una mano se deslizó por su mandíbula llegando hasta la parte trasera de su cuello. El calor quemaba su piel en todos los sitios que él la tocó. Su lengua se encontró con la de ella, haciendo que la sangre fluyese en sus venas. Carissa gimió en voz baja y respondió a su vez.

Alec acarició la columna de su garganta y su otra mano subía y bajaba por su brazo. Se separaron, los dos sin aliento. Ella no podía pensar una sola idea.

Él besó su mandíbula, creando un rastro húmedo hasta su cuello. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás. La boca de él era como el rastro de alcohol que tenía: intoxicante, adormeciendo el pensamiento. A ella no le importaba nada que les pudiesen ver, pero la oscuridad que le rodeaba mientras que el hombre de la sala cerraba las cortinas, le daba libertad de ser más atrevida y descarada.

¿Qué diantres estaba haciendo?

Ella se sentó recta y le separó las manos de su rostro y las tomó. —No, no podemos hacer

esto.

Él detuvo las protestas de ella con otro beso breve, pero lleno de promesa. —Vayamos a mi habitación.

Sintió una onda de deseo en el vientre. La intención de él era llevarla a su cama y cumplir las promesas hechas con sus besos. Parte de ella quería irse con él, darse el gusto de una noche, y disfrutar de sus manos grandes y fuertes deslizándose por su piel. Ella se moría por conocer los placeres pecaminosos que su boca podría brindarle a su pecho, sus muslos, entre las piernas. Pero no podía.

Ella tenía que alejarse de él. Su mirada se fue hacia la pista de baile, buscando a Mel; su amiga que podría sacarle de este lío. Desgraciadamente, Mel había encontrado un tipo nuevo con quién charlar y estaba coqueteando con él intensamente. Gia, arropada por los brazos de Noah no le iba a poder ayudar tampoco. Carissa iba a tener que salirse de este lío por su propia cuenta.

Él se puso en pie, tendiéndole una mano. Ella se levantó sin tomar la mano y se reajustó el vestido que se le había subido mucho por los muslos.

—Dejaré un mensaje para tus amigas diciéndoles que te reunirás con ellas mañana. —Su mano se cerró entorno al codo de ella. Empezó a caminar, sin prestar atención a que ella había dicho “no.

Ella sintió el ardor del calor en su piel como un gas inflamable y se quedó anclada en el mismo sitio. Él pensó que iba a tener suerte con ella. Sí, ella había ligado con él después de intercambiar unas pocas palabras, pero esta clase de cosa sólo pasaba cuando ella quería. Ella se sacudió la mano de él en su codo y le señaló con un dedo.

—Escucha, amigo. No sé quién te crees que eres, pero déjame aclararte una cosa. Yo no voy a salir de este club contigo. —Ella le hincó el dedo en el pecho. —Y está claro que no iré a tu sórdida habitación de hotel.

—No es sórdida. Nunca me quedo en menos que habitaciones de cinco estrellas.

La luz danzando en sus ojos avivaba el fuego de ella. Carissa sacudió la cabeza. —No te enteras. No tiene nada que ver con las estrellas de tu hotel. No voy a tener sexo contigo. —Con cada palabra empujaba el dedo más hondo en el pecho de él. —Estás suponiendo cosas de mí por...

El brazo de él le rodeó la cintura y la acercó más hacia su cuerpo. —No estoy suponiendo nada sobre tí. Nos estamos conociendo. Sólo quiero ir a un sitio más...

Alec miró a alguna parte por encima del hombro de ella y el flirteo coqueteo se había ido. Carissa ni siquiera fue capaz de inhalar profundamente antes de que él la empujara hacia abajo detrás del sofá. Ella cayó de rodillas. Su corazón se quedó en shock y no podía hacer nada excepto tartamudear sin voz. —¿Qué coños estás...

Un fuerte sonido de *rat-a-tat-a-tat* la detuvo. Borlas de espuma blanca explotaron de los sofás delante de ellos. El cristal caía como lluvia de las luces que colgaban desde arriba. Un nudo se apoderó del pecho de Carissa, alojándose en su garganta.

Sin duda era una metralleta.

La gente se escabullía en todas las direcciones buscando ponerse a salvo y los cuerpos cayeron al suelo. Los gritos de las personas se mezclaban con la música discotequera creando un ritmo extraño y terrible que hizo acelerar el pulso de Carissa. —¿Me están disparando a mí o es a tí? —gritó ella por encima del ruido del arma.

Alec metió la mano en la cinturilla de su pantalón y sacó un Glock 9 mm de su funda. —Es a mí —dijo.

La manera experta que tenía de sostener el arma, la manera rápida y precisa que tenía de mirar a su alrededor —recorriendo la pista de baile de cristal, la barra y el techo- todo le hacía pensar a ella algo que no quería saber.

Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. Otro criminal.

Carissa se agachó y se quitó los tacones, enganchando las trabillas con los dedos.

Alec la miró con una mirada de día-típico-de-trabajo, con una expresión de nada fuera de lo común, bajando a ver sus zapatos durante un instante y de vuelta al rostro de ella. —Nos vamos de aquí, Elvira. Tú sólo sígueme.

Ella suspiró. —Otra vez, me llamo Carissa. Dime lo que tienes en mente.

—Cuando él termine la ronda después de esta, yo voy a disparar a la bola de la pista de baile para distraerle. Cuando te diga, sales corriendo por delante de la barra lo más rápido que puedas. Mantén la cabeza agachada. Sigue por la izquierda y corre hacia la salida que está al otro lado de la barra, donde hay menos gente. Yo iré justo detrás de tí.

Ella buscó con la mirada la puertecita que había visto antes cuando intentaba escapar del hombre con aliento a ron. Ella miró más allá de la zona del bar hacia la cabina vacía del DJ que todavía emitía música, el portátil blanco desplazado hacia un lado, que colgaba del cable. —La puerta al lado de la cabina del DJ está más cerca —dijo ella.

Alec frunció el ceño mirando la puerta cerrada que ella señalaba. —No sabemos si esa puerta está cerrada con llave. Salgamos de aquí.

—Espera. —Ella se subió el vestido y afirmó con la cabeza.

Él le miró las piernas una última vez, esperó a que cesara el tiroteo y apuntó hacia las luces colgantes. Apretó el gatillo, reventando la bola de discoteca. Millones de pedazos de cristal y chispas cayeron encima de la gente. Carissa se fue corriendo, la adrenalina surcando sus venas. Corrió ante personas que venían hacia ella, aunque la lluvia de cristal le pellizcaba la piel —salir de allí era su única meta-

Un movimiento, un brillo de metal hacia su derecha le llamó la atención. Todo a su alrededor se detenía. Se giró justo a tiempo para ver a Alec alzar su pistola y dispararle a la frente de un hombre armado. Ella siguió corriendo y volteó la mirada hacia la salida.

Por fin fuera, el silencio era atronador y su aliento se le escapaba en jadeos violentos. El aire húmedo se le pegaba a la piel sudorosa. No había nadie fuera, pero se oyeron más disparos. Ella miró a su alrededor moviendo la cabeza frenéticamente de izquierda a derecha. El sonido de pisadas se hizo más sonoro. Ella se fue hacia unos arbustos cercanos y se tiró al suelo.

Alec salió hacia afuera corriendo. El alivio surcó la columna de ella y Carissa casi le gritó.

—¡Alec! —gritó una voz diferente.

Él apuntó la pistola en la dirección del sonido. Cuatro hombres corrieron hacia él. Carissa reconoció el primero como su hermano Noah.

Alec soltó un suspiro y se volvió para mirar a su alrededor.

Su pelo puntiagudo aplanado por el sudor, Noah tenía un aspecto a años luz del alegre Romeo que las chicas habían conocido más temprano esa noche. Su mano descansaba en el brazo de Alec. —¿Estás bien?

Alec no contestó, se volvió hacia los otros hombres. —¿Cómo demonios ha pasado esto? Y más aún, ¿dónde coños estaban?

Se quedó parado cerca de uno de los hombres, punta de zapato tocando punta de zapato, hasta que el hombre dijo, “el tirador salió de la nada. Es como que estaba esperando. Lo siento, Alec.

Sacamos a Noah y las otras dos chicas del club. Se fueron a coger un taxi. Vinimos en tu búsqueda.

Alec miró al hombre que había hablado. La mano de la pistola temblaba y se inclinó hacia el hombre. —Mi hermano menor y yo casi morimos a causa de tu incompetencia. ¿Y lo sientes?

Carissa se llevó el puño a los labios. Iba a dispararles. Ella lo sabía. Los segundos fueron pasando, y ella quería cubrirse los ojos. No quería verlo.

En vez de eso, Alec se fue dando zancadas hacia un SUV cercano, diciéndole a su hermano, “manda a alguien para que busque a la chica con la que estuve esta noche. Se llama Carissa y estaba con tu chica.

La sangre surcaba su sistema circulatorio y su pulso explotó. No la había olvidado. Tenía toda la intención de encontrarla pero ella no iba a dejar que pasara eso. Estos hombres estaban organizados. Ella ya se estaba escapando de un mafioso, no tenía la más mínima intención de liarse con otro.

CAPÍTULO DOS

El trayecto al hotel se hizo en silencio. Alec daba vueltas y vueltas al reloj de oro que llevaba en la muñeca, el ruido de metralletas todavía retumbando en sus oídos. Todavía le dolía la cara con el recuerdo de los vidrios volando en aire a su alrededor, picándole la piel. Los gritos de la muchedumbre competían con el latido irregular de su corazón.

—Hemos llegado —anunció el chófer.

El carro se detuvo y la mano de Alec bajó hacia su tobillo, guardando su arma automática. No se percató de la caminata de la entrada, por el lobby hasta su suite. Se fue directamente al minibar y se sirvió un trago. Se giró y le clavó la mirada a sus hombres. —¿Ha habido más heridos esta noche?

La pregunta suscitó cabezas negándose. Alec afirmó con la cabeza. —Bien. Creo que está claro que iban a por nosotros. Hablad con la gente de Bobby y pagad los daños. ¿Qué pasó ahí fuera?

Los hombres se miraron, nadie decía nada. Él se acercó a los dos que entraron en la otra habitación con Noah y él. Permaneció muy cerca de ellos. —Estoy esperando —dijo.

—No... nos dimos cuenta de nada....

Los músculos de Alec se tensaron como si sus venas estaban intentando salir de su cuerpo. —Eso es exactamente lo que veo.

Alcanzó su arma y una mano se cerró entorno a la culata. Dio golpecitos con el arma en su palma abierta de la otra mano. La energía nerviosa en la habitación rebotaba simultáneamente con los alientos cansados de los hombres.

Los dedos de Alec trazaban un camino por el cañón del arma. —No estabais prestando atención. Y ahora me pregunto yo si eso era un mero despiste o... —Enarboló el arma entre los dos hombres, deteniéndose ante la frente de cada uno de ellos. Casi podía oler el temor en ellos. *Me alegre.* Ojalá se ahogaran en ese miedo. —Vayan a cargar los carros. Nos vamos pronto.

—Alec. —Noah se acercó en cuanto se quedaron a solas. —¿Qué estás pensando?

Alec metió su arma en su funda tobillera y se quitó su camisa ensuciada.

—Algo no me cuadra. Se suponía que teníamos todas las puertas cubiertas. Fallaron en una. Esa es la puerta por donde entraron los atacantes. Estos idiotas tenían un solo cometido... No creo en las coincidencias. Ya trataremos esto cuando lleguemos a casa. —Su voz era neutral pero decidida. Le hizo señas a los otros dos vigilantes a que les siguieran. —¿Habéis encontrado a las chicas?

Noah se dejó caer en el asiento más cercano a Alec. —No. Mandé a alguien a buscarlas. Me dio un número falso de teléfono y hotel. No hay nadie registrada como Gia o Carissa.

La visión de Alec se nubló en una niebla roja y la necesidad de romper algo rebotaba en las paredes de su cráneo. Se fue dando zancadas al baño y cerró la puerta de un portazo. Se salpicó agua en la cara, en las pequeñas heridas producidas por vidrios en el aire. Soltó aire ante el dolor y agarró fuertemente el mostrador del baño. Se obligó a respirar.

Podía verse calmando su genio entre las piernas sexy de Carissa. Entre instantes de ira, veía sus largos miembros rodeándole, y esos ojos verdes ardientes desaparecer tras sus párpados con cada larga caricia. Centró sus pensamientos en su sonrisa y los momentos alegres que habían compartido antes de que la realidad de él se desangró encima de ellos.

No estaba ella en su destino.

Se puso una Henley gris y salió de la habitación. Una hora más tarde se encontraba en su

avión privado.

Delante de él, Noah estaba inconsciente después de haberse bebido media botella de whiskey. El mal humor de su hermano no tenía nada que ver con el intento de asesinato y todo que ver con la chica que se había escapado esta noche.

Alec se habría reído, pero sabía lo que se sentía. Sus propios pensamientos seguían yéndose hacia la chica que había conocido esta noche —su sonrisa, esa falda subida por sus muslos. Había sentido la atracción desde el momento en que la vio cerca de la pista de baile, bebiendo tragos con su amiga. Él había tenido la intención de encantarle y meterla en su cama y luego despedirse de ella con un generoso regalo.

Excepto que ella demostró ser más interesante de lo que él había pensado. Carissa, la chica que quería cambiar el mundo, también sabía lo que hacer cuando alguien le disparaba en un club. Él no podía olvidar eso. Tampoco podía olvidar que ella era de Eden Rose. ¿Cuáles eran las probabilidades de eso? Eso estaba claro que no era una coincidencia.

Se sentía atraído por ella. Tendría que estar muerto para no sentir atracción por sus piernas y sus brazos, su personalidad como fuego y su risa que era como música. Alec se preguntaba si la habría invitado a un fin de semana en las islas. Ahora eso tendría que esperar.

Alguien había intentado asesinarle a él y a su hermano menor. Podría perdonarlo todo, pero no un intento de asesinato a Noah. Sus hermanos lo eran todo para él. Quienquiera que se había atrevido a intentar esto tendría que morir. Sólo era cuestión de tiempo.

Agarró la botella que Noah había abandonado y bebió un trago. A él no se le negaba nada, ni venganza... ni siquiera el sexo que deseaba con una chica que conoció sólo unos minutos. Miró por la ventanilla para ver el sol amaneciendo.

La encontraría.

—Mierda. Oh no, no no. —Gia se agarró la cabeza con ambas manos.

El temor chocó con la preocupación. *¿Y ahora qué?* Carissa no podría soportar ni una cosa más esta noche. —¿Qué pasa?

—Se me olvidó la plancha del pelo en el baño del hotel. —Dijo Gia con una voz sombría.

El cuerpo de Carissa se desinfló. Se habría reído si sus nervios no estuvieran a flor de piel y si no estuviera metiendo cosas en su maleta allí en medio del aeropuerto. Un pie vendado en gasa donde había retirado un pedazo de cristal que había pisado. Ni siquiera se había fijado en el dolor hasta que...

—¿Estás de broma? La voz de Mel subió a la vez que su mano gesticulaba. —Casi nos morimos esta noche. Estamos huyendo de unos matones y ¿a ti te preocupa una plancha del pelo?

—No es sólo una plancha del pelo, *Amelia*. Esa mierda me costó unos doscientos cincuenta dólares. —El uso cortante del nombre completo de su amiga era indicativo de una tormenta que se aproximaba. Carissa se preparó para intervenir, pero el temperamento de Mel no era más que un gatillo rápido.

—Bueno, *Gianna*, por lo menos estás viva para poder trabajar y comprarte una nueva. —Mel casi gruñó, enseñando los dientes.

Gianna, no Gia. *Allá vamos.*

Sin embargo, Carissa no podía negar que había algo consolador y reconfortante en las dos de ellas discutiendo. Era normal. —No tenemos tiempo para esto. Tenemos que terminar de guardar las cosas de las bolsas de compra en las maletas. ¿Por qué demonios me dejasteis comprar todas

estas cosas? —Con las manos aun temblando, rebuscó en su bolso su licencia de conducir pero no lo podía encontrar en ningún compartimento. —No puedo encontrar mi identificación.

Ella volcó su bolso boca abajo echando todo el contenido al suelo del aeropuerto. Su billetera y su licencia de conducir faltaban. La garganta de Carissa se hinchó. ¿Los había perdido?

—Están aquí —dijo Mel, metiendo una mano en la maleta de Carissa. —Los metiste aquí. Tenemos que serenarnos, chicas.

—Casi nos morimos esta noche. —Gia presionó las palmas de las manos entre los muslos y soltó aire lentamente.

Recuerdos de la noche inundaron a Carissa. Esta noche se había sentido más ella que desde hace mucho tiempo. Después de conocer a Alec, se había emborrachado un poquito y se había relajado. Había coqueteado a gusto y el mejor beso desde... ¿Siempre? Solo para acabar la noche corriendo por su vida y escondiéndose entre arbustos. Porque se había liado con un criminal. *Otra vez*. Después de que se fuese Alec, ella había cogido un taxi al hotel. Las chicas habían esperado con sus maletas en el lobby.

Después de ser acompañadas al hotel por Noah y sus hombres, Gia y Mel se enteraron de quienes eran realmente. Alec, el de los besos, era Alec McLean, el cabecilla de la familia del crimen McLean. La clase de hombre que Carissa tendría que evitar a toda costa. Ella, Mel y Gia se encaminaron al aeropuerto inmediatamente.

—Sí que soy buena eligiendo chicos. —Carissa se frotó el antebrazo, el dedo deteniéndose en un sitio donde un vidrio le había hecho una herida. —¿Por qué me encuentro con estos hombres? Primero Calum y ahora este...

—Por eso no se le pregunta a Braeden recomendaciones de clubes. Lo único que conoce son cuchitriles de mala muerte —dijo Mel, cerrando la cremallera de la maleta de Carissa.

—Todas teníamos que haber sido más consecuentes, pero Noah estaba tan bueno... —Gia se mordió el labio inferior.

—¿No le diste tu nombre verdadero o teléfono, verdad? —preguntó Mel volviéndose de Gia hacia Carissa.

Carissa sacudió la cabeza. —Sólo mi nombre.

Gia alzó el celular que tenía en la mano. —Le di el número desechable.

La mano temblona de Mel peinó sus rizos oscuros. —Eso está bien. No pueden hacer nada con eso. Carissa, ¿vienes a Nueva York la semana que viene, cierto? Después de todo lo que ha pasado...

—Sí, vendré. Pero tengo que hablar con Braeden primero. Nuestros dos nombres figuran en el contrato del alquiler y no puedo dejarle colgado. Es un buen amigo. Yo quiero que él también salga de Eden Rose.

—Bueno, pero si él no se quiere ir, tienes que irte sola. No tienes ninguna razón por la de quedarte en ese pueblo de mierda, donde lo que los hermanos DeMateo quieren, ellos consiguen. —Mel le agarró la mano y le dio un apretón. —Calum no te va a conseguir.

Gia colocó su mano encima de la de las otras dos. —No lo hará.

—Me vuelvo para convencer a Braeden. Vamos a cancelar el alquiler y para el fin de semana estaremos en Nueva York.

—¿Me lo prometes?. —La voz de Mel era suave, su tono no.

—Te lo prometo.

CAPÍTULO TRES

Carissa miró una última vez al taxi que desaparecía doblando la esquina y entró en su casa. Cerró la puerta y dejó sus maletas en el suelo, su cuerpo vencido por el cansancio. Miró hacia el techo y exhaló lentamente, el sonido rebotando de las paredes. Sus hombros se deshacían en nudos de cansancio que caían, dejándola sentir paz por primera vez desde aquella noche en la discoteca con la ametralladora hacía muchas horas.

¿Quién demonios se va de vacaciones y acaba en un cruce de armas de fuego? Carissa Elliott, esa misma.

Incluso sus vacaciones estaban repletas de sorpresas indeseables. Tenía muchas cosas en las que pensar pero hoy no era el día para eso. Agarró su celular, dejó su bolso al lado de su mochila de viaje encima de la mesa y se dirigió a su dormitorio, repasando todo con la mirada para asegurarse de que todo estaba en orden. Quería mucho a su compañero de casa pero era un desastre.

Una luz amarillenta tenue asomaba bajo la puerta del cuarto de Braeden. —¿Brae? —dijo ella. No hubo respuesta. Sólo el silencio. Llamó con los nudillos en la puerta y la puerta se abrió.

Braeden estaba boca abajo en la cama, vestido y con las botas puestas. Sus piernas colgaban del lado de la cama. Ella se acercó a él. —Vaya noche, mi amigo. Despierta para que te cuente cómo fue la mía. Y gracias un montón por enviarnos a esa disco, Club Retreat.

Él no se movió. Ni siquiera cuando le llamó por su nombre. Ni cuando le dio un golpe en la pierna. Ni cuando ella rodeó la cama y le sacudió el hombro. Tenía los brazos bajo el cuerpo y Carissa entornó los ojos. Se cambió de postura para estar frente a él donde su cabeza yacía de lado. —Vamos chico, se te van a entumecer las manos si te quedas así demasiado...

Los ojos de él estaban bien abiertos y miraban fijamente la pared detrás de ella. Había sangre en su cabeza.

El estómago de ella se revolvió. Las manos se le subieron al cuello, los dedos hundiéndose en su clavícula. —Brae...

El dolor explotó en su pecho. Retrocedió hasta que chocó contra la pared. Se le doblaron las piernas y se deslizó hacia abajo, cayendo al suelo.

Braeden está muerto. Está muerto. Está muerto.

Una corriente vibratoria la sacudió. Todavía tenía su celular en la mano. El nombre de Calum DeMateo apareció en la pantalla de su celular.

El corazón de Carissa rebotaba en su pecho, amenazando con soltarse de su esternón. Le dió al icono parpadeante verde. —Hola.

—Te desperté, ¿verdad? —La voz acaramelada de Calum sonaba en el celular. —Sé que te estás divirtiendo en Florida, pero no quiero que te olvides de mí. Puede parecer algo repentino pero considera lo que te pedí, Carissa. ¿Podemos comentarlo mañana por la noche cuando llegues a la ciudad? Mandaré un carro a que te recoja del aeropuerto.

Las palabras de él rasgaron la niebla en la que se encontraba ella. Los ojos todavía fijos en el cuerpo de su amigo, Carissa cerró los labios firmemente y tragó. —Brae.

—No te preocupes por Braeden. Él no será un problema. ¿A qué hora aterrizas? —El tono de Calum, firme y cortante, como que él sabía algo que ella no sabía, hizo que el estómago de ella temblase.

Se puso en pie rápidamente. —No puedo.

—Fíate de mí, todo estará bien. —El tono de Calum cambió a más alto y veloz. —Déjame

invitarte a cenar, que veas lo bien que podemos estar los dos juntos. No puedo dejar de pensar en ti, Carissa. Quiero darte todas esas cosas que te mereces. La próxima vez que estés en Miami, será en una villa justo a la orilla del mar.

¿Por qué la estaba llamando Calum ahora? ¿Debería decirle lo de Braeden? Las palabras se le pegaron en la lengua y no salían de su boca. Sus pensamientos corrían veloces como las palabras de él. —Vale, Calum, pero tengo que ir a casa primero. Tendré que darme una ducha y arreglarme antes de la cena.

Ella evitó mirar el cuerpo de Braeden.

—No. —La palabra surgió de repente, el rebote permaneció en el aire unos segundos antes de que él riera. —Haré que alguien te recoja en el aeropuerto. La mujer más bella de Eden Rose no necesita arreglarse. Venga, Cari, dí que sí.

El suave ruego, conjuntamente con el diminutivo desagradable, la rozó con la delicadeza de una cachetada. Ella aclaró la garganta. —Mi vuelo aterriza a las siete. ¿Te veo entonces?

—Sí, lo harás —dijo él con una sonrisa en la voz. —Sueña conmigo esta noche, Carissa.

Ella le deseó buenas noches, las manos en un puño para controlar sus temblores. Sus rodillas amenazaban con doblarse y ella alcanzó la pared con la mano. Su mirada se detuvo en la cama. No lo había visto antes, la sangre salpicada en el cabecero y en la pared rodeándolo.

Sus huesos se hicieron agua y doblándose como una muñeca de trapo, cayó de rodillas. Alguien había asesinado a Braeden y Calum sabía algo. Ella estaba segura. Braeden la había protegido frente a los avances de Calum fingiendo que él y Carissa seguían siendo pareja, pero trabajaba para Calum. Habría sido fácil para su jefe saber sus idas y venidas. ¿La manera en que Calum no quería que ella regresara a casa antes de la cita? *Sí, ese cerdo había matado a Brae.*

Se puso en pie y salió corriendo de la habitación.

—Tienes que salir—ahora. —El tono de voz de Mel, agudo, el que usaba cuando estaba asustada, salía de un salto del celular de Carissa que estaba encendido. —Coge lo que esté en la caja de seguridad y sal de allí a toda prisa.

Carissa sólo podía inclinar la cabeza. Esto no estaba sucediendo. No a Braeden. No a ella. No otra vez.

—Carissa, tienes que salir de allí antes de que vuelva alguien. No puedes hacer nada por Braeden. Él ya se ha ido. —El tono de Mel se hizo suave, la última frase apenas un susurro. El cambio en su voz hizo que lágrimas nuevas apareciesen en los ojos de Carissa. —Necesito que cojas los documentos y que salgas de allí ahora mismo. Quien fuese que hiciera esto podría volver en cualquier momento para deshacerse del cuerpo.

Un nuevo rayo de terror galvanizó a Carissa, enderezándole la columna vertebral. Luchó contra sus pies y se fue rápidamente al cuarto de Braeden otra vez.

Con los ojos pegados a la guitarra Fender que Braeden nunca había aprendido a tocar, se encaminó hacia el armario y tecleó la clave de la caja de seguridad oculta. Recuperó un fajo de billetes meticulosamente ordenados según presidentes, además de la mochila que había dentro, exactamente como él le había obligado a prometerle en el caso de que a él le pasara algo. Metió todo dentro de la mochila antes de alejarse del armario. Algo en la pared le llamó la atención. Sangre mezclada con trozos grasientos de algo, manchaban la pared.

La bilis subió por su garganta y luchó contra las oleadas de náuseas. Se puso la mano a la boca encerrando el deseo de gritar. Incapaz de impedirselo, miró el cuerpo una última vez.

—B-Brae —dijo con la voz cascada.

—Carissa, agarra tu bolso y sal por la maldita puerta. Súbete a tu maldito carro y sal de la ciudad.

Las palabras de Mel impactaron el Carissa como un ladrillo, sacándola de su trance. La adrenalina la impulsó hacia delante. Su próximo aliento la llevó a la sala. Agarró su bolso y la maleta además de las llaves de Braeden y salió por la puerta. Vio el carro de Braeden aparcado delante de la casa y se fue hacia él. La puerta del carro ni siquiera se cerró completamente cuando ella ya estaba en camino.

Había perdido a Brae pero no estaba sola. Todavía tenía dos personas en las que podía confiar y se iba a ellas. Mel y Gia le ayudarían a superar esto.

—Vas genial. Sigue conduciendo. Estamos casi en la salida ocho. Te estaremos esperando. Gia está aquí conmigo. —La voz de Mel ahora tenía una cualidad calmante que normalmente se usa para personas en el borde del precipicio. *Soy una puta ruina.*

Las luces en la autopista eran borrosas, juntando todas las salidas en el la interestatal 95. Carissa se obligó a respirar hondo para evitar otra llanta. Mirando fijamente al frente, se concentró en la voz de Mel y dejó de lado las imágenes de los ojos sin vida de Braeden mirando más allá de ella. —No cuelgues por favor.

—No te preocupes. —Mel nunca le colgaría. Jamás. —¿Ey, te acuerdas de la vez que tú y Gia estuvisteis a punto de ligar dos hermanos mafiosos en Miami y casi nos mataron a las tres? Eso fue un rato divertido.

¿Cómo podía Mel bromear en un momento como este? Carissa tenía dificultades para mantenerse en control, todavía incapaz de respirar normalmente. Pero Mel siempre hacía esto, hacía alguna broma inadecuada en una situación intensa. —Ey, yo no fui la que siguió a su hermano y nos metió en ese lío. Todo eso pasó por culpa de Gia. Si no hubiera estado tan en la luna por Nolan.

—Um...es Noah —dijo Gia. Era típico de ella intentar conseguir que se acordaran del nombre de un tipo que nunca iban a volver a ver.

Mel rió, demasiado fuerte y demasiado intensamente. —Claro que sí.

Carissa consiguió dejar de temblar, la cháchara de sus amigas actuando como un bálsamo milagroso para sus nervios. No estaba segura cuánto tiempo iba a poder aguantar sin desmoronarse. Pisó el acelerador, subiendo la velocidad a ochenta, dirigiéndose hacia el Puente de Delaware. Maryland ya no estaba en el retrovisor. Esperaba estar bien lejos antes de que Calum se diese cuenta de que ella se había ido. ¿Sabría ya que ella había estado en casa y había visto a Braeden? Su mirada iba y venía de la carretera al reloj del salpicadero. Tenía que conducir más deprisa, así que pisó más firmemente el acelerador para dejar más distancia entre ella y él. *No podía dejarle encontrarla.*

—Carissa, tienes que seguir hablando. Tenemos que mantenernos despiertas.

La voz de Gia le sorprendió. El carro hizo una maniobra brusca y Carissa dio un alarido. Agarró el volante con más firmeza. —No sé qué decir. Estoy tan triste. —Su voz se quebró y ella respiró un suspiro.

—¿Qué dijo Calum exactamente cuando te llamó? —preguntó Mel.

Carissa rechinó los dientes con suficiente dureza que parecía que iban a quebrarse. Ella odiaba a Calum DeMateo más que a nadie o culebra o cucaracha. —Me preguntó si yo había

pensado en su oferta. Dijo que me recogería del aeropuerto y me llevaría a cenar para que pudiéramos hablar.

—Hijo de la gran puta. —La voz de Mel estaba llena de ira. —Como que realmente ibas a considerar ser su nueva amante. Tiene una cara más dura que sus cojones, preguntándote eso justo después del funeral de tu madre. Hay una sala especial en el infierno para ese cabrón.

Carissa parpadeó para vencer el recuerdo de la mano de él presionando en su espalda y su aliento de menta cerca de su cuello. La idea, en medio de su pena, dejó rastros amargos.

—Vivir con Braeden me protegió un poco, pero ahora no hay nada que impida que Calum venga por mi.

—Nunca te pondrá las manos encima. —La voz de Mel prometió con un tono acerado. —Qué mala suerte que sea demasiado listo para acabar en la cárcel por esto.

Un nuevo pensamiento hizo que Carissa temblase con un miedo repentino. Calum no iría a la cárcel por esto, pero ella podría ir. —Oh Dios. ¿Y si la policía cree que yo maté a Braeden? Y si me atribuyen su muerte?

—No pienses en eso ahora mismo —saltó la voz de Gia para sosegarla. —No te lo pueden atribuir. Tú ni siquiera estabas en la ciudad.

Carissa sacudió la cabeza como si ellas pudieran verla. —Pero regresé y lo ví. Me llevé el dinero de la caja de seguridad y todas mis cosas de valor. Dejé a Brae muerto en la casa como si no fuese nada. Como si hubiera sido un pájaro muerto que yo hubiera atropellado en la calle.

—No. Te fuiste para salvar tu vida. El asesino regresará y ¿quién te dice que no estás tú en su lista? —dijo Mel. —Y sin decir que eso te colocaría directamente en manos de Calum. —Ella hizo una pausa, el silencio llenando el espacio durante varios segundos. —Bueno, vamos a decirlo ya que sé que todas estamos pensando eso. Calum mató a Braeden.

—Mel, tú no sabes eso —dijo Gia.

—Venga ya, Gia. —El tono de Mel era brusco. —No puedes ser tan inocente. Todas sabemos que Braeden estaba haciendo cosas a espaldas de Calum y también sabemos que con él fuera de la ecuación, Carissa se ha quedado sin nadie en ese pueblo de mierda.

—¿Ahora es el momento para esto realmente? —la voz de Gia se elevó. —Carissa está demasiado aturdida y Braeden está muerto. Hablemos de esto en otro momento.

Lo que Mel decía se reflejaba en cada pensamiento de Carissa, cada preocupación, cada temor. Ella también sospechaba que la muerte de Braeden era una movida estratégica de Calum. La ponía a ella a su merced, pero tenía que haber algo más o él lo hubiera hecho antes.

—¿Carissa? —preguntó Gia.

—Estoy con Mel. Me pregunto si Calum se había enterado de los negocios a la sombra de Braeden. Le dije que era demasiado peligroso. Tenía que haber hecho un esfuerzo mayor por detenerle.

—Venga ya, Carissa. ¿Has podido alguna vez decirle a Braeden qué hacer? Ese idiota tomaba una decisión a las bravas detrás de otra —dijo Mel.

—Mel. —La voz seria de Gia se abrió en silencio. —Brae está muerto.

—¿Y? ¿Cambia eso en algo que el haya sido un idiota la mayor parte de su vida? Yo también le apreciaba, pero era un asno. —Las palabras de Mel salieron rápidas, casi furiosas, como que ella tenía que seguir hablando.

—Oh, *ahora* dices que le apreciabas. Se ha ido y no te puede oír. —El control de Carissa amenazaba dejarla. Ella lo que quería era echarse atrás en el asiento y cerrar los ojos. Dejar que el carro estuviera en control un segundo. Un largo suspiro escapó de sus labios.

—No era fácil quererle, pero se ocupó de ti. Incluso cuando rompiste, él te protegió de Calum.

—Mel hizo una pausa, y su aliento salió repentinamente por el teléfono como una ola. —Para mí eso era suficiente como para apreciarle.

—Sí, Brae te quería a su manera —dijo Gia.

Carissa se secó lágrimas frescas. En ese instante, un carro se acercó al de ella velozmente. Su estómago se le subió a la garganta y se giró hacia la orilla. Las rayas del asfalto vibraron contra sus llantas, creando un sonido que sacudió el carro. Carissa pisó el freno, que chilló tan fuerte como su propio corazón, que martilleaba en sus oídos como un gong. Ella agarró el volante, el pie pegado al freno mientras tragaba bocanadas de aire.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mel.

Carissa tragó en seco. Miró hacia el cielo, cerró los ojos un breve instante y esperó a que su pulso se normalizara. —Casi le dí a un carro. Tuve que detenerme en la orilla.

Mel dijo un juramento. —Carissa, respira y escúchame. Vuelve a la carretera. Lo último que necesitamos ahora es un policía deteniéndote. Sal de la autopista en la plaza de servicios Clara Barton. Es el primero que hay en el Jersey Turnpike y el más cercano a ti. Vamos de camino. —Carissa se llevó una mano a la cara. No podría seguir así mucho más. Estaba a muchas millas más allá del punto de la extenuación, con sólo el temor de Calum alcanzándole para hacerla seguir adelante. —Vale, pero no colguéis. No creo que sea capaz de hacer esto yo sola.

—Nunca —dijo Mel.

Carissa se agarró a esa única palabra como si fuese un salvavidas. Bajó la ventanilla del conductor y el aire frío entró y le rozo la cara. En la carretera un poco más allá veía los ojos sin vida de Braeden otra vez pero escuchó a Mel y a Gia discutiendo e intentando hacerla reír, dándole algo a qué agarrarse. Siguió conduciendo.

Un minuto sus labios estaban curvados en una sonrisa sexy. Al siguiente, Alec la empujó al suelo, donde ella cayó de rodillas. *BRRRATAT*. La metralleta sonó mientras sus ojos verde-azules penetraron los suyos.

Carissa se incorporó en postura sentada conteniendo el aliento, su mano presionada contra la garganta, el pulso retumbando contra las puntas de sus dedos. La luz del día penetró como un cuchillo más allá de sus pestañas llegando a sus ojos, el dolor centrándose en la parte trasera de su cráneo. *Sólo era un sueño*.

Fuera de la ventana del carro, ella miró el Río Hudson con una vista completa de Manhattan. Carissa exhaló; el aire se escapó de su cuerpo hasta que ella se derrumbó hacia atrás en el asiento. Casi había llegado.

—¿Estás bien? —Mel la miró desde el retrovisor. —Estaremos en casa en unos treinta minutos.

Casa. La palabra más mágica que Carissa había escuchado jamás. Había perdido a su madre, a Braeden, su casa, pero seguía teniendo a sus dos mejores amigas. Seguía teniendo una familia. —Estoy bien. Sólo exhausta. ¿Cuánto tiempo estuve dormida?

—Unas dos horas. —Mel levantó una mano del volante y señaló con el pulgar a Gia, que dormitaba en el asiento de pasajero delantero. —Ella se quedó dormida una hora después que tú. Cuando lleguemos a casa, puedes darte una ducha caliente y volver a dormir.

Carissa pensaba que no sería capaz de dormir sin soñar con Braeden. Cada vez que cerraba los ojos, veía su cabeza en un charco de sangre. También veía destellos de una mirada ardiente, penetrante de ojos verde-azulados. ¿Qué haría Calum cuando se diese cuenta que ella se había largado de la ciudad? Ella se tiró de las puntas del cabello. —Hay tantas cosas de las que tengo

que ocuparme.

—No hoy, no esta semana, ni siquiera este mes. No tienes que preocuparte de nada excepto descansar y comer hasta que te encuentres mejor. Déjanos a nosotras preocuparnos por ti. —Dijo Mel y eso era todo.

Los ojos de Carissa se llenaron de lágrimas y ella hundió la cabeza entre sus manos. Dio un brinco cuando Mel la llamó por su nombre. Sus ojos se encontraron en el retrovisor, no hizo falta palabras. Carissa intentó un poco de ligereza. —Vas a hacer que nos matemos.

—Mis ojos están en la carretera, sabelotodo —dijo Mel. —¿Sabes qué? Cambio de planes. Vamos a tomarnos una copa cuando llegemos a casa y obligar a mi hermana a que nos haga un desayuno.

Carissa se inclinó hacia delante, miró el reloj digital y se rió. —Nelly ya no es una niña. No podemos mandonearla. Y, ¿una copa? Son las seis de la mañana.

—Es por la tarde en alguna parte. Finjamos que estamos allí. —La respuesta era tan típica de Mel. ¿Quién podría discutir eso? Además, quizás el alcohol haría que Carissa dejara de temblar.

Su muslo se había quedado entumecido, así que estiró la pierna, dándose contra algo que estaba en el suelo. La bolsa que había encontrado en la caja fuerte de Braeden. Alcanzó la bolsa con la mano y se la subió al regazo.

Ante el sonido de la cremallera, Mel giró la cabeza rápidamente. ¿Qué es eso?

—Los ojos en la carretera, por favor. Es las cosas de la caja de fuerte de Brae. Él me hacía jurar que si algo le pasara alguna vez, que yo cogería esto y lo escondería. Juro que él sabía que algo iba a suceder.

—¿Qué hay dentro de la bolsa?

—No estoy segura.

—Ha llegado el momento de enterarse. Hoy, todas las tiritas se despegan. —La voz de Mel era pastosa.

Carissa respiró hondo, agarró el contenido de la bolsa y fue sacando cosas. Había una carpeta gruesa con una etiqueta *Información de la casa*. Luego el sobre naranja que ya conocía. Tenía el dinero de Braeden. El no guardaba dinero importante en el banco porque “El Tío Sam no iba a coger su mierda. —El siguiente artículo, un sobre, le llamó la atención. Pegado en él había un Post-It verde.

Si estás leyendo esto, es que yo he muerto. Tu madre me dio esto antes de morir. Nunca tuve intención de impedir que lo tuvieras, solo protegerte. No me odies. Te quiero.

La nota estaba escrita con la letra garabatos de Braeden e incluso tenía su firma. El corazón de ella estalló, las partes clavándose en su carne todavía en carne viva. Carissa respiró hondo y retiró la nota descubriendo la dirección que había en el sobre. La sangre bajó en su cabeza y se habría caído hacia delante si no hubiera sido por el cinturón de seguridad.

—Oh dios mío.

—¿Qué es? —la mirada de Mel alternaba entre la carretera y Carissa.

—Es de mi padre. Es su letra. —Alzó el sobre.

La boca de Mel se abrió cerró y se abrió y cerró otra vez. —Carissa, tu padre murió hace mucho tiempo. ¿Estás segura?

Las lágrimas asomaban en las esquinas de sus ojos. —Su caligrafía... era preciosa. Mamá hablaba de eso siempre. Todavía tengo todas las tarjetas de cumpleaños que él me dio. Las guardé. Conozco esta letra.

Las manos titubeantes, ella metió un dedo bajo la solapa del sobre y suavemente la abrió. Sacó una hoja de papel. Desdoblándola, la recorrió con los dedos. En vez de sentir su padre, sintió el

papel frío y envejecido.

—Comienza con algo sobre salpicar la sangre de los inocentes y dos pasajes de la Biblia.

Mel aparcó el carro en el arcén y esperó a que Carissa descifrara la carta.

Mientras leía, una rigidez se apoderó de los músculos de Carissa, las paredes de su pecho constriñéndose con su piel. Finalmente alzó la cabeza para toparse con Mel y Gia soñolienta mirándola fijamente.

—¿Y bien? —preguntó Gia.

—Mi padre iba a delatar a Calum, así que ese hijo de puta le mató. —Ella le pasó la carta a Gia.

—Oh dios mío. No puede...

—¿Ese pendejo! —La voz de Mel era como un megáfono dentro del Honda Accord. —Mató a tu padre, manipuló a tu madre y ahora te quiere a tí. ¿Hasta qué punto puede ser malvada una persona?

Calum era el demonio en persona. Tomaba lo que quería sin respeto alguno por las vidas que apagaba o las familias que destrozaba. *Como la de ella*. Su padre había trabajado para los DeMateos toda la vida. Lo único que estaba intentando hacer era protegerla. Iba a delatar a su jefe por ella. Para que ella pudiera estar a salvo de Calum.

Ella no podía respirar. —Esta carta podría haberlo cambiado todo. Mamá y yo podríamos habernos ido de la ciudad hace mucho tiempo e ir a la policía. Ella no habría tenido que hacer lo que hizo y estaría viva todavía. —Con cada palabra, Carissa se agitaba más y más, la garganta le dolía, hinchándose con cada instante que pasaba.

—Carissa, respira. Manténgamos la calma todas —dijo Gia. —No podemos dejar que se nos vaya la cabeza. Vayamos a casa y podemos averiguar qué quiere decir todo esto.

Mel maniobró el carro otra vez a la carretera. El ambiente dentro del carro era denso. Los pensamientos de Carissa volaban contra las paredes de su cerebro como luciérnagas en un tarro. Su padre, su madre, Braeden—todos muertos por causa de Calum. ¿Dónde estaría ella si no hubiese vuelto a casa esta noche? Se puso una mano en el pecho y empezó a hiperventilar. Mel bajó las ventanillas para permitir que el aire de primera hora de la mañana llenase el carro.

Gia se abrió paso entre los asientos de delante para meterse atrás. Con una mano en el hombro de Carissa, empezó a guiarla en ejercicios de respiración. Pero el aire no podía pasar por el nudo que había en el pecho de Carissa.

—Estás muy lejos de su alcance. No sabe dónde estás y no lo va a saber. Estás a salvo.

A salvo. Eso es lo que funcionó. El aire inundó sus pulmones.

Calum tendría que pagar. Por todo lo que le había robado a ella. Por cada lágrima, cada humillación, cada temor que infligía. —Me robó mi familia. Le voy a matar. Tengo que hacerlo.

El carro entró en el Lincoln Tunnel y la oscuridad les rodeó camino a Manhattan.

CAPÍTULO CUATRO

Alec estaba sentado tras su gran escritorio con su tapa de jade jaspeado. Paneles de madera y luces insertadas en el techo convertían el despacho en su oasis personal. Focos en estanterías con libros bañaba a las cosas en las estanterías con una luz suave, dorada.

Sentado delante de él, su compinche principal y principal causa de problemas, Leandro “Leo” Masseur en una de las dos sillas tapizadas con cuero. —¿Desde cuándo vas a clubes tú?

Alec le dió una chupada a su Cohíba, la mirada yendo más allá de las cenizas que se estaban formando en la punta del puro habano de su mejor amigo, al reflejo del sol de California que entraba por la ventana a sus espaldas y que rebotaba en el mármol verdoso.

—Noah estaba enamorado.

Leo rió, sacudiendo su cuerpo de metro noventa, sus dientes blancos haciendo contraste con su piel morena. Le daba una apariencia juvenil, cándida y sin subterfugios, alguien de fácil trato, todas cosas que no eran típicas de Leo. —Estoy empezando a pensar que es su estado natural. El tipo se enamora en velatorios y funerales.

Esta vez era el turno de Alec para reírse. Un socio se murió y después de treinta minutos en el velatorio, Noah había salido del tanatorio cogido de la mano de una de las sobrinas desconsoladas. El McLean más joven se enamoraba con frecuencia y duramente.

Leo tamborileó los dedos en el escritorio. —Ha estado alicaído desde que volvió de Miami. Incluso chicas desnudas sacudiendo el trasero en su cara en el Romper Lounge anoche, no conseguían animarle.

Sintió rigidez en el cuello, y Alec se desplazó hacia atrás en su asiento. Tenía una buena idea de lo que le estaba pasando a su hermano menor. —Ha perdido el contacto con su conquista después del atentado. Sólo tiene un nombre y una foto hecha con el celular para poder recordarla.

—¿Quieres decir que no la consiguió? —preguntó Leo.

Alec sacudió la cabeza.

—Eso es su kriptonita. Ahora va a obsesionarse con ella durante meses. Pobre chico. —Leo hizo una pausa para inhalar y luego dejó escapar el humo por la boca. —Estos son buenos puros, sabes.

Saboreando el sabor suave, oscuro en la lengua, Alec estaba de acuerdo. —Los negocios van realmente bien con los cubanos. Te trajimos una caja para ti.

Leo elevó su puro para brindar. —Gracias, hermano. ¿Y tú? ¿Qué te pasa a tí?

A veces Alec olvidaba que la perspicacia de Leo no sólo se aplicaba al enemigo. De todas formas, había cosas que un hombre se guardaba para sus adentros. —Casi matarse te hace pensar.

—No es la primera vez, Alec. —Leo frunció el ceño y se inclinó hacia delante. —Hablando de lo cual, me he ocupado de los guardaespaldas y he promocionado dos hombres nuevos. De nada.

Alec le mantuvo la mirada un segundo antes de afirmar con la cabeza. Cuando hacía falta hacer algo, el eslogan de Leo era ser *proactivo*. La mano derecha de Alec no carecía de sentimientos, pero era metódico. Ambos saborearon sus puros en silencio.

—¿Así que, quién era la chica que estaba contigo en el club, y qué pasó con ella? —preguntó Leo.

Alec barrió el aire con la mano. Una vez que Leo olía sangre en el agua, era infatigable en su persecución. —Ella era la amiga de la chica de Noah. ¿Cómo quieres que sepa qué pasó con ella? Consiguí salir y para cuando yo llegué a la salida, ya se había ido.

Al momento de decir las palabras, lo lamentó. Sonaba quejica incluso para sus propios oídos y la manera en que le miraba Leo, le confirmaba que se había percatado. Alec cambió a negocios para distraerle. —Ha llamado Sebastián. Se está diciendo que Braeden Whitford está muerto.

Leo cerró los ojos y dejó que su cabeza se inclinase hacia atrás. —¿Cómo fue?

La boca de Alec se amargó. Ya había explotado al enterarse de la noticia. —No se le ha visto en días, la niñera que contraté para vigilarle ha informado. Sólo podemos esperar que no le contó nada a Calum o su hermano Declan.

Leo picó en el anzuelo, negocios tomando un asiento delantero frente a sus preguntas anteriores. —Te dije que ese chamaco era un desastre. ¿Has llamado a Allison? ¿Va a volver ella?

Ese había sido el plan. Él había enviado a la chica a vigilar a Braeden Whitford, un peso ligero demasiado estúpido que no sabía su propio valor. Nueve de cada diez veces era un trabajo fácil que venía con algunas gratificaciones para la chica. Excepto que, gracias a su hermano, Alec había enviado a Allison a realizar el trabajo. —No consiguió escapar. Su carro chocó con un árbol en su intento de dejar la ciudad. Sebastián está ocupándose de recuperar el cuerpo. —Alec se encogió de hombros. —Mi hermano mayor no tomó bien la muerte de su pajarillo roto.

Leo elevó la mano. —Sebastián nunca ha entendido. Esas chicas se enamoran del peligro.

Alec entornó los ojos. Sebastián siempre se interesaba en mujeres rotas, las llamadas “Narco fanáticas. —Nadie entendía por qué. Era una broma y una fuente de molestias en la familia.

Detrás de él se oían pisadas, y se giró para ver a Sebastián en persona en la puerta.

Leo se acercó a él, le dio la mano y unas palmadas en el hombro. Era casi diez centímetros más alto que el hermano de Alec. En cuanto a personalidad, era como siete millas más interesantes. —Siento lo de Allison.

Sebastián afirmó con la cabeza, sus mocasines lustrosos Bruno Magli llevándole más hacia dentro en la habitación. Se ajustó la corbata y aclaró la garganta. —Acaban de traer su cuerpo. Nuestra gente también recuperó todos sus registros. Braeden Whitford vivía con su ex novia, que da la casualidad es la hija de Clyde Elliott.

—¿Por qué no se me ha dicho nada de esto? —Alec escupió cada palabra, vocal y consonante. —¿Te comentó algo de esto Allison antes?

Sebastián cerró los labios con firmeza y respiró antes de contestar. —No. Por lo visto hay bastantes cosas que ella no nos informó de Whitford. —Hizo una pausa. —Por lo visto estaba muy enamorada del joven.

—Estás bromeando —dijo Leo con una risa que no le llegó a salir de la garganta.

Alec no vio humor, sólo el color rojo tras sus párpados. —Te dije que usar esa tonta iba a hacer que pasaran cosas. Ella se enamoraba de cada uno de los hombres con los que entraba en contacto.

—Este no es el momento de echar culpas, Alec. —Sebastián alzó una mano. —¿Podemos permanecer objetivos? Puedes señalar con el dedo más tarde.

Alec exhaló. —Vale. Cuéntame el resto. ¿Dónde está la novia? Quiero hablar con ella.

Sebastián frunció los labios. —Desapareció la noche en que murieron Whitford y Allison.

Leo giró la cabeza como si estuviera viendo un choque de vehículos pero no queriendo ver el destrozo.

Alec estrelló su vaso contra la pared. —¡Encuéntrenla!

—Hemos encontrado una foto. Estaba entre las cosas que Allison había coleccionado para el informe que nunca nos envió. —Sebastián metió la mano en el bolsillo y entregó una foto impresa del Facebook de una chica rubia con un jersey rojo y cuernos de ciervo en la cabeza.

Alec miró fijamente la foto como si alguien hubiera encendido las luces por fin. Nunca tenía

tanta suerte. Jamás.

—Su nombre es...

Alec terminó la frase de su hermano. —Carissa.

Un mes viviendo en Nueva York y Carissa ya estaba dándole la espalda a quién había sido. Todo lo que había necesitado hacer era una visita a un edificio viejo y abandonado del Bronx y ya era otra persona.

Porque, “Ya no puedes ser Carissa nunca más —había dicho Gia.

Y Mel había estado de acuerdo. —Cambiar tu nombre te ayudará a esconderte. Conocemos a alguien que puede hacer esto por ti...

Unas horas más tarde, Isabel D’Alessio había nacido. Cuando nació había sido lenta y claramente no la chica votada “Mejor Sonrisa” en su colegio.

Carissa miró fijamente el carnet de conducir de Nueva York y no podía evitar los sentimientos de culpa en su pecho. ¿Cuántas veces había deseado ser otra persona? ¿Cuántas veces había dado un nombre falso a un tipo en un club? “Estoy dándole la espalda a todo y a todos. A mi madre y mi padre. Braeden.

—Están todos muertos, Rissa —dijo Mel, parada delante de ella. —Tú sigues viva y te vas a quedar viviendo.

Las palabras de Mel tenían un filo agudo que penetraban el corazón abatido de Carissa, un contraste con la calidez de la mirada de su amiga.

—Lo sé.

El frío de la primavera en Nueva York, el sol brillante que no calentaba todo lo que debería. Los pajarillos que no parecían darse cuenta tampoco. El banco frío de metal en el parque donde estaba sentada. Los ojos vacíos de Braeden mirando fijamente la pared, todavía demasiado recientes en su memoria. Todo la sobrecogía.

Se obligó a decir las palabras. —Tengo que acostumbrarme.

—No es fácil. Pero no estás sola. Las Chicas Superpoderosas están juntas otra vez. Es como ese episodio en que Bombón y Bellota le recuerdan a Burbuja lo fantástica que es —dijo Mel dándole un codazo en el brazo a Carissa. —Llamé a mi hermana y le conté que estás aquí. Está obligando a su novio nuevo a que la traiga en carro desde Connecticut. Está ardiendo en deseos de verte.

La hermana menor de Mel, Nelly, era una persona amorosa y un dulce rayo de sol para quienes quería.

—Estoy deseando verla. No me puedo creer que nuestra niña esté realizando viajes con novios ahora. —Carissa sonrió por primera vez ese día.

—Ya ves qué mal ejemplo de padres somos las tres. —La voz de Mel era avinagrada, un contraste con la mirada provocadora en sus ojos. —Es mandona y trata a los hombres como si fueran una mierda.

—¿Cómo es que te sorprende que la manzana haya caído cerca del árbol, Mel? Nelly siempre ha sido una tú en miniatura, excepto que ahora es mucho más alta que tú —dijo Gia.

—¿En serio, Gia? ¿Tienes que estar recordando siempre lo bajita que soy? No eres exactamente la talla de Carissa —devolvió Mel.

Carissa se rió. Su estatura baja siempre era algo que le preocupaba mucho a Mel. —¿Así que, cuál es el plan de trabajo?

—Le mostré a nuestro jefe Quentin, una foto de tí y casi se me cae encima. Te va a contratar para trabajar en *Whims*, sin ningún problema. Vas a trabajar en bambalinas y no tendrás contacto con los clientes, como nosotras, pero está emocionado de tenerte allí.

Whims era el club exclusivo de Nueva York donde trabajaban Mel y Gia. Atendía la clientela de la elite de la ciudad, atendiendo sus deseos particulares. Las chicas trabajaban en las oficinas, en suministros, llevando el día a día del club.

—El cretino sabe que ayudarás a atraer más clientes. Casi estaba babeando porque vamos a tener una rubia en plantilla ahora. —Mel hizo una pausa y miró al suelo un ratito. —Aunque deseara que fuese en otras circunstancias, estoy muy feliz de que estés aquí con nosotras.

—Yo también —dijo Carissa. —Gracias por acogerme. No sé lo que habría hecho sin ustedes dos. —Su mirada se volvió a la nueva licencia de conducir. Era momento de asumir su nueva identidad. Iba a necesitar hacerlo si es que iba a usar un seudónimo para atraer y matar a Calum.

—He encontrado algo —dijo Leo, sentándose enfrente de Alec ante el escritorio.

Con su cabello, bigote y perilla perfectamente recortados y sus trajes de corte europeo, Leo vestía de manera que destacaba su altura, piel morena y cuerpo musculoso. Su meticulosidad vistiéndolo hacía que mucha gente cometía el error que no podían rectificar de pensar que Leo era blando. Alec obtenía placer en ver como Leo hacía que los idiotas percibieran que él no era lo que parecía. —¿Estás creando suspenso? Dime lo que has encontrado.

Leo se echó hacia atrás en su asiento, mostrando los dientes en una sonrisa que aflojaba las braguitas de las mujeres más recatadas. —Primero, cuéntame de tí y esta chica. Noah me ha dicho que está buena.

Alec no se dejó provocar. —Noah habla demasiado. Parece una mujer. La chica es la hija de Clyde Elliott.

—¿Y? Cada chica tiene un padre. No estarían aquí si no lo tuvieran.

La respuesta, tan lógica y moralmente ambigua, hizo que Alec se riera. —Dime qué has averiguado.

Leo le entregó una carpeta. —En las páginas encontrarás un informe completo sobre tu nueva obsesión. Carissa acaba de enterrar a su madre hace un mes y estaba en Miami pasando unos días con dos amigas. La habitación de hotel estaba a nombre de Whitford y él también pagó sus billetes de avión. Tomó un vuelo más temprano la noche del atentado. Si no hubieras ido en avión privado, la habrías visto en el aeropuerto.

—¿Quién es la otra amiga? Sé que una de ellas se llama Gia.

Leo afirmó con la cabeza. —Sí, la chica de Noah. La tercera chica es la otra mejor amiga. Sus nombres son Amelia Solís y Gianna Corey, son las amigas de la infancia de Carissa. Sus nombres no han aparecido en la lista de vuelos. Ambas chicas dejaron Eden Rose hace años y no han vuelto.

—¿Por qué?

Los hombros de Leo subieron a la vez que su mano. —Yo qué sé. Mi fuente cree que tiene que ver con tus dos personas favoritas de todo el mundo. Declan y Calum. Había rumores sobre una relación entre Declan y Gia y un escándalo con la hermana menor de Amelia Solís.

Alec ansiaba el día en el cual le pudiera clavar un cuchillo en la garganta de Calum. Se aseguraría que el zángano hermano de Calum lo viese. —¿Cómo sabían que Whitford nos estaba suministrando información? No entiendo eso muy bien.

—No lo sé. —Los ojos de Leo brillaban con una emoción ya conocida. —Pero... el asesinato

de Whitford y el atentado de tu vida llegaron los dos el mismo día.

—Sí.

—No me gusta. —La mirada de Leo le atravesó. —Tenía que haber estado allí...

—Leo. —Era un aviso. Alec no estaba de humor para hablar de eso, no esta noche.

Leo se puso en pie. —¿Por qué no estaba Noah cargando arma? No podemos tener a tu hermano allí para protegerte cuando tiene la cabeza en las nubes sobre el primer par de piernas y tetas grandes que se cruzan en su camino.

Si hubiera sido cualquier otra persona diciendo eso, Alec le habría enseñado su pistola. Leo no era cualquiera. Alec sabía que las palabras venían de una persona con lealtad y preocupación. —¿Quieres que me ocupe de eso?

—Mierda, debería hacerlo. Yo le conseguí su primera chica y le enseñé a ser un hombre. Parece justo que sea el que le enseñe como hacerse hombre también. —Leo sonrió, su sonrisa de lobo malo.

—Vale. Pero necesito que averigües donde están las dos mujeres. Dar con ellas es dar con Carissa Elliott.

CAPÍTULO CINCO

—Él ha vuelto.

Carissa dejó de mirar su portátil y miró a Gia con una mirada. Apoyada contra el quicio de la puerta de la oficina, su amiga parecía una aparición. La cara estaba sonriente con esa sonrisa bonita de Gia. Revoltosa y brillante, era como exponerse a un virus de felicidad, no te quedaba más remedio que dejarte infectar.

—¿Quién ha vuelto? —Carissa cruzó los dedos mentales y rezó por que no fuese quién ella estaba pensando.

—Tu nuevo pretendiente —dijo Gia con una voz cantarina y ojos brillantes. Entró en la habitación y cerró el portátil de Carissa. —Venga, venga. No hagamos que el príncipe encantado espere.

Tenía un deseo de darle un manotazo a Gia por tocar su computador. En vez de eso, Carissa rió. —Tienes que dejar de leer esas novelas de romances históricas, Gia. Hablas como una Julie Andrews demente. Házlo por mí. Sal allí fuera y dile que no estoy disponible. El oficial Byrne prometió llevarnos a práctica de tiro y quiero acabar esto antes de que llegue.

—Oh no. No voy a machacar el ego de ese hombre otra vez. Ha estado gastando dinero a diestro y siniestro todas las noches durante el último mes. —Gia la tomó por el codo y la alzó. —Ve tú a partirle el corazón en mil pedazos. Ve y rompe sus ilus...

—¿Gia, cállate! ¿Qué has estado leyendo últimamente? —dijo Mel desde la puerta. —Es como una clase de literatura del Dr. Price pero peor. Carissa, Lucian está afuera esperando otra vez. Dále algo o mándalo a la porra pero sacalo mi camino.

Carissa lanzó un gemido. Lucian había mostrado un interés en ella desde el momento en que empezó a trabajar en *Whims*, dirigiendo el personal. Mel reclutaba la gente y Gia gestionaba la barra. Le habían presentado a Lucian en su primer día de trabajo. Él venía a verla a diario, le compraba flores, le echaba piropos hasta que ella entornaba los ojos. Ella le había dicho que no estaba interesada en él pero eso no le hacía desistir. Hoy Carissa iba a terminar con los intentos de cortejo.

—Muy bien, subo arriba pero bajo ahora mismo. Byrne llegará aquí en cualquier momento. Si viene antes de que yo vuelva, dile que estamos listas para nuestra lección de tiro esta noche. —James Byrne era un oficial de policía de la NYPD y un cliente exclusivo de *Whims*. Adoraba a Mel porque ella se ocupaba de sus gustos: hombres jóvenes, fuertes y sin vello.

Carissa salió de la habitación dando zancadas por el pasillo. Las risitas de sus amigas se prodigaban detrás de ella y ella murmuró unos cuantos juramentos en voz baja. Ensayó el discurso que iba a dar en su mente. *Quería hacer que el hombre desistiera pero no quería partirle el corazón*. Ensimismada en sus ideas, casi choca contra Quentin, su jefe.

Vestido con una camisa de color gris oscuro, que le ceñía totalmente la panza, su cabeza era unos dos centímetros más bajos que el hombro de Carissa. Su cuerpo era redondo desde las axilas hasta la cadera, su corbata amarilla parecía una raya doble de tráfico bajando por una montaña. Su cara tenía una expresión sombría; los labios de Quentin se curvaban en una expresión hacia abajo. —Isabel, necesito un minuto de tu tiempo.

Seis meses más tarde, Carissa todavía tenía dudas cuando la gente la llamaba Isabel. —¿Puedes concederme unos minutos? El Sr. Turner me está esperando y necesito hablar con él.

Quentin le brindó una sonrisa. —Eso es genial. Venía para hablarte sobre Lucian, pero me alegra saber que has recapacitado y decidido hablar con él.

—¿Qué quieres decir con 'recapacitado'? Tenía la intención de decirle al Sr. Turner que no

tengo ninguna intención de entablar una relación personal con él. Va en contra de las reglas del club. Yo soy parte de los empleados administrativos y no soy otra cosa.

Quentin la miró sin articular palabra durante varios segundos, luego bajó la mirada al suelo. *Sí, algo grande y jodido está a punto de salir de su boca.*

Él se relamió los labios. —Bueno, Isabel. Tienes razón, pero Lucian no es cualquier cliente. Es elite y exclusivo. También le considero un amigo. Espero que todo el mundo le trate bien.

Las palabras salieron a la fuerza de su boca, como que él tenía miedo que no tendría el valor de decirlas de otra manera. Carissa le miró, sin reconocer al hombre que tenía delante. Era como que ella no había trabajado para él durante meses ya, como que nunca había estado en su casa para su famosa fiesta de Halloween, o sentado en su despacho para reuniones maratonianas de los empleados.

—¿Me estás pidiendo que salga con él? —dijo ella al fin, soltando las palabras de golpe como una botella cuyo corcho había saltado y las palabras saliendo de repente. —No puedes. Es ilegal y no lo haré.

Quentin enganchó su dedo anular y el índice en el nudo de su corbata. Tiró, como si estuviera buscando un poco de espacio que se le escapaba. Su rostro adoptó un tono rosado que hacía que su piel pareciera vinilo estirado. —Isabel, no te estoy pidiendo que hagas nada inapropiado. Ni siquiera te estoy pidiendo que comprometas tu sentido moral. Sólo te digo que dejes que el tipo te invite a una cena elegante.

Carissa sacudió la cabeza en negativa.

Él soltó un suspiro ahogado. —La verdad es que yo soy el que fijo las reglas aquí y no puedo tolerar que mi mejor cliente se sienta ninguneado.

Carissa encajó la mandíbula. Quería gritar “Para nada” y regresar a su despacho, pero este trabajo era importante para sus planes. Necesitaba más tiempo con los clientes para crear conexiones y forjar relaciones, pero no había ninguna manera en que ella iba a salir con un hombre que no le gustase.

La respuesta por lo visto era obvia porque Quentin se le anticipó. —Antes de que digas nada, entiende esto. Te lo estoy preguntando pero no tengo por qué hacerlo. Te contraté porque me lo pidió Mel. Eres una de las mejores empleadas que tengo, pero necesitamos encontrar una manera de arreglar esto de manera que no me quede yo sin ninguno de los dos.

Paralizada, Carissa se quedó allí parada, atrapada en su piel y clavada en el suelo.

—Piénsalo, Isabel. Eres buena en lo que haces y me disgustaría mucho perderte. Una cita no te va a matar. Iré a hablar un momento con Lucian mientras que te decides.

El cuerpo ardiéndole, ella entró en la oficina de nuevo para hablar con las chicas. Ellas tendrían mucho qué decir sobre esto. No tuvo que esperar mucho rato. Apenas había dicho las palabras cuando empezó la explosión.

—¿Es una maldita broma? ¿Te dijo que si no salías con Lucian, te despedía? —Mel se fue hacia la puerta. —Déjame ir a arreglar esto. Ese bueno para nadad te va a dar un aumento de sueldo cuando yo acabe con él.

Tenía las paredes del estómago en tensión pero Carissa saltó hacia la puerta. Mel iba a conseguir que ella y Gia también fuesen despedidas. ¿Y entonces qué sería de todas ellas? “No, espérate y pensemos sobre esto. No podemos saltar a la acción sin pensar. Tiene que haber una salida a esto.

—Carissa tiene razón. —Dijo Gia, siempre optimista “No podemos ir a quemarropa contra él. Quizás sea posible razonar con él.

Carissa se aferró al tono calmado y positivo de Gia. —Tenemos que arreglar esto. No puedo

perder este trabajo. Siempre estamos hablando de crear nuestro propio negocio y necesitamos el dinero y los contactos para hacer eso. Al mismo tiempo, lo último que necesito es una cita.

—Eso no es cierto, todo el mundo necesita una cita —dijo Gia. —No tienes que acostarte con él y en el peor de los casos, consigues una cena gratis.

Carissa se atragantó. En vez de eso, entornó los ojos ante las palabras de Gia que sin saberlo, estaba diciendo lo mismo que había dicho Quentin. —También es un criminal. Un traficante de droga.

—Un distribuidor, si quieres ponerte a decir tecnicismos. —La interjección de Mel sorprendió a Carissa. Su amiga le estaba dando un golpe emocional.

Los hombros de Mel se elevaron. —Bueno... estamos diciendo conjeturas, Lucian puede ser muy buena ayuda para nuestros planes para un negocio y lo de Calum. El tipo tiene mucha influencia en la isla de Manhattan. Es un jefe. Le dicen El Rey de Nueva York.

—Vaya rey. Está intentando obligarme a través de Quentin. —Menos enfadada que antes, Carissa estaba interesada en el giro que había dado la conversación. Las tres eran imbatibles cuando se ponían a pensar juntas.

Mel sacudió la cabeza. —No, es sólo la personalidad de lameculo de Quentin. En el peor de los casos, Lucian ha estado quejándose de tu inasequibilidad y el tonto está intentando tomarse las cosas en sus manos.

—¿Por qué? —Gia dijo la pregunta que Carissa tenía en la punta de la lengua.

Mel miró a su amiga con una mirada cariñosa. —Eres tan mona Gia...y tan jodidamente inocente. Lucian le proporciona a Quentin su capricho personal, una variante europea que dispara entre los dedos de los pies. Le lleva a viajar por el espacio sideral un poco, donde parece un jugador de la NFL y no una tortuga vistiendo un traje.

—¿Cómo demonios sabes eso? —preguntó Carissa.

—Cuando se partió el brazo el año pasado y no podía doblarse, ¿adivina a quién le pidió un pequeño favor? —Mel miró con suficiencia a Carissa. —¿Por qué crees tú que te contrató sin ninguna pregunta ni referencias de ningún tipo?

Carissa sólo podía parpadear. Mel era una persona con más recursos que nadie a quien Carissa había conocido. También era la persona a la que la gente contaba sus secretos más profundos. Eso seguramente era porque nunca juzgaba y si ella te consideraba un amigo, era capaz de pisar las brasas de un fuego por ti, aun si se quemaba.

—Así que aunque pueda usar eso para sacarte de este lío... —Mel la miró.

—Es mejor que nos esperemos a que salga algo más grande. —Carissa terminó la frase “Supongo que no podíamos esperar que todo nos saliera redondo. No podemos luchar contra Calum siendo unas niñas buenas.

Mel sacudió la cabeza. —No, vamos a tener que ensuciarnos un poco.

La cara de Gia mostraba preocupación. —¿Qué tan sucias?

—El tiempo lo dirá, pero no me acuesto con él —dijo Carissa por encima del hombro saliendo por la puerta. —Voy a salir con Lucian para conservar mi empleo y porque nos puede ayudar con nuestros planes.

Ella se detuvo y miró a las chicas.

—Pero... no me olvidaré de que Quentin me obligó a esto. Sea como sea que salga todo, ahora está en deuda conmigo.

...

No estás intentando besuquearme o ir tras mi dinero. Por eso me gustas. No tenemos por

qué ser algo especial, todavía, pero creo que podemos aprender la una del otro. Sé que te hare cambiar de parecer y te gustaré, sólo dame un poco de tiempo. Mientras tanto, déjame darte algo que deseas, algo que yo pueda hacer para hacerte feliz.

Las palabras de Lucian daban vueltas en su cabeza una y otra vez camino a casa. Le parecía sucio y malo aceptar nada de él cuando ella nunca sentiría nada por él más allá de una amistad. Sabía eso en el fondo de su ser. Por eso tenía que hablar con las chicas.

—Un momento. ¿Te dijo que quería cumplir tus sueños y hacerte feliz? Eso es tan... Gia chasqueó los dedos rápidamente buscando la palabra que quería, “Romántico

Con el labio subiéndosele hacia la nariz, Mel se volvió hacia ella. —¿En serio? ¿Esa es la palabra que no podías recordar? —Volviéndose hacia Carissa de nuevo, Mel elevó su dedo índice para señalarse a sí misma. —Yo pienso que esto es lo que se conoce como buena fortuna.

Carissa se mofó, alcanzó su copa y bebió un sorbito. Iba a necesitar varios más. —¿Cómo es esto buena fortuna?

—Venga ya. ¿Cuándo fue la última vez que alguien intentó hacer que se te cumplieran los sueños? Venga, adelante, intenta recordarlo. Yo te espero. —Mel se cruzó de brazos y dio golpecitos al suelo con el pie.

Carissa abrió la boca pero la mano de Mel apareció delante de ella, la palma de la mano plana como un policía deteniendo el tráfico para que los niños del colegio pudieran cruzar la calle. —Ni se te ocurra mencionar a Braeden en la secundaria o te doy una paliza. Estoy hablando de un hombre, no un niño.

—Calum. —Carissa se cruzó de brazos, un reflejo de la postura que había adoptado Mel antes. —Y Lucian vive una vida de criminal, exactamente como él. Excepto que Lucian no quiere sólo acostarse conmigo. Él está buscando una relación permanente. No puedo darle eso. Ni ahora, ni nunca.

—No tienes por qué hacerlo. Puedes sólo salir con él y seguir siendo una perra con él. Si por una casualidad nos ayuda con nuestro negocio y nos ofrece protección contra Calum, puedes apuntar eso en la columna de ganancias. —Mel le ofreció su copa para que Carissa chocara vasos con ella.

—¿Ser una perra? —Carissa no hizo ningún esfuerzo por chocar vasos con su amiga. Sólo le echó una mirada de incredulidad. No podía creer que Mel estaba apoyando esto.

—Está claro que a él le gusta tu forma fría. Nunca vas más allá de ‘Hola’ cuando viene a *Whims*. Quiero decir, a mí me parece bien. Un hombre no es más que un juguete con una billetera para comprarnos cosas bonitas. —Mel apoyó los codos contra el marco de la ventana y miró hacia la calle abajo.

—Y se pregunta por qué Nelly es una come-hombres —Carissa le dijo a Gia. —Esto es en serio. Estoy huyendo de Calum y ni siquiera le puedo decir a nadie como me llamo de verdad Necesito un hombre en mi vida como una bala en la cabeza.

La mirada de Mel se volvió salaz. —Es tan distinto. La bala te puede matar pero siempre puedes decirle a un hombre que te molesta que se vaya a la mierda. Sin embargo, tienen su utilidad y no estoy hablando de la fantasía de genio en una botella que tiene Lucian.

—Mel, no empieces.

—¿Por qué no? Siempre puedes volver a poner el corcho en la botella si se vuelve molesto. —Mel le brindó un guiño exagerado. —Parece que le gustas de verdad.

—Parece querer comprarme —espetó Carissa. —No estoy en venta.

—No, no lo estás —dijo Gia, que había estado callada hasta ese momento, acercándose a sus amigas. —¿Pero qué tiene de malo que él quiera hacer cosas por ti? ¿Qué tiene de malo que te

ofrezca el mundo? Es su manera de cortejarte. Si muestra intenciones poniéndote por delante de todo, ¿cómo es eso algo malo?

—¡Ey, ey! —dijo Mel. —Por fin un poco de sentido común.

—Se dedica a *distribuir* drogas para ganarse la vida. ¿Como puedo ignorar su vida de crimen? —Carissa intentó una vez más. Las paredes parecían cerrarse en torno a ella.

—Bueno, parece que siempre acabamos en el mismo sitio con estos tipos, con esta vida. —Mel miró fijamente su copa. —Tenemos nombres falsos y trabajamos para un proxeneta. Todo por culpa de la misma gente, Calum y Declan DeMateo. No sé vosotras, pero yo estoy harta de huir.

Las palabras de su amiga eran como un acelerante, corriendo para propagar el fuego en las venas de Carissa. Era la verdad. Toda la vida habían estado escapando, sólo para acabar en el mismo sitio, cara a cara con los hombres malos que habían intentado evitar. Quizás Lucian no era diferente pero la manera en que ella iba a tratarle sería diferente. Sólo había una manera de averiguarlo. —Entonces, saldré con él.

Gia miró a Mel y sonrió, luego se volvió hacia Carissa. —Me parece lo adecuado. Él siempre ha sido respetuoso con las chicas en *Whims*. No creo que tengas problema en mantenerlo por la raya.

Carissa afirmó con la cabeza. —Hablando de *Whims*, él dijo que nosotras somos mucho más valiosas para estar trabajando allí. Que nos merecíamos algo mejor que ser explotadas por Quentin. Y tiene razón. Es hora de dar el paso. Hemos aprendido lo suficiente trabajando en *Whims*. Ha llegado el momento de poner en práctica nuestra idea de negocio y abrir nuestro propio local. Estamos listas para eso.

La cara de Gia se frunció. —Si, ¿Pero dónde lo abrimos? ¿Y, cómo lo comercializamos? Hemos hablado de esto pero todavía no hemos llegado.

Carissa giró el cuerpo hacia Gia. —Encontraremos un sitio. Empecemos a buscar mañana. En cuanto al marketing, tenemos contactos y tenemos nuestras bebidas especiales. ¿Tus recetas están listas, verdad?

A Gia se le ocurrió una idea para las copas cuando un cliente pidió absenta mezclada con su bebida. Le dijo que eso le hacía volar. Durante meses ella se había estado aliando con el mesero de *Whims* para crear una colección de bebidas con sabores especiales. Le echaba un preparado especial, un alucinógeno que aumentaba las sensaciones y la adrenalina. Y dado que no se podía encontrar en ningún otro sitio en Nueva York, era el producto perfecto.

—También tenemos un genio que quiere cumplir todos tus deseos. El primero puede ser que financie nuestro negocio —dijo Mel. La mirada intensa en sus ojos, le puso los vellos de punta a Carissa.

Era lo contrario a lo que ella quería. Era lo más alejado de lo correcto, pero era lo que iban a hacer de todas formas.

CAPÍTULO SEIS

Dos años más tarde

—Mierda. —Carissa miró el libro de cuentas y ahogó el deseo de lanzarlo por la oficina. La cantidad obscena de alta le miraba desde el papel fijamente, un objeto feo, como si fuese un grafiti en verde nuclear tóxico. Su factura de champán era una obscenidad de cuatro letras.

—Mi meta en la vida es nunca cruzarme con esa mirada. —Lucian se apoyó en el quicio de la puerta del despacho que ella compartía con Mel y Gia. Su aspecto era que él tenía su sitio allí con ellas, una señal de cómo habían cambiado las cosas en los dos años que habían pasado desde que él se había convertido en su mentor. Su presencia ahora era fuente de sonrisas e incluso gran ternura por parte de ellas.

Su relación se basaba en la confianza, bueno, la confianza que Carissa podía tener en él. Él todavía no sabía su nombre verdadero pero se ocupaba de ella y las chicas.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

—El rato suficiente como para verte fruncir el ceño y tirarte de los pelos un par de veces. ¿Qué pasa?

—As de Picas. —Ella cerró el libro de contabilidad. —Si hiciésemos oro líquido y lo sirviésemos en cálices de platino, sería más barato que esta marca de champán.

Lucian enarcó una ceja. —También mataría a tus clientes. —Se sentó en una silla delante de ella y le tomó de la mano. —Necesito un favor.

Su tono, sombrío y raro, hizo que se le erizaran los vellos del cuello. Era una persona que daba cosas, rara vez pedía nada excepto la compañía de ella. Si ahora estaba pidiendo algo, tenía que ser algo grande. En su corazón, Carissa esperaba poder ser capaz de ofrecerle lo que él le estaba pidiendo, pero a la vez sentía temor. —¿Qué es?

—Necesito que me guardes dos cosas.

Le costó mucho seguir mirándole a los ojos. Él sabía lo que ella sentía sobre las cosas en las que trataba él. Ella odiaba estar cerca de la mercancía de él. Sin embargo, a la luz de las cosas que había hecho él por ella, no podía rechazarle. —¿Durante cuánto tiempo?

—Unas horas. Estoy tratando con alguien nuevo. Este tipo quiere trabajar conmigo, lo ha hecho todo bien, pero no acaba de cuajar. Por si acaso...

Sintió aprehensión en el estómago. —¿Por si acaso, qué?

Él le brindó una sonrisa suave, algo que le emocionó a ella. —No tienes que preocuparte por mí. Nadie se atrevería a meterse con el Rey de Nueva York.

—¿Estás seguro?

Él afirmó con la cabeza, mirando hacia un lado brevemente y ofreciéndole una llave. —Sí, sólo necesito que guardes esta llave. Es la llave de la caja fuerte del loft nuevo. El código de la caja es tu fecha de cumpleaños. Eres la única persona que sabe dónde está. —Se agachó y alzó una bolsa de mensajero. —Esto es un poco de merca. Vendré por ello después de mi reunión.

Los ojos de ella se fueron hacia la bolsa como si fuese algo que iba a cobrar vida y tragarles a los dos.

Los detalles de lo que él hacía siempre eran fuente de ansiedad para ella. Conocía a sus socios y la manera en la cual hacía sus negocios. Ella no quería tener nada que ver con la mercancía. Carissa se puso en pie y rodeó su mesa. Se paró delante de él, colocando la palma de la mano en el hombro de él. —¿Quién es este socio nuevo con el que estás tratando? ¿Por qué tengo que esconder tus cosas?

—Te lo cuento esta noche. Tú, yo y las chicas vamos a desayunar cuando cierre el club, para celebrar la victoria de esta noche.

Ella odiaba todo esto con un sentimiento que amenazaba con ahogarla. Odiaba que él saliese dejándola sola, mirando la bolsa en su mesa. Mas que nada, odiaba no poder hacer nada al respecto.

CAPÍTULO SIETE

—Bueno, señoritas, lo hemos conseguido. —Carissa elevó su copa de champán. —Nos tardamos casi dos años locos de sudor, contratiempos y lágrimas, pero El Coven por fin es un negocio para nosotras.

—Y... no nos matamos entre nosotras. —Gia rió con todo el cuerpo, haciendo que los flecos de su vestido se sacudiesen y bailasen a su alrededor.

Carissa sacudió la cabeza. —No, no lo hicimos. Ahora somos propietarias del local más sofisticado, con las mejores bebidas originales y el DJ más caliente de todo Manhattan. Nuestro esfuerzo se ha visto premiado.

—Claro que sí. ¿No te has enterado todavía? La Trinidad puede hacerlo todo. —El delicado gesto de Mel con los hombros, el brillo en sus ojos y su sonrisa caldearon el corazón de Carissa. Se merecían este momento, este triunfo después de sus tragedias, esfuerzos y años de estrés.

—No puedo creer que ahora nos dicen eso —dijo Gia.

—A mí me encanta —dijo Mel. —Es exactamente quiénes somos—una fuerza triple que te dará una patada en el culo si te metes con nosotras. Además somos dignas propietarias que atienden a gente pretenciosa en Manhattan que harían lo que fuese por ser exclusivos en lo que *fuese*.”

Carissa rió y le dio a Mel un ligero empujoncito. —Estoy segura de que no quieres decir que nuestra clientela es un montón de come-mierdas, engreídos y clasistas.

—No digo nada, y nuestro benefactor está de acuerdo. Fijaros en Lucian. No me puedo creer lo suave que es con ellos después de las cosas que nos cuenta.

—No sé cómo lo consigue —dijo Carissa.

Lucian se giró y les brindó una sonrisa. ¿Quién se podría creer que el hombre era el traficante de drogas más grande de toda la isla de Manhattan?

Carissa no podía creer que él seguía queriendo ayudarlas, incluso después de que ella le había dejado claro que entre ella y él nunca habría nada romántico. Pero se había quedado, convirtiéndose en amigo, protector y más importante todavía, mentor. Había presentado a las chicas a la alta sociedad de Manhattan y sus aliados, y las había instruido en aspectos de negocios.

Ellas se habían mantenido lo más lejos posible de su lado más escabroso pero estaban lo suficientemente cerca como para realizar conexiones.

—Venga, chicas. Sumémonos a la fiesta y hagamos que estos mierdas pidan copas —susurró Mel.

—Recuerda animarlos a que beban Ace of Spades. Esta mierda es demasiado cara. No sé por qué tuvimos que comprar tanta —murmuró Carissa.

—Porque cuando estás en la ciudad de los pretenciosos, tienes que servirles mierda pretenciosa y cobrarles el triple. —Mel guiñó un ojo alejándose.

Gia movió la cabeza en una afirmación mientras le decía a Carissa. —Ella tiene razón. Si no cuesta tanto como alquilar un loft en el East Side, ellos no se lo toman.

Veinte minutos más tarde, Carissa estaba casi sin tolerancia y sus nervios destrozados. La sed emocional de estos invitados ricos y poderosos la dejaba sin aliento en una sala más grande que una cancha de baloncesto.

Escapó al tejado. Nadie la molestaría ahí mientras la fiesta seguía a todo gas abajo. Una vez afuera al aire libre, se apoyó contra el parapeto y respiró.

Tras ella, la puerta de metal de la salida al tejado rechinó. El miedo le tensó el pecho y la tensión se apoderó de las paredes de su estómago. Incluso ahora después de todo el tiempo que había pasado, medio esperaba que apareciese Calum a cada vuelta, cada esquina, en cada rostro.

Relájate, Carissa.

Ella intentó no mostrar miedo, se retiró contra el borde y se giró.

Alec McLean estaba parado delante de ella a unos metros.

Su corazón explotó, acelerándose más y más deprisa. No podía pensar y su mente se negó a echarle un salvavidas.

Es el diablo más bello que he visto en toda mi vida. Desde sus pantalones blancos, de corte europeo, al blazer, y su cabello color miel rizándose al cuello, era una criatura bellísima que iba por su alma.

Carissa rezó por ser capaz de resistirle.

Él parecía estar a gusto, su mirada descansando en el rostro de ella como si estuviese esperando que ella le recordase. Luego, sonrió —agradado sin duda— con sus hoyuelos y sus ojos.

—Hola Carissa o, ¿prefieres Isabel? ¿Recuerdas que te dije que iría detrás de ti? —Su nombre se le escapó de los labios, un susurro que recorría la piel de ella, dejando una estela febril a su paso. No tenía miedo. No, no era sólo el miedo abriéndose paso en ella. Su conciencia de él borró cualquier otro pensamiento.

La brisa rebotaba de la chaqueta de él y cargando su olor, el del mar. Su sonrisa la tentó y se burló de ella. Estaba de vuelta en Miami, en la noche que había pestañeado y flirteado libremente con el hasta que empezaron los disparos de la metralleta, que les había hecho tener que salir corriendo. Entonces no había sabido lo peligroso que era este hombre.

Ahora si lo sabes.

Ya no era esa niña ingenua. Los hombros echados atrás, la barbilla alta y el acero en su columna, le sonrió, la nueva Carissa.

—Hola, Alec.

Un rápido destello de sorpresa brilló en los ojos de él. —Te acuerdas de mí.

Su tono suave le destrozó los sentidos. ¿Era capaz de ver lo nerviosa que estaba?

Ella le devolvió la sonrisa. Bueno, eso es lo que intentó. *Finge hasta que la cagues, Carissa.* “No debería sorprenderte. Los McLeans, tú en concreto, son bien conocidos.

Él franqueó el espacio que les separaba. —Entonces espero ponerme cómodo, cariño.

Oh.

Temblores, tiritonas, todo lo que podía hacerlo, le sacudió el cuerpo, quedándose en partes que ella se negaba a reconocer. Las manos sueltas a sus costados, la sonrisa de diablo, sus ojos, el ángulo de su cuerpo... este encuentro no era una casualidad.

Puede que el sea Alec McLean, de los McLean de California, pero El Coven era territorio de Carissa. Aquí, ella dictaba las reglas, aunque tuviese la jugada en su contra. Las puntas de sus dedos eran firmes en el brazo de él. —No he dicho que estuvieras invitado.

Los ojos de él se agrandaron, su mirada yendo hacia la mano en su bíceps, descansando allí, luego ardiendo en el rostro de ella, vivo e intenso.

El calor explotó y se difuminó en su vientre. Ella se inclinó hacia atrás una milésima de centímetro. Las alarmas se dispararon en su cabeza y destellaban mensajes de peligro: *Muy por encima de ti, chica, retrocede.* Los dedos de ella se deslizaron por el brazo de él; ella rezaba por que él no pudiera ver, percibir, sentir el repiqueteo de sus huesos, sus rodillas chocando entre sí.

—Creo que estamos más allá de invitaciones, Carissa. —La manera en que decía su nombre— con un énfasis en cada sílaba, acariciando cada S—le hizo chocar el corazón contra las costillas.

Oh, mierda, mierda, mierda. —¿Por qué? ¿Por qué nos vimos una vez en un club de Miami hace casi dos años? —Ella terminó con una sonrisa que era como una palmadita en la cabeza de él. Al menos eso es lo que ella pretendía.

—Un año, once meses, dieciséis horas, para ser precisos. —Él deslizó un dedo por la mejilla de ella.

La sonrisa se disipó en los labios de Carissa. La música se había detenido. Era el momento en que esta jugadora se alejase de la pista de juego.

—Vaya, eso es... muy preciso. —El hielo le recorrió la columna vertebral y ella elevó la barbilla hasta que sus rostros estuvieron a la misma altura y cercanos. —¿Siempre buscas a chicas que conoces en clubes? Eso debe ser un esfuerzo considerable.

Él dio un paso atrás y ella sintió el alivio recorrer su cuerpo. Se sentía bien recuperar el aliento y no sentirse atrapada. Su alivio desapareció con la misma rapidez que había aparecido. El rostro de él adquirió una mirada dura, la calidez de su mirada se había desvanecido.

—No, para nada. Sólo las chicas que tienen información que yo necesito. Tenemos gente en común que necesitamos comentar.

—Oh. —Por alguna razón absurda, algo parecido a la desilusión se apoderó de su pecho. —¿Cómo quienes? Yo soy de un pequeño pueblo de Maryland y tú eres el poderoso Alec McLean de California.

—Tu amigo Braeden, por ejemplo. ¿Sabías que había estado trabajando para mí?

La piel en el dorso de su cuello le picaba y Carissa presionó la palma de la mano contra el parapeto. El nombre de Braeden trajo consigo una nueva oleada de dolor, un recuerdo de que ella todavía tenía una cuenta que saldar en su memoria. —¿Brae trabajaba para tí?

—Sí, lo siento. Sé que le apreciabas mucho. —La mirada de Alec estaba fija en la cara de ella.

La palabra *apreciaba* destacó, y Carissa tragó. —Hablas de él en pasado. ¿Cómo sabes que está muerto?

¿Había estado equivocada todo este tiempo? ¿Lo habían matado los McLean y no Calum?

Él estiró un brazo para tocar su mano, los dedos largos cerrándose entorno a los de ella. —No lo maté, pero creo que murió a causa de su conexión conmigo y, de manera indirecta, contigo.

—Calum... Él... —La voz de ella tembló con todo su cuerpo.

El rostro tenso, la mano de Alec se cerró entorno a la de ella. —Los DeMateo mataron a Braeden porque él tenía algo que les podría destruir. Algo que pertenece a mi familia, a mí. Estaba trabajando en hacer que lo tuviese, pero dijo que tenía que hablar con su mejor amiga sobre eso.

Las palabras le dejaron sin aliento. Tan de repente que casi se dobló. La carta de su padre. *No era mi intención quedármela, sólo protegerte*, decía la nota de Braeden. Ella percibía calidez en los ojos de Alec, pero no sabía si podía fiarse de este hombre. ¿Debería decir algo? Se llevó una mano al cabello.

—Brae era discreto. Ahora lo entiendo todo. Él fue la persona que me compró el billete de avión y quién recomendó el club en Miami. Cuando regresé a casa, estaba muerto en su cuarto.

De nuevo, vio los ojos de Braeden, la luz en ellos apagada, y su aliento se contuvo.

Alec le dio un tironcito suave a su mano, obligándola a prestarle atención. —¿Cómo saliste de la ciudad? ¿Sin que nadie te viese?

—Calum creía que yo seguía en Miami. Me llamó mientras estaba en el apartamento mirando los ojos muertos de mi amigo. —Ella tenía que dejar de hablar, pero no parecía ser capaz. —Sabía que tenía que irme. Sabía que él había sido. Tenía que irme antes de que ellos volvieran.

—¿Por qué te llamó? —preguntó Alec.

La voz de él se abrió paso en la niebla mental de ella. Había contado demasiado. —Me tengo que ir. Mis amigas me estarán buscando —dijo ella con la voz rota, ya buscando su ruta de escapatoria para encontrar a Gia y Mel. Tenían que irse. Ella tiró de su mano, salió corriendo por la puerta y bajó los escalones deprisa y corriendo.

Él la alcanzó a medio camino por las escaleras y la agarró del brazo. —Por favor habla conmigo Carissa. Yo puedo protegerte.

—Uno, no me llames por ese nombre en público y dos, no necesito tu protección, Alec —dijo ella con suficiente veneno como para hacerle echarse hacia atrás. —No soy una de esas mujeres que se lanzan a los pies de un hombre para que la protejan. Yo me aguanto sola. No te conozco. No sé qué, si es que hay algo, que te hace ser diferente a Calum.

El rostro de él se ensombreció, lanzando flechas de miedo en el corazón de ella. —Nunca me compares con Calum DeMateo.

Los segundos se pasaban y él permanecía con la mano aferrada al brazo de ella. Parecía listo para matar.

—Suéltame —espetó ella. —Ahora.

Él parpadeó unos momentos, luego soltó el brazo de ella. —Aún tenemos mucho de qué hablar.

Ella se frotó el lugar que habían apretado sus dedos, como si fuese capaz de borrar la sensación de su tacto. —Ahí es donde te equivocas. No tenemos nada de qué hablar.

Carissa bajó el resto de los escalones, sin volverse a mirar atrás. Se encontró con Mel al fondo de las escaleras, hablando con un hombre de cabello oscuro. Los ojos de ellas se encontraron y Mel miró a ver a Alec arriba de los escalones. Mel se despidió del hombre.

Encontraron a Gia con la hermana de Mel, Nelly, y el cabecilla de la banda de Nueva York, Los Salvajes.

—Los McLean no figuraban en la lista de invitados —dijo Carissa. —¿Quién los trajo?

Hector enseñó las manos. —Vinieron con uno de los invitados.

—¿Quién? —preguntó Mel.

—Quentin. Él los trajo.

Carissa miró a Mel y Gia. Quentin, el viejo jefe de ellas, las había traicionado. Un segundo pasó y Mel habló. —Hector, tráenoslo. Llámanos cuando lo tengas. Yo le explicaré a Lucian.

Hector afirmó con la cabeza.

—¿Qué es lo que acaba de pasar? —preguntó Gia el instante en que se cerró la puerta de la limusina. Carissa miró hacia atrás, medio esperando ver a Alec McLean corriendo tras el vehículo a pie. Sus dos amigas la miraban con expresiones de preocupación pero también de curiosidad.

—Está aquí por mí. Sabe lo de Brae. —Era tan ridículo que ella quería reírse, excepto que no era gracioso. Demasiadas casualidades juntas estaban a punto de destrozarse su vida.

—¿Cómo es que sabía eso? —preguntó Gia.

Carissa sacudió la cabeza y cerró los ojos respirando hondo. —Braeden estaba trabajando para los McLean. Todo tiene sentido. ¿Se acuerdan? En sus últimos días se volvió muy cerrado guardando secretos, obligándome a jurar que si algo pasaba, que yo agarraría lo que estaba en la caja fuerte y que me iría de la ciudad. Dijo que teníamos que hablar cuando yo regresara.

—Lo recuerdo —dijo Mel. —¿Pero cómo demonios conoció Brae a Alec McLean? ¿Dónde?

Sin saber, Carissa se frotó la piel de su codo, todavía sintiendo la mano enorme de él

rodeándole el brazo. Su tacto había sido firme pero suave. Había sido un contraste con la intensidad de su mirada cuando él le había pedido que se quedara y hablara. Se le puso la piel de gallina, y su cuerpo era un campo sembrado de minas.

—Está decidido a hablar conmigo. Dijo que Braeden tenía algo que podría destruir a Calum. Yo sé que se refería a la carta. Quizá Braeden le iba a dar la carta después de hablar conmigo.

Gia inspiró. —¿Le dijiste que la tienes tú?

—No, pero tiene que saber que la tengo. Me siguió por las escaleras y me entró el pánico. —Ella se llevó la mano al cabello. —Alec dijo que Calum había matado a Braeden porque estaba informando cosas de Braeden a Alec.

—Jesús. Braeden no era tan astuto. ¿Cómo diablos logró eso? ¿Y cómo sabemos nosotras que Alec no ejecutó a Braeden? —Mel se frotó la frente como si intentase borrar su preocupación.

—Yo pensé lo mismo, pero Alec me aseguró que no lo hizo, y yo sé—se señaló el corazón con el dedo—“que Calum mató a Brae. También tiene que ver conmigo. Braeden me estaba protegiendo. Yo era el ratón atrapado en la guarida de la pitón.

Gia se frotó las rodillas. —Así que, hablemos de lo que sabemos. Los Salvajes están de nuestra parte. Lucian se ocupará de eso. Esa víbora Quentin está acabado. Y no podemos escondernos de los McLean para siempre. Necesitamos un plan, rápido.

—¿Cuáles son nuestras opciones reales? —Preguntó Carissa mirando a una amiga y después a la otra. —Siempre podemos ignorar sus peticiones, mantenernos lejos de ellos, y seguir con nuestro negocio como hasta ahora. Tenemos contactos. Con el Rey de Nueva York a nuestro lado, Los Salvajes y todos sus aliados estarán de nuestra parte. Ellos mandan en Manhattan, no los McLean.

Mel se movió en su asiento. Su mirada se dirigió al espacio a su alrededor unos segundos antes de posarse en Carissa. —Sí, pero tenemos que considerar esto desde todos los ángulos. Realmente no podemos permitirnos convertir a los McLean en enemigos, pero no podemos dar la sensación de que les tenemos miedo tampoco. Tenemos que encontrar una manera de darle largas a Alec.

—No va a esperar mucho. Quiere liquidar a Calum.

—Que espere su turno —dijo Gia, golpeando el asiento con su mano.

Treinta minutos más tarde, estaban las tres sentadas en el sofá de su sala. Carissa tenía un bolígrafo y un cuaderno. Las tres se pusieron a trazar un plan.

—¿Qué pasa si Carissa se niega a reunirse con él? —preguntó Gia.

Él la había encontrado después de una sola noche en Miami hasta Nueva York sin saber su nombre completo siquiera. —Eso no va a funcionar. Él no lo toleraría. —Ella odió la resignación en su voz, como había odiado la emoción que sintió al verlo de nuevo.

Carissa se frotó la cara con la mano y suspiró. —Realmente no hay manera de darle la vuelta a esto. Tendré que sentarme y conversar con Alec.

—Tenemos que averiguar si nos podemos fiar de él o si él es otro Calum —dijo Gia.

—No te atrevas a decir eso delante de él. Me parece que odia a Calum tanto como nosotras. Sugerí que él no era muy distinto de él y me dio la sensación que la única razón por la cual no me hizo daño es porque soy una mujer.

—Bueno, pues reúnete con él. Ya sabemos que le gustas. —Mel movió las cejas como un villano en una película antigua. —Te pones toda Carissa con él. Ya sabes, toda fría y mala como que realmente no te gusta, y te sacudes la melena mucho. Quizás coquetear al estilo Miami de hace un millón de años.

—¡Mel! —Gia miró fijamente a su amiga.

—No estoy sugiriendo que se acueste con él, pero, el tipo está bueno. Y esta loco por ella, y ella sueña con él cada noche. —Gia la miró con la boca abierta hasta que Mel dijo. —Cosas pasan cuando dos adultos, que se atraen, se reúnen de nuevo. Sólo estoy diciendo lo que pasa.

La boca de Carissa se había secado para cuando llegó a terminar la frase. Ella y Alec McLean de la mirada intensa y los labios sexy. Sus manos grandes recorriendo su cuerpo. Ella sacudió la cabeza violentamente para borrar las imágenes. —Nada de sexo. Él es peligroso.

—Tendría que ser un momento de aquí te pillo y aquí te mato —concedió Mel. —Quiero decir que no puedes involucrarte en serio con esa clase de hombre.

Las imágenes en la mente de Carissa la estaban liando. No necesitaba esto. Lo que estaba en juego requería una cabeza serena.

—Para.

Los ojos de Mel brillaban. —Bueno, entonces esperemos que nos llamen. Ya sabemos todas que es lo que va a pasar. Mientras tanto, tú pones al día a Lucian y yo hablaré con Nelly. Ella tiene que empezar a llevarse bien con todos sus amigos nuevos en Los Salvajes. Vamos a necesitar toda la fuerza que podamos reunir.

Había tantas cosas circulando en la mente de Carissa. Corrección—había una cosa circulando en su mente en vía rápida: Alec McLean estaba en Nueva York.

A causa de ella.

CAPÍTULO OCHO

El zumbido del teléfono la sacudió y se levantó. Encontró el objeto ofensivo cerca de su almohada y con el pulgar barrió el ícono de respuesta.

—¿Lucian? —La palabra, su aliento temblón, volaron de su boca. Con la mirada puesta en la mesa de noche, dejó que sus pies descendieran al suelo. Se masajeó su corazón que latía intensamente. Un teléfono sonando en medio de la noche sólo era malas noticias, tales como que la abuela no había sobrevivido o que el pendejo del pueblo quiere salir contigo otra vez y mató a tu amigo para conseguirlo. —¿Lucian? —Sin respuesta, sólo respiración al otro lado del teléfono “No juegues conmigo. Odio cuando la gente gasta este tipo de bromas.

Todavía sin respuesta.

—¿Lucian?

—Hola, vieja amiga. ¿Me has echado de menos?

La sangre se le heló en las venas. Calum. El suelo se movió bajo sus pies y cayó encima de la cama. Repasó la habitación con la mirada. ¿Estaba él aquí, dentro del apartamento, en alguna parte?

—Tenemos muchas cosas en las que ponernos al día, cariño —habló suavemente Calum. —Primero, hay este pequeño asunto de ti saliendo con Alec McLean. Segundo, tu amiguito o socio de negocios o tu coge-y-deja?

Los dedos de ella se aferraron al celular hasta que le dolían los nudillos, y de alguna manera encontró sus palabras. —¿Qué le has hecho a Lucian?

—Ella habla. —Calum rió y acto seguido hizo chasquidos con la lengua. —Sabes, te portaste muy mal conmigo alejándote sin llamar nunca. Me dejaste plantado en nuestra cita, me mentiste. Luego te liaste con un nuevo grupito de chicos malos... —Silencio reprimido llenó el aire—. Cómo este supuesto Rey de Nueva York.

Las palabras traspasaron su esternón para clavarse en su corazón. Lucian era inocente en todo esto. —¿Qué le hiciste? —chilló Carissa.

Pero ella sabía. Sabía.

Su puerta se abrió violentamente y Mel estaba parada allí, los ojos grandes como platos. Carissa señaló al teléfono.

—Cuando se calmen las cosas, y tú te salgas de la mierda en la que estás a punto de ahogarte, vuelve a Eden Rose. Entonces podremos hablar de nuevo, pero vas a tener que ser muy convincente. Trae tus rodilleras. Vas a tener que trabajar para que yo te perdone. —El tono glacial de Calum le pellizcó la piel.

—Jódete. Nunca volveré. —El veneno recubrió sus palabras de la misma manera que el dolor recubría su corazón.

La risita de Calum era un sonido desagradable, como el chillido de una rata en el metro. —Lo harás. Porque al igual que fuimos por el añorado Lucian, podemos ir por la dulce Nelly o Gia o incluso tu apreciada Mel. Mi hermano, Declan, se muere por reunirse con las tres. Se muere por saber si Nelly es tan dulce como antes.

La línea se quedó sin sonido. La presión en el pecho de Carissa aumentó y ella se desplomó hacia delante, jadeando.

Mel la sacudió. —¿Qué pasa?

—Está muerto —sollozó ella. —Lucian está muerto. Calum lo mató.

—No. —Mel sacudió la cabeza, agarrando los hombros de Carissa con fuerza. —No, no es posible, Lucian tiene guardaespaldas y a Los Salvajes. Calum sólo te está intentando meter miedo.

—Dijo que cuando las cosas se calmaran, yo necesito ir con él o vendrá tras de ustedes. No puedo dejar que haga eso.

—¿Qué cosas se tienen que calmar?

—No lo sé. —Se apoyó contra el pecho de Mel y sollozó.

Calum vendría por ella, y no había nada que pudiera hacer.

Lucian. Sólo hacía unos días, él le había dicho que estaba negociando con un nuevo socio.

—La bolsa. —Se salió del abrazo de Mel y se puso en pie de un salto. Había metido la bolsa de él en su armario cuando llegó a casa. —Tenemos que sacar la bolsa de Lucian fuera de la casa. Calum dijo que cuando yo salga de esta...

—Déjame ir a por mi chaqueta. —Mel se fue corriendo a su cuarto.

Carissa se puso la primera chaqueta y zapatos planos que pudo encontrar. Se colocó la bolsa de mensajero de Lucian por el hombro y se fue corriendo a la sala, donde estaba Mel y las dos bajaron por las escaleras. Fuera del edificio y en la acera, se abrieron paso de entre los chicos que normalmente estaban allí afuera.

Pero esta noche, había un grupo incluso más grande de gente delante del edificio.

—Alguien ha dejado un cuerpo allí fuera —susurró alguien.

Algo fuerte, como un puño se cerró entorno a la tráquea de Carissa. *Por favor, Dios. Por favor Dios. Por favor Dios. Que no sea Lucian.*

Un segundo, estaba detrás del grupo de personas y no podía ver nada excepto las espaldas de la gente, y al siguiente, estaba en primera línea. Lucian estaba apoyado contra la pared de su edificio. Al lado de él, pintado en la pared en verde, había un mensaje.

—Vuelve a casa y se acaba todo esto.

Por tercera vez en su vida, Carissa miraba fijamente los ojos muertos de un ser querido. Una mano cálida le tocó el brazo. Ella dio un respingo como si le hubiesen quemado. Mel tenía lágrimas en los ojos. Carissa abrió la boca, pero el sonido de sirenas llenó el aire. Azul alternándose con rojo tiñó la manzana.

La gente se escabulló, desapareciendo en todas las direcciones. La mente de ella le gritaba que tenía que hacer lo mismo. En vez de eso, miró a Lucian una vez más, las paredes, el mundo, todo colapsándose por encima de ella.

Corre, Carissa.

Carissa se quedó parada. No podía oír lo que Mel parecía estar gritándole.

Se quedó como una muñeca de trapo mientras su amiga agarró la bolsa de mensajero colgando de su hombro y la lanzó a los pies de Lucian.

La pared de piedra fue el foco de la mirada fija de Carissa durante una hora, pero ella no encontró respuestas ahí. La luz fluorescente brilló en su rostro. No podía parpadear o contrarrestarla. El frío de la mesa metálica en la sala de interrogaciones le penetraba la piel pero eso no le molestaba. Carissa sólo escuchó una cosa.

—No digas ni una maldita palabra. No es tu bolsa, digan lo que digan.

Las palabras de Mel eran como una canción interminable, un disco rallado en su cerebro. Carissa se enfocó en eso hasta que se volvieron algo tan natural como el respirar. Mantenían a raya la única frase que atentaba contra su cordura. *Calum la había encontrado.* Mató a Lucian por ella. Cada vez que pensaba en su amigo que se había portado bien con ella, quería arrancarse cada cabello de la cabeza y gritar hasta caer extenuada.

—¿Carissa? Tiene que hablar con nosotros —dijo Placa 2753 por séptima vez esa noche.

El uso de su nombre verdadero, no el que tenía en su identidad falsa, le envió temor por las venas corriendo como una rata de laboratorio en un laberinto. Sabían quién era ella. ¿La enviarían de vuelta a Eden Rose? Calum era el dueño de la policía allí. Iría por ella. Ella estaría inerte en sus manos, sin que nadie la pudiera ayudar.

Piensa, Carissa. Ella siempre podría intentar llegar a un acuerdo con la carta de su padre. Detallaba muchos de los crímenes de Calum. No, no tenía pruebas. Era la palabra de un muerto, las palabras de un criminal. Incluso podrían pensar que era falsa. Calum tenía influencias y dinero. Ella no tenía nada de eso.

Bueno...

¿Y los aliados de Lucian? Ella conocía a la gente que trataba con él. Tenía su contrabando más nuevo de fármacos mejorados y los nombres de sus proveedores extranjeros. Podría hacer un trato para salir de la cárcel y estar más lejos de Calum.

Pero ella odiaba ese negocio. No quería tener nada que ver con eso. Era una situación sin salida. Pero ella sobreviviría...

—Carissa, ¿sabes que irás a la cárcel si no hablas con nosotros? Hemos encontrado muchos tipos distintos de drogas ilegales en la bolsa que tú llevabas. Podrías estar encerrada mucho tiempo. Piensa en eso. Ayúdanos a ayudarte —dijo Placa 2753 en un nuevo intento. Con su chaleco de lana espeso y los círculos oscuros bajo los ojos, parecía un mapache en un cuento de niños.

No podía ir a la cárcel. Tampoco podía delatar a nadie. Si hacía eso, se convertiría en una diana para la gente de Calum y los contactos de Lucian se pondrían nerviosos, preguntándose qué es lo que ella le contaría a la policía. Realmente, sólo había una salida.

—Esa bolsa no es mía.

—Su abogado y la *ayudante* están aquí —dijo alguien desde la puerta. Placa 2753 tiró las manos al aire y salió de la sala dando zancadas.

Un hombre mayor, pálido con una calva y una nariz que entró en la sala dos segundos por delante de él, entró con un maletín en la mano. Mel entró en la habitación justo tras él y se fue corriendo hacia Carissa. De manera que sólo ella podía oírla, dijo entre dientes, “No digas ni una palabra sin hablar con el abogado. Lo saben todo. Consiguieron tu nombre por las huellas dactilares.

Carissa abrazó a su amiga y susurró, “dile a Quentin que te ponga en contacto con los aliados de Lucian. Diles que sé dónde está el depósito de merca grande y que estoy dispuesta a negociar. La llave está en la caja fuerte, Mel.

Mel se puso rígida en los brazos de su amiga. Se retiró y miró a Carissa a los ojos. —¿Estás segura?

—No hay vuelta atrás. Si yo delato, todo el mundo vendrá tras de mí. Si no lo hago, Calum me atraparé. La única manera de seguir viva es ocupar el lugar de Lucian.

El temor apareció en los ojos de Mel. —Esta bien. James está fuera. Me ha pedido que te diga que te van a acusar de posesión de drogas ilegales con intención de venta, pero tú no tenías la bolsa. Una vez que veas al juez el lunes, pagaremos la fianza y vendrás a casa. Estarás protegida aquí dentro. James se asegurará de eso.

Lucian siempre había predicado la importancia de tener un policía en el bolsillo.

—¿Cómo está Gia? ¿Dónde están ahora? —preguntó Carissa, el pánico empezando a penetrar su pecho ante la idea de que Calum podría dar con ellas. —Por favor, no vuelvan al apartamento.

—Shhh, no te preocupes por nosotras. Nos estamos quedando en el Bronx con el novio de

Nelly. —Mel miró claramente a los ojos de Carissa. La banda de Los Salvajes era temida en los cinco distritos de la ciudad de Nueva York. El mejor sitio para estar era bajo el paraguas protector de ellos. —Nadie puede ir por nosotras ahí. Tenemos eso a nuestro lado.

Carissa afirmó con la cabeza. —Prométeme que van a tener cuidado.

—Te lo prometo. Ahora habla con tu abogado y yo iré a hacer lo que me has pedido.

—Tu falta de auto-control es legendaria, hermano. —El tono de Sebastián, al igual que la mirada en sus ojos, estaba en modo de queja.

Alec se sirvió un whiskey en la barra de ébano en la suite de su hotel. Tendría que felicitar a los empleados por acordarse de su marca favorita, Macallan 18. El roble era rico y ahumado y eso le quitaba hierro a su encuentro fallido con Carissa.

Había dejado el club poco después de que ella se le escapara y volvió al hotel discreto del Upper East Side de Manhattan. Era su lugar favorito donde quedarse en la ciudad, con su aspecto de edificio residencial, vistas de Central Park, y decoración ecléctica. La suite de Alec estaba decorada en texturas y tonos grises, con manchas de color y superficies de madera—una atmósfera cómoda en la que relajarse después de terminar con los negocios.

Había planeado sentarse al lado de la chimenea para contemplar la reunión con ella. Había esperado casi dos años para este momento. Carissa había excedido sus expectativas. Su atracción no era algo en su memoria, y tampoco lo era el acero. Ella no había mostrado miedo, aún ante ser sorprendida. Al igual que su primera pistola, una Beretta 92, ella era bella, pulida y mortal.

En vez de ponderar su siguiente paso con ella, estaba escuchando a Sebastián y su cantinela. Su hermano abrió la boca una vez más, pero Alec le silenció con una mirada. —Bas, he cambiado de parecer y le pedí a Leo que volviera a casa para ocuparse de las cosas mientras estoy aquí tratando la situación.

—No es el lugar para tu amigo. Es negocios de la familia. —Con los labios aplanados y las aletas de la nariz abiertas, no había ninguna duda en el tono reprobatorio en la voz de Sebastián.

La tensión se hizo notar en la columna de Alec, y durante un instante su mirada permaneció contemplando el líquido oscuro que tenía en su vaso. —Leo *es* familia.

Sebastián se ruborizó desde la base del cuello, al rostro, al borde de su cabello que estaba peinado a la perfección. —Claro que lo es. Mi comentario tenía más que ver con el hecho de que tú eres la cabeza de la organización y deberías ser el que estuviera allí, manejando la situación.

Alec permaneció sentado, a pesar de los agujijoneos en su cráneo. Tenía que terminar con la actitud de su hermano mayor antes de que eso le agotara la paciencia.

—Ya veo. No estás cuestionando las habilidades de Leo sino mi juicio. —Los labios de Sebastián se separaron un poco, pero Alec siguió dándole vueltas al líquido en su vaso con un interés renovado, como si el vaso contuviera las palabras que estaba buscando. —Envié a Leo a casa porque tengo fe implícita en sus métodos.

—¿Por qué has de retorcer cada palabra que digo, Alec? —Las aletas de la nariz de Sebastián se agrandaron otra vez, sus manos empuñadas a sus costados. —No estoy diciendo nada sobre Leo. Tu amistad con él es sagrada. Lo sabe todo el mundo. Sí, estoy cuestionando tu juicio. Esto no es tu negocio particular sino el de la familia. Tengo derecho a mi opinión o ¿has cambiado eso sin que yo lo supiera?

Alec se movió en su asiento. —Nada ha cambiado.

—Si yo no considerara que Leo es capaz, no habría sugerido que él y yo seamos socios. —La mandíbula de Sebastián se movió adelante y atrás, y durante un breve instante, desvió la mirada,

mirando el suelo. —Tu lealtad a él te ciega. Ni siquiera te fías de tus hermanos tanto como de él.

Alec presionó el vaso contra su frente. —Bas, esto no era sobre ti o sobre si me fío de ti o no. Yo necesito tratar con Carissa por mi propia cuenta. Noah llegará esta noche y los tres podemos tratar la situación actual.

Sebastián afirmó con la cabeza, la mirada penetrante. —Podremos manejar esto, siempre y cuando muestres alguna consideración por nuestras opiniones. Necesitamos tomar decisiones juntos. Hay ocasiones en que tus métodos son demasiado duros. No queremos asustar a Carissa. Ya se escapó una vez.

Alec ahogó el deseo imperativo de entornar los ojos. Su hermano se quejaba como una novia insegura de secundaria. Sebastian todavía no había superado que Alec eligiera a Leo como su mano derecha. La decisión afectaba cada interacción entre los dos. Emitió lo más cercano a una disculpa que Sebastián iba a obtener de él.

—Te garantizo, hermano, asustada es lo último que siente Carissa Elliott en este momento. —Hizo una pausa para llevar el vaso a sus labios y sorber un poco de líquido. —Los Salvajes apoyándola podría complicar las cosas para nosotros. Por lo que Leo ha podido averiguar de ese lameculos Quentin, todo lo que hacen esas tres mujeres es algo estructurado, informado y meticuloso. Muy como nosotros mismos.

Sebastián bajó la barbilla y elevó la mirada hacia Alec. —¿Cómo así? ¿Tenían un plan las tres que Carissa rechazaba para actuar bajo sus propios impulsos?

Alec le dirigió una mirada hasta que su hermano desvió la mirada. —Sarcasmo hermano, no te sienta bien. Yo hice lo que me pareció lo más adecuado. Necesitaba sorprenderla, arrinconarla, para calibrar con quién estoy tratando. No hay manera en que ella pueda ocultarse ahora. No le conviene dar la impresión de que tiene miedo de hablar con nosotros. Que no te quepa duda que yo propagaría ese rumor si ella me obliga.

—Tu manera de actuar no era correcta, era auto suficiente. —Sebastián retiró una pelusilla de su chaqueta hecha a medida. —Actuaste más con interés personal. Ella no está aquí para tu entretenimiento. Puede ser la clave al asesinato de Sheldon.

La presión estalló en el pecho de Alec y se puso de pie de golpe sin pensar. Sebastián por fin había ido demasiado lejos. Se obligó a mantener la calma—pero en vez de eso, puso el vaso en la mesa en un golpe brusco y dio un paso hacia su hermano. —Sebastián, me gustaría recordarte que no eres el único que perdió un hermano ese día. Noah y yo también lo perdimos —dijo mascullando las palabras. —Aunque lamento ponerme así contigo, tu insistes transitar por esta vía, lanzando palabras que no tienes derecho a decir. Puede que yo tenga un interés especial y personal en Carissa, pero eso es problema mío mientras le sirvo a los motivos de nuestro negocio.

Aunque habló en un tono serio Alec mantuvo su distancia. —En últimas instancias yo soy el cabeza de esta familia y tomo la decisión final. Si me parece que hay que cambiar nuestros planes, lo haré.

Las manos de Sebastián se flexionaron y se hicieron puños otra vez y tragó de forma audible, haciendo que Alec se preparase para lo que fuese que iba a escapar de la boca de su hermano. —No tienes que recordarme mi sitio, Alec. Soy muy consciente de tu posición. Meramente señalo que puedes cazar más abejas con la miel proverbial en vez del vinagre de tus métodos explosivos. —Habló como si tuviera que sacar las sílabas una por una con una retroexcavadora.

Alec respiró. Tenía que terminar con esta conversación. —Puede que haya sido impulsivo en mi decisión de venir a Nueva York. No vamos a pasar más rato llorando sobre lo que pasó. Necesitamos un plan para seguir adelante.

El ambiente en la habitación se podía cortar con un cuchillo.

—Aislamiento —dijo Sebastián por fin, soltando aire largamente.

—¿Qué estás pensando?

—De todo lo que hemos aprendido, estas tres mujeres dependen la una de la otra para su fortaleza y protección. Si somos capaces de separarlas”—Sebastián hizo una pausa para brindarle a Alec su mirada engreída de mejor idea—“podemos interrogar a cada una y ver lo que saben.

La ira se evaporó con la misma rapidez con que había aparecido, dejando a Alec sonriendo. Éste era el Sebastián que él necesitaba, con su mente en la jugada y con la estrategia en primer plano en sus pensamientos. —Tu mente, hermano. A veces envidio su brillantez. —Le dio unas palmaditas al hombro de Sebastián con orgullo. —Tiene que suceder de forma natural, de manera que no las haga sospechar nada. Si se percatan de algo, nos dejarán fuera.

—Llama a Carissa y consíguenos una invitación personal a su club —dijo Sebastián, moviéndose hacia la ventana. —Noah puede entretener a Gia. Intentar volver a encender la llama de su atracción. Le encantará esa tarea. —Sebastián hizo una pausa, chasqueó los dedos y se giró para ponerse de cara a Alec. —Yo puedo distraer a la bella Mel.

—Es una buena idea, pero ¿estás seguro? No es necesariamente tu tipo. —Alec quería reír ante la idea de su hermano tan educado y la impetuosa amiga de Carissa.

—Es sobre negocios, no preferencias personales.

Alec sacudió la cabeza ante esta puya ni siquiera velada. Excepto que sus pensamientos ya estaban en la mujer que se había asignado. —Eso solo deja a una, su cabecilla, y Carissa es toda mía.

CAPÍTULO NUEVE

La lluvia empapaba la ciudad de Nueva York, haciendo que el vapor subiera del pavimento. Carissa salió del centro de detenciones, volvió el rostro hacia el cielo y agradeció las gotas de agua. Mel y Gia la esperaban bajo un toldo. Salieron corriendo en el agua torrencial para abrazarla. La lluvia empapó el pelo de las tres, mezclándose con sus lágrimas.

Lloraron juntas en el carro que les esperaba y durante todo el trayecto a casa. Una hora más tarde, estaban sentadas en la sala del loft de Carissa. Carissa se había obsesionado con cada detalle del piso, pero la sensación trepidante que sentía en la piel no se dejaba ignorar. Lucian le había regalado este piso el día antes de la inauguración de El Coven, diciéndole, “tu casa debe igualar tu estatus. Eres una Jefa ahora.

Era una Jefa ahora, gracias a él, y ni siquiera había podido ir a su funeral porque había estado en la cárcel, sospechosa de haberle asesinado. Su vida era una broma. Otra muerte más que llevar en su maleta desbordante de culpabilidad.

Carissa se medio esperaba ver a la policía reventar la puerta y llevársela de vuelta. La ansiedad le quemaba el estómago, y ella rechazó la cena italiana que Nelly había traído.

—Tienes que comer —Gia le apremió. —Parece que has perdido cinco libras allí dentro.

Carissa intentó sonreír, pero no podía hacer que sus labios se curvaran en la dirección que quería. Desvalida, solitaria—así es como se había sentido tras los barrotos. Nunca más. Jamás.

—No tengo hambre.

Nelly alzó la vista de su plato. —Podemos pedir otra cosa. ¿Comida china?

Carissa deseó poder comer, aunque sólo fuese para borrar la cara de preocupación de sus amigas. Particularmente, la manera en que Mel la miraba, como si tuviera miedo de que Carissa se iba a romper. Mel se estaba guardando algo. Lo estaban haciendo todas. Deberían estar aliviadas, pero por alguna razón no lo estaban.

Era el momento de decir las verdades. —¿Cuándo nos reunimos con Hector?

Mel se descruzó de brazos para tironearse las mangas, pero fue Nelly la que contestó. —Viene a las siete.

—Cuéntame más cosas de tu novio. ¿Podemos seguir fiándonos de él? —preguntó Carissa.

—Hector es dulce. Haría lo que fuera por nosotras, y ya sabes cómo son Los Salvajes. No ocurre nada en los cinco distritos sin que ellos lo sepan. Seguirán protegiéndonos.

—Bien.

—Mandó estos. —Nelly metió la mano en su bolso y sacó tres dagas, cada una con una inscripción de las letras *L* y *S* incrustadas una encima de la otra. —Es la daga que llevan todos. Esto nos hace miembros oficiales, ahora que estamos tratando con él directamente. Sólo tenéis que enseñarla y la gente os deja en paz.

Carissa miró fijamente los cuchillos. —Lo que siempre he deseado. Un cuchillo de una banda.

Nelly rió. —Sólo para que lo sepas, Hector está esperando que nosotras le pasemos la merca a él para ocuparse de ella. Ya sabes, no preocuparnos por eso. Es inofensivo, pero como me dijo Mel, me estoy haciendo amiga de todos.

Fue la palabra *nosotras* que la hizo reaccionar. Carissa recorrió la habitación con la mirada, esperó a que todas la estuvieran mirando. —No espero que todas me sigan en esto. Es demasiado grande y no tengo derecho a pedirle esto a ninguna de ustedes.

Tanto Mel como Gia se pusieron de pie de golpe, pero permanecieron en silencio unos segundos. El aire en la habitación se puso más espeso, haciendo que fuese difícil de respirar para

Carissa.

—Estamos en esto contigo hasta el final. Ya lo sabes —le aseguró Gia, moviéndose para acabar sentada a su lado y cogerla de la mano.

—Sí —dijo Nelly. —Somos familia, y no estoy saliendo con este cabrón a cambio de nada.

Mel era la que quedaba. Carissa se preparó para la tormenta.

—Sí, lo que han dicho. Y, ¿sabes qué? Jodete, Carissa, por pensar que nosotras te dejaríamos a solas en esto. —Enunció cada sílaba en el nombre de Carissa, su acento apenas perceptible, dejándose notar para teñir cada palabra destacándola, bien cabreada.

Cada palabra, incluso las fuertes, se sentía como una declaración de amor, sacudiendo el corazón de Carissa y apagando sus miedos. Se puso en pie y abrazó a su amiga. —Es que pareces tan preocupada y con miedo. No quería agobiarte.

Mel se inclinó hacia atrás. —No estoy preocupada por esta mierda. Bueno, eso no es cierto. Estoy preocupada por una asociación con traficantes de droga y la Liga de Asesinos, actuar como que siempre hemos hecho esto sin Lucian como almohadilla... pero hay otra cosa.

Una tensión como una piedra cayó por el pecho de Carissa y aterrizó duro en su estómago, desplazando su alivio temporal. Los ojos de Mel se nublaron, una mirada de dolor en su rostro, y Carissa no quería oír lo que iba a decir. Sin embargo, tenía que preguntar, “¿Qué pasa ahora?”

Mel les indicó que se sentaran. —Anoche, en la fiesta de Hector, había un hombre allí. Nunca lo había visto antes, y me siguió después de que yo terminara de hablar con los aliados de Lucian. Su nombre es Leandro Masseur. Creí que sólo estaba galanteando, así que yo coqueteé con él. Quiero decir, el es... ¿Qué mujer no lo habría hecho?

Mel estaba siendo tan defensiva que Carissa frunció el ceño, su mirada chocando con la mirada perpleja de Gia. En los labios de Nelly había una sonrisita pequeña. Era una sonrisa pícara de hermana de tipo, sé-algo-de-ti.

—En fin —prosiguió Mel. —Leandro es la mano derecha de Alec McLean.

La columna de Carissa se puso rígida como una tabla de madera. —¿Él sigue aquí?

—Te estaba buscando. Vino para ofrecer su ayuda para sacarte de la cárcel. Le dije, ‘gracias pero no gracias’ socio. Lo tenemos bajo control.

—¿Y eso es todo lo que quería? —preguntó Carissa rezando por que no hubiera más sorpresas.

—Cuando te fuiste, le preguntó cosas a Hector sobre tí —Nelly le dijo a su hermana. —Yo sólo pensé que estaba interesado en tí. Leo sí que se había pasado la noche mirándote.

—¿De veras? —preguntó Mel. —Estaría intentando averiguar si Carissa estaba por ahí. Seguramente me reconoció como tu amiga. —Ella desvió la mirada, pero Carissa vió la expresión de extrañeza en sus ojos. Si no hubiera estado mirando a su amiga directamente no la habría visto.

—¿Estaba Leandro en Miami esa noche? —preguntó Carissa. No recordaba haber escuchado ese nombre nunca.

Mel y Gia sacudieron la cabeza.

—Entonces, ¿cómo te iba a reconocer? —preguntó Carissa. —Ni siquiera usamos nuestros nombres en Miami.

—Hector le contó a Nelly que los McLean tienen información sobre nosotras —dijo Gia. — Saben quienes somos y todo lo que hacemos.

El mundo pareció torcerse en su eje, enviando toda la mierda por todas partes. Y cayó encima de la Maldecida Cósmicamente Carissa. —Acabo de salir de la maldita cárcel, Lucian está muerto, Calum está detrás de mí. ¿Por qué demonios tengo que vérmelas con Alec McLean también? —Quería golpear su cabeza contra la pared. —Que maldición, vamos a necesitar la

protección de Hector y Los Salvajes más de lo que pensábamos.

A media noche, la noche que salió de la cárcel, el último sitio donde quería estar era en la oficina de su viejo empleo, mirando fijamente al cara dura de su exjefe. Dios, le odiaba tanto como odiaba la nauseante pintura verde de esas paredes y los muebles que nunca se limpiaban. Quentin seguía siendo el perro inmundo que ella recordaba.

—Te trajiste a los McLean al Coven sin preguntarnos nada. ¿Por qué? —preguntó Mel, jugueteando con los botones de la camisa de él, que a duras penas se mantenían en sus ojales. En cualquier momento iban a salir disparados cuando su camisa cediese ante su vientre abultado.

Quentin estaba parlotando sobre pensar que los McLean eran amigos de la Trinidad cuando sonó el teléfono de Carissa. Ella no reconoció el número pero contestó de todas formas. Quizás era uno de sus nuevos aliados.

—No parece tener sueño.

La voz de Alec, un poco ronca, encendió chispas por su piel. Carissa se llevó los dedos a los labios antes de salir de puntillas de la habitación y cerrar la puerta tras de sí. *¿Sigue teniendo sabor a ron?* Se mordió el labio inferior y mintió. —Estaba intentando dormir, pero por lo visto ha llegado el momento de bloquear el teléfono para que no me acechen.

—No te estoy acechando, Carissa. Sólo asegurándome que estás bien, considerando tu reciente pérdida. Me dio pena saber de la muerte de tu socio de negocios. —Él hizo una pausa. —Me hubiera encantado pasarme por allí y ofrecerte mi pésame, pero creo que lo habrías rechazado como rechazaste mi oferta de ayuda.

Ella desplazó su pena para dudar de la sinceridad de él. No había conocido a Lucian. Ella no podía creer que le importase demasiado. —Tienes razón. Primero, no necesito tu ayuda. Segundo, no acepto extraños en mi hogar.

—No soy un extraño. Nos conocemos. Sé todo lo que hay que saber de tí, hasta el nombre de tu club, tus notas en la Universidad y tu obsesión infantil con super héroes femeninos. —Su voz era aterciopelada como un pastel de chocolate.

—Ya no soy esa chica, Alec. Deberías recordar eso.

—Oh, me he dado cuenta.

La curva de sus labios se percibía en su voz; las mariposas aleteaban en sus entrañas, sus alas suavemente barriendo una necesidad prohibida. El hombre era tan peligroso como los deseos que evocaba.

—¿Hay algo que necesites? —*No jodas. ¿Cómo fue capaz de dejar que eso se le escapara de la boca? Estúpida. Estúpida. Infinitamente estúpida.* La larga pausa que siguió hizo cosas curiosas y mejor no pensar en ellas a sus entrañas.

—De momento, sólo el placer de tu compañía. Mis hermanos llegan esta noche y quiero que se lo pasen bien. Me dicen que El Coven es el sitio donde hay que ir.

Así que iba a usar eso. A ella no le extrañó. El hombre se había pasado más de un año buscándola. Había dejado meridianamente claro que tenía intención de hablar con ella. Aunque el desasosiego goteaba en ella como una sonda intravenosa, ella rió. —¿Me estás pidiendo una invitación?

—He oído que es un requisito para entrar —dijo él.

¿Su voz se había puesto más profunda? La mano de Carissa tembló y ella agarró el teléfono con más fuerza. *Abajo, chica.* —Lo es. Pero eso no te impidió venir la última vez.

—Fuí con un amigo. Pensé que eso se permitía. Sabes, Carissa, no me tienes que tener miedo. No tengo intención de hacerte daño.

El pequeño tropiezo en su garganta se escapó y ella mordió para impedir decir una grosería. *Deja de darle municiones.* Era un juego que no podía resistir jugar. —No te tengo miedo, Alec.

—Demuéstralo entonces. Mañana por la noche. ¿A las diez?

—Muy bien.

Ella entornó los ojos, tanto a su reto como su propia reacción. Le irritaba dejarle pensar a él que la había encajonado y obligado.

—Estoy deseando que ya sea mañana. —También debía tener la última palabra.

Ella resopló, bloqueó la pantalla de su celular y entró en la habitación a tiempo de ver el siguiente puñetazo que aterrizó en el estómago de Quentin. El sonido ahogado salió de su garganta, conjuntamente con un chorro de saliva que cayó encima del miembro de Los Salvajes que le estaba dando un repaso.

—¿Qué más le contaste a los McLean? —le preguntó Mel a su exjefe.

Los ojos de él se volvieron hacia Carissa. —No les conté nada.

—Sabemos que sí, Quentin. Será más fácil si nos cuentas exactamente qué les contaste.

Él sacudió la cabeza, pero Carissa detuvo la negación antes de que siguiera.

—No quiero hacerte daño. Cuéntame.

—Lucian era mi amigo, Carissa...

Ella dio un paso hacia delante y le dio una cachetada. —Lo sé, Me contó *todo* sobre ti. Ahora, puedes decirnos lo que le contaste a los McLean o te lo sacamos de todas formas. —Carissa sacó su daga nueva, Quentin palideció.

CAPÍTULO DIEZ

Una luz de color dorada bañaba los suelos de El Coven. El lounge de dos pisos, con su diseño estilo industrial y paredes de piedra, incluía a gente de fiesta en masa y también personas que gozaban de estar en zonas semi-privadas.

El balcón, enmarcado en madera con detalles en rojo, tenía velas iluminando la sección VIP, con un servicio de bebidas en cada mesa. El ambiente íntimo, adecuado para poder conversar, permitía fiestas de una manera más agradable. Mel, Gia y Carissa habían dedicado horas interminables debatiendo cómo sería el aspecto y el ambiente de la zona privada. Había resultado ser mejor de lo que Carissa se había imaginado.

Abajo, en la pista de baile que tenía poca luz, la gente reía y se movía al son de la música que ponía el famoso DJ. La emoción impregnaba el ambiente del club.

Carissa sonrió. —Sabes, Gia, lo único en el mundo que puede causar esta clase de emoción es tu famoso Encanto de la Felicidad.

Los encantos de Gia eran bebidas exclusivas de El Coven. Cada persona recibía una copa de la bebida especial del menú, aunque para cuando volvían por la segunda copa, nunca se percataban de que la segunda copa era una copa normal de barra. Carissa y Mel no preguntaban que contenían los encantos de Gia, ni los probaban. Era su regla.

—Qué pena que no podamos disfrutar de una copa de eso nosotras —se quejó Gia. —A mí me vendría bien ahora mismo algo para distraerme.

Carissa miró por encima de la barandilla al gentío. Los suaves rizos que había estado perfeccionando durante una hora rozaban sus hombros con cada movimiento de su cabeza. Su vestido corto, brillante, le hacía cosquillas en los muslos y en el pecho. Bebió un sorbo lento de su champán para calmar los nervios a flor de piel. Sí, tenía libertad para divertirse esta noche, pero no era tonta. Esto no era una visita de cortesía de los McLean, por mucho que le coqueteara Alec. Ella tenía su gente de seguridad en sus puestos para asegurarse de que Alec y sus hermanos entraran desarmados. Pero...

—No podemos perder la cabeza esta noche —dijo ella.

Como si fuera a propósito, Noah se acercó y tomó la mano de Gia, haciéndola girar y acompañándola a la pista de baile. Carissa no pudo hacer nada excepto reír. Ellos dos parecían estar destinados a tomar las cosas donde las habían dejado en Miami.

Su mirada vagó hacia las mesas VIP. Una vez más, encontró a Alec mirándola fijamente. Ella no desvió la mirada, a pesar de la aceleración en su pulso. Su mirada se detuvo en el jersey negro que parecía estar moldeado a los hombros anchos de él. Rayas horizontales dobles se estiraban por encima del pecho de él y entorno a sus brazos como un amante deseoso. *No pienses en eso*. La mirada de ella volvió a la pista de baile mientras el ritmo de la música se aceleraba. Ella se meneó al ritmo de la música también, saludando a alguien de entre la gente.

—Tu sitio es exquisito —susurró Alec a su oído, su aliento acariciando el lóbulo de su oreja, enviando voltaje que rebotaba por su cuerpo. Ella se giró para encontrarle a su lado. Sus tacones altos le ponían a casi nivel de sus ojos—a nivel de sus labios. En las manos, él tenía un vaso de whiskey y una copa de champán. Le ofreció el champán a cambio de la copa vacía de ella, y luego le hizo una señal al mesero.

Carissa concentró toda su fuerza en suprimir una tiritona. No necesitaba que él viese que con su mera voz, era capaz de hacerla temblar. —Gracias. ¿Estas disfrutando?

Alec ladeó la cabeza en un gesto de mira-por-tí-misma. La giró hacia la pista de baile. —

Fíjate en Noah. Y Sebastian, el hombre más aburrido del mundo, encantado con tu amiga Mel.

Desde luego, Noah y Gia estaban dando vueltas en la pista de baile, riendo y atrayendo a todas las miradas en sus personas. Todas menos Mel, quien sonreía a Sebastián como una alumna sentada en primera fila de una sala de clase mientras el profesor gesticulaba con las manos. Ella escuchaba con una pierna cruzada por encima de la otra, en dirección opuesta a él, como si hubiera ya planeado su ruta escapatoria y estaba a punto de salir corriendo en cualquier momento.

—Espero que ella no le parta el corazón como espero que tú no me rompas el mío —dijo Alec.

Era una frase hecha. Una frase en la que no iba a caer ella. Con el vaso de champán en los labios, ella le miró por encima del borde del vaso. —¿Eso es posible?

—¿Me crees sin corazón?

El fuego que ella vio en los ojos de él mostraba que tenía corazón, pero, ¿qué tenía dentro de su corazón? ¿Era dúctil? ¿Era él capaz de hacer que su corazón sintiese y luego no, con una simple orden? ¿Importaba eso?

—Todo el mundo tiene un corazón.

—¿Qué hay en el tuyo, Carissa?

La agarró desprevenida. —¿Qué quieres decir?

—Quiero saber por qué late tu corazón. —Él estaba más cerca de ella, lo suficiente como para que ella pudiera oler el océano, con notas de cítricos y tonos de sándalo en su colonia, tan atractivos como sus ojos.

—Lo único que hay en mi corazón es venganza y proteger a la única familia que tengo. —Ella miró hacia abajo para ver a Gia en su top sin mangas rojo, todavía bailando con los brazos rodeando el cuello de Noah. Su mirada se fue hacia Mel; su amiga volteó una mano hacia arriba, una manera de preguntar si todo iba bien. Carissa se volteó hacia Alec.

—¿Qué era todo eso? —preguntó él.

—Nada. Probablemente quiere que vaya a bailar.

Los ojos de él le dejaron saber que él no le creía. De todas formas, sus labios se curvaron y su mano descansó en el brazo de ella. —No me has dicho. ¿Qué tengo que hacer para que tu corazón lata por mí?

Si tan sólo él supiera que el corazón en cuestión estaba golpeando y martilleándose en el pecho de ella. Se obligó a respirar. *Es un juego. Es un juego. Es un juego.* Acabó su copa de champán.

Él alzó la mano y el mesero llegó con un vaso nuevo.

—Sabes que esto no te va a funcionar. A mí ya no me afectan las palabras bonitas.

Él se inclinó hacia ella, su aliento rozando las mejillas de ella. —¿Qué clase de palabras te afectan a tí, Carissa?

Ella intentó tragar, pero su garganta estaba como si estuviera llena de arena. Bebió un trago de su copa y se abanicó la cara con la otra mano. —Hace mucho calor.

—Salgamos de aquí —sugirió él. —Podemos ir a algún sitio cerca, donde podamos estar solos.

Ella no podía pensar por encima del fuerte latido de su corazón. Los nervios la atenazaban, el pánico burbujeaba y ella se acabó lo que le quedaba de champán. Él tomó el vaso de su mano y el mesero apareció como por arte de magia a su lado para colocarlo en su bandeja.

Inesperadamente tierno, la mirada de Alec nunca se fue de su rostro. Antes de que ella se pudiera dar cuenta de lo que estaba haciendo, había colocado las manos en el rostro de él y dejó que sus dedos se abrieran por encima de las mejillas y la línea de la mandíbula de él. Su mirada

se fue hacia los labios de él, levemente abiertos e invitadores. En Miami, y en cada sueño después, su boca le había seducido para probarlo otra vez.

Ya no quería esperar, se acercó más a él, atrayendo su cabeza hacia la suya. Su corazón latía fuertemente en su pecho y su boca se hizo agua con la anticipación. La sorpresa brilló en los ojos de él. Ella sonrió y rozó sus labios con los de él. Los escalofríos recorrieron su columna vertebral. La lengua de ella entró más allá de los labios de él, y pudo probar el whiskey que él había estado bebiendo toda la noche. Un gemido apenas perceptible se escapó de la boca de ella. Las manos de él recorrían su espalda, acercándola más hacia sí, mientras que las de ella se deslizaron por el cuello de él. La lengua de él rozó la de ella. Esta vez cuando ella gimió, él hizo eco.

Él se echó hacia atrás y sus pupilas dilatadas parecían tragársela entera. Él alcanzó la mano de ella y la atrajo. Los dos bajaron por las escaleras, pasaron ante clientes que pedían la atención de ella. Ella sonrió y mantuvo el paso.

La velocidad de paso, en combinación con el champán, la marearon. Ella pisó la acera y se quedó tambaleó en el aire de la noche.

—¿A dónde vamos?

Alec la atrajo hacia un SUV que esperaba. —A mi hotel. Podemos hablar en privado allí.

El aire fresco le despejó la cabeza, y su corazón dejó de acelerarse. Por fin podía escuchar sus propios pensamientos. Ella tenía un plan en el cual la habitación de él no era parte. —Me parece que no, amigo. Puede que esté un poco bebida, pero no estoy borracha. No voy a ir a la habitación de tu hotel.

—¿Por qué no? ¿Crees que te iba a obligar a algo? Yo prefiero a las mujeres dispuestas, siempre —dijo él en un tono normal, sin ningún rastro de broma en los ojos.

Ella seguía sin querer ir a la habitación de él. —Ya te dije, esto pasa según mi criterio y sólo cuando yo quiero y deseo.

Él tomó el rostro de ella con una ternura sorprendente. Ella se maravilló ante el tamaño de las manos de él. —¿Cuánto tienes que desearlo, Carissa? Llevamos ya tiempo jugando al gato y al ratón.

Ella podía discutir eso, pero sabía que él tenía razón. Ella estaba meramente prolongando lo que parecía algo destinado a ocurrir entre ellos. Sus rodillas casi se doblegaron; ella se balanceó hacia delante contra él. Con la cabeza descansando en el pecho de él, podía oír su corazón. Los brazos de él la rodearon, haciéndola sentirse abrigada y cómoda.

—No voy a ir a tu sitio.

Alec dejó escapar un largo suspiro. —Bien, vayamos al tuyo entonces.

La cabeza todavía descansando en el pecho de él, ella alzó una mano y aparecieron cinco hombres. Los propios guardaespaldas de Alec salieron del carro a toda prisa, listos para sacar sus armas, pero él sacudió la cabeza en negativa.

Carissa dio un paso atrás. —Sólo puedes llevarte uno de los tuyos. Los demás son míos.

—¿Cómo es justo eso? ¿Y si decides querer deshacerte de mí? ¿Cómo podría defenderme?

Entonces ella sonrió y él sabía que no le iba a gustar la respuesta. —Si fuese a matarte, Alec, no habrías salido con vida del club esta noche.

Sus ojos se pusieron oscuros, afilándolos. —¿Es eso una amenaza?

—No amenaza. Es perder el tiempo. —Ella se disculpó y se fue para darle instrucciones a los hombres encargados de protegerla.

Regresó para encontrarse a Alec todavía parado en el mismo sitio, mirándola con algo parecido a confusión. Tal como había predicho Mel cuando ellas habían preparado su estrategia,

él claramente había pensado que ella iba a ser una presa fácil.

—Tus hombres pueden seguirnos en su vehículo, pero permanecerán fuera. Hay restaurantes donde pueden esperar.

El rostro de él permaneció impenetrable y sus ojos parecían estar evaluando más que mirando. Pero él afirmó con la cabeza, ayudándola a subirse al Escalade blanco.

—Los capos van en carros negros —bromeó él.

—No soy un capo, Alec. ¿No te has enterado? Yo soy una Jefa. Pongo mis propias reglas.

Carissa estaba bebida. Tenía que estarlo para dejarle a él sostenerla contra su pecho en el asiento trasero. Él se sintió incómodo con la naturalidad de ella de acurrucarse contra él, pero era incapaz de cambiar de postura. A veces él pensó que ella se había quedado dormida, pero entonces ella alzaba la cabeza para mirarle.

—Hemos llegado —anunció el chofer.

La puerta se abrió y Alec salió primero. Vio hombres—los hombres de ella—en las esquinas y repartidos por la zona, intentando pasar desapercibidos “¿Me consideras una amenaza tan grande que has traído todo un ejército para que te vigilen mientras yo te hago una visita? Estoy halagado.

—Bueno, tienes fama de abrirte camino a la fuerza. Pensé que sería mejor que supieras a qué te enfrentas. Te protege para que no cometas un grave error.

La emoción recorría las terminaciones nerviosas de él. Tenía que reconocer que había algo emocionante, seductor en el poder de ella y su manera descarada en mostrarlo. Ella le recordaba un estratega militar y táctico.

Él la siguió en un edificio modernista. Aunque estaba limpio y recién pintado, las paredes conservaban un encanto clásico. Un ascensor los llevó al piso número siete. Dos hombres entraron, y una vez que recibieron el aprobado, Carissa y Alec entraron en el departamento.

El diseño del piso, en forma de L contenía una sala y un comedor, ambos decorados en un estilo moderno con detalles franceses.

—Por favor, siéntate. ¿Puedo ofrecerte algo para tomar? —preguntó Carissa.

Él afirmó con la cabeza. Ella se acercó a la nevera y volvió con agua para los dos.

En cuanto se sentaron en el sofá gris y blando, ella tomó un mando y elevó las persianas. Una vista del Río Hudson apareció ante los ojos de él. Ella descansó la cabeza contra el cojín con los ojos mirándole. A él le costó hasta el último gramo de su fuerza el no subirla a su regazo y probar los labios de ella una vez más. Tenía que estar en control de sí mismo y controlarla a ella.

—¿Cuándo conseguiste este sitio?

—Lucian me lo compró. Dijo que mis vivienda deberían ir parejos con mi estatus.

Alec se quedó helado, como si ella le hubiera rociado con agua helada. Su relación con el distribuidor había sido más profunda de lo que él pensó. —No sabía que ustedes salían juntos. — La tensión en su voz le irritó, casi haciéndole elevar una ceja ante su propia reacción.

Una sonrisa triste, de añoranza cruzó los labios de ella y desapareció un instante después. — No era una relación así. Al principio, él estaba seguro de que yo cambiaría de parecer algún día y lo consideraría algo más que un amigo. Yo no podía, y él al final lo pudo aceptar. Pero yo le apreciaba. Me enseñó todo sobre los negocios. Fue extremadamente bondadoso conmigo y eso hizo que le mataran. Calum le mató para mandarme un mensaje.

La voz de ella, tan tranquila, tan suave, como si no hubiera vivido toda esa experiencia. Como si no fuese alguien cercana a ella que había muerto. Como si no hubiese casi acabado en la cárcel

por ello. Sin embargo su mano se flexionó en el reposabrazos, las uñas clavándose en el terciopelo. Ella todavía sufría. *Por culpa de Calum.*

—Eso debió ser difícil para ti. Él te puso en el punto de mira, en el radar de la policía y consiguió que te arrestaran.

—Ése es nuestro Calum. No estará contento hasta... —Ella bebió su agua, con la mirada en el río.

¿Exactamente qué calmaría su sed?

—¿Él quiere que estés muerta? —La pregunta le hizo un agujero en el corazón. Él ahogó un juramento ante su pregunta tan impulsiva. No quería que ella se cerrara en banda ahora.

Carissa rió, pero la risa no le llegó a los ojos y no la hizo dejar de cerrar las manos. Ella le miró con la vista nublada. —No, no me quiere muerta, Alec. Lo que él quiere es mucho peor. Se quedará con todo—mi cuerpo, mi alma, mi deseo de vivir, hasta que yo muera por dentro. Blah, blah, blah.

Ella tiritó, y él se acercó más.

La mirada distante en los ojos de ella, el dolor que permanecía allí—Alec ahogaría en vida a Calum. El hombre tenía una desagradable costumbre de no saber cuál era su sitio. De todas formas, Alec sería un tonto en desaprovechar esta oportunidad. —Sé que ese hijo de puta mató a tu padre.

—Sí, lo hizo. —Ella no preguntó cómo es que él lo sabía, sólo le dirigió una mirada cargada de expresión.

La empatía surgió en él y él le tendió una mano. —Relájate, déjame cuidar de ti esta noche.

—¿Cómo puedo relajarme contigo? Tú quieres usarme, en cuerpo y mente. ¿Cómo se relaja una mujer entorno a eso?

Aunque la claridad de ella le sorprendía, era una verdad que él no tenía interés en negar. Él quería información pero eso no desdecía el hecho de que por alguna razón, tenía un punto blando en su alma negra reservado para esta mujer. —Es fácil. Haces compartimentos. Como una casa con habitaciones diferentes. No hablas de negocios en la cama.

—Lo haces si eres prostituta —dijo ella, la voz ligera y algo lenta. Ella tenía sueño.

Alec rió. —¿Qué sabes tú de prostitutas, Carissa? ¿Hay algo que quieres que sepa?

Ella se separó de golpe del pecho de él, los ojos bien abiertos. —Eso no es lo que quería decir. Quería decir que ya que trabajan en camas, hablan de negocios en la cama... no soy una prostituta.

Había algo encantador en ella. De sus palabras sin sentido hasta estos momentos raros en los cuales ella parecía tan libre y vulnerable. —¿No? —dijo él, inclinándose más cerca de ella.

Él la besó, su boca sobre la de ella, su lengua rebasando los labios de ella, deslizándose por encima de la lengua de ella, explorando, saboreando la dulzura que él no había olvidado en más de un año. El quiebro en la garganta de ella era tan suave que quizás él lo había imaginado pero la sangre se aceleró en sus venas, yendo a la parte inferior de su cuerpo. Él la acercó a sí. Las manos de ella se anudaron en su camisa y ella también le atrajo a él hacia sí.

Carissa gimió y él mordió el labio inferior de ella, tomándolo entre los dientes. Él se desplazó hacia la mandíbula de ella, dejando un reguero de besos, mientras ella suspiraba. —Eso ha sido mágico. El mundo da vueltas.

Él retiró el cabello de la cara de ella. Su pulso latía en sus oídos. Se inclinó hacia delante, necesitando el contacto. Quería dejarse llevar, sobre dosificarse en todas las cosas de Carissa hasta que ella apagara la necesidad. —Ha sido mágico para mí, aunque estés un poco borracha. Me seguiré diciendo eso para proteger mi ego. Vamos a acostarte.

Él se puso en pie, pero ella tiró de él. —Necesito llamar a las chicas.

Mierda. No podía dejarla hacer eso. —Gira seguramente está ligando con Noah y con suerte, para cuando volvamos a ver a Mel, ella habrá hecho que mi hermano Sebastian esté menos tenso.

Carissa rió como una chica, no una traficante. —Eres gracioso. —Ella le sacudió un dedo mientras él le ayudaba a subir las escaleras. —Mel no se va a acostar con tu hermano. No le gusta de esa manera. Sin embargo, tu amigo... eso es otra cosa.

Alec se detuvo ante la cama un segundo. *¿Qué amigo?* Sacudió la cabeza, fijándose en el momento. Después de abrir la cama, suavemente la empujó a ella al colchón y se agachó para ayudarla a quitarse los zapatos. Forcejeó con las sandalias durante un minuto entero hasta liberar sus pies.

—¿Por qué las mujeres llevan estas malditas cosas? —preguntó él, enarbolando el zapato delante de ella antes de lanzarlo hacia un lado.

—¡No hagas eso! Son mis Giuseppe. Sólo se han hecho tres pares jamás. ¿Adivina quienes son las propietarias?

La sonrisa de ella le recordaba un día soleado en la playa. Él respondió con una sonrisa suya. *¿Déjame adivinar? ¿Un par para cada miembro de la Trinidad?*

Ella afirmó. Él se desabrochó el cinturón y se quitó la camisa con la mirada de ella en él. Después de repasar su cuerpo visualmente, ella se humedeció el labio inferior y sacudió la cabeza. —No voy a tener sexo contigo.

Aunque él sabía que sólo le haría falta un par de besos, unos barridos con la lengua contra sus senos, un dedo experto entre sus pliegues, para convencerla—ella le estaba comiendo con la mirada—no era el momento. No importaba lo duro que su miembro empujase sus pantalones.

—Esta noche no, pero pronto sí.

—¿Tú crees? —Ella descansó la cabeza en la almohada, su mirada yendo de los ojos de él hacia sus labios.

Él necesitaba que ella cerrara sus ojos que estaban diciendo *tómame* y que se quedara dormida. —No vamos a poder resistir mucho más, Carissa.

—Lo sé —suspiró ella y se dio un toquecito en los labios para que él los besara.

No empieces cosas que no puedes acabar. Alec hizo lo propio, sus labios descansando en los de ella una vez más, su lengua empujando para acariciar la de ella.

Ella se abrió de piernas, y él cayó entremedias, en contacto con el sexo de ella. Se iba a desgraciar. Lo sabía. Luchó contra la necesidad que se dispersó como fuego por su cuerpo.

Ella ha estado bebiendo.

Su miembro se negó a escuchar y se tensaba en sus calzoncillos, intentando abrirse camino en ella. Las manos de ella frotando su trasero no le ayudaban tampoco. Alec cerró los ojos.

—Estoy intentando ser un caballero, Carissa. Tienes que ayudarme —le rogó.

La mirada vidriosa, Carissa se mordió el labio y cambió de postura, rozándose contra él. Sus dedos le recorrían la espalda y se hundieron en él. —Esta bien.

Nubes aparecieron en sus ojos. Incapaz de impedirlo, la embistió, sus buenas intenciones borradas por su necesidad de fricción. Alec gimió. Debía tener control, no ceder ante ella. Iba a interrogarla por la mañana. Con todo lo que la deseaba, no podía aprovecharse. Tenerla de esta manera iba a arruinar todas sus oportunidades. Respiró hondo y usó los muslos para inmovilizarla.

—Carissa, no podemos...

Los ojos de ella brillaron con deseo, la sonrisa pícaro. —Sé que me deseas. Yo también te deseo.

Su masculinidad se agitó, y él se intentó separar de ella para no arrancarle las braguitas y

tomar el alivio que su cuerpo exigía. En vez de eso, Carissa hundió los dedos en el cabello de él y le atrajo hacia sí. Su boca rodeó la de él, esta vez sus intenciones más que claras en la intención de su lengua, la cadencia de sus caderas. Alec tembló con la necesidad de dárselo como ella quería. Metérselo como él quería. Darles a los dos lo que querían.

Separó los labios de ella para hacerle un ruego más de que ella parara. La boca levemente abierta, los ojos nublados. El cuerpo entero de él se puso tenso. Las protestas se ahogaron en la garganta de él. No podía tener sexo con ella. Había esperado que las copas soltasen la lengua de ella, no sus inhibiciones. Sin embargo, ahí estaba, perdiendo su control. Ella estaba dispuesta, pero él no era la clase de hombre para aprovecharse. Cuando él finalmente la hiciera suya, ella tendría la mente despejada. Él necesitaba saber que era él, Alec, no el alcohol.

Sólo había una cosa que él podía hacer.

Alec rozó los labios contra los de ella otra vez. El olor de ella le atraía, haciéndole dejar su boca. Siguió el rastro del olor de frutas oscuras y vainilla, besándola por el cuello. Su lengua escapó, rodeó el lóbulo de la oreja de ella.

Carissa gimió, elevándose levemente para presionarse más contra él.

Alec bajó más, imprimiendo besos húmedos en la zona del tirante de su vestido, por encima del montículo de sus pechos.

—Más abajo —jadeó ella, guiando la mano de él entre sus piernas.

La presión atenazó su pene, y Alec rezó por no desgraciarse como un chico, o peor aún, sucumbir a algo que ella nunca le perdonaría. Cambiando de postura arrodillado, él besó los pechos de ella por encima de su vestido, deteniéndose a pasar el pulgar por encima de sus pezones endurecidos. Los dedos de su mano derecha se escabulleron por debajo de la costura de su vestido y empujaron la tela alto, hasta que se dobló a la altura de la cadera de ella.

La sangre se arremolinó en sus oídos. Había esperado tanto tiempo por tenerla así, despertando en sudores después de soñar con las piernas de ella abiertas para él. Aquí, con una leve partición de sus muslos, le ofrecía un regalo a él. Sus pantis negros, de satén y encaje, con un pequeño lacito rojo, le invitaban a cobrarse su premio largamente anhelado.

—Bella. —La palabra se escapó de sus labios como una oración reverente. Su mirada voló a la de ella.

—¿Te gusta? —preguntó ella, su mirada de ojos grandes contrastando con la pequeña sonrisa en las comisuras de sus labios, como que sabía completamente que le gustaba.

Alec respondió deslizando los dedos dentro de la ropa interior de ella y tomándola en un puño. Con una última mirada a ella, tiró de la tela. Ella gimió ante el sonido desgarrador.

—Esas eran mis favoritas —dijo ella con un mohín en los labios.

Él enarcó una ceja. —¿Llevaste tus pantis favoritos para quedar conmigo?

Fue recompensado por un rubor que sonrojó cada centímetro de la piel de ella. Él rió y besó el muslo de ella a la altura de su cadera. El olor de su monte de venus era un imán para su nariz y sus manos. El dorso de su dedo índice recorrió la raja de ella, y Carissa casi se sale de la cama.

—Recuéstate y disfruta. Te tengo.

Él dejó besitos en los tiernos pétalos. El perfume de ella, mezclado con el olor oscuro de su excitación, permeaba el aire. Alec la abrió ante su rostro, echando una mirada pausada a su sexo, rosado y delicioso. Ella suspiró. Él le disparó una mirada. Ella jadeó; su labio inferior desapareció entre sus dientes. Sonrojada, ella arañó la colcha. Él le sonrió.

La lengua de él salió para rozar su raja. Ella agarró el pelo de él y se presionó contra su boca. Un maullido de gato escapó desde muy hondo en su garganta. Alec acarició su núcleo húmedo, saboreando su dulce néctar con la lengua. Se iba a volver adicto a ella. Las caderas de ella se

flexionaron; los intentos de ella de pegarse a su lengua lo volvían loco.

Él trazó y rodeó el montón de nervios en la punta de arriba de su clítoris. Sus muslos temblaban cerca de las mejillas de él. Los pulmones se le ensancharon y él se sintió midiendo dos metros de alto. Alec hundió dos dedos en la apertura tensa de ella y ella soltó aire entre dientes, los músculos rodeándole como un guante. Sólo necesitó unas leves caricias de sus dedos para que el gemido brotara de su garganta.

Ella prolongó el *Ahhhhh* hasta que le bañó toda la piel de él, como un lento rastrillo recorriendo su cuerpo.

Carissa se convulsionó entorno a él, enviando corrientes pulsantes en su dedo y su pene surgiendo en sus pantalones. Ella se colapsó en la cama, agotada, con una mirada vidriosa en el techo, y la respiración de Alec fallándole. Le dolía su erección y sus huevos se sentían como que lo hundían, pero él vio el rostro inflamado de ella y sus ojos cerrados mientras intentaba recuperar el resuello.

Él había logrado eso. La euforia surcó sus venas; su garganta se constriñó por una razón que no podía explicarse, haciéndole olvidar la dolorosa hinchazón de su instrumento.

Se acercó para besarla. Ella volvió ojos claros pero cansados en él, y acunó su rostro entre su mano. —Es tu turno.

El corazón de él machacaba en su cabeza, y Alec tragó. —Tengo... tengo que hacer una llamada primero.

Carissa arrugó la frente. —¿Ahora?

Él se obligó a reír. —Sí. Negocios, ya sabes. No pueden esperar.

Una nube de duda veló los ojos de ella pero bostezó. —Oh.

Él le quitó los cabellos de la frente. Los rizos de ella estaban hechos un lío en la almohada.

—¿Por qué no descansas un ratito y ahora mismo vuelvo?

Ella afirmó con la cabeza. —Sí, voy a cerrar los ojos un poquito hasta que vuelvas.

Alec miró hacia el cielo con gratitud. Dejó la cama de ella y se encaminó hacia el baño. Por lo menos ella había hecho que esta parte fuese un poco más sencilla.

—No tardes mucho Quiero verte desnudo.

Casi tropezó camino a lo que sería la ducha más fría de toda su vida. Agua fría de Nueva York en la primavera le parecía celestial ahora mismo.

CAPÍTULO ONCE

Le dolía el cabello. Le dolía la cabeza. Todo en ella le dolía. Carissa no sabía qué era o dónde comenzaba. Solo sabía que el dolor era interminable.

Mantuvo los ojos cerrados, pero la luz brillaba por encima de sus párpados, intentando abrirse camino. Ella movió las palmas de la mano por la cama, buscando algo, cualquier cosa que le sirviera para impedir que la luz le llegase a la cara. No encontró nada. Quizás si abriera los ojos un poquito. Sus pestañas aletearon un poco, y la luz entró de lleno, machacando su cráneo y retorciendo su estómago. Se volvió de costado, agarrándose la cabeza, buscando la oscuridad, ansiándola.

La lengua raspó contra su paladar como si fuese papel de lija. Un sabor amargo se alojaba en cada esquina de su boca. La bilis retrocedió después de unos instantes. Se obligó a respirar superficialmente, intentando conseguir estar lo suficientemente cómoda como para ir por un poco de Ibuprofeno y agua.

Ella abrió los ojos, mirando hacia la parte más oscura de la habitación. No era lo mejor pero peor era mirar hacia la ventana. Claro que eso era como decir que golpearte la rodilla era mejor que partírtela.

—Ten, tómate esto.

La voz de Alec le hizo voltearse un poco demasiado aprisa y pagó por eso caramamente. Su cabeza se sentía como si un mazo hubiese caído en la parte trasera de su cráneo y las estrellas aparecieron ante sus ojos. Se quedó inerme ante el dolor, la cabeza hacia un lado, mirando fijamente a las dos tabletas que él tenía en la palma de la mano. Por lo menos él estaba entre ella y las ventanas. ¿Por qué estaban abiertas las persianas?

¿Y, cómo había llegado a casa?

Champán, salir del club, venir a casa con Alec... Habían hablado en el sofá y se besaron. Todos los recuerdos le vinieron de golpe.

Él la había subido por las escaleras. Se habían acostado en su cama, besado un poco más, él había tenido la cabeza entre sus...

Oh, Dios.

Ella vio la almohada al lado de su rodilla, la agarró y la puso encima de su cara. ¿Por qué tenía que beber champán? Siempre le trastornaba la cabeza. Todo lo que recordaba era haber tenido sed. No, eso no era todo lo que recordaba. Los húmedos besos que él le había prodigado, su lengua en su núcleo mojado, la manera en que las caderas de ella se habían inclinado contra su boca y sus gemidos. *Dios mío, cómo había gemido.* El clímax la había dejado plana e ingrávida.

Quiero verte desnudo. ¿Le había dicho eso realmente?

Ahora parecía una mierda. Lo sabía. Con razón había pasado por alto la oferta de ella. Carissa quería disiparse por el colchón de la cama, llegar al suelo y luego traspasar cada planta del edificio, y llegar hasta el centro de la tierra.

Carissa Elliott, propietaria de un negocio, jefe criminal, se había comportado como una virgen de primer año de universidad. ¿Dónde estaba toda la sofisticación que había adquirido a través de los años? Aquí no estaba. Estaba en la cama, con una resaca delante del hombre con el que había soñado. Un hombre cuya lengua la conocía tan íntimamente que se había convertido en parte de ella, hacia tan sólo unas horas. Un hombre que le estaba ofreciendo pastillas porque sabía que ella se sentía una mierda total.

¡Hay que ver lo que has logrado en la vida!

No podía esconderse para siempre y además necesitaba respirar. Dejó la almohada a un lado y le miró.

Sus ojos por fin se enfocaron y eso sólo empeoró las cosas. Mientras que Carissa estaba segura de que ella parecía un ejemplo viviente de un desastre, él en cambio parecía estar fresco y sexy a los pies de su cama. Algo que toda mujer querría ver al despertar. En su otra mano había una taza. —¿Qué es eso? —Genial. No sólo estaba en su peor momento visible, su voz sonaba como si se hubiera tragado un sapo.

Por primera vez, él le sonrió, la clase de sonrisa que se le brinda a un cachorrito de perro intentando subirse al sofá.

Que bajo has caído... y te sigues hundiendo.

Él le pasó la taza, colocándole las dos pastillas en su otra palma de la mano. Ella miró las pastillas con suspicacia. —Si te digo lo que hay en el vaso, no te lo beberás. Las pastillas son de tu botiquín. Tómatelas ahora y te sentirás mejor pronto.

¿A quién estaba engañando? Ella se tomaría cianuro si eso detuviese el machaque en su cabeza. Se echó las pastillas a la boca y bebió un gran sorbo de la bebida. El líquido le dio en la lengua; un amargo sabor de tomate mezclado con especias. Las náuseas invadieron su cuerpo. Se inclinó hacia delante y abrió la boca.

Por algo milagroso, fue capaz de tragar. Respiró hondo y se obligó a beber unos sorbos hasta que había ingerido una buena cantidad del líquido ofensivo. Por lo menos había logrado no vomitar delante de él. Añadió eso a la pequeña lista de victorias. —Odio los Bloody Mary.

—No creo que a nadie les gusta particularmente. Son... necesarias. A veces nos vemos obligados a hacer cosas que van en contra de nuestro deseo. —Su tono de voz era glacial, como un supervisor antes de una reprimenda.

Carissa alzó la vista para mirarle. Había algo diferente en Alec a la luz de la mañana. Controlado y distante, este no era el hombre con el que había salido la noche anterior. Era algo en sus ojos, la distancia, como que se había alejado a un sitio que ella no podía alcanzar. Bajo su escrutinio clínico, ella quería arrebujarse bajo las mantas. Su mirada era tan fría, ella sentía que podría tener tímpanos colgando en su cabello y su cara.

Él dio un paso hacia la cama. Ella se golpeó contra el cabecero. Él se sentó en la cama y la mirada de ella recorrió la habitación, deteniéndose en la puerta. Su dolor de cabeza ya no era tan importante como su estómago revuelto. ¿Era porque no tuvieron sexo? Algunos hombres esperaban cobrarse lo que daban. Alec no parecía ser esa clase de hombre y ella había estado dispuesta. ¿Cómo podía ser tan dulce, apasionado y tierno hacía sólo unas horas y un gigantesco cubo de hielo ahora?

—Tenemos que hablar, Carissa. Tú tienes información que yo necesito y es hora que la compartas conmigo. Háblame de Calum.

Su corazón martilleaba contra sus costillas, reverberando en su cabeza. ¿Cómo es que había sido tan estúpida? Era una trampa. Las copas, traerla a casa. Él había planeado todo esto. Carissa necesitaba llegar al otro lado de la cama. Su mirada se desvió hacia la mesilla de noche. Había una pistola allí y ella podría usarla para obligarle a marcharse.

—Ni lo pienses, Carissa. Encontré la pistola antes y saqué todas las balas. Háblame. —Su voz adoptó el tono que las enfermeras usan para calmar un enfermo mental.

Ella agachó la cabeza, cubriéndose la cara con las manos. La mano de él descansó en su cabeza, cálida y calmante. El cuerpo de ella se puso rígido y doloroso. Contó hasta tres y se lanzó contra él, dándole un golpe en el estómago antes de salir corriendo hacia la puerta. Casi llegó a las escaleras pero él la derribó en el pasillo. El temor la atenazó y su corazón amenazó con

traspasar su pecho. Estaba casi gritando, pero él le tapó la boca.

No vomites. Por favor, no vomites.

—No estás siendo inteligente en esto. Si llamas esos hombres a que entren, todos morirán. No me importa nada ninguno de ellos. Sigo con la intención de tener esta conversación contigo. Mis hermanos tienen a tus amigas, así que tienes que pensar larga y detenidamente sobre lo que vas a hacer.

Las lágrimas se anegaron en sus ojos; nunca se había sentido tan vulnerable como en este momento.

Eso era mentira. Hubo muchas otras veces. Y no era vulnerable. Todavía podía luchar.

Carissa se quedó flácida bajo el peso de él, y Alec se relajó encima de ella. Ahora que no la sujetaba tan fuertemente, ella fue capaz de liberar su pierna y subir la rodilla. Él la anticipó, moviéndolas hacia un lado, su rodilla aplastando el muslo de ella. Aturdida por su maniobra, ella se quedó quieta mientras el dolor fluía en su pierna hasta que no lo podía aguantar más y gritó.

—¡Deja de forcejear! —Alec le gritó al oído. —No estoy intentando hacerte daño. Sólo quiero unas respuestas.

La mano de él masajeó la zona herida de ella. Él jadeó en el cuello de ella, exhalando en respiros hondos; su aliento caliente rozó la oreja de ella.

Carissa se mordió el labio, esperando a que el dolor bajase. Alec se puso en pie y la tomó entre sus brazos. Ella debería estar allí dándole puñetazos pero le dolía demasiado.

—Por favor, no sigas luchando. Sólo quiero hablar. —Su voz era suave como los círculos que hacían sus dedos. Sus ojos líquidos la tenían presa.

Ella estaba cansada de huir. Al final era eso. Ella podría luchar contra él y hacer esto de la manera bruta, pero si él tenía a Gia y a Mel en su poder, ella tenía mucho más que perder que él.

Pero esto no lo iba a olvidar.

Él la depositó en la cama, apoyándola contra el cabecero con una suavidad extrema. El cambio en su personalidad la mareaban a ella. Aquí otra vez, estaba el Alec dulce, el tipo con el cual había compartido su cama anoche. —Nunca tuve intención de lastimarte. Estaba intentando detenerte. Lo único que quiero realmente es información.

Al fin ella recuperó su voz. —Si, eso.

Él le masajeó un poco más intensamente y ella casi voló de la cama.

Él le dirigió una mirada contrita. —Quería decir, en sentido de negocios. Claro que estoy deseando nuestro rato personal también.

La ira se adueñó del pecho de ella. El hombre estaba loco. —¿De veras crees que hay una mínima posibilidad de algo entre tú y yo, cuando tienes a mi única familia en tu poder? Las dos personas en el mundo que más amo... tu las has secuestrado y crees... ¿Qué? ¿Que voy a contarte todo y luego abrirte las piernas otra vez? —Ella se burló.

La mandíbula de Alec se movió de un lado a otro. Los destellos de fuego en sus ojos eran indicativos de la manera en la que se estaba controlando. —No le pasará nada a tus amigas, Carissa. Lo único que necesitaba era tenerte a solas.

Ella barrió el aire con la mano. —Realmente crees que soy una mujer de la calle con aire en la cabeza. Esto no es otra cosa más que extorsión y manipulación.

—No andas desencaminada, pero tienes que creerme cuando te digo que no planeo nada malo en contra de ustedes, Carissa. —Él forcejeó, y ella vio destellos de una emoción que no reconocía en su rostro. —Necesito saber quién ayudó a Calum a matar a mi hermano.

Ella se quedó en estado de shock. —¿De qué me estás hablando?

—Tu padre tenía tratos con mi abuelo. Clyde tenía el plan de entregar a Calum a la FBI. Mi

abuelo convenció a tu padre para que trabajase para él en vez de eso, darle toda la información que tenía a cambio de la seguridad de su esposa y su hija. Antes de que Calum pudiera sacarlas de allí, Calum llegó a tu padre. Nos mandó un paquete, que mi abuelo leyó y eso es lo que le hizo caer y morir consiguientemente. —Alec estiró una mano hacia la de ella, sus dedos apretándose alrededor a los de ella.

Un dolor empezó en su garganta, como si él la estuviera apretando con su mano. Él también había perdido a alguien a causa de Calum. Su padre había intentado trabajar para la familia de él. La madre de Carissa nunca le dijo nada.

—Se suponía que nos íbamos a marchar, pero mi padre murió —dijo ella. —¿Qué pasó con el paquete?

Los hombros de Alec bajaron. —En él, tu padre citó a la persona que ayudó a Calum con la muerte de mi hermano, pero la carta desapareció antes de que mis hermanos o yo pudiéramos verla. —Se acercó un poquito a ella. —Pensé que todo se había perdido hasta que me llamó Braeden y dijo que Clyde había dejado una copia de la carta para su mujer. Tu madre le confió la carta antes de morir. Él tenía que hablar con su compañera de casa, tú, antes de poder dármela a mí.

El corazón de Carissa se hundió y su mundo volvió a dar una vuelta de campana. Su vida era una cebolla de capas complicadas y liadas.

Mi intención no era guardármela, sólo protegerte.

Alec esperó una eternidad, su mirada fija en ella, instándola a hablar. Desde el momento en que se habían desplazado a la sala, ella no había dicho ni una palabra.

—Esa mañana empezó con mi madre consolándome porque iba a echar de menos a mis amigas cuando nos fuésemos... acabó con las dos llorando y sosteniéndonos. —Sentada en el centro del sofá, Carissa se agarró las rodillas al pecho, descansando la barbilla encima. Miró fijamente al río, su mirada perdida en las frías aguas.

—Los policías llamaron a la puerta y le dijeron a mamá que el carro de papa había sido encontrado y que se había pegado un tiro a la cabeza. Ella no gritó. Sólo afirmó con la cabeza y les dio las gracias. Se acercó a mí y me abrazó. Ni siquiera sé cuándo se fueron los policías o cuanto tiempo permanecimos en el suelo. Mel y su madre vinieron y nos ayudaron a llamar a parientes y preparar la cena. Más tarde esa noche, las chicas se metieron en la cama conmigo y lloramos. Siempre he tenido a mis amigas.

Ella se volvió para mirarle con una sonrisa muy pequeña y desolada que derrumbó cada muro que había dentro de él. Ella evocaba algo en él. Algo que no podía nombrar. Él debería estar protegiéndola, no haciéndola revivir su dolor.

—Las quieres mucho.

—Sí.

Aunque su inflexión no varió, había garra en la palabra. Tenía una cualidad superlativa, dándole a Alec duramente. Ella no iba a olvidar que él la había aislado de sus amigas. —Carissa.

Ella le cortó con un gesto. —De todas formas, Mamá hizo lo mejor que pudo para criarme, pero sin mi padre, fue demasiado. Consiguió un trabajo en una fábrica, y apenas llegábamos a fin de mes. Un día llegué a casa y me la encontré llorando. Me dijo que me sacaría de la ciudad costara lo que costara. Después de eso, empezó a disiparse con las drogas.

Carissa se miró las manos, sus hombros encorvándose en su pecho. La piel en su rostro palideció y le temblaban los labios. Acto seguido, Alec estaba a su lado, su mano tendiéndose

hacia la de ella. Ella le agarró la mano apretando fuerte, sus ojos en el mismo sitio. ¿Sabía ella que él seguía en la habitación?

—¿Qué pasó ese día?

La mirada de ella se fijó en él repentinamente, los ojos demasiado brillantes, su piel color ceniza. Ella soltó la mano de él, pero esta vez fue él el que siguió agarrándose a ella. Carissa sacudió la cabeza y tiró de su mano.

—No te echas atrás ahora. Cuéntame —le rogó, necesitando entender.

Antes de que la pudiera detener, Carissa se puso en pie y se acercó a las ventanas panorámicas. Miró hacia afuera, los ojos brillantes y la mirada perdida. Sea cual fuere el recuerdo, era demasiado potente, demasiado doloroso. Él la tocó en el hombro, y ella le esquivó en un acto reflejo. —Si me lo cuentas, te sentirás mejor.

—No. Tú no necesitas saber esto. —Su voz era ronca, no tipo Carissa.

—Necesito saber todo... —*Sobre tí.* —Cuéntame y te doy mi palabra...

—Tú me diste tu palabra anoche y yo fui lo suficientemente estúpida como para creerte. ¿Crees que me fiaría de tí con algo más sobre mí y mi vida? ¿Por qué lo haría?

—Porque me preocupas, no sé por qué. Me preocupo. —Se sorprendió a sí mismo, sin saber de dónde venían esas palabras y sin un deseo concreto de explorar eso. Sus entrañas le decían que no le gustaría la respuesta a esa incógnita.

Ella se escurrió de la mano de él. —Eso es fácil. Se llama deseo e interés. Quieres acostarte conmigo y conseguir la carta de mi padre. Si tienes suerte, ambas cosas de una sola vez. Luego tu interés y preocupación se irán.

Alec encajó la mandíbula hasta que sus encías le dolían. La agarró por los brazos y la empujó hacia el cristal, atrapándola, obligándola a mirarle a la cara para que pudiera ver la verdad en sus ojos. —Tienes razón, Carissa. Mi plan es tenerte y conseguir la carta de tu padre. Te lo juro. Pero también te juro lo que dije antes. Yo no miento.

Los ojos de ella se agrandaron por instantes. Alec aflojó un poco la presión que ejercía en los brazos de ella. Se ablandó, necesitando que ella se sintiera relajada, odiando el temor que veía en su cara. Presionó sus labios contra los de ella. —Déjame demostrarte que puedes confiar en mí con esto.

Ella permaneció en el sitio, sin moverse. Él se retiró y le tocó una mejilla. Por un momento él pensó que ella ya no iba a hablar más.

Pero entonces habló. —Yo no sabía esto hasta que ella estuvo en el hospicio hace dos años. Resulta que Calum había ido a verla mientras yo estaba en el colegio. Le dio a elegir. Le dijo que teníamos que pagar o se quedaría con la casa y dejaría de pagar mi colegio. Ella le dijo que se fuera a la mierda y él le dijo que si ella no se sometía a él yo tendría que hacerlo. Ella empezó a beber. Cada jueves cuando yo llegaba a casa me la encontraba lavando con las ventanas abiertas incluso en lo más crudo del invierno. Su piel estaba roja y en carne viva.

—¿Él la golpeaba? —preguntó Alec, sus manos temblando de ira.

—No. Ella le intentó rechazar. —Su rostro se contorsionó a la vez que las entrañas de Alec se contorsionaron también. —Se quedó atrapada en las drogas para poder vivir. Me intentó animar a que me fuera con Mel, Gia y Nelly, pero yo no podía dejarla. Me enfadaba tanto con ella... —Su cuerpo entero tembló, su ira tan palpable que Alec casi podía sentir el sabor amargo en su lengua. —¿Te puedes creer eso? Yo estaba enfadada con ella cuando ella estaba intentando salvarme.

Él pensó que ojalá la hubiera conocido entonces. Si tan sólo la carta de su padre les hubiera llegado. —No sabías, Carissa.

—No, no lo sabía. Pero eso no me hace sentirme mejor —replicó ella, la mirada bajando a sus

pies descalzos. —La juzgué. En el fondo de mi alma, estaba encojonada porque me había dejado crecer sin mis dos padres, que tenía una drogadicta por madre, que tenía que cuidar de ella y que estaba pillada en ese pueblo de mierda. —Ella se inclinó hacia delante en los pies. —Todo ese tiempo ella se estaba sacrificando por mí.

—Te quería.

—Si. Tuvieron que darle un sedante cuando se dio cuenta que yo estaba al lado de la puerta de su hospital, escuchando su confesión al cura. No era mi intención eso. No podía dormir, estaba tan preocupada de que ella iba a morir sola, así que regresé. —La cara de Carissa se encogió y ella se presionó el vientre. —Hablamos y lloramos. Le rogué que me perdonara. ¿Sabes lo que dijo?

Él sacudió la cabeza.

—Ella dijo que yo valía todo su esfuerzo. Que yo era la única cosa que importaba. Me obligó a jurar que me iría de ese pueblo y lo más lejos de Calum posible. —Ella se sorbió los mocos, secándose las lágrimas de los ojos. Luego se miró las manos como si no estuviera muy segura de dónde venían. —La voy a decepcionar, pero no puedo hacer lo que me pidió. Él tiene que pagar por mi padre, por ella, por Brae. Voy a hacer que ese hijo de puta pague.

Alec comprendió la ira y el dolor. Sabía de pérdidas y la búsqueda de venganza. La misma persona que le había causado a ella su dolor también había causado la de él. Calum iba a morir por esto.

—¿Qué pasó cuando se murió tu madre?

—Calum envió una enorme corona de flores y apareció después del funeral. Dijo que venía a dar sus condolencias. —Ella rió, el sonido áspero casi grotesco. —Era tan respetuoso, me pidió que le dejara que se ocupara de mí. Me podía arreglar la vida y darme todas las cosas que yo quisiera. Mi madre ni siquiera estaba enterrada y él ya estaba preparando su movida.

Calum se había atrevido a proponerle eso. La tenía en el ojo desde que era una niña. Alec miró hacia otro lado, perdiéndose en la vista. Él haría que la muerte de Calum fuese lenta y dolorosa hasta el final. Calum le rogaría la muerte, pero antes de que dejara que Calum muriera, Alec le obligaría a besar el suelo a los pies de ella.

—¿Cómo conseguiste mantenerle lejos de tí?

—Brae actuaba como que habíamos vuelto, y me compró el vuelo para el viaje a Miami. Quería que yo me alejase. —Una nube de arrepentimiento ensombreció su mirada. —Si yo no me hubiese ido, él seguiría vivo.

El pecho de Alec se apretó. Ella portaba su culpa como parte de su cuerpo.

—No, no está muerto por tu culpa. Está muerto por su asociación conmigo. Calum se enteró. Eso es lo que mató a Braeden. Tú fuiste lista en escapar.

Si no se hubiera ido, Calum la habría encontrado. Alec a menudo había llamado pendejito a Whitford, pero gracias a Braeden, Carissa estaba a salvo. Y porque Alec lo necesitaba, la besó en la mano. —Cuéntame el resto. ¿Cómo consiguió Braeden la carta? ¿Qué pasó cuando regresaste de Miami?

Ella tragó. —Mi madre le dio la carta a Braeden. Él me dejó una nota con la carta en la caja fuerte.

Con la cabeza apoyada contra el cristal, Carissa inhaló profundamente y contó todos los detalles.

Alec quería golpear a alguien, o destruir algo y tenía que ser Calum. El dolor de Carissa era razón suficiente. Iba a asegurarse de que Calum nunca más se volvería a acercarse a ella.

—Va a morir. Lo voy a matar por ti, Carissa.

Ella se volvió hacia él, una luz fría penetró en su mirada, transformándola. Ella se distanció de

él. Fuera de su alcance, ella dio pasos hacia el centro de la habitación. —No, lo voy a matar yo misma. Tú puedes despedazarlo después, si quieres.

Su voz era de acero pero ¿qué sabía ella de matar gente? Él dudó que esas manos delicadas se habían manchado de sangre alguna vez o que las náuseas subiesen por su garganta ante el olor mezclado con sudor nervioso. Alec necesitaba protegerla a ella ... y su orgullo. —Podemos decidir quién le mata más tarde. De momento podemos concentrarnos en atraparlo.

Ella le brindó una mirada aguda. —Podemos discutir eso cuando liberes a mis amigas. Y no te pongas a buscar, la carta no está aquí. —Ella subió las escaleras y cerró la puerta de su dormitorio de un portazo.

—Oh, bien. Las dos nos vemos como mierda. Ahora no tengo que sentirme tan cohibida por esta llamada —dijo Mel en cuanto su rostro apareció en la pantalla.

El aliento se escapó de golpe de los pulmones de Carissa. Mel estaba a salvo y era la de siempre. Carissa rió mientras Mel entornó los ojos al final de su explicación. Por lo menos Alec había cumplido con su palabra. —¿Cómo estás?

Mel se encogió de hombros. —Yo bien. Ya me conoces, dando guerra desde el momento en que me levanto. ¿Y tú? ¿Se está comportando él?

Carissa miró a Alec de reojo, sentado en su sofá y hablando por su celular. Ella se había sincerado con él, incluso contándole la parte de su madre. Ella le había dado demasiado poder. ¿Cómo iba a recuperarlo ahora?

—Si, se está comportando. Me preocupan tú, Nelly y Gia. Ustedes tres no son precisamente las de tipo cooperador.

Mel se llevó la mano al pecho. —Soy una ciudadana modelo. Pregúntale a Sebastián cuando termine de ponerle hielo a sus huevos.

Si Mel lo estaba diciendo en voz alta, la imagen que Carissa tenía del circunspecto Sebastián agarrándose los genitales era precisa.

—Es como que no te puedes fiar de ninguno de ellos. —Mel se echó la melena por encima del hombro y jugueteó con las puntas del cabello. —Todos fingen ser lo que no son.

El lenguaje corporal femenino era parte de su código. Lo habían perfeccionado en *Whims*.

Carissa ahogó una sonrisa y afirmó con la cabeza. Era momento de hablar de negocios de una manera que los demás no podrían comprender. —¿A dónde han ido a parar todos los caballeros? Días como hoy me hacen echar de menos la escuela y a Jean Paul. ¿Te acuerdas de él?

Los labios de Mel se separaron brevemente al suspirar. —Dios, echo de menos a ese francés. Ya no fabrican caballeros como él. Esa cosa que hacía, sabes, todavía me pone el corazón a cien cuando pienso en ello.

El pecho de Carissa se tensó y la elección pesó en su mente, pero había que desprenderse de Hector. Les había traicionado a los McLean. Él las traicionaría a quien fuera si el precio era correcto. Incluso a Calum. Si iban a ser respetadas, no podían mostrarse como débiles. Pendiente de la mirada que tenía puesta en el dorso de su cabeza, ella pestañeó. —¿Cómo olvidarlo? De todas formas el día más triste de mi vida cuando él dijo 'la vida es una serie de saludos y despedidas'. Me rompió mi tierno corazón juvenil.

La sonrisa de Mel titubeó y una mirada pensativa se apoderó de su rostro. Se presionó un dedo en el labio. —Mi carcelero me dijo que puedo hacer otras llamadas telefónicas. Llamaré a Gia. ¿Algún mensaje para ella?

Carissa afirmó. —Asegúrate de que llama a Nelly y que ayude al pequeño a relajarse. Ya

sabes que se pone ansiosa y estoy segura de que esto la está alterando. Haz que prepare uno de sus tés especiales. Dile que El Coven abre esta noche, a menos que los McLean quieren llevar esto más lejos y nos vemos obligadas a enseñar un poco de músculo.

Los ojos de Mel se encendieron. —Estoy segura de que nadie quiere eso, pero ¿qué divertido sería?

—¿Oyes eso, Leo? Las señoras creen que una guerra con nosotros sería divertida —dijo Alec lo suficientemente alto para que las dos mujeres lo pudieran oír.

—Por si no lo podías adivinar, Mel, Alec está al teléfono con su mano derecha. ¿Te acuerdas de Leo, verdad?

Los ojos de Mel destellaron con una emoción que Carissa reconoció de inmediato. La impertinente Mel estaba de camino, y las cosas se iban a poner divertidas. —Sí, tuve el placer inmenso de conocer a Leandro, el diligente *número dos*. Otro McLean cortado con el mismo patrón que los demás...

—Díle que Leo la recuerda también —dijo Alec—. Pregunta como está.

Carissa cerró los labios, el puño ante la boca. No sabía qué clase de juego estaban jugando Leandro y Alec, pero este no era el momento para eso. El fuego en la mirada de Mel sólo era un aviso.

Antes de que Carissa pudiera contestar, Mel se anticipó. —Somos demasiado mayores para jugar a los teléfonos. Si Leandro quiere mandar un saludo, estoy segura de que sabe de maneras más directas. Te quiero —le dijo a Carissa, agregando, “nos vemos esta noche.

Sorprendida, Carissa parpadeó unas cuantas veces. No era típico de Mel el dejar una oportunidad de poner en su sitio a un hombre. Sin embargo eso es justamente lo que acababa de suceder. Ella se vería a solas con Mel para averiguar qué pasaba. Carissa se besó la punta de tres dedos y los presionó contra la pantalla. —Yo también te quiero.

—Tu amiga es maleducada —dijo Alec.

Sea lo que sea lo que estaba pasando, ella jamás dejaría que nadie hablara mal de su mejor amiga. —No, ella es auténtica, no una fanática de chicos malos. Dile a tu amigo que no puede meterse con ella habiendo una diferencia horaria de cuatro horas. Si quiere saber cómo está, hay quince vuelos diarios entre Nueva York y California, él puede tomar uno para venir y enterarse. — Ella se giró para subir por las escaleras diciéndole por encima del hombro, “voy a mirar qué me pongo para esta noche.

El Coven estaba vivo, la atmósfera frenética, la música vibrando contra las paredes, el aire eléctrico. Las palabras *Encanto de Amor* recibían a todos en la entrada. Los cuerpos bailaban unos contra otros. La pócima de Gia teniendo efecto en la gente.

Todo sucedía alrededor de Alec pero no le afectaba. Sus ojos eran sólo para Carissa. Ella trabajó la sala; todo el mundo a su alrededor se disputaban su atención. Los ricos y elitistas de Nueva York personas siempre conocidos por sus aires de aburrimiento y desamor de gran ciudad, dejaban de lado su esnobismo por ella.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Sebastián por enésima vez esa noche. Alec lo escuchó, pero no contestó.

Una estrella del baloncesto se acercó a Carissa con Mel al brazo. Él la abrazó cálidamente, diciendo algo que hizo que ambas mujeres rieran. La manera informal en que ella le tocaba y reía con él, agujoneaba la piel de Alec como una espina. Se imaginaba agarrando al tipo por el cuello y lanzándolo por encima de la barandilla del balcón. No sólo él sino todos los hombres que

vinieron después. Incluso los que tenían esposas o novias mandaban miradas lascivas hacia Carissa.

—Alec, te estoy hablando.

Bruscamente moviendo la cabeza, Alec se volvió hacia su hermano. Se le había olvidado que Sebastián estaba sentado a su lado. —Todavía no tengo la carta.

—¿Estuviste con ella todo el día y toda la noche y no conseguiste nada? —preguntó Sebastián. —¿Qué hiciste todo el tiempo? No, no me contestes. Tú y Noah son a veces tan parecidos.

La cara de Alec se endureció como si fuera de piedra y le dirigió una mirada de advertencia a su hermano. Pero estaba guardándose información sin comunicarla a Sebastián, así que no podía culpar a su hermano por interrogarle. Si Noah estuviera allí, Alec lo haría que lidiara con Sebastian...

Una nueva idea apareció en su mente. No había sabido de su hermano menor en toda la tarde.

—¿Has hablado con Noah esta noche?

—No —dijo Sebastián.

La mirada de Alec se volvió hacia Carissa que estaba en una conversación con un par de hombres. Ella le miró al mismo tiempo, una sonrisa prendida de los labios. Aunque parecía estar complacida, su barbilla apuntaba al aire en un desafío descarado. Alec tenía su respuesta.

Se puso en pie de un brinco y se acercó a ella. —Discúlpenme —dijo él, colocándole una mano bajo el codo de ella y alejándola.

Él la arrastró en pasos largos, con la misma velocidad que pulsaba en sus venas. Ella caminó rápido, intentando acompañar su paso, anunciándole a los hombres que ahora mismo volvía.

Él la obligó a entrar por la puerta de su oficina. Ella le miró, una mirada agradable en su rostro. —¿En qué puedo ayudarte, Alec?

El tono ecuánime de ella era el fósforo; la sonrisa que siguió era la llama. Era cuestión de minutos antes de la explosión. Él era el barril de pólvora. —¿Qué coños has hecho? ¿Dónde está mi hermano?

Los hombros de Carissa se elevaron de una manera tan delicada y femenina que Alec sabía que todo había sido una actuación. El día entero, la noche entera, ella planeó todo para devolverle el golpe. Le había pillado de la peor manera. Una manera que podría mandarlo todo al diablo. Si ella le hacía algo a su hermano, él no podría dejarlo pasar.

—Deberías llamarle para enterarte —dijo ella.

Debido a que eso le obligaba a poner un poco de distancia entre los dos, él marcó el número de Noah. Contestó a la cuarta llamada.

—Ey, Alec, estoy a oscuras. ¿Cuándo vienes? —preguntó Noah. Su voz estaba bañada en alcohol, excitado.

—¿Qué diablos te pasa? —dijo Alec en un ladrido.

—Gia es una bruja. Me ha dado una pócima y me siento feliz. Ven aquí, tengamos una fiesta, todos nosotros

Alec dejó caer el celular encima de la mesa, y sus manos se fueron hacia los hombros de Carissa. —No quieres hacer esto. Tráeme a mi hermano.

—Suéltala —dijo Mel desde la puerta. Sebastián entró en la oficina tras ella. —Esto es culpa tuya.

—Si —dijo Carissa. —¿Te creíste que nos podías atacar y no haríamos nada? No nos puedes mandonear.

Alec se echó hacia atrás. ¿Cómo podía haber sido tan estúpido? Nunca pensó que ella haría esto. —¿Te parece un maldito juego?

Con los brazos cruzados en el pecho, Carissa le miró fijamente. —¿A tí te parece que estamos jugando? Ustedes son los que entraron en nuestro territorio y nos faltaron al respeto. Sólo estamos demostrándote que no se puede jugar con nosotras.

Alec dio un paso al frente, pero su hermano se interpuso. —Señoras —dijo Sebastián. — Necesitan darse cuenta de que esto es una pelea que no pueden ganar.

Mel se acercó a Carissa y rió. —¿Que no podemos? Nos rodean ahora mismo. Mira por la ventana, cariño.

Sebastián se acercó a la ventana y miró afuera. —Los Salvajes están rodeando el local. Llamemos a Hector. A ver a quién respalda.

Mel enarcó una ceja. —Oh, ¿tienes el número del infierno? Estoy impresionada.

Eso bastó. Alec dio un paso hacia delante. —No sabes la clase de dolor que podemos infligir...

—Creo que tú eres el que no sabe —dijo Carissa, poniéndose delante de Mel. Ella se acercó a él. —Intenta algo y ninguno de los dos saldrá de aquí con vida.

Durante un momento, Alec pensó que iba a morir de la ira. Las dos mujeres parecían no tener miedo, y supo que en ese momento las dos estaban locas.

—Esta bien, relájense todos —dijo Mel. —No estamos intentando declararle la guerra, pero si vamos a colaborar tiene que ser en calidad de igualdad. Noah está seguro, nunca tuvimos intención de hacerle daño.

—Déjenme decirles esto —dijo Sebastián, avanzando hacia las mujeres. Alec sacó una mano para detenerle pero él no le hizo ni caso. —Si no entregan a mi hermano, no sólo no habrá nada de qué hablar, sino que pintaremos cada rascacielos de Manhattan con su sangre.

Los ojos tan abiertos que casi eran blancos, Sebastián parecía que les iba a hacer daño de verdad. No había manera de retroceder ante esa amenaza. *Maldita sea.*

—Tráete a Noah y luego podemos hablar —dijo Alec.

Las mujeres se miraron un momento antes de que Carissa diese un paso. —Entregaremos a Noah porque esto sólo era un mensaje. No matamos a menos que haga falta. Pero fuiste demasiado lejos. Déjame aclararte algo: Si tu hermano me amenaza a mí o a los míos, me comeré esa maldita carta antes de dejarte que la veas.

—Te mandaremos un mensaje de texto sobre Noah —agregó Mel. —Mientras tanto, lárquense de aquí. No nos contacten. Nosotras los contactaremos.

Ella había tomado a su hermano y luego había echado a Alec ante su presencia. Él no era uno de sus hombres a los que ordenar. Sería mejor que ella aprendiese eso rápidamente.

—Tienes dos horas —dijo él. —Que aparezca Noah antes de eso o volvemos.

Alec entró por la puerta de la suite de su hotel en una nube putrefacta de ira y frustración. ¿Dónde se había equivocado? En camino de vuelta Sebastián había intentado charlar con él, pero Alec se dedicó a mirar por la ventanilla del carro. Lo único que quería era una copa y distancia de su hermano mayor.

En vez de eso, encontró a Leo con Noah apoyado contra sí en el pasillo. La mitad de la ansiedad que Alec portaba en su cuello y hombros se deslizó hacia el suelo.

—Ey, Alec —dijo su hermano menor. La sonrisa de Noah se desplegó sobre su rostro. —Bas.

—Está borracho de una de esas bebidas pócimas —dijo Leo en ese tono jovial que usaba cuando estaba divertido. —Estoy a punto de meterlo en tu cama.

Alec se acercó a ellos para examinar la cara de Noah, tomándola entre las dos manos “¿Estás

bien?

Noah le brindó la clase de sonrisa que sólo el alcohol puede producir. —Estoy maravillosamente, hermano. Tienes que probar esas pócimas. Gia me dejó besarla, besarla de verdad. También la pude tocar, pero ella no quería tener sexo conmigo. Y lo intenté Alec. Es tan bella. Descansé la cabeza en sus muslos y ella cantó. Creo que la quiero.

—Yo quiero un poco de lo que se ha tomado él. —Rió Leo y siguió hacia el dormitorio.

Alec intentó no sonreír, pero no pudo reprimirse. No le aguantó una respiración completa.

—¿Por qué está aquí Leo? —La voz de Sebastián sonó como si tuviera algo entre los dientes.

La cabeza de Alec, atorada con los eventos de la jornada, por fin cedió. El dolor de cabeza machacó las paredes de su cráneo. Sin mirar a su hermano, se acercó a la barra y se sirvió un whiskey. Era probablemente la peor idea, beber licor oscuro, pero era una de las dos cosas que le podían relajar en este momento. La otra, con cabello rubio y piernas largas, parecía estar más lejos que nunca.

—¿Por qué está aquí? —preguntó de nuevo Sebastián.

Alec se acercó a la zona de asientos y bebió un sorbo largo. —Porque le pedí que viniera.

—La pregunta sigue siendo por qué, Alec —masculló Sebastián.

Alec presionó el vaso contra la frente, intentando calmar el dolor que se expandía. Usó la otra mano para frotarse la parietal izquierda. Deseaba más que nada no tener que contestar preguntas. Y deseaba que no fuese su hermano haciéndolas. Más que nada, deseaba estar a solas para cerrar los ojos y meditar. Deseaba tener todo ese lujo.

—Necesito a Leo aquí.

—¿Y el frente doméstico? ¿No era necesario él allí?

Demasiado exhausto para mostrar siquiera una pizca de irritación, Alec miró a su hermano fijamente. —Estoy planeando enviar a Noah a casa, pero mientras más lo pienso, tú deberías ser el que se debe volver a casa.

El color subió lentamente por el rostro de Sebastián. —¿Por qué iba yo a regresar a casa? — Alec dejó escapar una respiración larga y cargada. —Porque cuestionas cada una de mis decisiones y esta noche la cagaste completamente.

Sebastián se apuntó un dedo en el pecho. —¿Yo lo jodí todo? ¡Tu amiguita secuestró a nuestro hermanito y nos estaba forzando!

Alecladeó la cabeza hacia un lado para mirar a su hermano unos segundos. —Sí, pero ya nos habían dicho que Noah estaba seguro y no corría peligro. Creo en el fondo que los dos sabíamos que no le iban a hacer daño. Fíjate en la sonrisa que tiene en la cara, Sebastián. —Su voz subió un poco hacia el final, incapaz de contener ira. —Estaba viviendo una fantasía. Estaba besándose con Gia. Ahora todos estamos jodidos porque tú decidiste decirles a esas mujeres que vestiríamos las calles con su sangre.

—¿Cómo iba a saber yo que él estaba bien? —exigió Sebastián.

Alec rezó por tener fuerza para no explotar. —No lo sabías. Igual que ellas no sabían cuando las aislamos que sus amigas estaban a salvo. Son nuevas en esta mierda. Tú llevas años en este negocio, lo suficientemente como para reconocer cuando hace falta recalcar algo. Habríamos reaccionado de la misma manera que ellas.

—Así que dejo que el amor por mi hermano se apodere de mí. —Sebastián cerró los ojos y presionó su nariz con la punta de los dedos. —Esto las hace entender que no pueden jugar con nosotros.

Alec reprimió la respuesta que estaba intentando salir de su garganta. Sebastián no se estaba enterando. Se ponía emocional, y Alec entendía. Pero era un error demasiado grave. —Tienen

algo que necesitamos pero tus amenazas han conseguido alienarlas hasta el punto en que ya no quieren saber nada de nosotros. Ahora necesito una manera de poder tender un puente entre ellas otra vez. —Alec esperaba que nada de la emoción que le embargaba se mostrara en su voz.

—¿Y, Leo es el hombre que te va a ayudar con eso? Igual que era el correcto de vigilar nuestros negocios en casa.

Alec quería darle un puñetazo a la pared. Odiaba tener que explicarse, pero tenía que ofrecerle algo de seguridad a su hermano. —Leo tiene ciertos talentos que le hacen ser útil en situaciones como esta.

Sebastián hundió las manos en sus bolsillos y miró a sus pies. —Hablaré con Mel. Ella y yo tenemos una conexión. Puedo arreglar las cosas con ella.

Alec bajó la mirada a su bebida. *Mel tenía mucho que ver con tu resentimiento*, podía chillar de frustración. —Eso no es lo que parecía esta noche. —Su voz era seca, como papel de lija contra una viga de madera.

Sebastián se relamió los labios. —La haré entender. Mi preocupación era mi hermano. Ella tiene una hermana y sabe lo que es preocuparse por un hermano menor cuando crees que corre peligro.

Aunque su hermano lo estaba intentando, Alec no se lo creía. Sebastián estaba demasiado hundido. No parecía darse cuenta de que esas chicas eran su familia. La sangre no tenía nada que ver con eso. Una amenaza a una de ellas era una amenaza a las tres.

Pero Alec tenía que tomar una buena decisión. Si enviaba a Sebastián a casa, el resentimiento permanecería. —Vete a dormir, Bas. Enviaré a Noah a casa mañana, pero de momento, déjame intentar arreglar esto. Haré que vuelvas más adelante.

Sebastián miró el suelo de nuevo unos instantes, como que podía ver a través de los suelos de parquet vintage. Finalmente, alzó la vista para mirar a Alec y sonrió. —Gracias hermano, Pero... —se frotó el cuello—. Creo que tienes razón. Vuelo a casa mañana con Noah durante unos días, ayudarle a arreglar las cosas y luego vuelvo. Tú y Leo se entienden bien y trabajan bien juntos. — Se giró y salió de la suite.

—Quizás deberías dejar a Bas manejar esto, Alec —dijo Leo desde la puerta del dormitorio. —Tiene razón. Es tu hermano de sangre. Como un McLean tiene mas derecho a estar aquí.

Leo no se ponía emocional en temas de negocio. Hacía lo que había que hacer incluso cuando lo odiaba. Alec echó los hombros atrás y señaló a su amigo. —A ti es a quien quiero aquí.

Leo afirmó con la cabeza y se sentó en una silla delante de Alec. —¿Qué pasó esta noche? Necesito saberlo si voy a usar mis habilidades especiales.

Alec no quería hablar o recordar todo lo que había culminado en este momento. Le dio a Leo la versión abreviada. —Me dieron gato por liebre. Me dejaron sin poder hacer una maldita elección.

Leo silbó bajo, pero el brillo en sus ojos era inconfundible. —Noah se va a mosquear. Esperemos, todavía tiene los recuerdos de todo lo que pasó con Gia. ¿Quién se queda secuestrado en una fantasía erótica? Ese chamaco tiene una tremenda suerte. ¿Estas mujeres nos hacen esto? ¿A nosotros?

Alec gruñó. —Eres un sucio, Leo.

Leo sonrió y se echó hacia delante. —No, sólo soy un entusiasta del poder. Así que, ¿Qué más pasó con Carissa? Si me dices que Noah llegó más lejos que tú, me voy a encojonar de verdad.

Y precisamente así, el cuchillo en su costado se hundió más. —Necesito que encuentres una manera de arreglar esto. Organiza una reunión. Carissa y Mel y tú y yo. Iguales, dos de ellas dos de nosotros.

Las pupilas de Leo se dilataron, y sus labios se abrieron levemente. Afirmó con la cabeza un poco. La respuesta apenas perceptible, pero Alec la vió.

—¿Va a ser ella un problema entre tú y Sebastián? —preguntó.

Algo brilló en los ojos del otro hombre, pero su voz era entera. —No.

El cerebro de Alec le dijo que ella ya lo era. Pero Alec también sabía que fuese lo que fuese que hiciera falta, Leo lo haría al final. Eso es lo que le convertía en un poderoso mano derecha. De todas formas, uno de los dos hombres iba a tener el ego dañado, y esto se convertiría en otra espina más en su relación.

Alec acunó su bebida entre las manos y pensó en su dolor de cabeza, maldiciendo la mejor amiga de Carissa.

CAPÍTULO DOCE

—Bueno, menos mal que esto no es incómodo ni nada —dijo Mel, dejando de escudriñar su menú.

Carissa le podría haber dado un beso por romper el silencio. Durante veinte minutos los cuatro se habían estado mirando unos a otros en la incómoda conversación sobre el tiempo. Hablar de la primavera sólo podía durar unos minutos.

Ella intentó evitar la mirada de Alec y se fijó en la manera en que Leo enviaba—miradas esporádicas disimuladas pero fracasando abismalmente—hacia Mel. Era como la manera en que Carissa miraba el Pastel de Chocolate en Serendipity, su cafetería favorita.

Mel, por otro lado parecía no darse cuenta de la fascinación de él, en vez de eso prestaba atención a todo desde las copas para el agua hasta la gente que llegaba. En cierto momento, hizo que un menú con sólo cuatro cosas a la carta, pareciese tan cautivador como el ejemplar más reciente de *Vogue*.

—Empecemos de nuevo —dijo Leo—. Creo que todos estamos de acuerdo en que las cosas se salieron un poco de control en los últimos días, pero no es nada que no podamos superar. ¿Verdad? —Otorgó una sonrisa embajador-de-paz-a-las-Naciones-Unidas a Carissa. Esa sonrisa había conseguido la paz muchas veces en cosas no relacionadas con negocios. Carissa apostaría cada centavo en ello.

Su mirada se fue hacia Mel, y Carissa sintió en vez de ver, a su amiga ponerse rígida. — Bueno, eso todo depende si siguen planeando pintar la ciudad con nuestra sangre.

—Esa fue una desafortunada elección de palabras —dijo Alec—. Cuando alguien amenaza a tu familia, los pensamientos racionales salen por la ventana, y dices cosas que no dirías. No creo que sepas esto, Mel, pero yo perdí un hermano hace años. El hermano gemelo de Sebastián. Cosas así te marcan de por vida.

La mirada de Mel se suavizó. —Lo siento. No puedo imaginarme lo doloroso que fue eso para ti. Yo no sé lo que habría hecho si...

—No es una disculpa de su amenaza —añadió Leo. —Espero que no juzgues a Bas demasiado. Ha sufrido más de lo que es posible imaginar y es apasionado en su protección de Alec y Noah.

Eso no cuajó totalmente. La manera en que ambos hombres trabajaban en tándem para limpiar las palabras de Sebastián le dió a Carissa la impresión de que ella y Mel no eran las únicas que necesitaban ser convencidas. También se percató de la cuidadosa manera de frasear que tenía Leo. Ella le envió una mirada interrogatorio a Mel y su amiga le respondió con una breve inclinación de la mirada.

—Bueno —Carissa le dijo a Alec. —Creo que es mejor que intentamos dejar esto atrás. Si vamos a trabajar juntos para cazar a nuestro enemigo en común, tenemos que estar de acuerdo en que la familia es intocable. Nadie entiende mejor que yo cómo te sientes con respecto a la familia, pero empezaste esto no adhiriéndote a las reglas.

Alec la miró intensamente. —Reglas que me obligaste a seguir. No hablar de Calum, no traer armas—tienes tantas reglas, ¿quién puede llevar la cuenta de eso? No nos ven a nosotros preguntándoles a tí o a Mel que entreguen los cuchillos que llevan en las botas.

Las palabras de él le mosquearon a ella, y ella no pudo reprimir su reacción. *¿Cómo sabía él lo de los cuchillos?*

—No es como que no estabas de acuerdo.

—No me diste opción, cariño.

El tono almibarado de Alec le empalagaba el paladar a Carissa, haciéndola hacer un gesto con el labio. Ante el interés de llegar a un acuerdo, ella tenía que dejar que estas puyas pequeñas se le escurrieran por la espalda. —No tenía por qué. Era mi sitio y yo soy la que tiene la única cosa que te interesa.

—¿Única cosa? —Alec elevó una ceja. Sus ojos la repasaron de arriba abajo.

Recuerdos de los labios de él en la cara interna del muslo de ella se desparramaban en su cabeza, caldearon su vientre. Ella intentó no ruborizarse. Él no tenía ninguna consideración por las otras personas a la mesa. Su piel se puso cada vez más caliente. Alec sonrió como si podía leer sus pensamientos.

—Entonces, ¿señoritas, vienen aquí a menudo? —preguntó Leo.

La risa embargó a Mel y se tapó la boca. —¿Eso es lo mejor que se te ocurre?

—Estoy intentando conseguir una cena, antes de que estos dos se tiren a la yugular —se defendió Leo. —Puede que la mesera tenga que traer los cuchillos de la carne para cortar esta tensión. Incluso puede que me tenga que comer dos filetes.

—Eso es sólo una excusa para que te comas dos filetes —bromeó Mel. —No te detengas por nosotros Carissa. El juego verbal entre dominantes empedernidos siempre es entretenido.

Carissa le dispensó una mirada iracunda a su amiga y otra mirada igual a Leo antes de volverse hacia Alec. —Traernos a estos dos puede que no haya sido la mejor manera de que lleguemos a un acuerdo.

La mirada de él se suavizó. —Seguramente no, pero se habrían sentido ofendidos si no les hubiésemos traído. Leo es muy inseguro.

Leo consiguió ser franco menos en los ojos. Sus ojos decían que no le haría daño a un ciervo —a menos que se le provocase, en cuyo caso mataría la manada entera.

—Mel tampoco tiene mucha confianza. Es terriblemente tímida.

—Oh, no —gimió Mel. —Están coqueteando.

—No estamos coqueteando —dijo Carissa. —Esto es una cena de negocios.

—Sí pero mi amigo ya tiene la mente en el postre. —Leo consiguió decir las palabras con la cara seria, pero sus cejas tendrían que estar moviéndose de arriba abajo.

El ardor subió fuerte y rápido por el cuello de Carissa. ¿Por qué tuvo que decir postre? Y Alec no lo estaba negando. Ella bebió de su copa de vino e intentó ignorarle. No la iba a atrapar en su juego. Pero él sólo sonrió. No le molestaba nada.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó ella.

Él sacudió la cabeza, los ojos encendidos y recorriendo el rostro de ella. —Leo no miente. Nunca miente. Creo que los dos sabemos dónde va a parar esto.

Con seguridad el vapor estaba saliendo por las orejas de ella, estilo, *Looney Tunes*. Ella se imaginó un yunque cayendo encima de la cabeza de él.

—Supongo que hemos descubierto la razón de la falta de confianza de Leo —dijo Mel. —Alec se la apropia toda. ¡Deprisa! Quitate los zapatos, Carissa. Va a poner un bebé en tu vientre. —Ella se agarró a un collar de perlas imaginario.

Las cejas de Alec se cerraron de repente, como que él quería saltar por encima de la mesa y rodear el cuello de Mel con las dos manos. Leo estalló en carcajadas tan contagiosas que Carissa no pudo evitar reír también. —No te enfades, Alec, sé agradecido. Mel sólo es directa de palabras. Gia te habría lanzado un vaso de vino.

—Lo dudo. Por lo que tengo entendido, tu otra amiga es una amante, no una luchadora —dijo Alec sin sentirse feliz o apaciguado.

Mel se ahogó en su vino y Carissa se mordió el labio. —Creo que deberíamos empezar a

hablar sobre Calum. No quiero reventar otra burbuja para ti esta noche —dijo ella. —Cuéntanos qué nos propones.

—Es muy sencillo. —Leo se inclinó hacia delante. —Necesitamos trabajar juntos para atraer y capturar a Calum. Y tu carta es la clave de eso.

—¿Qué te hace pensar que la carta puede hacer eso? ¿Acaso sabes lo que hay en la carta? —Preguntó Mel. —Podría ser algo personal, una nota de un padre para su hija.

Carissa casi se rió por la manera en que los dos hombres parecían sorprenderse de que ella y Mel podían trabajar en tándem tan bien como ellos.

—Excepto que no lo es —contestó Alec. —Esa carta no era para tus ojos, Carissa. Tu padre envió esa carta a mi abuelo pero no le llegó. Mi abuelo me dijo en su lecho de muerte que tu padre le había dicho que había una copia de la carta con su esposa. Él sabía que Calum iba detrás de él. —Estiró una mano hacia la de ella. —Mi abuelo nunca pudo localizar a tu madre.

Su mano se deslizó encima de la de ella y Carissa casi dio un respingo. Estaba de vuelta en Eden Rose otra vez. Con los policías en la puerta diciendo que su padre nunca iba a volver a casa y su madre desmoronándose ante su mirada.

—La tía Ella era un alma atormentada pero la mujer más dulce del mundo. —La voz de Mel era espesa, su tono corrosivo. —Hizo lo que pudo. Otra víctima inocente que ese hijo de puta tendrá que pagar.

Carissa bajó la mirada. La emoción en la voz de su amiga amenazó con desarmarla. Si miraba a Mel ahora, tenía miedo de romper a llorar. *Contrólate*.

—Estamos de acuerdo en eso. —la voz de Alec era suave pero fuerte. —Tu madre, mi hermano.

—Tenemos que agarrar a Declan, también —declaró Carissa.

—Sí, seguramente está al tanto de todas las cosas que ha hecho su hermano —dijo Leo de acuerdo.

—Declan tiene sus propios pecados que expiar —dijo ella.

Después de la cena, Carissa y Mel se fueron al tocador para que Mel pudiera aplicar su carmín rojo.

—¿Sabes, estoy esperando que me expliques lo que pasa contigo y el amigo de Alec?

Haciendo una pausa con el pintalabios en su labio superior, Mel miró a su amiga. —¿Quién? Leandro?

Carissa adoptó su mirada de lo-puedes-hacer-mejor. —Sí, sabes muy bien que me refiero a...*Leandro*. —Imitó la pronunciación de su amiga y Mel rió. —Y deja de hacer ojitos, Betty Boop. Ya sabes que a mí no me engañas con eso.

Guardándose el pintalabios en el bolso, Mel suspiró. —¿Qué quieres que te cuente?

Mel, siempre tan segura de sí misma y tan poco afectada por los hombres, estaba actuando a la defensiva con Leo.

Carissa dio un paso hacia ella, una sonrisa en los labios. —Quiero escuchar la verdad. Que te le quieres trepar por encima. Que te gusta...

La puerta de uno de los retretes se abrió. Una mujer vestida de negro salió de repente, una pistola semi-automática en la mano. Apuntó el arma a Carissa. —No te muevas o la rubia se queda seca —le dijo a Mel.

La mente de Carissa se quedó en blanco. ¿Así es como iba a morir? ¿La bala le rasgaría las entrañas antes de dispararlas fuera de su cuerpo? Se quedó congelada. La puerta del baño se abrió una grieta. Un hombre también vestido de negro se quedó parado. La mirada de Carissa estaba atrapada por el arma que tenía en la mano, otra semi-automática.

—Vamos a salir de aquí —le dijo a Carissa. —No vas a hacer ni un ruido o le derramo los sesos de tu amiguita. —Apuntó el arma a Mel, que miró a Carissa con ojos de pánico. —Ahora muévete.

Oh, Dios.

Iban a matar a Mel. Su mejor amiga iba a acabar tumbada muerta en el suelo de un callejón oscuro lleno de pis. Carissa ya podía vislumbrar sus ojos sin vida, como los de Braeden y Lucian. Largos tentáculos fríos rodearon su corazón, apretando más y más, como si estuvieran intentando extraer cada gota de sangre, exprimiendo cada emoción. Sus pulmones se apagaron. Saboreó algo amargo y nauseante en la parte trasera de la garganta. Como que su saliva sabía a níquel. Conocía bien el sabor.

Era temor.

No iba a perder a otra persona. No podría superarlo, no lo podía manejar, no podía dejar que pasara.

Salió en silencio. La mujer caminó a su lado, la pistola en sus costillas. Carissa miró hacia atrás. El hombre tenía la pistola apuntando detrás de la cabeza de Mel. La mujer empujó a Carissa hacia delante. —Mantén la mirada directamente delante.

Sus rodillas casi cedieron. ¿Cómo pasaba esto con Los Salvajes y sus propios guardaespaldas afuera? ¿Con Alec y Leo sentados en el restaurante? ¿Era esto otra de sus jugadas?

Se fueron hacia el callejón detrás del restaurante, hacia un carro que esperaba. —Nuestro vehículo está aquí —la mujer gritó a su compañero. Entonces susurró al oído de Carissa “Calum está deseando verte.

El corazón de Carissa se retorció en su pecho y golpeó contra su esternón. Su mente gritó y sus pies se enraizaron. Cada órgano se convirtió en una gigantesca bola de terror que se apoderó de su cuerpo. La tenía—Calum la tenía.

Haz algo. Haz algo. Haz algo ahora mismo.

Escuchó un grito. Tanto ella como la mujer se giraron. Mel clavó su cuchillo en las costillas del hombre; el brazo de él giró y le dio a Mel con la culata en la frente. El golpe la envió contra la pared. Un disparo escapó de su pistola, atronando en el aire. La mujer al lado de Carissa elevó el arma para dispararle a Mel. Carissa se abalanzó a la mujer tirándola al suelo.

Con un chorro de adrenalina, Carissa concentró sus esfuerzos en aprisionar el brazo de la mujer para que no pudiese apretar el gatillo.

Alguien golpeó a Carissa en el cráneo. Su cabeza fue tirada hacia atrás por el cabello, y le inyectaron con una jeringuilla en el brazo. Cayó al suelo, su cabeza ladeada. Su asaltante cayó a medio metro, sus ojos bien abiertos de una manera permanente que Carissa conocía bien.

Sus miembros se entumecieron, y nunca había sentido tanto frío en toda su vida. Se oyeron disparos en el aire. La iban a llevar. Calum por fin la había encontrado. Vio a Mel en el suelo sin moverse. ¿Su amiga estaba muerta?

Carissa gritó su nombre. Las pisadas se acercaron y el mundo se ralentizó. Los latidos de su corazón aumentaron retumbando en sus oídos.

Alguien la alzó, y ella flotó. El rostro de Alec apareció ante ella. Ojos grandes como monedas de dólar, con pupilas enormes, recorrieron su rostro. Él habló pero ella no podía entender sus palabras.

—Ayuda a Mel. No se mueve —dijo varias veces. No podía oír su propia voz y no sabía si él tampoco la podía oír.

Él ladeó el rostro de ella y ella vio a Leo ayudar a Mel ponerse en pie, presionando el lado de su cabeza. Mel se apoyó contra él mientras Leo la sostenía, susurrándole al oído, manteniendo una

mano presionada contra el costado de ella. Mel se bamboleó y los brazos de él se cerraron entorno a los de ella.

El mundo giró en torno a Carissa. Era como que la tierra y todo en ella se meneaba. Estaban corriendo. Todo se hizo oscuro—estaban dentro de un carro. Alec parecía estar gritando órdenes y los ojos sobresaltaron todo a su alrededor.

La mirada de Alec volvió a ella, y dijo algo que ella no pudo entender. Su cara se puso borrosa mientras que la humedad surcaba sus mejillas. La mano de él descendió sobre los ojos de ella y cuando habló de nuevo, ella pudo leer sus labios.

—Estoy aquí —dijo él, y por alguna razón, eso fue suficiente. Las luces de las farolas entraron y desaparecieron, a veces iluminando el carro entero y otras veces dejándolo a oscuras. Durante todo el tiempo, Carissa miró directamente a los ojos de Alec. Estaría perdida si miraba hacia otra parte. Así que aguantó la mirada.

¿Sería el rostro de él lo último que viese?

—Lo voy a matar. —Las palabras de Alec rebotaron por la habitación. Dio pasos mientras Leo se apoyó contra la pared. Había sido una noche larga. En la zona de espera, una Gia con la frente arrugada, sostenía una Nelly que lloraba y que no parecía tener más de dieciséis años.

Él y Leo habían repasado todo lo que había pasado después de que llegaran las mujeres acompañadas de diez hombres. Según Gia, su gente ahora rodeaba el hospital, listos para vérselas con quién hiciese falta, incluido los McLean.

—Calum tenía esto bien planeado —susurró Leo, la ira tiñendo cada palabra. —Nuestra gente estaba allí, su gente... y pasó esto. Sabes, esto es un trabajo desde dentro tanto como desde fuera.

Alec se tensó. Carissa casi fue secuestrada anoche.

No estará satisfecho hasta que me lo quite todo, hasta que no quede nada.

—Iban a matar a Amelia, ¿sabes? —Las manos de Leo se hicieron puños a sus costados. —Iban a matarla y luego llevarse a Carissa.

Las entrañas de Alec se revolvieron. Mel había repelido el asalto, impidió que Carissa fuese tomada, y acabó con una larga herida en la cabeza y seguramente una contusión. —Necesitamos saber quién es el cómplice. Sólo tú y yo sabíamos dónde íbamos a reunirnos con ellas. Es posible que el chivatazo fue en el lado de ellas.

Leo sacudió la cabeza. —Me parece que no. Ellas operan muy como nosotros, y recién asumieron el poder de Los Salvajes, no las veo fiándose de nadie fuera de su círculo más cercano. Nada es imposible. Mañana, tendremos que repasarlo todo con ellas.

Esto era tanto un ataque a Carissa y su mejor amiga, tanto como un insulto a él y su mano derecha.

—¡Alec!

El hielo atravesó su pecho, congelando su sangre. Su cabeza se fue en dirección del grito. *Carissa*. Se fue corriendo.

Leo le llamó, pero Alec siguió corriendo. Empujó a un enfermero que se acercó y entró en la habitación de observación donde estaba Carissa.

Tumbada en la cama, la cara roja, ella forcejeaba, luchando contra las enfermeras intentando aprisionarla. Un hombre en bata blanca apuntaba una luz en sus ojos. Alec le empujó hacia un lado y se inclinó hacia ella en la cama.

—Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí —repitió tanto para ella como para sí mismo. Durante la última hora, sus pensamientos sobre ella pálida, asustada y vulnerable, le habían estado

torturando. Ni Alec McLean ni los suyos, nunca sería víctima de nadie.

—Está herida —sollozó Carissa. Su respiración entrecortada salió entre sus lágrimas.

Él le tocó la cara. —Está bien. Te lo prometo. Sólo respira. —Él inhaló y exhaló hasta que ella hizo lo mismo que él.

Fue una noche interminable con infinitas capas de complicaciones que requerían la única cosa que Alec no tenía: paciencia.

Los médicos le hicieron toda clase de pruebas en la historia de la medicina a Carissa. No fue hasta casi una hora después de que ella empezó a recuperar el control consciente de su habla que ellos se dieron cuenta de qué clase de droga le habían inyectado. Un agente bloqueante neuromuscular estaba inhibiendo su capacidad de moverse afectando los mensajes de su cerebro a sus músculos.

Para cuando lo habían averiguado, Carissa ya estaba vestida en una bata de hospital, sus heridas desinfectadas y sus rayos X mostrando que no había sufrido daños internos. El corte en su costado no requirió puntos de sutura, pero el médico recomendó inyecciones para el tétanos y antibióticos porque la herida había estado sucia antes de su llegada al hospital.

Cuando la enfermera entró con una jeringa para inyectarle un antibiótico, Carissa gritó. En su delirio, pateó y luchó. Al final, Mel tuvo que entrar, la frente vendada, para convencer a Carissa a que dejara que la enfermera hiciera su trabajo. Poco después, se quedó dormida, sin percatarse de la discusión acalorada que estaban empezando a tener.

Mel quería quedarse y cuidar de Carissa, aunque ella también estaba herida, exhausta y apenas capaz de mantenerse en pie. Al final, Alec ganó, pero Mel no se marchó sin dejar de amenazarle con cortarle los huevos si le pasaba algo a Carissa o, “si decides intentar alguna mierda.

Leo la llevó a su casa.

El intento de secuestro y su incapacidad para detenerlo le pesaba. El cuerpo de Alec finalmente cedió, y se había quedado dormido en una silla cerca de la cama cuando ella le llamó por su nombre.

Carissa se quedó sentada en la cama, sus ojos rebotando de un lado de la habitación al otro.

Alec se sentó a su lado. —Carissa, todo está bien. ¿Carissa?

Ella ni le miró; era como que ni siquiera estaba allí. ¿Estaba en shock otra vez?

Él le dio una sacudida, la nombró otra vez. Esta vez, ella le miró a la cara.

—Ella dijo que me llevaba a Calum. —Miró hacia su regazo y sacudió la cabeza. —Entraron en el baño y nos llevaron. Pensé que iban a matar a Mel, como a Braeden. No podría soportar eso. No quiero que muera mi mejor amiga.

Cada palabra le atravesaba como un cuchillo. Todo había sucedido bajo sus narices, mientras estaba ahí charlando con Leo. Le habían tomado como un principiante, allí sentado hablando de chicas como un estudiante universitario. Alguien iba pagar por esto, pero de momento, tenía que concentrarse en Carissa. Lo mínimo que podía era aliviar la preocupación de ella. Alec recorrió el cabello de ella con una mano tranquilizadora.

—Mel está bien. Se fue a casa para descansar. No pienses en ello ahora. Necesitas dormir.

—No. Bajé la guardia. Estaba tan enfrascada chismeando sobre Leo y sus miradas amorosas a Mel, que me dejé abierta a todo. No comprobamos el baño. Él decía una y otra vez que la mataría... —La cara de ella se descompuso.

Alec la abrazó, y ella alzó la cabeza. —Quiero irme a casa. Ahora. No quiero estar aquí.

—Te irás en unas horas —insistió él.

—No. me quiero ir ahora. Por favor. —La suspensión en su voz fue suficiente como para moverle, darle a ella lo que quería, no importaba lo drástico que podría ser.

Una hora más tarde, la tenía en su casa, en su loft, vistiendo el pijama del hospital y la chaqueta de él. Carissa insistió en ducharse. Una vez que terminó y estaba en su cama, él hizo lo mismo. Pensó que ella estaría dormida para cuando saliera del baño, pero ella estaba tumbada de lado mirando a través de la ventana panorámica.

Ella se volteó para mirarle, sus ojos recorriendo su torso desnudo en un lento descenso hacia su estómago. Él sólo llevaba una toalla en torno a la cintura ya que había lavado sus calzoncillos y los colgó en la barra de las toallas para que se secaran. De ninguna manera iba a ponerse los calzoncillos sucios después de ducharse.

—Te estaba esperando —dijo ella, la voz un poco ronca.

Él no pudo evitar que su cuerpo reaccionase ante sus palabras, aunque lo que ella tenía en mente probablemente no tenía nada que ver con sexo.

—Esta bien, pero tendrás que explicarle a Mel que lo pediste tú. No, que me rogaste.

Ella rió. Era una risa suave, débil. —¿También debería decirle que eso fue después de que me intentaras tentar con tu desnudez?

Carissa tendió una mano, y él se acercó para tomarla. Se sentó de cara a ella en el borde de la cama. La mirada de ella estaba llena de cansancio.

—Gracias por estar allí hoy. Si no hubieras llegado cuando lo hiciste...

—Tú no fuiste la única que se puso demasiado cómoda esta noche. Podrías haber muerto.

—No pasó. —Ella agarró su mano con más fuerza. —Gracias por ayudarnos, otra vez.

Carissa cerró los ojos, todavía cogida de su mano. Él la tapó, luego se metió en el otro lado de la cama, de cara a su espalda. Los eventos de la jornada, sus pensamientos, todo se fundió dando vueltas en su cabeza.

Él apenas había caído en sueños cuando ella se movió.

—¿Alec? ¿Por qué tardaron tanto mis hombres en venir? Mañana tengo que vérmelas con el tipo que nos atacó a Mel y a mí esta noche. —Carissa parecía estar más dormida que despierta, pero tenía una sorprendente coherencia.

Alec también tenía intención de averiguar esas cosas.

—¿Por qué demonios nos reunimos al lado del río? —ladró el instante en que se acercó a su amigo. —Hace un frío de muerte, y son las seis de la mañana, *Leandro*.

—No me llames así —replicó Leo, recordándole un pitbull inquieto a Alec.

—¿*Amelia* la valiente es la única que puede decir tu nombre completo? —Alec sabía que estaba siendo desagradable pero estaba funcionando a medio gas. El intento de secuestro y la consiguiente prueba hospitalaria habían sido desgarradores—y no menos una Carissa dormida en la cama a su lado. Esto no le habría importado excepto por la incomodidad extremadamente involuntaria que causaba a las partes más bajas de su anatomía.

—Nadie me puede llamar así. —El tono de Leo era amargo.

Y, con eso, la mañana de Alec se puso mejor. Leo nunca dejaba que ninguna mujer le afectara, pero desde que apareció la amiga de Carissa, Leo se había vuelto picajoso con el mero enunciar de su nombre. —Excepto que ella sí te llama *Leandro*, y te pones como un pavo real cuando lo dice.

—No soy un pavo real, pero sí que a veces pienso con mi cañón. —Se detuvo un momento para mirar a Alec como si fuese una mosca cerca de su cena. —Eres un pendejo. Dado que

obviamente estás con la regla y quieres hablar de chicas y sentimientos, ¿cómo va Carissa hoy?

Uno de sus hombres se les acercó con café. Alec y Leo caminaron en silencio, dejando que la bebida matutina les diese un chute de civismo a los dos.

—Carissa está bien. La dejé durmiendo. Necesitamos actuar rápido antes de que ella se dé cuenta que hemos sustraído el cerdito de Calum sin que Los Salvajes se dieran cuenta. Ella estará dormida toda la mañana. ¿Qué pasó cuando te llevaste a las otras a casa? ¿Qué clase de agradecimiento recibió el gran, fuerte *Leandro*?

No tenía que haberlo hecho, pero daba mucho gusto provocar a su amigo en el tema.

La respiración de Leo salió tan fuerte que Alec estaba seguro de que su amigo estaba intentando derribar un edificio con su aliento. —Nelly se pegó a mí como si fuese cola. Gia se preocupó por Amelia. En cierto momento, las dos se fueron a dormir en su habitación de invitados, y Amelia y yo por fin nos pusimos a hablar. Pero entonces su hermana entró en la habitación y anunció que iba a dormir con Amelia porque necesitaba saber que estaba segura. Que se joda todo.

Leo era un hombre grande y daba puñetazos duros. Alec no quería probar su puño a estas horas tan tempranas de la mañana, así que midió sus palabras con cuidado. —¿Anoche te habrían... dado las gracias de tantas maneras, ¿verdad?

—¡Lo sé! —Leo se quejó, echando su taza de café vacía en el primer cubo de la basura que vio.

—No es tu tipo. ¿Es su cuerpo? —Alec se sorprendió a sí mismo al hacer la pregunta. Normalmente no mostraba mucho interés en las mujeres de Leo. Para los dos, las mujeres eran siempre bienes temporales. Las disfrutaban, pero esas mujeres no duraban mucho, así que ninguno de los dos se molestaba en llegar a conocer a las compañeras que tenían.

—No. No completamente. No lo sé. Su personalidad es increíble y no tolera las estupideces. ¿Has visto cómo se pone cuando alguien amenaza a las otras chicas? Se convierte en una bestia.

Dos noches antes, Sebastián había argumentado ir y disculparse con Mel. Ahora Leo hablaba de ella con intensidad, fuego en la mirada. Mel se había abierto camino bajo la piel de sus hombres más cercanos. —¿Estás enamorado?

Leo sacudió la cabeza tan fuerte que se le podía haber caído al suelo. Su *psfffft* se convirtió en un ataque de risa. —Ay, mi hermano. Yo le dejo esas emociones a Noah y ahora a ti. No las amo, nunca lo haré. Seguramente estoy inquieto, pensando con el tronco, eso es todo.

La respuesta no era cien por cien convincente para Alec. Pero Leo seguía siendo Leo. Por lo menos algo estaba como tenía que estar. —Eres un perro. Esas mujeres te matarían si te oyesen, aun sabiendo que sólo estás diciendo esa mierda para mi beneficio.

Leo le miró con una mirada de te-parto-la-cara. —Eres un cabrón, Alec.

—Dime por qué me has traído aquí, a menos que necesites asesoría sobre tus huevos tristes. Si ése es el caso, sugiero que vayas a una prostituta.

Leo hundió las manos en los bolsillos de su chaqueta mientras escudriñaba el río. —Quiero hablar de lo de anoche. Necesito hablar de esto únicamente entre tu y yo.

El momento leve terminó en picado, la tensión reinando sobre ellos como una nube de lluvia. —Esta bien.

Leo dejó de mirar el agua para mirar a Alec. —¿Entiendes que esto era por nosotros, verdad? He estado pensando en esto. Es uno de los nuestros, Alec.

El cuero cabelludo de Alec se tensó. Le habría encantado fingir que no sabía qué quería decir Leo. Fingir que tenía el lujo de no saber. Fingir como si fuese un Alex común y corriente y no Alec McLean, que esta conversación no iba a cambiarlo todo. —¿Por qué crees que fue uno de los

nuestros?

—Porque nuestros hombres nunca son descuidados. Esta persona sabe nuestras operaciones, las maneras de nuestros guardianes. —La mirada de Leo se fijó en los guardaespaldas dándoles espacio e intimidad a cien metros de distancia.

—Leo, necesito que digas lo que tienes en mente. ¿Quién?

Leo se sinceró. —Alguien de nuestro círculo interno.

—Leo...

—Lo sé. —Se giró para mirar al otro lado.

Pero Alec sabía que tenía razón. Todo lo que dijo tenía sentido. —Necesitamos reunirnos con Noah y Sebastián. Necesitamos averiguar dónde está la fuga.

—Odio lo estúpidos que parecíamos —dijo Leo—. Allí sentados mientras que las mujeres fueron atacadas, nuestros guardianes allí parados con los huevos en las manos. Eso no es bueno para nosotros.

La frustración de Leo era acicate para la de Alec.

—¿Lo sabe Bas? ¿Le has llamado para contarle lo que pasó?

Leo afirmó con la cabeza, la mirada en el río otra vez. —Le llamé cuando dejé la casa de Amelia. Él quería hablar con ella, asegurarse de que ella estaba bien.

Alec soltó aliento. Uno de estos días, iba a tener que prestarle atención a la idea de que Mel se estaba convirtiendo en un problema para Leo y para Bas. —Vayamos al hotel. Quiero vérmelas con el cerdo ese que hemos cazado. ¿Ha dicho algo?

—Todavía no. No he mandado a nadie a que le interroguen. Pensé que ese placer estaba reservado para nosotros.

Alec le dió un par de palmadas en el hombro de Leo. Su tiempo se estaba acabando. —Pongámonos en ello antes de que la Trinidad se dé cuenta de que le tenemos. Lo atrapamos por delante de sus narices, así que no van a estar nada contentas.

Leo le mostró una gran sonrisa, la que le era útil cuando era el momento de interrogar al enemigo. —El atacante no va a ninguna parte. Todavía sigue sangrando. Me encanta mi puntería.

Alec entornó los ojos. —Oh, genial. Es el momento de que te felicites durante horas.

—Eres un pendejo, ¿lo sabes?

Alec suspiró con alivio, pero no podía detener la vocecilla en la cabeza que susurraba que esto estaba lejos del fin.

—¿Dónde está El Padrino? Me sorprende no encontrármelo aquí vigilando todos tus movimientos. —Mel miró a su alrededor como si Alec iba a aparecer en cualquier momento.

El tono de Mel, ligero y no como su tono normal, preocupaba a Carissa. Su amiga era como una pistola cargada. Mel y Gia se subieron a la cama de Carissa, la televisión encendida. Nelly había traído galletas, helado y su necesidad de cuidar de ellas.

Carissa partió su galleta de macadamia en cuatro pedazos entregando un pedazo a cada una de sus amigas, haciendo que Mel sonriese con renuencia, Mel todavía estaba pálida con aspecto enfermizo. —Se supone que voy a cenar con él más tarde —dijo Carissa, enseñando el último pedazo de galleta a Nelly que entró en la habitación con un cuenco.

—Claro que sí —dijo Mel, mirando su galleta. Miró a su hermana de reojo. —¿Qué tienes ahí dentro?

Nelly enseñó el cuenco a Mel como una niña con un juguete. —Helado de Butterfingers.

—Ugh —gimió Carissa. —Nos vas a poner gordas a todas.

Mel, ya tendiendo la mano para coger el cuenco, empujó de lado la mano de Carissa. —A todas nos viene bien un poco de azúcar. Hemos pasado por mucho. ¿Estás realmente bien?

—Estoy bien. He pasado por cosas peores. —Carissa respiró hondo. —Me preocupas tú.

—No empieces, estoy bien. —Mel dejó el cuenco a un lado y se apoyó en el cabecero al lado de Carissa.

Las lágrimas en los ojos, Carissa parpadeó para mantenerlas dentro. Estaban intentando evitar la conversación, pero no estaba funcionando. No cuando asomaba en cada una de sus respiraciones, palabras y miradas. —Tuve miedo. No tener control de esa manera. Y cuando ella te apuntó con la pistola, pensé... —Carissa apoyó la cabeza contra la de Mel y le apretó la mano.

Gia le cogió de la otra mano. —Lo siento. Ojalá hubiera estado allí. No quiero ni imaginarme como fue para ustedes.

Nelly se arrimó más cerca. —La cuestión de verdad es, ¿cómo demonios pudieron pasar? ¿Dónde coños estaban Alec y Leo? Les parece a ustedes que...

—No —Carissa y Mel interrumpieron a la vez.

—Estaban dentro del restaurante —prosiguió Carissa. —Todo pasó demasiado rápido. Esos hijos de puta nos agarraron en el baño, y luego escuché el grito. —Carissa movió la cabeza para mirar a Mel. —Tú tenías el cuchillo en la mano en el costado de ese tipo, y él se giró y te golpeó en la cabeza. La perra esa alzó la pistola y no pensé, sólo la atacué. Estaba viéndote en el suelo y pensé que habías muerto. —Su voz se quebró y ella hizo un esfuerzo por tragar. —Después me inyectaron y perdí todo el control. No podía oír. Fue terrible. Gracias a Dios por...

—Adelante. Dílo —presionó Mel. —Gracias a Dios por Alec. Esas son las palabras que seguramente nadie ha dicho. ¡Jamás!

—Mel, no quiero discutir. Sí, estoy agradecida de que él y Leo estuvieran allí para ayudarnos. Tú también deberías estarlo.

Mel sacudió la cabeza. —No estoy discutiendo. Acudieron a nuestro rescate. Sólo me molesta que nos atraparan ahí. Tenemos a nuestros propios hombres para vigilarnos. Mierda como ésta... se supone que no debe pasar.

Otra cosa estaba molestando a Mel, y Carissa tenía la sospecha que era la misma preocupación que le había estado afectando a ella desde que abrió los ojos esa mañana.

—Fue casi perfecto. Sabían cómo atraparnos, dónde llevarnos, cómo hacer que nuestros hombres fuesen incapaces, y todo bajo las narices de Alec.

Gia afirmó con la cabeza. —¿Por qué será eso?

El silencio hizo tic-toc como el péndulo de un reloj de pared. Habían estado esquivando la respuesta durante una hora, concentrándose en las galletas y la conversación. Pero por fin había llegado el momento de quitar la venda y airear la herida.

—Creo que la respuesta está en el lado de ellos, no nosotras —dijo Carissa al fin. —Esto no sólo parece un trabajo de secuestro sino algo para humillar a Alec.

—No jodas. —Mel se frotó la cabeza. —El capo y su mano derecha, dos hombres con los que nadie se quiere meter, atrapados con los pantalones abajo. Tomando café mientras que sus acompañantes son secuestradas.

Carissa se mordió el dedo. —Excepto que sus acompañantes de la cena también son personas con su propia fuerza. Al principio, pensé que era un rebelde de Los Salvajes, pero eliminamos a Hector totalmente. Nadie se atrevería a nada con Nelly.

Nelly sacudió la cabeza, sus rizos saltando. —No. Toda la mañana nuestros soldados han estado preguntando. Los hombres que fueron con ustedes son todos de confianza, pero estoy haciendo que se les examine otra vez, como pidió Gia. Dijeron que los hombres McLean estaban

tan sorprendidos como ellos.

—No. No fue alguien de nuestro lado —dijo Gia.

Carissa se miró las manos. —Necesitamos tener cuidado con esto. Estuvimos de acuerdo en trabajar con los McLean pero necesitamos mantener nuestros negocios separados. Reforzar nuestra seguridad y asegurarnos que nuestra gente esté en alerta roja.

—No te preocupes, esto no volverá a suceder —prometió Nelly. —Tengo gente nueva para vosotras. Un chófer nuevo y guardaespaldas. —Se mordió una uña. —Oh, y Alec y compañía tienen a una de las personas que las atacaron.

Todo el cuerpo de Carissa se tensó. Tenía que ser el hombre. El que Mel había acuchillado. Imágenes de él golpeando a su amiga contra la pared le sacudieron a ella.

—¿Carissa? ¿Estás bien? —La voz de Nelly, infantil y suave, le sonó discordante.

Ella usó una de sus sonrisas tranquilizadoras. La sonrisa que habían usado con Nelly cuando ella era pequeña. —Estoy bien, solo un poco sacudida. Nelly, vamos a hacerle una visita a los McLean y pillar a esa sanguijuela. Es nuestro. Mientras tanto, quiero que vayas a la casa segura del Bronx y te quedes allí.

Nelly miró fijamente al cuenco delante de ella. —¿Por qué? ¿Por qué no me dicen nada? Ustedes siempre me ocultan cosas.

—No estamos ocultando nada —dijo Mel con la voz tranquilizadora de una madre hablándole a su niña de seis años. —Te necesitamos segura, eso es todo.

Nelly no parecía estar muy convencida. Miró a su hermana con una mirada que decía, “no te creo ni una palabra.

De cierta manera, la mirada le aportó algún consuelo a Carissa. Nelly seguía siendo esa niña pequeña que tenían que tranquilizar, la misma que seguía odiando quedarse fuera. —Mel tiene razón. No estamos ocultando nada. Sólo estamos tomando precauciones. Si nos pasara algo a nosotras, irían por ti o te intentarían usar contra nosotras.

Los ojos de Nelly se anegaron con lágrimas. —¿Me lo dirían si pasara algo, verdad?

—Claro que sí, loquita. —Gia se acercó y abrazó a Nelly. —Basta de lloros por hoy.

—Bien por mi parte —dijo Mel, tomando su helado de nuevo. —Vayamos a verles. ¿Nos anunciamos antes de ir?

—No. —Alec no mencionó que tenían a uno de nuestros atacadores. Necesita devolvérselo.

—Las cosas se pusieron bien intensas en el hospital entre ustedes dos —dijo Gia. —¿Qué va a pasar ahora?

La mirada de Carissa se fue hacia Mel. De sus dos amigas, Mel era a la que tenía que llegar. Su estómago se tensó ante la mirada en blanco de su amiga. —No sé. Sólo sé que necesitaba seguridad y por alguna razón, él me hizo sentirme segura. Estuvo allí cuando yo le necesitaba. En ese momento eso era... todo.

Carissa exhaló una vez que las palabras se habían dicho. Estaba más metida de lo que había deseado. Si hubiera podido elegir, nunca se habría asociado con alguien que hacía lo que él hacía, y, sin embargo, aquí estaban.

Mel jugueteó con una cucharada de su helado. Después de un millón de respiraciones, dijo, “deberías fluir con ese sentimiento. Ver a dónde te lleva.

Carissa miró fijamente a Mel un rato, como si su amiga le hubiera hablado en un idioma extranjero. —¿Qué? ¿Me estás diciendo que empiece a salir con él?

Mel se encogió de hombros. Por lo visto, no estaba de acuerdo con sus propios consejos. —No creo que me pueda oponer a ello ya. Sé que esto no es lo que querías, pero las cosas son diferentes cuando se trata de él. No es algo contra lo que pueda luchar yo.

—¿Por qué no? —Carissa no estaba convencida. —No eres la fan más grande de Alec.

—No lo soy, pero tenemos que trabajar con ellos, y tú necesitas asegurarte de que él hace exactamente lo que necesitamos y lo que decimos. —Mel se metió la cuchara en la boca y meneó las cejas. —Además, tú quieres eso. Deberías sacártelo de tus entrañas.

El 'vete a la mierda' se quedó en la punta de la lengua de Carissa, pero la risa de Gia la detuvo.

—Sí, ocúpate de eso y mantenlo bajo control.

Carissa enumeró en la cabeza las muchas cosas malas que tenía esta idea. —¿Cómo se supone que tengo que hacer eso, Gia? ¿Le entreno como si fuera un cachorrito?

Mel movió la cabeza de arriba abajo. —Sí. No importa lo poderoso, grande y malo que sea. Muy dentro es un hombre que se puede controlar, si sabes darle a los botones correctos.

—No sé cómo darle a sus botones —dijo Carissa.

Mel respondió. —Sí que sabes. Y necesitas saberlo. Este es nuestro territorio. Necesita aprender que aquí, tú eres la jefa.

—Así que ahora vamos y...

Hubo un repiqueteo en la puerta. Los hombres de Alec sabían que no tenían que interrumpir durante una reunión. Se negó a hacer caso de la vocecita en su cabeza sugiriendo un nombre de quién estaba en el otro lado de la puerta.

Carissa entró con Gia y Mel en los talones. Carissa llevaba pantalones oscuros, botas ecuestres, una chaqueta de lana negra y una mirada en los ojos diciendo que estaba lista para la pelea.

¿Se había percatado ya de la razón por la cual él se había ido tan temprano, cuidadoso de no despertarla?

—Nuestras conexiones abarcan toda mi ciudad —le dijo ella a él antes de volverse a las otras personas en la habitación. —Buenas tardes a todos. Creo que tienen algo que nos pertenece.

—¡Oh, sí! —Leo se puso en pie y del bolsillo sacó el cuchillo de Mel, el que ella había dejado clavado en el costado de su atacante. Estaba grabado con las letras *LS*. Se lo entregó a Carissa.

Carissa le sonrió como una maestra a un alumno de segundo curso que le acababa de dar una manzana. —Gracias, Leo. No sólo por esto, sino por haber venido a socorrernos anoche. —Sostuvo la mano de él un instante. —Pero me refería a la rata que intentó matar a Mel.

Su mirada se viró hacia Alec, la presión de la mirada de ella le hizo querer mirar hacia otro lado. —La posesión es nueve décimas partes de la ley, ¿no has oído eso? —Sólo Dios sabía por qué sentía la necesidad de provocarla en vez de decir que no descaradamente. Pero no podía averiguar si ella estaba enfadada o no.

Obtuvo su respuesta en el destello de los ojos de ella, el color en sus mejillas.

Carissa se presionó el dedo índice a la boca y luego señaló a Alec. —Sí, lo he oído pero ¿sabes qué más he oído? En la casa del gato alfa, un beta no debería intentar mandar. Ahora, por favor, entrérganoslo para que podamos tratar con él.

Ella tenía intención de provocar, y aunque la insinuación le irritaba levemente, Alec no iba a picar. —Supongo que consideras que yo soy el beta de tu alfa. Hay lugares con puertas y camas donde eso podría demostrar ser interesante. —Él le sonrió. —En cuanto a nuestro ratoncillo, ¿por qué te lo íbamos a ceder? Nosotros lo cazamos.

Ella avanzó dos pasos hacia él. —Es mío porque yo soy la que acabó en el hospital cuando me

intentó secuestrar y casi mató a mi mejor amiga.

Con cada segundo que pasaba, Alec luchó contra el deseo de machacar la cara de la rata con el puño. Y lo haría. Pronto. —Créeme, nadie ha olvidado eso, Carissa.

—Carissa, Alec tiene razón —apuntó Leo. —Después de todo, yo le cacé.

—No importa. La ofensa fue hacia nosotras —respondió Gia.

—Si les preocupa que no podamos hacerle justicia, no es problema. —Mel desplazó un mechón rebelde de su frente, mostrando la venda que tenía allí. —Quizás no tengamos tu reputación pero nuestros métodos, aunque sean relativamente nuevos, son bastante eficaces.

A Alec no le pasó desapercibida la breve sonrisa en los labios de Carissa. Su orgullo a la vista de todos. Él dió dos pasos hacia ella.

—Ahí es donde las tres se equivocan esencialmente. Este ataque ha sido tanto un insulto hacia Leo y yo como una amenaza para ustedes. Si acaso, parece que hemos llegado a un punto muerto, ¿no?

Carissa se dio golpecitos en la barbilla. —Excepto que no. Estás en mi territorio. No es poco razonable por mi parte el querer ser la persona que trate con él. —Ella se acercó más todavía, con la confianza de alguien acostumbrada a dictar y fijar sus propias condiciones. —Les estoy agradecida a ti y a Leo pero esta venganza nos pertenece a nosotras.

El silencio se adueñó de la habitación, el único sonido, sus respiraciones. La mente y el cuerpo de Alec hervían en la nube roja que ella removía en él. Ella era verdaderamente imposible, y peor aún, tenía razón en algo que él no estaba dispuesto a conceder.

—¿Qué vamos que hacer, Carissa? —dijo él.

—Lo correcto es que nos lo entregues. Esto no es personal para ti como lo es para mí.

—Ahí es donde *tú* te equivocas —dijo él de forma cortante.

Ojo contra ojo, a tan sólo dos pasos el uno de la otra, se enfrentaron. Ella tragó, cerró los ojos brevemente. Suspiró. —Creo que podemos llegar a un acuerdo.

—Vayamos a dar un paseo y hablemos de ello. —Quizás, lejos de las otras dos mujeres, él podría encontrar maneras para persuadirla. Excepto que no tenía mucha confianza en eso, especialmente teniendo en cuenta la manera en que su barbilla apuntaba hacia arriba. Ella iba a ser difícil de tratar.

Ella se giró hacia la puerta, pero él le agarró del brazo. Ella se giró bruscamente. El placer surcó en él al ver sus labios abiertos.

—Dile a tus chicas que no hagan nada.

—Bien —dijo ella. —Leo, ¿estoy suponiendo que puedo confiar a mi familia a tus manos mientras negocio con Alec?

—Por supuesto.

Alec siguió a Carissa por la puerta y se fijó en los hombres fuera de su suite. Había un hombre de Los Salvajes por cada uno de los suyos. Pero Carissa no habló hasta que entraron en el ascensor, seguidos por sus guardaespaldas. El instante en que se cerraron las puertas, él tomó el rostro de ella entre sus manos. —¿Cómo te encuentras? No deberías haber salido de la cama todavía.

Ella suspiró y colocó las manos encima de las de él. —Yo seguiría allí descansando si no tuviera que andar tras de ti.

—Si querías que me quedara en tu cama, lo único que tenías que hacer era decírmelo. No soy telépata, Carissa.

Los labios de ella se abrieron y ella se separó de él, su mirada en los guardaespaldas. Él rió, disfrutando de la vergüenza que sentía ella.

Caminaron por el borde del parque, dos de sus guardianes por delante y dos por detrás.

—La rata es mía —declaró ella. —Tú no lo puedes entender, pero yo necesito esto. Él casi mató a mi mejor amiga delante de mis ojos. Es mi peor pesadilla. No estaré bien nunca más, hasta que lo vea muerto. Gia y Mel son mi única familia. —Sus ojos estaban anegados con lágrimas no vertidas.

Su dolor tenía garras que reventaban su pecho y se metían hondo en él.

Ella respiró hondo y se recompuso. —Calum mató a mi padre y a Braeden. Convirtió a mi madre en su juguete para usar y descartar. Anoche usó mi temor más grande en contra mía.

Alec se detuvo y se pellizcó el puente de la nariz. —Esas son las mismas razones por las cuales le quiero muerto, el por qué necesito matarle yo mismo.

—Yo merezco esto, Alec. —Su mano agarró la de él, apretándola, rogando.

Él se sentía impotente ante el ruego de ella, porque lo entendía demasiado bien. —Muy bien, pero quiero una oportunidad con él. También me pertenece devolver el cerdito a Calum.

Ella afirmó con la cabeza, luego le sonrió. —Sí, claro, y te lo compensaré, Yo te debo por esto.

Una idea empezó a fraguarse en su mente, haciéndole sonreír como si se hubiera ganado la lotería. —Tengo una casa en Cayo Espanto. Tu, yo, arena y agua. Nada más. Cuando volvamos, vemos qué hacemos con Calum y la carta de tu padre. Pero en esa isla, es nosotros dos nada más.

CAPÍTULO TRECE

Alec estaba harto del silencio. Durante dos horas en su avión privado, se habían dedicado los dos a mirarse de reojo. Él la miraba a ella mientras ella hundía la nariz en su revista y él sentía el peso de la mirada de ella mientras consultaba la pantalla de su iPhone.

Ella estaba nerviosa. Él podía entenderlo. Él también experimentaba una emoción inquietante ante la idea de estar a solas con ella. Sin su gente. Sin la gente de él. Era el momento de superarlo.

—Quítate el vestido.

Carissa subió la cabeza de repente, su mandíbula en la dirección opuesta.

Él se inclinó hacia delante en su asiento y sonrió. —Tienes que reconocer que sería una buena manera de romper el hielo.

Carissa echó la cabeza atrás y rió. Se inclinó hacia él. —¿Y qué te parece quitarte la ropa a tí?

A él le encantó la mirada juguetona en los ojos de ella. Se puso en pie y encontró el borde de su camisa. —Okay.

Ella tenía la boca haciendo una O, tiró de la mano de él para que se sentara a su lado. —¡Para ya!

Él rió. —No pensé que fueras tan... conservadora.

—¿Me estás llamando recatada? Porque no lo soy. Sólo es que no voy a hacer cosas aquí contigo en un avión en el cual la azafata puede entrar y pillarme. Además, aquí hace corriente. — Ella se detuvo, ladeó la cabeza y le miró. —No vales ni un peso.

Él no pudo reprimirse y acercó el rostro hacia el de ella. —Me gustas, Carissa.

Ella sonrió, y él tocó los labios de ella con los suyos. Ella detuvo el beso diciendo, “no sé mucho de tí. ¿Qué te gusta hacer para divertirte?”

Él titubeó durante un breve segundo. Nunca se le había ocurrido que ella le preguntase eso, que era una tontería. Tenían que hablar en algún momento. —Me gusta trabajar la madera.

Ella se despegó, con el ceño fruncido. —¿En serio? —No me digas que me he ido de viaje con un tipo que prefiere hablar de sexo en términos de carpintería.

Él rió mientras ella le miraba. —No, me gusta construir cosas de madera, como muebles.

Ella se ruborizó desde el cuello hasta el nacimiento del cabello. Era adorable... y peligrosa. Le tenía enganchado sin que su miembro rozara la raja de ella siquiera. De todas formas, el sabor de ella permanecía en su boca.

Sí, peligrosa.

—¿Qué le gusta hacer a la Jefa, aparte de mandonear a la gente y sacarme de quicio?

Ella se dio golpecitos en la barbilla con el dedo y evitó el comentario de él. —Me gusta comer, hornear, bailar, huir de jefes del crimen con obsesiones. ¿Qué clase de cosas construyes normalmente?

Alec tomó uno de los rizos de ella en el dedo, en un intento de distraerse de su incomodidad. Nunca compartía estas cosas con las mujeres con las que salía, pero por otro lado, nunca había mucho de qué hablar con ellas. Intentó hablar en general. —Mesas, bancos, librerías. Cosas corrientes. He construido piezas para mi casa y mi despacho.

—¿En serio? —Ella se inclinó hacia él. Ahora estaba prestándole toda su atención. —¿Con qué frecuencia te dedicas a eso? ¿Por qué madera? ¿Cómo es que empezaste a hacer eso?

—No te rías.

Ella se colocó la palma de la mano en el pecho y sacudió la cabeza.

Él soltó el cabello de ella y acarició su mano. —Me gusta la idea de construir algo bello, útil

y necesario de un pedazo de madera que la mayoría de la gente ni siquiera ve. Y es relajante, trabajar con las manos. Puedo ser todo lo creativo que quiera con mi diseño y disfrutar de martillar, cortar, moldear cada pieza. Haré lo que haga falta para que funcione. Luego lijar y abrillantar, sacar a relucir la belleza natural pero retocar hasta que sea perfecto—es un placer absoluto. Miro mis piezas y pienso, ‘yo hice esto.’

La mirada de ella descansó en la mano de él un rato. Luego alzó la mirada para verle, la boca abierta y la palma todavía presionada contra su pecho, inclinándose hacia él.

—wow.

Esta vez, ella lo besó, suave, con la boca abierta y lentamente, su boca cálida y dulce. Su beso, casi casto, estremeció las paredes del pecho de él.

Él tragó. —Sabes, si yo hubiera sabido que esto es lo que te haría mirarme de esta manera, habría empezado con, ‘ey, tengo mi propio taller’

—No seas idiota. —Ella le dio un golpe en el brazo pero dejó la mano en el sitio. —Así que si no fueses un tipo duro, ¿serías un carpintero?

Él sacudió la cabeza vigorosamente. —Es muy difícil. Si tuviera que hacerlo todos los días, no sé si lo disfrutaría tanto.

Las puntas de los dedos de ella recorrieron la barbilla de él. —Yo creo que sí que disfrutarías.

Fue la primera vez en que ella le tocaba así. Era un toque natural. *¿Qué demonios le estaba haciendo esta mujer?* Su garganta se cerró y él carraspeó.

—Oh, ¿crees que ya me conoces tan bien?

Ella siguió con las caricias contra su barbilla sin afeitarse. —Es tus ojos. La pasión está allí.

—Da la casualidad de que soy bueno haciendo cosas con las manos, pero la pasión que ves tiene menos que ver con mi hobby y todo que ver contigo, Carissa. —Casi dijo un juramento en el instante en que las palabras escaparon de su boca. Había hablado como un tipo insípido en un club.

Ella abrió la boca y la cerró. Finalmente dijo, “esa era una buena frase.

Él le brindó una mirada estudiada, alzó la barbilla y se inclinó más cerca, como si fuese a compartir un secreto. —Oh, ¿quieres decir porque te imaginas que puedo hacer otras cosas con las manos también? Nunca se me cruzó por la mente.

Alec no pudo escuchar la respuesta de ella ya que el piloto anunció que estaban a punto de aterrizar.

Carissa estaba enamorada de la isla. Lo supo desde el momento en que pisó Cayo Espanto.

Olía a mar, calidez, libertad. Después de aterrizar, se habían subido a un barco a la isla privada donde iban a pasar el fin de semana. La brisa marina salada contra sus mejillas también le hacía ondear el cabello. En la esquina más remota de la isla, la casa estaba encima de una base de piedra. La puerta delantera daba a la playa. *Nadie nos puede sorprender aquí*, se dijo a sí misma, saltando del barco.

Carissa se quedó sin habla ante el mar de color turquesa delante de ella. Le encantó el sol acariciando cada centímetro de su piel, y el océano interminable en tonos aguamarina y azul. Lo percibió todo—el sonido tranquilizador de las olas—y se liberó de cualquier tensión que pudiera quedar en ella.

—Qué belleza —dijo ella.

—Sí. —Él la atrajo hacia sí. Sus labios descendieron en los de ella, lentamente, casi

vagamente. Como si fuese un hombre paciente. Como que el temor no estuviera tirando de las entrañas de ella. Como si no habían estado esperando tanto para esto.

Se besaron con una sensación de llegada a un destino. Su momento por fin había llegado.

Él regó un millón de besitos en sus labios, pausando sólo para nombrarla. —¿Quieres ver cómo es por dentro?

Ella afirmó con la cabeza, tomando la mano que él le tendía. Con cada paso que dieron, su mano se apretó más entorno a la de Alec. La gran casa era abierta con sala y comedor con puertas de terraza que daban a una vista del mar. A Carissa le encantaba la sensación rústica, isleña que tenía.

—Hay una terraza —dijo Alec, tirando de ella hacia las puertas dobles. —Rodea la casa.

¿Era nerviosismo que escuchaba en su voz?

—Podemos comer afuera. —Ella tenía que decir algo inconsecuente. Alguien lo tenía que hacer.

—Podemos comer un almuerzo tarde ahora. —Su voz era tan ronca que le hizo sentir un escalofrío en el cuerpo.

Ella sacudió la cabeza. —No tengo hambre. ¿Tú?

—No de comida.

El corazón de ella golpeó contra sus costillas como un tambor. —Vaya, eso es... ser sincero.

Él alzó la barbilla. —Mira, Carissa...

Oh, Dios, no el discurso de "Podemos tomarnos esto con calma."

Carissa no quería una escapatoria. —¿Es eso el dormitorio? —preguntó ella, señalando un par de puertas dobles un poco más allá en la terraza.

—Si cruzamos el umbral de esa puerta...

Punzadas de deseo le rasgaron las entrañas. —Lo sé. Supe eso viniendo aquí. Quiero —dijo ella, pero él se quedó parado, mirándola fijamente. Carissa subió las escaleras que daban a la casa. Miró por encima del hombro. —¿Vienes?

Un segundo más tarde, él estaba al lado de ella, guiándola por la casa espaciosa. Corrieron al lado de paredes blancas, más allá de la sala con vigas en el techo, casi sin darse cuenta de los muebles mullidos y grandes. Los sentidos de ella, desbordados, sobrecargados, ella intentó concentrarse en todo menos en la necesidad que hacía que su cuerpo temblase y empapaba sus pantis.

Entraron de golpe en el dormitorio y se detuvieron. La luz del sol penetraba por las puertas de cristal que daban a la playa, pero Carissa se fijó en la cama de tamaño gigante en medio de la habitación, coronada con una estructura de madera cubierta por un dosel de telas blancas y voluminosas, ropa de cama a juego y una montaña de almohadas que invitaba imágenes de los cuerpos de ellos enredados en un lío de piernas y labios.

Los dedos de ella se deslizaron por el suave tul que colgaba del poste de la cama. Sintió a Alec detrás de ella.

—Te necesito. Ahora.

Ella se llevó una mano a la cremallera, pero las manos de él se cerraron entorno a sus muñecas aprisionándolas contra sus costados firmemente. Presionó besos por el cuello de ella hasta su hombro. Ella frotó las nalgas contra él para animarle, pero él siguió con su ritmo lento.

—Esta habitación es mi favorita. —La voz de él envió olas de deseo en ella. —Te he imaginado en esta cama, con las piernas rodeándome la cintura mientras estoy dentro de ti. Quiero hacerte el amor hasta que no oigas nada, sientas nada, sepas nada que no sea yo. Duro... lentamente... me voy a tomar mi tiempo.

El aliento ardiente de él estaba en su oído, su erección presionada contra la parte inferior de la espalda de ella. Carissa dejó caer la cabeza contra el pecho de él. Estaba mojada, más mojada de lo que había estado nunca. —No sé si podré esperar.

Con el dedo, trazó el recorrido de su cuello hasta el hombro, deslizándose por su brazo, hasta llegar a las puntas de los dedos, haciendo que su piel ardiese. Le besó el cabello, el mentón, y su mejilla, de forma tierna, con veneración.

Él dio un paso atrás, agarró la parte superior del vestido de ella y tiró de la cremallera. El sonido de la cremallera bajando vibró en la piel de ella, pulsando hasta su sexo.

El vestido cayó a su cintura, y los dedos de Alec siguieron a la prenda. Carissa sintió calor con cada toque, caricia y roce de los dedos de él en su piel. Los labios de él mordisquearon su hombro. Ella ardía desde dentro, su piel como lava. Pronto, sería un montón de cenizas a los pies de él.

Alec enganchó los dedos entorno a los tirantes del vestido, empujándolos hacia abajo, más allá de las caderas de ella, dejándola desnuda. La prenda cayó en un charco de tela a sus pies.

Ella cerró los ojos; la inhalación de él igual que la de ella. Las manos de él recorrieron el dorso de su muslo, por encima de sus nalgas, apretando la carne, y las rodillas de ella se hicieron líquidas. Se tambaleó contra él con un suave gemido.

—Me encanta ese sonido —susurró él contra la piel del cuello de ella.

Los dedos de él en su cintura la mantuvieron en pie, y su erección presionada contra ella le hizo latir el deseo en su clítoris. Carissa se mordió el labio, reforzándose ante las sensaciones que él evocaba.

Él deslizó los panti de ella, el encaje suavemente rozando las piernas de ella hasta reunirse con su vestido en el suelo. Los dedos de él subieron veloces para desabrochar su sujetador y lanzarlo al montón de ropa.

Ella se volvió cara a él.

Los ojos de él la miraron penetrantemente, ardiendo como si quemaran agujeros en su piel y propulsar el ansia en su cuerpo, enviándolo muy bajo.

—Eres exquisita. —La voz de él, tan jadeante como la respiración de ella, agujoneaba su urgencia, haciendo que la sangre fluyera por las venas de ella.

—Quiero verte desnudo. Ahora —ordenó ella.

Sin dejar de mirar sus ojos, él se sacó la camisa por encima de la cabeza. Su pecho, liso y bien definido, encendió un deseo, una necesidad de tocarle. Él se agachó rápidamente y se quitó los pantalones y los calzoncillos a la vez. Finalmente, se quedó parado desnudo ante ella, y la mirada de ella se demoró ante su impresionante envergadura.

Alec estiró una mano y la acercó a sí. Los cuerpos de los dos se tocaron, chispearon. La fricción envió rayos eléctricos en la piel de ella. Él la guió hasta la cama. Cayeron en la cama lentamente. La boca de él estaba en todas partes, una visión febril, muy parecida a los sueños que ella había tenido de él. Él tatuó su cuerpo con la lengua, apoderándose de ella con cada beso. Desde el cuello de ella, él se abrió paso a base de chupaditas hasta su pecho y sus pezones sensibles y duros, que se tensaban y forzaban contra la lengua de él.

Carissa se enarcó ante sus besos como plumas de ave. La mano de él se fue más allá de los planos del vientre de ella hasta el valle entre sus piernas, donde sus dedos trazaron círculos ante la entrada de su sexo. Gemidos nuevos surgieron de los labios de ella.

Los dientes de él se cerraron entorno a un pezón y el cuerpo de ella se estremeció. Ella respiró entre dientes y tiró de la mano de él. —¡No! Así no. Quiero venirme contigo dentro de mí. Quiero que sea contigo muy hondo.

Él se metió entre las piernas de ella. Alec descendió hasta que se encontraron cara a cara. Las manos de Carissa acariciaron su rostro. El besó sus labios, empujando con las caderas, entrando en ella, enterrándose hasta el fondo, estirándola a ella. Ella gimió, disfrutando de la sensación de él dentro de ella, llenándola. Ella rezó porque él se moviera, pero él esperó.

La necesidad de fricción de ella era casi dolorosa, Carissa se movió contra él, apurándole. Él no se dejó llevar. Sus manos se hundieron en el cabello de ella. —He esperado tanto —susurró él. Era casi un rezo. Finalmente, embistió, sus caderas chocando con las de ella, anulando sus pensamientos.

Ella soltó un sonido ahogado.

Sus movimientos lentos, deliberados, la dejaron al borde de la locura. Las manos de ella se deslizaron por la espalda de él y por encima de sus nalgas, presionándole más fuerte contra ella. Él estaba dedicado a torturarla. Ella hizo todo lo posible porque él aligerara el paso pero él se mantuvo impertérrito. Cada movimiento le robaba a ella la coherencia de palabra y pensamiento, convirtiéndola en un animal que le rogaba que fuese más aprisa.

Alec fue complaciente y empezó a moverse, de manera frenética, primitiva. Su cabeza se fue hacia el hueco del cuello de ella, donde mordió, y ella gritó, su cuerpo explotando en placer, cayendo por un precipicio. Lo arrastró él y el la siguió.

—Entonces, ¿tú haces estantes, mesas y escritorios, pero nunca has hervido un huevo o una taza de agua?

Una sonrisa ancha apareció en sus labios. —Siempre hemos tenido criadas y gente que hacía eso.

Carissa parpadeó un par de veces, incapaz de imaginarse esa clase de vida. —Debió ser agradable. Yo creo que siempre he sabido cómo cocinar. Mamá me enseñó, pero después de... — Su mirada volvió a su plato. —Yo tuve que encargarme de la cocina.

—Eso debió ser difícil para ti. Sólo eras una niña —dijo él, robando un pedazo de filete del plato de ella y metiéndoselo en la boca.

Ella le apuntó con su cuchillo y le envió una mirada de aviso. —No fue tan malo como suena. Gia y Mel estaban igual que yo. Aprendimos a hacer cosas diferentes y combinarlas.

El masticó con la frente fruncida. —¿Qué quieres decir con cosas diferentes? ¿Qué cada una aprendió a hacer un plato diferente?

—Sí y no. Pronto nos dimos cuenta de las cosas que nos salían bien. Mel es muy buena cocinando carnes. Gia hace unas buenas guarniciones. Yo hago postres bastante ricos.

Él la miró con los ojos fijos. —No sé por qué pero sabía que tú serías buena haciendo el postre.

Carissa inspiró y le lanzó un pedazo de zanahoria. —Pervertido.

La risa de Alec era ligera, sin preocupación, como en el avión. Aquí él era diferente. Libre. El Alec normalmente intenso le aceleraba el pulso a ella, pero este Alec sencillo y risueño le tiraba de otras cuerdas en su corazón.

—Siento lo de tu madre. Te obligó a crecer demasiado deprisa.

La respuesta de él la tomó por sorpresa, su tono suave tenía una pesadumbre. Ella se inclinó hacia él y le besó. —¿Te han dicho alguna vez lo dulce que eres cuando te lo propones?

Él rió tan fuerte que ella frunció el ceño. —Ni siquiera cuando era un bebé, vistiendo uno de esos trajecitos estúpidos que les ponen a los niños, nadie me consideraba dulce.

Aunque sus palabras parecían desmentirlo, ella no podía evitar leer el significado que había

tras ellas. Inclinandose hacia el frente, ella bajó la voz. —No me importa ser la primera para tí, Alec.

Los ojos de él se ablandaron y se volvieron oscuros. Dejó su plato hacia un lado y deslizó una mano por la pierna de ella.

Ella le dedicó una mirada. —Creo que hay algo que debes saber de mí. Nunca te interpongas entre yo y mi filete. Cuando haya terminado, soy toda tuya. Por ahora, necesito un poco de espacio, por favor.

Él alzó una ceja, hoyuelos apareciendo en sus mejillas. —¿Toda mía? Estoy ansiando eso desde luego.

Ella le miró ceñuda hasta que él dejó de frotar su muslo y volvió hacia su filete.

—Sólo espero que tu entusiasmo por mí te dure hasta luego. —Su voz era tan seca como la arena que habían pisado en su paseo de antes.

Ella se metió más comida en la boca y batió sus pestañas. La mirada que le dio él, lo suficientemente ardiente como para quemar las raíces de sus cabellos, le secó la garganta.

Él rió como si le hubiera podido leer la mente. —¿De quién eres más cercana, Gia o Mel?

Ante una pregunta tan simple, Carissa no titubeó. —Ambas, pero de maneras distintas. Gia me apoya pero es dulce. Mel no se lo pensaría dos veces en darme una patada en el trasero, pero en un momento de pánico, en una guerra o en una trampa, ella es la que necesito conmigo. ¿Por qué estás más cercano a Leo que Sebastián o Noah?

Él detuvo su tenedor a medio camino hacia su boca y le brindó una mirada furtiva. —¿Qué te hace creer eso?

Has dado en un nervio. Ve con cuidado.

Porque te fías más de él, es lo que ella podría haber dicho. En vez de eso, se encogió de hombros, no queriendo que se pusiera a la defensiva. —No lo sé. Es la manera en que actúas y te relacionas. Es atrevido, agresivo si quieres, pero en otros momentos se ríe de ti. Nunca le importa que te sientas ofendido.

Alec se mantuvo callado tanto rato, que ella pensó que no iba a contestar. —Sebastián y yo siempre hemos tenido una relación complicada. Él y su gemelo, Sheldon, eran los hijos favoritos de mi padre. Mi padre nos ignoraba a Noah y a mi. Yo me dediqué a ser más bien un padre para Noah que su hermano. Cuando mi abuelo me eligió para ocupar su lugar, eso fue motivo de molestia para mi padre. Sebastián nunca tuvo ningún problema. Me ha apoyado, siempre.

¿Por qué estaba tan a la defensiva de su relación con Sebastián? “¿Y Leo?”

—Leo es el hermano que yo pude elegir. Desde el momento en que mandé a uno de mis guardaespaldas que le rescatasen de una paliza que le daba su padre, siempre he tenido su lealtad. Tenía ocho años, sólo un año más joven que yo. El cabrón de su padre le dio una paliza como si fuese un hombre de su mismo tamaño. —Su respiración llenó el espacio antes de que prosiguiera hablando. —Mataríamos el uno por el otro, sin duda alguna. No le cuentes que te dije eso. Su ego ya está fuera de control. —Rió un poquito, como si pudiera borrar lo que acababa de decir con un barrido de la mano.

Carissa deslizó una mano dentro de la suya, trenzando los dedos de los dos. —Es tu hermano.

Alec afirmó con la cabeza.

Afuera había caído la noche, y la luna subió por encima del agua.

—Parece como que hay dos lunas —susurró ella.

—Me sorprendes. Estaba casi seguro de que no vendrías en este viaje. —Apenas presente, su voz arrancó el candado que encerraba el corazón de ella.

Carissa habló desde dentro de ser, desde ese lugar de la añoranza. —Tiene que haber más en

la vida aparte de la venganza y la supervivencia. Cuando me pediste que nos fuésemos, me pregunté si acaso esto estaba pasando demasiado aprisa. Pero si yo muriese mañana, ¿importaría mucho cuánto tiempo te he conocido?

Los dedos de él le apretaron fuertemente la mano. —Esto ha tardado mucho en llegar, desde Miami. Para mí ha sido una eternidad.

Alec había cambiado, una capa interna de su ser pelándose. Había una luz distinta en su mirada, como que algo se había encendido. Le recordaba a la noche en el hospital, su paciencia y suavidad. Ahora, estaba al desnudo, más incluso que cuando estaba sin ropa. No importaba donde les llevara la vida, ella atesoraría este momento en su corazón y lo recordaría siempre.

Ella se puso en pie y se fue al iPod conectado a los altavoces; eligiendo la canción de Andrew Belle, *In My Veins*, y le dio al botón. Luego le tendió una mano a él. —Baila conmigo.

La mirada de él parecía profundizarse en su mirada a ella y le tendió la mano guiándola hacia la terraza. —¿Estamos fingiendo que no estamos medio desnudos en el baile?

Aunque había humor en su voz, ella se detuvo y le miró a los ojos. —No vamos a fingir. Me gusta quienes somos ahora mismo.

Los brazos de ella le rodearon el cuello y él cerró las manos entorno a la parte baja de la espalda de ella. Se balancearon bajo el cielo iluminado por la luna. Con la cabeza en el hombro de él, el calor de su piel contra la piel de ella, no existía nada más. Encontró el reflejo de los dos en la puerta de vidrio: una sonrisa en sus labios, las mejillas sonrojadas—casi no pudo reconocerse a sí misma.

Alec la oprimió contra su pecho desnudo. Sus dedos recorrían la parte baja de la espalda de ella, y ella se mordió el labio antes de que sus párpados se cerrasen. Ella deseó tener el proverbial trasero respingón del que se podía rebotar una moneda. El trasero de Carissa aunque tenía curvas, era pequeño. Sin embargo las manos de Alec se cerraron entorno a él, apretando. Ella abrió los ojos, necesitando la imagen además de la sensación.

La visual de su carne entre las manos de él, hizo que el calor se adueñara de su vientre, con un eco bajo y profundo. Ella dio un paso atrás, se quitó el vestido playero y lo lanzó a alguna parte detrás de ella.

La mirada de él bajó a su cuerpo. Ella siguió el rastro ardiente que se detuvo en sus pechos pequeños con sus pezones de color rosa ceniza. Mientras ella los miraba en el vidrio, las manos de él se deslizaron por su vientre suave pero plano.

Él rozó su monte de venus, esta vez con los nudillos, hasta que ella gimió.

—Eres preciosa —susurró Alec.

El aliento de él bañó su piel febril, enviando escalofríos de placer en ella. Su mirada voló hacia la de él, y el ansia en sus ojos hizo que el estómago de ella aletease y la necesidad estaba a fuego lento.

Carissa tocó la barbilla sin afeitarse de él con la punta de los dedos. —Déjame verte.

Él tragó, desviando la mirada un momento y luego dando un paso hacia atrás. Se desabrochó los pantalones y en un movimiento rápido, se enganchó los dedos en la cinturilla y los bajó junto con su ropa interior. Desplazándolos de una patada, se quedó parado para que ella le pudiera inspeccionar.

No era demasiado musculoso. Con los hombros anchos y cadera estrecha, había más de hombre cotidiano en él que de rata de gimnasio. La piel soleada y los planos duros de su vientre hicieron que las palmas de las manos de ella se humedeciesen. Al igual que su pene, rígido. Liso, duro y tan grueso. Ella todavía recordaba la manera en que conseguía estirarla a ella. La lengua de ella salió para tocarse los labios.

—Carissa... —Su voz era tensa.

Los latidos de su corazón atronaron en sus oídos. Ella tendió una mano hacia él, cerrando la mano entorno a su dureza, arrancándole un gemido de los labios. Su mirada se volvió hacia el reflejo de los dos, y ella se deleitó en la sensación de él en su mano, sus piernas abiertas, sus muslos como fuertes columnas.

Carissa se puso de rodillas. Con los ojos al nivel de su miembro, ella le rodeó con los dedos. Era una roca aterciopelada en sus manos. Ella soltó una respiración larga. Alec se movió, la mano volando hacia la cabeza de ella.

Ella elevó una ceja, amando lo sensible que él era al mero aliento de ella. Bombeó con los dedos por su verga. —Te tengo a mi merced.

Él inhaló sonoramente, y lió los dedos en el cabello de ella, peinándolo hacia atrás. — Siempre me tienes a tu merced. Algo que creo que te deleita.

La adrenalina surgió en el cuerpo de ella. La húmeda surgiendo entre sus piernas. Él tenía razón. Ella disfrutaba del poder que tenía sobre él. Su pulgar rodeó la punta de él y él gimió.

—Es cierto.

Ella se agarró a las caderas de él y se puso de rodillas. Con una leve presión de la mano, lo guió hacia su boca. Los labios de ella se cerraron entorno a él.

La exhalación de Alec salió despacio, el sonido llenando el aire. Su mano se hizo un puño en la cabellera de ella, haciéndola latir desde muy dentro de sus paredes de placer. Ella gimió hondo en la garganta, haciéndole círculos en la punta de su miembro. Ella le tomó hondamente, arrancándole juramentos y suspiros de placer. Los dedos de ella se hundieron en los muslos de él, y ella le sintió ponerse más duro todavía.

Carissa aumentó el placer en su boca, pegando su lengua contra él hasta que él soltó aire de entre los dientes y dio un paso hacia atrás. El sonido la sacó a ella de su trance. En su siguiente respiración se vio presionada contra la pared. En el siguiente segundo ella gritó cuando él la embistió. Las estrellas rompieron en sus párpados.

Se había vuelto natural despertar con su cuerpo rodeándola, pasear descalzos por la playa, que tomara fotos con su celular para enviarle a las chicas. Cuando él sugirió tomar algo en el balcón que daba al mar, ella no le dio mayor importancia a estirarse en la tumbona arrimada contra el pecho de él.

Pero una ligera conversación sobre la última vez que cada uno se había ido de vacaciones se convirtió en el tren exprés adentrándose en territorio serio. Él la dejó en shock al revelar que había plantado a Allison, la compañera de trabajo de Braeden para que le tuviera al tanto de todo lo que hiciera.

—¿La conocías antes de contratarla? —preguntó Carissa.

—Sí, ¿por qué?

—Um. No era la persona más inteligente del mundo. La chica ni siquiera sabía usar un sencillo programa para escribir una carta —dijo Carissa.

—Allison no era útil por sus habilidades de Microsoft.

No me jodas. —Sí, me lo imaginaba. Era una experta en muecas, ropa inadecuada, y era escandalosa.

Alec se retiró un poco de manera que estaban mirándose a los ojos. —¿Qué quieres decir con eso?

Ella se encogió de hombros y se volvió a tumbar. —A ella siempre le gustaba Brae. Los dos

estaban muy interesados el uno en la otra. Por eso yo nunca dije nada de ella. Ahora me dices que todo era mentira. Él no mereció morir pensando que ella lo quería, cuando ella sólo lo estaba utilizando. —¿Por qué le estaba contando este rollo? No tenía sentido.

—Sea como fuere, a ella le gustaba él de verdad. Eso es lo que le hizo ser tan ineficaz en vigilarle.

—Bien —dijo ella y los dos se quedaron en un silencio confortable.

—Tú le encontraste esa noche.

Qué ridículo que una sencilla afirmación por parte de él pudiera sacudir su cuerpo con un dolor que el tiempo no podía reducir. Todavía no, no mientras Calum seguía vivo.

—Fue difícil de ver. —Carissa hundió la cabeza en el pecho de él para recordarse a sí misma donde estaba. El recuerdo avivado en su mente la hizo estremecer. El horror de la muerte de Braeden todavía le revolvía las entrañas. —No puedo olvidar sus ojos o la sangre.

Alec frotó la espalda de ella haciendo círculos con la mano. —Siempre es duro ver alguien a quien quieres, morir.

El dolor en la voz de él le hizo alzar la cabeza a ella y dejar de lado sus recuerdos. Él también había perdido a alguien. —¿Tu hermano?

Él afirmó con la cabeza. —Mi madre y mi padre también. Ellos no pudieron superar su muerte.

Los padres de él, su hermano... Carissa comprendía ese dolor. Él había perdido tanto. Ella lo vivió también. —Lo siento —susurró ella, acariciando los lados de la cara de él.

—No. No hagamos eso. Nada de tristeza, ni nadie más. Seamos sólo nosotros dos. —Con eso la alzó por las caderas y la empaló, arrancándole la razón y un grito en una sola embestida.

Las manos de él se deslizaron por los muslos de ella, enmarcando sus caderas y trazando su cintura. Agraciaron los lados de sus pechos y se posaron detrás de su cuello. Ella sonrió y se inclinó más cerca de él. Cuando sus labios se encontraron el sabor de él explotó en su lengua. —Tu boca es la cosa más dulce que he probado jamás. —Las palabras de ella salieron de una sola vez de prisa y corriendo.

Él se congeló, los ojos nublados, cejijunto. —¿Dulce?

Ella recorrió los labios de él con el pulgar como si estuviera dibujándolos. —Sí. —Ella mordió el labio inferior de él y lo besó, desesperada como una adicta necesitando su droga.

Las manos de él recorrieron la espalda desnuda de ella, pero ella no se percató. Todo lo que sabía era él. Hasta que se empezó a mover otra vez. Entonces ella se separó de la boca de él, se puso de cuclillas y se apoyó en las rodillas, abiertas a cada lado de él. Cabalgó hasta el final de los dos, gritando su nombre, quedando extenuada encima de él.

Ella se despertó desorientada, con el sol quemando sus pantorrillas.

¿Cuándo se había quedado dormida?

Los brazos de Alec la rodearon. Estaban tumbados en el mismo sitio, en la misma postura. Él dormía, el rostro en paz y relajado, casi parecía un niño.

—Me estás mirando. —Los ojos de él se abrieron y ella se miró en ellos.

Ella sonrió, los dedos golpeándole en el pecho. —Te agoté.

Los labios de él se disolvieron en una sonrisa pícara. —Tú te apagaste mucho antes que yo, baby. Creo que fue justo después de gritar mi nombre y caer desmayada.

La boca de ella se quedó abierta. —¡Idiota! —Pero rió. No era posible negar la manera en que gritó a causa de él, por él. Especialmente teniendo en cuenta que estaba ansiando la próxima vez. Su corazón se hundió, pensando en su partida inminente. Cuando se fuesen, ya no sería así. Tenían que tratar lo de Calum, la carta de su padre, sus propias organizaciones, y descubrir un traidor. Nada sería como era ahora.

—¿A dónde te fuiste?

Su pregunta la hizo volver al presente, deteniendo las caricias de sus dedos en el rostro de él.

—A ninguna parte. —Ella consiguió sonreír un poco, inclinándose hacia delante para besarle.

Cuando se retiró, él sostuvo el rostro de ella delante del suyo.

—No me mientas, Carissa. —La actitud juguetona se había ido, la voz de él era inflexible.

Los nervios se revolvieron en su vientre. No había manera en que ella podía explicar esto sin sonar teatral. Esto se suponía que era divertido, sexy, un poco descuidado, pero no tan serio como se estaba convirtiendo. Se incorporó y tomó la mano de él en la suya. —No estoy acostumbrada a esto.

—Sólo dilo.

—Nunca acaba bien para mí o cualquier hombre que esté conmigo. Braeden y yo éramos un desastre. Terminamos siendo amigos, sólo porque habían pasado tantas cosas juntos que ya éramos nuestra propia familia. Él murió en parte por mí. Eso también vale por mis amigos, fíjate en Lucian.

Ella exhaló, esperando que eso aflojase el nudo emocional que tenía en la garganta. —Y luego estás tú. Lo sabes todo de mí. Después de lo que le pasó a mi padre, me juré que nunca estaría con un hombre que fuese parte de esta clase de vida. Nunca quise estar metida hondo en algo como esto. Sin embargo, aquí estamos los dos.

—Tú no eres tu nombre, Carissa. —Él la rodeó con los brazos. —Quien eres es más profundo que eso. Eres lista, una luchadora. Amas incondicionalmente. Estuviste al lado de tu madre y la cuidaste, de la manera en que ella debería haberte cuidado a ti. La noche en que casi te secuestran, tu única preocupación era tu amiga. Si alguien sintiese de esa manera por mí...

Las palabras de él colgaban entre los dos. Alec se puso rígido entorno a ella, y ella se retiró hasta que ya no estaba encima de él sino a su lado. Ella estiró un brazo hacia él, pero él se echó hacia atrás, colocando un océano entre los dos. Era algo en sus ojos, esa mirada distante, la pared que erigía en segundos. Alec se puso en pie y se fue hacia el dormitorio.

Carissa permaneció en la tumbona, desnuda, añorando la felicidad de los dos, su burbuja que explotó demasiado pronto.

Alec salió del baño, una toalla entorno a la cintura.

Carissa sentada, le esperaba en la cama mientras su cabello mojado goteaba por su espalda. La mirada de ella era impasible, excepto los ojos, que le atraparon a él como la puerta de una prisión.

—Usé la ducha de la otra habitación.

Más allá de lo irresponsable, Alec había bajado la guardia y había compartido demasiado. No sabía cómo hacerles volver al punto donde habían estado antes. Se había pasado su rato en la ducha auto flagelándose, demorando el momento de volver a verla otra vez.

Y, sin embargo, aquí estaba ella, limpia, fresca y dispuesta a aclarar esto. Estaba escrito en el ángulo obcecado de su barbilla. Ella le miró como una presa, caza que había acorralado.

—Pensé que necesitabas un poco de tiempo a solas. —Su tono suave era como clavos arrastrados contra metal en los oídos de él. Quería darle un puñetazo a la pared. Ella sabía lo incómodo que estaba él y aun así no aflojaba. Muy bien, él podía ser como ella también.

Él la miró con una mirada calenturienta. —Tenías que haber venido a la ducha. Eso habría sido divertido.

Carissa continuó mirándole con la misma expresión, excepto un leve movimiento involuntario

en la comisura de boca.

Él agarró un par de jeans del armario. Ella seguía sin decir nada. *Era lo mejor*. Él se volvió evitando mirarla y se puso los pantalones y una camiseta. No se atrevió a mirarla. —Voy a salir — dijo él por encima del hombro camino hacia la puerta.

—No. —La voz de ella era como un látigo.

Él se giró para mirarla. —¿Perdón?

Todavía en la misma postura en que él la había dejado, su mirada en él, ella le intimidaba sobremanera. —No saldrás corriendo. No voy a dejarte hacerlo.

¿En qué momento había cambiado la marea? ¿Desde cuando alguien le decía a Alec McLean lo que tenía que hacer? —No sé de qué...

—Hablabas desde tu corazón —dijo Carissa.

Corazón. Una sencilla palabra hundió a Alec a las profundidades de su propio infierno. Sacudió la cabeza. —Oh, eso —dijo, sonriendo de una manera que él esperaba que fuese sardónica. —Estaba intentando consolarte. No era tan serio. —Estaba intentando insultarla, enfadarla, agarrándose a cualquier cosa que le permitiese salir con su orgullo intacto.

Ella sacudió el dedo y se bajó de la cama. Parecía lista para atacar. En vez de eso, le rodeó la cintura con los brazos. —No puedes desdeñarte de lo que sientes, Alec. Ninguno de los dos podemos hacer eso.

El corazón de él latía con una emoción no bienvenida. Algo que le dejaba inerme. Odiaba la indefensión. —¿Qué es lo que no puedes desdeñarte, Carissa?

Ella le tomó de la cabeza, obligándole a mirarla. —Estar contigo me incomoda. ¿Quién se sentiría segura con alguien que se dedica a lo que nos dedicamos nosotros? Pero nunca he querido nada, a nadie, de la manera en que te quiero a ti.

Algo reventó dentro de él. Alec le separó las manos de ella, la agarró por los hombros, y se inclinó hasta que estaban ojo con ojo. —Entonces deja de pensar demasiado en esto, Carissa. Disfrutemos de lo que tenemos. Es sencillo, sin complicaciones. No hay por qué mirar más allá.

Él no le dio la oportunidad de decir nada. En vez de eso, la arrimó contra sí y le besó su boca desesperadamente.

CAPÍTULO CATORCE

La brisa marina dejó de besarles la piel, transformándose en aire que giraba rápido y fuerte a través de las turbinas de un avión, su tiempo en el paraíso se había acabado. Carissa no estaba preparada todavía para volver a bregar con Calum, traidores y las consecuencias de la nueva asociación que habían formado.

—¿Ya estás frunciendo el ceño? Y pensé que había hecho un buen trabajo haciéndote feliz. — Ella entornó los ojos y él rió. —Venga, cuéntamelo.

Carissa suspiró. —Hay mucho por hacer. Tengo que reunirme con las chicas para hablarles de trabajar con tu familia. Espero que todos nos podamos llevar bien en nuestra meta de cazar a Calum.

—Quieres decir a causa de Mel.

El cuerpo de ella se puso rígido. *¿Qué demonios?* —¿Qué pasa con ella?

—Ella puede hacer que las cosas se compliquen... —Él se encogió de hombros como si eso explicase lo que él quería decir.

Alec no conocía muy bien a Mel, así que no tenía que asumir nada. —Mel odia a Calum tanto o más que nosotros, y ella consigue que se hagan las cosas.

—Sea como sea, se está convirtiendo en un problema, un problema que yo no quiero tratar. No es culpa suya, pero es difícil no verla como un catalizador. —La voz de Alec era plana, como una bebida de refresco vieja sin gas.

Carissa frunció las cejas, muy confusa. —¿Qué quieres decir?

—Leo y Bas.

Su tono, los nombres, su actitud hacia Mel—los resultados podían ser complicados.

—Yo te diría que te mantuvieses al margen porque son chicos grandes ya. Excepto que no es lo que yo haría. Pero está fuera de tus manos.

—¿Está jugando con los dos? —preguntó él.

Vaya pregunta. *Qué estúpido.* Pero él no conocía a Mel. Sólo le preocupaban dos personas en su vida. —Al contrario, está intentando retirarse lo mejor que puede, pero hay cosas contra las que no podemos luchar. Los sentimientos se hacen presentes, y da igual lo que deseemos o queramos.

Lo cual, claro está, también les valía a Alec y ella.

—No estoy tan preocupado. Todo saldrá bien —dijo él. Sin duda quería que eso sonara como su respuesta final, pero su entonación no era tan segura. Entonces, sonrió. —¿Sabes lo que estoy recordando? Tú, corriendo desnuda por la playa.

Él se había burlado de ella diciéndole que no parecía la clase de chica que se pusiera a hacer sucieras allí en la arena. Ella le había seguido la corriente, le enterró, luego se quitó su vestido y salió corriendo hacia la playa. El amor que habían hecho después se quedó grabado en su álbum mental de recuerdos. —Ya lo echo de menos —dijo ella en un susurro.

—Esta noche, después de terminar los negocios, iré a tu casa y nos podemos meter bajo esa gran ducha que tienes. —Le colocó un beso tras la oreja. —Voy a dibujar un mapa de tu cuerpo con mis labios, borrar fronteras con la lengua y las manos. Quiero oír ese tropiezo sexy en tu garganta, justo antes de que te derrita contra las paredes de la ducha.

La mente de ella se quedó en blanco. Entornando los ojos, Carissa agarró el brazo de él fuertemente. Las imágenes que describía... Pero ella se giró para mirar por la ventanilla como si él no la había dejado hormigueando de deseo.

—Eres un idiota.

Él se volvió hacia ella con una sonrisa pícaro. —Lo sé, pero no te preocupes, tengo la intención de cumplirlo esta noche.

La boca de ella se abrió. —Así que, tenía razón. Eres un cretino total. Supongo que es bueno saberlo desde el principio.

Él rió, rodeándola con el brazo. Ella descansó la cabeza en su hombro, sus dedos en la parte trasera de la cabeza de él. Habló inconsecuencias, pero Alec apenas prestó atención; estaba demasiado ocupado besando la piel de la muñeca de ella. Se quedó en duermevela, y él la despertó diciendo que su vuelo había aterrizado. En vez de ponerse en pie, ella le rodeó con los brazos, todavía sin estar lista para entrar en el mundo de ellos.

Por fin salieron de la aeronave él agarrado de la mano de ella. Incluso dentro del SUV, sus cuerpos no se separaron más de un par de centímetros.

Sin embargo en el silencio del viaje a casa, con su cabeza en el hombro de él, todo cambió.

Carissa agarró su celular; él hizo lo mismo. Ella tenía mensajes de texto de Mel.

He hablado con Sy L. Tengo mucho que contarte.

—Necesito ver a Leo antes de reunirme con él y Bas más tarde —dijo Alec—. Puede que tarde más de lo que había pensado.

El tono de voz de él era abrupto y sombrío. Ella miró su propio mensaje otra vez. La aprehensión subió por su columna vertebral, grueso y peludo, como las patas de una tarántula. Los mismos dos nombres en dos conversaciones distintas. *¿Debo compartir esto con él?*

Carissa se volvió para mirarle. Él miraba fijamente la carretera, su rostro impenetrable. Había una mirada ausente en sus ojos, la expresión que ella había aprendido a reconocer.

Él no estaba preparado para compartir, y ella estaba insegura de contarle que Mel se había reunido con sus dos hombres. Alec ya estaba preocupado por las relaciones de Mel. Quizás si Carissa daba el primer paso, él confiaría en ella con su lado también.

—¿Todo bien? Parece que tienes malas noticias.

Él sacudió la cabeza, se echó atrás en su asiento y le brindó una sonrisa tan forzada que era casi burlona. —No. Sólo cosas de negocios que tengo que tratar.

El estómago de ella se contrajo. Él no estaba confiando en ella, pero esto eran negocios. En la isla, habían acordado mantener los negocios separados de las cuestiones personales.

—Ah.

Y...el agujero entre los dos se abrió de nuevo. ¿Se pondrían las cosas fáciles alguna vez?

Alec estiró un brazo hacia ella. —No es nada, de verdad. —La besó en el lado de la cabeza. —Me encantaría estar contigo. Es demasiado pronto para separarnos.

El desencanto se apoderó de su vientre como un té tibio. Conjuró una sonrisa que era genuina, pero ni siquiera los recuerdos más recientes era capaz de conseguirlo.

—¿De qué era tu mensaje? —preguntó él.

Ella rió, la mentira saliendo de su boca tan naturalmente como los besos que colocó en los labios de él. —Mel está enojada por la factura del champán otra vez. También tenemos temas menores con Los Salvajes que no pueden esperar. Nada realmente.

—ah bien —dijo él de la misma manera impersonal que ella había hablado.

A ella no le gustaba el sentimiento de insistencia que tenía en el fondo del estómago, pero se reuniría con las chicas y se enteraría de los temas primero. Esto no iba a afectar su relación recién fraguada. Cuando se volviese a reunir con Alec otra vez, le hablaría de ello. No había manera en que ellos pudieran avanzar sin ser transparentes por lo menos en temas de negocios.

Ella se colocó encima del regazo de él, no importándole los guardianes en el asiento

delantero. La boca de él se abrió, pero ella no le dejó decir ni una palabra, colocando los labios encima de su boca, acariciando su lengua con la suya. Ella acunó la cabeza de él con la mano, bajando sus caderas. Se besaron hasta que el guardaespaldas repiqueteó en la ventanilla, indicando que habían llegado a la puerta de ella.

Ella se había ensimismado en la sensación. Carissa dio un respingo pero él la agarró por las caderas, las manos firmes.

Alec rió. —Demasiado tarde para sentir vergüenza. Han visto mucho más en este viaje.

El rostro de ella se acaloró. Por primera vez en días, se preguntó cuánto habrían visto los guardaespaldas. Ella y Alec habían hecho el sexo sin cuidado en la playa, las terrazas, en cualquier parte. —Se me olvidaron. Quiero decir, apenas los vi en todo el tiempo.

Él metió un mechón de pelo de ella tras su oreja y sonrió a placer. —Ese era el punto. Yo le habría arrancado la cabeza a cualquiera que nos hubiese interrumpido sin una razón de peso.

Alec insistió en subir con ella antes de marcharse. Los guardaespaldas entraron primero, asegurándose de que todo estaba en su sitio. Los hombres de ella paseaban por el edificio pero ella apenas los oía. Las manos de Alec colgaban a los lados de ella, y cuando el apartamento se quedó despejado, la metió dentro aprisa, cerrando la puerta y presionándola contra la pared. Su boca quemó los labios de ella, sus caderas presionaban las de ella.

—Para que no me olvides —añadió él, su frente contra la de ella.

CAPÍTULO QUINCE

Alec hizo un esfuerzo por conservar una mirada neutral. Sebastián estaba dándole un informe completo acerca de todo lo que había sucedido durante su ausencia. Alec ya se había enterado de todo lo que necesitaba saber durante su reunión Leo más temprano, pero esto no se lo podía decir a Sebastián. Cuidar del ego de su hermano era una tarea cansina, casi exasperante. Pero tenía que hacer las cosas que necesitaba para conservar la paz y hacer que no atosigara a su mano derecha de manera que Leo pudiera hacer lo que Alec necesitaba.

—También me reuní con Mel durante tu ausencia. Ella entendió que sólo estaba preocupado por Noah. —Sebastián cruzó una pierna por la rodilla y se echó hacia atrás.

La mirada de Bas se fue hacia Leo durante un momento, el otro hombre miraba por la ventana, apoyado contra el marco como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Alec sabía mejor.

—Gracias, Bas. ¿Alguna cosa en el frente doméstico?

Sebastián bebió un sorbo de su café. —Todo bien. Envié a Noah a Miami. Tuvimos algunos problemas con el envío allí. Me he hecho cargo de la supervisión de la actividad local.

—Buen trabajo —dijo Alec—. Entonces, ¿la situación de Jackson no produjo ningún problema entonces?

Sebastián se volvió rápido. —¿Jackson? ¿Un problema? No que yo sepa. ¿Por qué preguntas?

Alec le miró con severidad. Tenía que estar camino al apartamento de Carissa. ¿Habrá terminado ya sus asuntos y lo estará esperando? En vez de eso, tenía que vérselas con la negligencia de Sebastián de manera que no revelara el hecho de que no había dejado a su hermano al cargo de todo. —Ha estado robando la mercancía. Ordené que se ocuparan de él la semana pasada. Tenía que pasar este fin de semana.

La mandíbula de Sebastián se desencajó, y se tensó. Con la cabeza ladeada hacia Leo. —Supongo que tu recadero no pudo informarme de eso. Apuesto que le encantó correr a tu lado para decirte cómo se ocupó del asunto.

Leo se giró entonces, la expresión en blanco, los puños a sus costados. Todo lo que Alec había estado intentando evitar con esta conversación surgió ante él. Se podía haber dado patadas por descuidarse.

—Bas...

—Abre la puerta. Necesito hablar con él —gritó alguien del otro lado de la puerta.

Alec alcanzó su arma y los otros dos hombres también.

—Es Mel —dijo Sebastián. —Que no dispare nadie.

Se fue corriendo a la puerta, pero Alec sólo podía quedarse mirando. La puerta se abrió y Mel entró pasando por delante de Sebastián, ignorando su saludo y plantándose delante de Alec. La mirada tensa, sus ojos brillaban como una fiera a punto de atacar. Detrás de ella, los rasgos angelicales de Gia estaban deformados por líneas de malestar visible. Las dos mujeres estaban solas. El pulso de Alec se aceleró.

—Te voy a preguntar esto una sola vez. —Mel se acercó a él. —¿Tú has tenido algo que ver con esto?

—¿Algo que ver con qué? —preguntó Alec.

—¿Dónde está Carissa? —preguntó Mel. —¿Qué le has hecho?

Alec sólo podía mirar a la mujer. Aturdido por su audacia y confundido por sus palabras, las semillas de preocupación empezaron a brotar en él. —¿De qué diablos me estás hablando?

—Han secuestrado a Carissa. —Gia se puso al lado de su amiga. —Los guardianes dijeron

que había sido pillada por la policía fuera de su bloque.

La sangre de él se convirtió en agua helada. —¿Qué?

—¡Como que no lo sabes! —gritó Mel con las facciones contorsionadas. —Desde el momento en que tú llegaste a esta ciudad, esta mierda ha pasado dos veces. Excepto que esta vez es de verdad. Se ha ido. No sé a qué estás jugando, pero me dices donde está o no te va a gustar lo que vamos a hacer.

Alec pasó por alto la amenaza mientras intentaba ordenar sus emociones y pensamientos. Tenía que ser un error. —La dejé dentro de su loft hace dos horas y me vine aquí. Ella me dijo que se iba a reunir con ustedes. ¿Qué dijeron los guardaespaldas exactamente?

—Ella nunca llegó, y luego recibimos la llamada —explicó Gia con agitación con cada sílaba. —Fuimos a su apartamento. James nuestro policía amigo, comprobó los registros de la policía y no ha sido arrestada.

—Te juro por Dios —le dijo Mel a Alec, “si estás mintiendo, te voy a cortar en pedazos yo misma.

Quizás era su temor por Carissa o el hecho de que esta mujer estaba teniendo un ataque, pero Alec dio un paso hacia ella. —¿Has troceado a alguien alguna vez, Mel? —No esperó su respuesta. —Porque yo sí lo he hecho y será mejor que dejes de amenazarme o empezaré a tomarme esto personalmente.

El temor brilló en los ojos de ella, y hubo una pequeña inhalación, pero ella dio un paso hacia el frente en vez de atrás.

—Mel. —Sebastián le puso una mano en el hombro, pero ella le sacudió. Con la mirada ya más serena, le apuntó un dedo en la cara de Alec. —No me importa lo que me puedas hacer, pero espero que no le hayas hecho nada a Carissa. O, como le gusta decir a tu hermano, pintaremos las calles con la sangre de todos ustedes.

La mente de Alec casi se quedó en blanco de la ira. Dio un paso hacia delante, pero su mejor amigo se interpuso, con la mirada en blanco que Alec conocía tan bien. Alec luchó contra el deseo de empujarlo hacia un lado.

—Esta no es la manera. —Leo puso una mano firme en el pecho de Alec y se puso de lado de manera que pudiera ver a Alec y a Mel. —Necesitamos averiguar qué le ha pasado a Carissa. No tenemos tiempo para una competencia entre ustedes dos.

Alec se tomó su tiempo mirando la mano de Leo en su pecho. Era algo en qué concentrarse. Con lo mucho que odiaba a esta mujer, Leo tenía razón. Dio un paso atrás.

—Amelia, confía en mí —dijo Leo—. Alec no sabe nada. Nunca le haría nada a Carissa. Ha vuelto contento después de este viaje.

Los brazos de Mel gesticulaban entorno a ellos. —¿Cómo te explicas esto? Y para que lo sepas, estoy siguiendo buenos consejos y no me estoy fiando de ninguno de ustedes.

Porque a Carissa se la habían llevado bajo sus narices una vez antes. —Sólo dinos qué sabes. Es la única manera de encontrarla.

—Hablamos con ella después de que la dejaras en su casa —explicó Gia. —Dijo que venía al Coven después de cambiarse y que llegaría en treinta minutos. —Se llevó los dedos al cabello. —No apareció y llamaron los guardaespaldas diciendo que había sido retenida por unos pendejos mostrando chapas del FBI. Dijeron que la habían arrastrado. —Su voz se quebró en la última palabra.

Mel continuó, “la arrastraron a una camioneta y se largaron.

—Debes saber que mi hermano no tuvo nada que ver con esto —dijo Bas. —Ha estado con nosotros toda la tarde. ¿Verdad, Leo?

Carissa había desaparecido. El aliento de Alec le falló, como si una piedra hubiera rodado por su pecho y se hubiera deslizado a su estómago. Hundió la mano en su cabello. —Necesitamos interrogar a sus guardaespaldas. Tenemos que encontrar a quién se la llevó.

Leo le puso una mano en su hombro. —Vamos a encontrarla.

—Oh, Dios —Mel dijo con la voz entrecortada, mirando fijamente a los ojos de Alec. Las lágrimas se acumularon en la mirada de ella. —No la tienes de verdad. Estaba esperando que sí. Porque si no la tienes, entonces Calum... —Se llevó la otra mano al pecho.

—No —dijo Leo, cerrando la mano entorno al brazo de Mel. "No vamos a pensar así. Vayamos a interrogar a los guardaespaldas ahora.

Alec sólo podía pensar en la manera en que Carissa se había aferrado a él la última vez que se besaron. Esta mañana se habían despertado juntos jurando que harían que las cosas funcionaran; ahora ni siquiera sabía dónde estaba ella. Esos dos guardaespaldas ineptos deberían tener unas buenas respuestas o alguien se dedicaría a recoger sus restos del suelo.

—¿Cuántas confesiones has extraído tú? ¿Cuándo fue la última vez que obligaste a hablar a alguien a base de golpes?

Tanto Gia como Mel se quedaron mirando a Alec con la mirada en blanco. Si él no hubiera estado viviendo un infierno personal, habría disfrutado del placer de hacerle callar la boca a Mel, que se había resistido en dejarle a él hacerse cargo de interrogar a los hombres. Estas mujeres tenían problemas con el control, incluso en situaciones que les eran poco conocidas.

Una breve mirada pasó de la una a la otra. *Maldita sea. Habían torturado a alguien antes.*

—No necesitas saber eso, pero adelante, tú puedes tener los honores esta vez —dijo Gia, poniéndole una mano en el hombro de Mel. —Necesitamos saber dónde está, pero no te olvides de que este es todavía nuestro territorio y esta es nuestra gente para ordenar.

Alec pasó por alto la amenaza y se desplazó más allá de ellas al lugar donde esperaban los guardaespaldas de Carissa. Los dos hombres vestían de negro y le miraban con los ojos desorbitados, el aliento entrecortado. Había uno llamado John, y sus manos temblaban incontroladamente. Alec se reprimió una mueca de desprecio. Incompetentes y cobardes además. Señaló al otro, al conductor.

—Cuéntame qué pasó hoy. Quiero que me cuentes cada detalle, incluso los detalles más insignificantes que se te ocurran. Quiero saber todo lo que escuchaste y viste.

La cabeza del hombre se movió con fuerza. —Había mucho tráfico esta mañana. Un accidente con una ambulancia y un camión de los bomberos bloqueaban el paso. No me pude parquear delante del edificio, y no pude esperar delante porque la policía estaba desplazando a todo el mundo.

Con voz aguda, el hombre no podía estarse quieto, su mirada recorría el salón, descansando en sus jefas. Alec se interpuso en su campo de visión y chasqueó los dedos, haciendo que el conductor pestañeó. —Sigue.

—Le-le pedí a John que se acompañase a Carissa a la vuelta de la esquina para subirse al SUV. —Tartamudeó a veces, su voz apenas comprensible antes de mirar a John. —Lo siguiente que supe era que John estaba corriendo y ví a Carissa forcejeando mientras dos hombres la retenían.

El rostro de John era pálido, sudoroso.

—¿Qué pasó? —exigió Alec.

—Alguien chocó contra Carissa —murmuró John.

—Describete.

Con los ojos achinados, John miró hacia arriba mientras intentó recordar. —Era alto, vestía como un yuppie, y parecía torpe. El hombre se disculpó primero ante Carissa y luego a mí. Dijo que estaba perdido, su primera vez en Nueva York. Carissa dijo que no pasaba nada. Le dio direcciones para ir al sitio que estaba buscando.

—¿Cuál era el nombre del sitio? —preguntó Alec.

—Era un restaurante. Él le preguntó si había estado allí antes. Ella dijo que sí. Él parecía demasiado amistoso, y entonces fue cuando yo me interpuse entre los dos. —Con los hombros encogidos, John se frotó la cara con las manos antes de mirarse a los pies. —Yo le estaba diciendo a ella que teníamos que ponernos en marcha cuando alguien me empujó desde atrás el tipo agarró a Carissa. Un tercer hombre saltó entre mí y ellos. Le cubrió la cabeza con una capucha. Yo intenté luchar, pero ellos mostraron placas de la FBI. Un carro se alejó justo en ese momento y una furgoneta negra vino y aparcó en el sitio vacío. Un tipo se quedó conmigo mientras que el yuppie y el otro hombre la llevaron a la furgoneta que venía sin distintivos. El otro tipo dijo que era un asunto oficial y que yo tenía que quedarme donde estaba.

La sangre bullía en las venas de Alec y él luchó para dominar sus emociones. Hizo que los hombres repasaran el relato tres veces más. Nunca varió.

—Salimos del edificio y dimos la vuelta a la esquina donde esperaba el SUV —dijo John la cuarta vez que lo repasaron. Sus manos seguían temblando, los ojos rogando.

—¿Por qué no estabas delante de la puerta? —Alec le preguntó al chófer.

Los dedos del hombre se movían involuntariamente a cada tanto, y miró por la habitación implorando ayuda. —Estaba bloqueada. La calle entera lo estaba. No había donde quedarse parqueado.

—¿No te pareció extraño? —esta vez fue Gia la que habló.

—Hay mucho tráfico en Manhattan.

Alec le dió un puñetazo en la cara antes de que pudiera terminar la frase. —Ese es tu maldito trabajo. Tu jefa falta porque tú no hiciste lo que tenías que hacer.

—Ellos sabían —masculló Mel. —Tenemos una rutina clara que ellos tenían que obedecer. Tenías que esperar a que se despejara el sitio.

—Carissa tenía prisa —tartamudeó el conductor. —Nosotros... no sabíamos qué más hacer. Yo ví el tráfico. El primer sitio vacío que pude encontrar fue a la vuelta de la esquina.

Alec hizo un esfuerzo por mantener su puño a su costado. —No se te ocurrió ni una sola vez, que esto podía ser una trampa. Casi la atraparon la semana pasada.

Con los tendones saliéndose de su cuello, el hombre se miró a los pies. —Lo siento —susurró, tapándose la cara con las manos.

Alec afirmó con la cabeza, volviéndose a Mel y Gia. Era su hombre y aunque estaba muy disgustado, no quería correr el riesgo de interferir con ellas en un momento en el cual se suponía que estaban trabajando juntos. Las dos mujeres intercambiaron una mirada antes de que Mel le diera el visto bueno a Alec barriendo el aire con la mano.

—Mírame —le ordenó al conductor.

El conductor retiró las manos de su cara, las colocó en los muslos y alzó la vista. Alec no le dio una oportunidad para reaccionar antes de sacar su arma de la cintura y dispararle en la frente.

Todos se quedaron boquiabiertos, el sonido de sus respiraciones mezclado con los ecos del disparo gradualmente difuminándose en silencio. Alec no miró nada más que al hombre muerto a sus pies, sintiendo el peso de todas las miradas en él.

El cuerpo de Alec vibraba con el deseo de destrozarse algo. Necesitaba respuestas antes de

volverse loco, y la única manera de conseguir las era a través de los dos hombres que habían estado con Carissa. El conductor tuvo mal juicio y se quedó sentado en la furgoneta mientras que pasó todo. Ahora la mirada de John estaba clavada en el cadáver de su compañero. Alec intentaría no matarle hasta extraerle cada recuerdo que tuviera.

—Ok, John, empezamos desde el...

Varios teléfonos celulares sonaron a la vez. Alec se giró.

—Es Carissa —dijo Mel, alzando su celular.

El pulso de Alec martilleaba en sus oídos. En un instante estaba al lado de Mel.

Ella le dio al botón. —¿Carissa?

—Me tengo que ir, Mel. Lo siento tanto. —La voz de Carissa, nasal y baja, no sonaba para nada como la de la mujer de más temprano en el día. —Perdóname. Por favor. Que el ángel te guarde siempre y te cuide.

El rostro de Mel perdió su color. Alec tomó el celular de su mano.

—Carissa.

Siguió un silencio, luego el celular pitó dos veces, se había terminado la llamada.

Algo no andaba bien. Alec miró intensamente al celular hasta que ya no lo podía ver siquiera.

—¡Nos han tendido una redada! —Nelly entró en la habitación a trompicones, un par de hombres de Los Salvajes pisándole los talones. —Nuestro almacén de Brooklyn se quedó a oscuras. Hay policías por todas partes.

Alec se quedó inmóvil. La llamada le había convertido en un montón de sal de roca.

—¿Hola? —gritó Nelly. —¡Estamos siendo atacados! ¿Nadie va a decir nada?

—Nosotros también —añadió Sebastián, alzando la vista de su celular.

El estómago de Alec se revolvió. Miró a su hermano. —¿De qué diablos me hablas?

La mirada de Sebastián no se retiró de su celular. —Nuestro cargamento. Lo han detectado. La guardia costera ha subido al buque. Ha habido un informe de drogas ilegales.

—¿Qué maldición está pasando? —exigió Nelly.

Algo machacaba las entrañas de Alec. Sólo había una respuesta. Una respuesta que explotaba su mundo entero.

—Ella nos ha delatado.

CAPÍTULO DIECISEIS

Alec quería destruirlo todo, los bellos muebles de madera, los toques de color en las paredes, Central Park, la organización entera de Carissa. Mel y Gia afirmaban que no sabían donde había ido. Alec sabía que eso no era así. La reacción de Mel ante las palabras de Carissa le decía todo lo que necesitaba saber. Ellas sabían algo que él no sabía y cómo eligieron callarse, él decidió no aceptarlo.

—Montamos la contraofensiva mañana —dijo Alec, la mano firme a pesar de sus músculos temblorosos. —Si empezamos a eliminar miembros de Los Salvajes, eso la obligará a salir al descubierto.

—Si te parece que esta es la mejor manera —dijo Sebastián, “necesitamos empezar por la cúspide. Eliminar a algunos de sus mejores soldados y sobornar a los que hay alrededor de Nelly, les deja más vulnerables. —Le dio unas palmaditas en el hombro a Alec. —Y sabemos ya algunas de sus debilidades en cuanto a planificación.

Alec afirmó con la cabeza. Era una idea brillante, la clase de acción que necesitaba en estos momentos.

—Es ridículo —dijo Leo desde su sitio frente a ellos. —Sería empezar una guerra sin sentido. No podemos permitirnos eso, especialmente en Nueva York, donde Los Salvajes han calado hondo y nos superan en número. Piensa en el costo, el capital humano. Si empiezan a devolvernos golpes, tenemos más que perder que ellos. No le darán la espalda a la Trinidad, no cuando ellos controlan la mercancía aquí.

Las palabras hirieron a Alec con una fuerza despiadada, y él dio un paso hacia su mano derecha. Había sentido la falta de apoyo por parte de Leo durante todo el día. Su amigo se negaba a seguir a Alec y hacer lo que él sentía que era necesario. —¿Ridículo? ¿Por qué es ridículo? ¿Porque puede enojar a tu novia?

Un músculo tembló en la mandíbula de Leo, acelerando el genio de Alec. Esperó a que le enseñara su puño, incluso lo deseó, pero Leo se quedó en su asiento y no hizo nada más.

Sebastián habló. —No es ridículo, Leo. Obviamente no estás pensando en esto de manera estratégica. Si hacemos esto bien, podemos apoderarnos de sus operaciones en Nueva York.

—No, no podemos. Esto no es sobre una mujer y cómo estrategia, es la peor movida para nosotros en este momento. Una guerra con Los Salvajes y la Trinidad solo nos aportaría problemas que no necesitamos. Debilitaría nuestras defensas en casa y nos dejaría vulnerables a ataques. ¿Te acuerdas de Calum? —Leo exhaló, sus rasgos relajándose. —Sé cómo te sientes, pero esas mujeres han estado tan engañadas como nosotros. Están tan a oscuras como nosotros. Nuestra mejor opción es dejar que esto se calme, quedarnos cerca y averiguar información.

Alec escuchó cada palabra pero no quería oír. Todo era sobre los intereses de Leo y lo que él quería ahora mismo. —¿Quedarnos cerca? ¿Qué tan cerca quieres quedarte exactamente?

Después de unos segundos, Leo sonrió de una manera que quería decir *jodete porque me muero por partirte la cara*. —No soy el que se está ahogando en sus sentimientos y pensando con órganos además de mi cerebro en este momento. Soy el que fue herido.

Herido fue lo único que hizo falta. Alec empujó a su amigo. No quería más que hacer que Leo recibiera toda la fuerza de su puño.

Cuando Sebastián le tocó el brazo, Alec se escurrió. —Todo el puto día, parece que has olvidado en qué lado estás, Leo. Esta es la tercera vez que has intentado ponerte entre mí y esa mujer. Estás tan loco por ella que ni siquiera sabes a quién se supone que debes seguir. Es la

última vez que me tomas la contraria en público.

Esta vez Leo se acercó a Alec, invadiendo su espacio de la manera en que la adrenalina invadía todas las venas de Alec. —¿Estás dudando de mi lealtad? Que te jodan, Alec. ¿Cuándo te he decepcionado o te he dejado retorciéndote en el suelo? ¿Cuándo? Estoy intentando evitar una guerra en un territorio extranjero. Es mi puto trabajo. Quiero ayudarte a encontrar la chica que tanto necesitas, pero te estás comportando como un mocoso imbécil.

Leo dio otro paso hacia delante. Alec hizo lo mismo. Las discusiones físicas eran algo que él podía controlar, y él y Leo se entendían bien en ese aspecto.

Sebastián dio un paso y empujó a Leo. —Como siempre, te olvidas cual es tu lugar. Esta clase de falta de respeto no favorece a alguien de tu posición. Alec ha depositado su confianza en tí, y estas es la manera en que se la devuelves. Yo también siento cosas por Mel, pero sé que mi lealtad es para mi hermano y mi familia. Algo que tú parece no entender del todo.

Las palabras, vertidas como agua helada, hicieron que Alec se quedara boquiabierto mirando a Sebastián. Sus propias palabras fueron dichas con ira pero no con el desdén que su hermano estaba expresando. La pelea se había disipado del rostro de Leo, reflejando nada, como si fuera una pizarra en blanco.

La mirada de Leo viró de Sebastián a Alec antes de afirmar con la cabeza. —Sí, a veces parece que se me olvida cual es mi lugar. —Se dio la media vuelta y salió de la habitación.

La puerta se cerró con un suave clic, pero en la cabeza de Alec sonó como un martillazo. Sentía en su pecho una tensión que no podía explicarse; las paredes se estaban cerrando a su alrededor. Se acercó a la ventana, necesitaba aire. El frío le golpeó las mejillas, subiendo por su nariz en una inhalación dolorosa.

Había perdido a Carissa.

Había atacado a Leo porque era fácil. Leo podía aguantar todo y nunca tomarse las cosas personalmente. Alec había esperado un puñetazo en la cara, como habían hecho tantas veces. Llegaban a los puños, y luego se unían después, arreglando las cosas. Excepto esta vez.

Una mano descansó en su hombro. Alec se giró para encontrarse a Sebastián que le ofrecía un vaso con líquido. —Tómame esto. Te ayudará.

Su hermano parecía imperturbable, un contraste con la desazón de Alec. Aunque Alec siempre había sabido que Sebastián hacía distinciones cuando se trataba de Leo, esto fue un giro imprevisto. Alec dio un paso separándose de él, ignorando la copa.

Sebastián probó de nuevo. —Sé que estás disgustado y probablemente estés herido, pero recuerda que eres la cabeza de esta familia. Necesitas hacer lo que consideres mejor. Si esto significa devolver el golpe, no te frenes porque sean mujeres.

Sentía la frustración en sus entrañas, y Alec tenía dificultades con su respiración con todos los pensamientos que daban vueltas en su cabeza. Las palabras de Bas, la reacción de Leo—pero principalmente la traición de Carissa. Enganchó las manos bajo el mostrador del bar de la habitación y tiró hacia arriba, haciendo saltar por los aires todas las botellas.

—Puedo entender tu decepción, Alec —dijo Sebastián. —A veces necesitamos desquitarnos de la mejor manera que podemos. También necesitas enviar un mensaje ahora. No podemos consentir que haya gente pensando que nos pueden pasar por encima.

Alec apenas lo escuchaba. Si daban un golpe ahora, corrían el riesgo de no obtener información de las mujeres. Él no encontraría a Carissa o la carta. Porque Gia y Mel eran la clave. Tarde o temprano, Carissa las volvería a contactar. Siempre encontraría una vía hacia ellas. Lo importante era estar allí para llegar a Carissa antes de que lo pudieran hacer ellas. Ella pagaría

que pagar por lo que había hecho pero él debía tenerla aislada, sin sus amigas protectoras. Por otro lado, si se enemistaba con Mel y Gia ahora, estaría aún más lejos de Carissa y la verdad.

El tema no era solo atrapar Calum sino al traidor también.

—Leo tiene razón. Nuestra única posibilidad de encontrar a Carissa es a través de sus amigas. Si las atacamos, matamos esa oportunidad.

—Esa es una manera de verlo —dijo Sebastián. —Creo que tienen demasiado poder, pero puedo entender tu razonamiento.

Alec se volteó hacia su hermano fijándole con la mirada. —¿Cómo es que no dijiste esto antes, cuando Leo lo sugirió? Podría haber impedido la pelea.

Sebastian resopló. —¿Lo habría hecho de verdad, hermano? No escuchas lo que yo te digo. Además, mi postura es que yo estoy a tu lado, no importa lo que decidas. Ese no era el momento ni lugar para antagonismos.

El apoyo firme de su hermano debería ser reconfortante. Esta vez aceptó la bebida que le tendía Sebastián y tomó un sorbo grande. —No voy a atacarlas. —Dio varios pasos y abrió la puerta, llamando a uno de sus hombres. —Llama a alguien que venga a limpiar todo esto. Mándame a Leo cuando regrese.

Él podía usar las relaciones que sus hombres tenían con las otras mujeres de la Trinidad contra ellas. Tenía que averiguar cómo hacerlo sin crear una guerra entre Bas y Leo.

—Te veré mañana por la mañana —dijo Sebastián, camino a la puerta. —Voy a ver si puedo empezar a negociar la paz.

La luz cenital le cegó la mirada, pero se cernía sobre sus párpados empeorando el martilleo en su cráneo. Su estómago se revolvía, y Carissa se obligó a tomar respiros largos y prolongados para no vomitar. La realidad de este día era un contraste dramático con los días de ensueño en Cayo Espanto, era verter un cubo de agua fría en su piel besada por el sol, que todavía tenía sabor a sal marina y los labios de Alec.

¿Cuántas horas llevaba atrapada entre estas cuatro paredes grises a la merced de los agentes de la FBI? Su trasero estaba entumecido del asiento metálico y los salientes en el respaldo le hendían la piel. Justo cuando ella pensaba que iba a perder la cabeza, un oficial entraba y hacía alegaciones. *Sabemos a qué te dedicas, Carissa. Por tu bien será mejor que nos cuentes todo.*

Ya que ella no decía nada, el oficial salía de la habitación durante un tiempo que parecía ser de horas. Ella no podía ponerse en pie y dar unos pasos o estirarse. Cruzaba los brazos encima de la mesa y acostaba la cabeza. Ella no les dejaba ver el temblor de sus manos o el miedo que permanecía en sus ojos. Desde el arresto—que se parecía más a un secuestro—Carissa se había impuesto una frialdad que no iba más allá de su propia piel.

Era un arresto falso. ¿Desde cuando la FBI arrestaba a la gente poniéndoles una capucha en la cabeza y metiéndolos a empujones en una furgoneta como matones comunes? No estaban siguiendo ningún procedimiento y eso era contra la ley. Pero eso no hacía que fuese menos peligroso. Empezaba a sentirse exhausta y los pensamientos de Carissa se empezaban a mezclar. ¿Qué estaban haciendo Gia, Mel y Nelly? ¿Estaban a salvo? ¿La FBI había secuestrado a Alec también?

La puerta se cerró bruscamente y ella dio un respingo en su asiento. Mierda, se había quedado dormida. Un hombre alto se puso ante la mesa. Otro hombre traía una televisión en una mesa con ruedas y se puso en una esquina en pie, sin decir nada.

—Oh, lo siento ¿Te hemos despertado? —preguntó el hombre alto, con una sonrisa que se detenía a medio camino por sus mejillas. —Soy el Agente Orlando Davies.

No presentó al otro hombre, y Carissa no se molestó en reaccionar ante nada de lo que le decía. No, ella no iba a picar en ninguna de las tretas que le pudieran ofrecer.

—Es hora de que hablemos, Carissa. Me he despertado de buen humor hoy. Dormir ocho horas seguidas hacen que me sienta así —rió Davies. —Me siento tan bien que quiero ayudarte.

Así que, era por la mañana. Eso significaba que ella había pasado la noche aquí.

—Estoy bastante seguro de que te mueres por salir de aquí, ¿cierto?

Váyanse al diablo. —Y yo estoy bastante segura de que lo que me están haciendo va en contra de la ley —dijo ella bruscamente.

La sonrisa de él se hizo más ancha aunque todavía se detenía antes de llegar a sus ojos. Si esto fuese una película en blanco y negro, él sería el personaje retorciéndose el bigote y planeando atarla a las vías del tren. *No jodas.*

Él abrió una carpeta y sacó un papel que enarboló ante el rostro de ella. —Registramos tu bolso.

Por lo visto no había leyes que no estaban dispuestos a violar. —Necesitas una orden policial para hacer eso.

—Normalmente, sí. Sin embargo, hay excepciones. Como, por ejemplo, personas que son consideradas una amenaza para la seguridad del país. —Su tono era autosuficiente, como que disfrutaba diciéndole a ella eso.

Eso le hizo perder todas las esperanzas. Esto era en serio. Estaba jodida de verdad.

Davies continuó, “en esta hoja tenemos la transcripción de tus mensajes de texto. Mel quiere saber, y cito. ‘¿Dónde diablos estás?’ Alec se estaba preguntando si sabes lo que había estado recordando. —Davies la miró con una mirada intensa. —Deberías compartir los recuerdos con nosotros. Pasaste cuatro días con el hombre famoso por ser un cabrón de sangre fría y aquí le tenemos mandándote mensajes de texto como si fuera un chico adolescente con su primer amor.

Las manos de Carissa se cerraron en puños encima de la mesa. Sus amigas estarían desesperadas, y ella no quería saber qué imágenes estaba conjurando la mente de Alec. Algo parecido a un cuchillo se retorcía en sus entrañas. *¿Cómo diablos iba a salirse de este lío?*

Davies metió la mano para coger algo en la mesilla de la televisión y por primera vez, Carissa se percató de que había una caja ahí. Él le mostró una bolsita. Un paquetito pequeño y familiar de pastillas azules y rosas.

—¿Así que, estos qué son? Pastillas de fiesta para que McLean pueda levantarla?

Ella vio rojo. —Son pastillas anticonceptivas, imbécil.

—Pero no veo condones. ¿Todo natural entre ustedes dos? Qué arriesgado. Apuesto que tú y McLean lo pasaron en grande en el paraíso. ¿Qué hiciste?

—Estoy segura que te lo puedes imaginar, Oficial Davis. A menos que te guste una versión fotograma a fotograma.

—Más bien chupada a chupada —rió él. —Y es Agente Davies.

Ella no le iba dar una mierda, ni siquiera el placer de llamarle por su título correcto.

Davies suspiró. —No eres nada divertida. Sé que Mel será diferente. Es una pena encerrar en la cárcel toda esa belleza y sexualidad a carne viva. Sin embargo, ¿Quién sabe? Puede que la ayude al final. Tengo entendido que los vigilantes masculinos en Rikers les encantan las caras bonitas. Temo por la bella Gia. Ella no parece ser la clase de chica que se deja ir fácilmente.

A la mierda con las consecuencias, ella se iba a encargar que su próxima misión fuese ver a este cerdo muerto. Nadie amenazaba a sus amigas de esta manera. —¿Voy a poder tener permiso para llamar a un abogado en algún momento? Tengo un negocio que dirigir. No es que no me encanten estas conversaciones tan incómodas que estamos teniendo.

—Tenía esperanzas de que la cosa no llegara a este punto. —Davies agarró el control remoto de la televisión y encendió el aparato.

Mostró metraje de cámara de un callejón. Muy al fondo del callejón ocurría una serie de eventos familiares. Ella y Mel aparecieron, obligadas por las personas que las habían intentado secuestrar. Los recuerdos que Carissa había luchado tanto por olvidar ahora aparecían ante sus ojos.

Los esfuerzos de ellas dos la hicieron tragar con aprehensión. Lo cerca que había estado de estar a la merced de Calum—pero eso no es lo que hizo que la sangre se le helara en las venas. En el siguiente fotograma, el atacante de Mel caía al suelo, agarrándose el costado al igual que la mujer que atacaba a Carissa. Instantes más tarde, aparecía el rostro de Alec en la grabación. Luego se detenía arrodillándose al lado de Carissa.

—Como puedes ver, Carissa, tenemos una lista kilométrica de cosas que podemos usar para encerrar a tus amigas de por vida. Ya sabes, cosas que más tarde pueden convertirse en un 'uy, nos equivocamos, pero te puedes marchar con una disculpa del juzgado' una situación así. Pero el daño ya habrá estado hecho. Tus chicas pasarán tiempo tras las rejas y aprenderán personalmente a mano de las perras malas de Rikers, lo que es ser una perra carcelera.

Le subió la bilis en la garganta, y ella tragó duramente.

Davies chasqueó la lengua un par de veces. —Tu amante irá a la cárcel por doble asesinato, aparte de todas las otras cosas que podemos atribuirle. Ese tipo sí que sabe cómo hacer enemigos. No me imagino ni cuantos habrá que se pondrían en fila para hacerle unas visitas amistosas.

Él se apoyó en la mesa bajando la cabeza hasta tener la cara al nivel de la de ella. —Nos podemos evitar esto siempre que estés dispuesta a colaborar.

Sus amigas iban a sufrir por ella. Alec iba a pagar por salvarla.

Carissa no podría—era incapaz—de permitir eso.

—¿Llamaste? —preguntó Leo desde la puerta.

Alec se puso rígido. Aunque era normal que Leo se presentara así, hoy oírle amargó a Alec. Aunque esta no era la primera o centésima vez de tensión que habían sobrellevado, esta vez era diferente. Parte de la razón por la cual formaban un buen equipo era su habilidad de ser sinceros el uno con el otro y usar estos momentos de forma ventajosa. Excepto esta vez, las cosas estaban incómodas como poco.

—¿Estás bien? —preguntó Alec.

La mirada de Leo descansó en los dos vasos encima de la mesa al lado de Alec y subió los hombros. —Sí, ¿y tú?

La mirada impenetrable otra vez, un espejo de la de Alec, un recuerdo de que nada estaba como debería. ¿Qué podía hacer para que el momento fuese menos incómodo? Quizás podría... *A la mierda.* —Bas ha salido. Creo que se marchó a intentar arreglar las cosas con la novia que los dos comparten actualmente.

Leo permaneció impassible, la luz en su mirada no cambió ni un ápice. Durante un instante, Alec contuvo el aliento. —Eres un desgraciado —dijo Leo por fin.

El aliento en Alec tenía que haber salido por su nariz y su boca como un geiser, su alivio era tan grande. En vez de eso, le hizo una seña a Leo para que se sentara en la silla a su lado. —Tómame una copa conmigo.

Leo tomó asiento, y Alec sirvió whiskey en los vasos y le entregó uno a Leo. Con la mano izquierda, Alec tomó su propio vaso. Inclínándose hacia Leo le agarró por el cuello con la mano

derecha acercándole hasta que estaban mirándose ojo a ojo.

—Eres mi hermano —dijo, con más fuerza de la que quería. —Tenías razón en lo que decías de mí. De todo. Necesito tu guía en esto para conseguir información de estas mujeres. ¿Puedo contar contigo para hacer lo que haga falta?

Leo afirmó con la cabeza, su mirada todavía fija en el rostro de Alec. —Siempre puedes contar conmigo para hacer lo que haga falta, Alec. También seré el que te diga cuando algo no está bien y cuando no estés pensando con la cabeza. No escatimaré palabras.

Las palabras hicieron mella en Alec, y saber que tenía que arreglar las cosas entre los dos no lo ponía más fácil. —Lo sé. Es lo que te hace ser un buen mano derecha. Necesito eso de tí.

—Bas —dijo Leo, como si el nombre por sí solo lo explicaba todo. Lanzó el dardo sin dudar.

—Bas tiene su sitio. Tú tienes el tuyo. No hay ninguna necesidad de que se sienta amenazado.

Leo resopló. —Eso ha funcionado bien en el pasado.

Alec le miró. —¿Quién está haciendo un desgraciado ahora?

Leo rió. —Aprendí del mejor.

Esta vez fue Leo el que estiró la mano hacia la botella y rellenó los vasos. De nuevo en territorio conocido donde podían ser ellos mismos, la tensión se aflojó. Tenían una nueva oportunidad con conversación intrascendente.

—Esta noche me buscó Amelia.

Alec hizo una pausa y les sirvió otra copa a los dos. *La paz no llegaba.* —¿Por qué no dijiste nada antes?

Leo tomó su bebida. —Estabas siendo un total pendejo. Así que pensé que era mejor dejarte terminar.

Los ojos de Alec se achinaron. En ese momento no podía apreciar la confesión de Leo. Igual que no había apreciado su gran habilidad de tener la razón antes. Casi sin poder hablar del enojo, miró a su amigo con ira. —¿Qué quería ella?

Leo respiró hondo. —Vino a mi después de que Bas fuese a verla.

Para Alec era como si témpanos de hielo estuvieran rajándole el estómago. Se agarró al borde de la mesa para escuchar las palabras que no quería oír.

Leo se inclinó más cerca. —No quiero causar...

—Sólo dímelo. —le atajó Alec. —Lo que sea.

Leo le transmitió la información que sabía. —Él le contó lo de la discusión que habíamos tenido antes. Excepto que se puso en mi lugar. Le contó a ella que él había detenido el golpe que tú estabas planeando contra ellas.

El problema que Alec había estado intentando evitar le golpeó en la cara mientras él se quedó mirando como si fuese un cervatillo. Se golpeó la frente con el puño. Qué tonto había sido. —La culpé a ella. No quería ver esto, pero eres tú. Bas tiene problemas contigo.

—Siempre los ha tenido —dijo Leo, los hombros caídos, el tono desangelado. —No puedo estar mirando por encima del hombro todo el tiempo.

El dolor le penetró el cráneo de Alec. Sus dedos hacían círculos en la parte trasera de su cabeza. —Ya sé. Dejaré a Bas en Nueva York para supervisar las cosas aquí, principalmente las mujeres, mientras que tú y yo regresamos a casa.

Leo abrió la boca, pero Alec le detuvo con la mano. —Está claro que ella confía de tí y no en él. Y ya sabes que Bas no hará nada de lo que yo le diga pero esto le tendrá ocupado sin interferir contigo. —Alec casi cerró los ojos ante sus propias palabras. ¿Las cosas habían llegado a este punto? Estaba a punto de mandar a su hermano a una misión falsa para que no estorbase a Leo. Peor aún, estaba usando la falta de confianza de Mel en su hermano como si fuese algo positivo.

—Enviaré a Noah también. Él les puede mantener ocupados y obtener información de Gia.

Ante la falta de respuesta de Leo, Alec avanzó “¿Qué pasa ahora?

Leo le miró directamente a los ojos, pero sus hombros estaban caídos y contenía el aliento. — Amelia me pidió que prometiese que no te dejaría hacerle daño a Carissa.

Maldita sea esa mujer con todas sus insinuaciones. ¿Qué es lo que no entendía? Alec no sabía si odiaba a esa mujer más por su conexión con Carissa, su fe inquebrantable en su amistad o porque sabía más de lo que estaba dando a entender... O quizás la odiaba porque ella ahondaba enemistad entre Sebastián y Leo.

—¿Y?

Alec sabía lo que le iba a decir su mano derecho. Lo vio pero aún así rogaba y rezaba.

—Se lo prometí.

Alec reaccionó como si hubiera sido un disparo. Se puso en pie y se alejó de la mesa, buscando en el aire las palabras correctas. Fracásó. —¿Qué demonios, Leo? ¿Cómo coños vas a cumplir esa promesa?

Leo disparó de nuevo. —Ni idea. Pensé que deberías saberlo. Te lo estoy diciendo para que nadie más te lo tenga que decir nunca.

Leo rellenó su vaso, y Alec se dejó caer en su silla otra vez. —Te debería romper la cara.

—Bienvenido al club. Yo también me quiero romper mi propia cara. —Gruñó Leo. —Pero cuando haya pasado un poco de tiempo, quiero que consideres que Carissa puede haber pasado de cosas más grandes por nosotros dos y por la Trinidad. Esos almacenes eran un juego de niños en comparación con lo que podrían haber descubierto. Eso no es una casualidad.

Sintió algo amargo en la lengua y miró iracundo a su amigo.

Leo alzó ambas manos. —No tienes que ponerte a pensar ahora mismo. Guárdatelo para luego. Necesitamos quemar un poco de esta mierda. Esto es todo culpa tuya por ir aun club con tu hermano. Tú has metido este problema caliente en nuestras vidas.

Alec apenas escuchó lo que le decía. Una sola palabra permaneció en su cerebro. *Quemar.* Apuntó un dedo hacia Leandro. —Venga ya. Ella ya se ha ido, pero todavía podemos salvar algo de esto. Si identificamos al traidor que ayudó a Calum a matar a Shel y que sigue intentando matarme a mí, quizás este viaje no habrá sido una pérdida de tiempo total.

Treinta minutos más tarde, Alec entró en el lobby del edificio de Carissa, seguido por Leo y dos de sus hombres. Cuatro más esperaban afuera en un SUV. Unos ocho más eran refuerzos en sitios cercanos. Se acercó al ascensor, sin mirar a su alrededor. Odiaba este sitio. Aún podía sentir la presencia de Carissa en cada esquina. Pero ella ya se había ido.

Él no podía entender nada más. Subieron en el ascensor en silencio, y cada vez que sonaba el timbre indicando un nuevo piso, la ira de él se acrecentaba. Entró en el loft de Carissa, sorprendido de que aún podía ver en la nube roja de ira en la que estaba metido.

—Wow, esto es bonito. Ella tiene buen gusto —dijo Leo.

—¿A que sí? —Alec comentó antes de agarrar un jarrón al lado de la puerta y estrellarlo contra la pared. —Empieza a buscar. Tenemos que encontrar esa maldita carta.

Entró en el dormitorio aprisa. Leo se quedó en la sala.

Alec la vio en la cama la mañana que había confesado su historia con Calum. Alec rechinó los dientes, se fue hacia el vestidor, sacando los cajones de los muebles uno por uno. Revisó todo en cuestión de minutos, lanzando la ropa de ella al suelo. Entró en el armario, rebuscando en todas sus cosas. Barrió la cómoda con el brazo, destruyendo todos sus perfumes y maquillaje como ella había destruido su paz. Y su confianza en ella.

Encontró una bolsa de tamaño mediano. Lo que había dentro le hizo ver con más ira. Fotos—

muchas—de ella sonriendo con personas diferentes. Todo lo que él vio eran sus mentiras, su rostro mentiroso, sus ojos que mentían.

El deseo de violencia erupció en él, y Alec ya no quería reprimirse. Volvió al dormitorio y lanzó la bolsa en la cama. Agarró una lámpara, tiró del cable y lo lanzó contra el espejo, destrozándolo.

Destrozó todo lo que encontró en el dormitorio.

Después de llevarse la bolsa de deporte a la cocina, rebuscó en los cajones de la cocina hasta que encontró una caja de fósforos.

—¿Qué coños estás haciendo? —Leo le intentó impedir pasar.

—Lo que me dijiste. Quemarlo todo.

—No puedes quemar este sitio, Alec —dijo su amigo intentando razonar con él.

Alec le empujó con la bolsa. —Ella sabe donde vivo si quiere demandarme por daños. Quiero que arda, Leo. —Con los buenos recuerdos y el olor a ella. —La quiero fuera de mi vida. No quiero volver a oír su nombre nunca más.

Leo puso una mano contra el pecho de Alec. —Sé cómo te sientes, pero tenemos que encontrarla primero. Calum va por ella. Si llega a Carissa antes, sabes lo que hará. Incluso ahora con todo lo enojado que estás, ¿permitirías que le pasara eso a ella?

La tráquea de Alec se encogió hasta el tamaño de una pajita. Imágenes aparecieron en su mente de las manos de Calum en Carissa, las maneras en que ese hijo de puta degradaría, abusaría y se desquitaría en ella. A estas alturas, Calum ya sabía lo de ellos dos y eso sería otra cosa mas que ella tendría que pagar. Con todo lo que Alec sentía de rabia contra ella, no podía dejar que pasara eso. Pensar eso le hizo sentir más ira todavía.

—Bien. La buscamos, pero este sitio arde.

Media hora más tarde, condujeron a la autopista West Side y se detuvieron en un pequeño parque que había allí. Había lámparas iluminando la zona, pero la única luz que Alec vio eran las llamas devorando las paredes de la casa de ella.

Cuando las ventanas estallaron por la presión del fuego, él se salió del coche, necesitando verlo al aire libre. Tres días antes, él había pensado que lo tenía todo despertando en una nube cálida bajo el cuerpo de ella. Desde entonces, había perdido bienes, respeto por sí mismo y lo peor de todo, había perdido lo que nunca tuvo. A ella.

CAPÍTULO DIECISIETE

Seis meses más tarde

—Buenos días, bienvenido al club de las caras largas —Noah le susurró al oído de Alec, haciéndole dar un respingo.

La mano en su arma, Alec se concedió un momento. Se obligó a relajarse, retiró la mano y miró fijamente a su hermano menor. —No me dí cuenta de que venías.

—Eso es evidente. —gruñó Noah colocando una de las tazas de café delante de Alec. Inclino la cabeza hacia el sofá del despacho donde Leo se había quedado dormido hacia un par de horas, agarró una libreta y se la tiró.

Leo se incorporó, los ojos recorriendo el espacio, claramente desorientado y se frotó la cara. —No sabía que venías.

—Correcto. —Noah le pasó a Leo la otra taza de café y se dejó caer en una silla delante de él. —Los dos tienen pintas terribles. Lo esperaba de Alec, ya que está buscando su amor de su vida, pero, ¿tú, Leo? Tendrías que estar allí cogiendo mujeres como siempre. Pero no, aquí estás de compañero de cuarto con el Capitán Amargura. Me decepcionas.

La sonrisa de Noah era de total satisfacción.

Alec no estaba de humor para esto. Se había quedado despierto toda la noche con Leo, planeando cómo atacar a Calum. Ahora no quería hacer otra cosa que callarle la boca a su hermano con sus puños. Noah a veces podía ser una jodienda.

El pulso de Alec se aceleró, un pensamiento alojándose en él por fin. *Noah traía novedades.*

Alec respiró hondo y lentamente se levantó para irse hacia los asientos, luchando contra el deseo de correr y sacudir a Noah para obtener la información. —Te escucho.

Noah sonrió pícaramente.

—Noah —advirtió Alec entre dientes.

Su hermano soltó una carcajada esta vez. —¿Cuánto me das por ello?

—No tengo tiempo para esto. —Alec le sacudió un dedo delante de su hermano. *Por Dios, le daría una paliza a Noah para que soltara la información si hacía falta.* —Hablas o te obligo a hablar.

—No eres nada divertido, Alec. Te estás convirtiendo en Bas delante de mis ojos.

—Noah, empieza a hablar o a rezar. No tengo...

—Un muñeco relleno con cabello rojo y un lazo fue entregado a Gia ayer. Los guardaespaldas lo dejaron encima de su escritorio en El Coven. Yo estaba allí esperándola. Pensé que era algo sospechoso porque venía de una empresa de mensajería desconocida y que Gia nunca ha mencionado —Angela Mays. No es de su perfil familiar. Me lo aprendí de memoria.

—¿Cómo iba vestida la muñeca? —preguntó Leo con el ceño fruncido.

Noah dijo “Un vestido rosa. ¿Por?”

Leo se puso en pie de golpe. —Una foto que ví en casa de Amelia. Fueron disfrazadas como las chicas de los dibujos animados a una fiesta de Halloween. Las Chicas Superpoderosas o algo así. Hay tres: una rubia, que era el disfraz de Gia, Amelia era la morena y Carissa era la pelirroja con un lazo en el vestido.

El corazón le latía fuerte a Alec golpeándole las costillas.

—Bueno, pues hice que alguna gente se pusiera a investigar Angela Mays —dijo Noah. —Hay miles de mujeres con ese nombre. Así que ahí es donde se termina ese camino de investigación. Pero sabemos que Carissa está enviando mensajes.

—Angela Mays —repitió Leo. —¿Por qué Angela Mays?

Alec rezongó. *¿Cómo diablos iba a saberlo él?* Hasta ese día, nunca había escuchado ese nombre.

Leo se frotó la cara con la mano. —Pensad en todo lo que sabemos de la Trinidad. Nada de lo que hacen es sin causa o significado. Como la conversación esa del tipo francés que tuvieron delante de Alec que usaron para ordenar la muerte de Hector. Se envían mensajes de una a otra usando esta mierda críptica.

Alec se puso en pie. Los vellos de su cuello se pusieron tiesos. *Que el ángel siempre te cuide y te guarde.* Rió.

—¿Qué? —preguntó Noah.

—Lo hicieron delante de nosotros una vez más. —Su risa sonó loca a sus propios oídos. Leo y Noah le miraron como si hubiera perdido la cabeza. —Angela Mays no es una persona—es una cuenta financiera.

Los otros dos todavía estaban confusos.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de Carissa a Mel al teléfono? —Noah y Leo se quedaron callados. —‘Perdóname. Por favor. Que el ángel siempre te cuide y te guarde.’

Noah reaccionó primero. —Guarde la cuenta del ángel.

—Coño. Así es como está recibiendo dinero de Amelia y Gia para desplazarse. Es condenadamente brillante —dijo Leo, sacudiendo el cabeza incrédulo.

—Sí, lo es, pero ahora estoy tras ella —dijo Alec. La energía empezaba a subírsele por el cuerpo, la emoción despertando en él. Se estaba acercando.

Dos meses más tarde

Río Escondido, el pequeño pueblo fronterizo entre Honduras y Nicaragua, era encantador con sus casitas de colores hechas de madera y piedra y sus ciudadanos amistosos. El sitio era inocente y pequeño, el polo opuesto al reino metropolitano de Carissa. *Y como le gustaba hablar la gente de ahí.* De momento, Alec y Leo habían obtenido bastante información sobre toda la gente que vivía allí, como Juan que tenía dos esposas, una a cada lado del pueblo, los siete ocupantes de los dos prostíbulos y el sheriff del pueblo, cuya lealtad podía ser comprada con doscientos dólares. Sin embargo, nadie sabía nada sobre algún forastero nuevo en el pueblo.

Río Escondido era una pérdida de tiempo total.

Alec y Leo estaban sentados en el único restaurante. Habían viajado con un nativo local que le contó a la gente que ellos eran voluntarios buscando maneras de mejorar la calidad de vida en el pequeño pueblo. La gente sonreía anchamente y les parecía bien charlar cuando se les contaba que los americanos querían construir más escuela en la zona.

—Ella no está en este pueblo. —Leo se rascó el cuello. —Necesitamos seguir hacia el sur.

Alec respiró hondo y suspiró. —Sí, parece otro callejón sin salida, pero...

Dejó de hablar cuando la mesera pasó delante de ellos con dos platos con postre. Eran de un pastel con un glaseado de canela y azúcar.

—¿Qué pasa? —preguntó Leo.

Alec se volvió hacia él. —Pregúntale a la mesera de dónde consiguen sus postres.

—¿Quieres saber del postre? —La confusión de Leo se notaba en su voz. Luego miró los postres y su boca formó una O. —¿Eso no es un...?

—Algo muy rico, delicado y demasiado neoyorquino para este pueblucho —dijo Alec. Le hizo señas a la mesera.

La joven se acercó a ellos con una sonrisa tímida en el rostro, su mirada centrada en Leo, a quien ella había estado mirando desde que entraron. Con una mirada voraz, Leo dejó que el encanto brotase de sus labios. Sus ojos recorrieron la cara de ella con una precisión experta. Si le hubiera puesto un arma a la cabeza habría sido menos coercitivo. Hizo un comentario bajo, bajó la mirada y la mesera se acercó más a él.

Cinco minutos más tarde, Alec y Leo salieron del lugar.

—Los postres los prepara una viuda llamada Elvira, que vive en las afueras del pueblo —le contó Leo a Alec. —Es muda y casi nunca viene al pueblo. Todo es entregado a su casa y dejado en la puerta un día concreto de la semana. Ella sale dos veces al mes, cuando llega un carro para recogerla y llevarla a la iglesia y al médico en el convento.

Era Carissa. Tenía que serlo. Alec lo sentía en su ser. Ella ella es ingeniosa cómo muy poca gente. —¿Así que muda? Qué conveniente. La vida de nuestra viuda parece tan... meticulosamente elaborada.

Leo afirmó pero no le devolvió la sonrisa. —Alec, concédele la oportunidad de que te explique.

—Si quieres, vuelve a casa. De esa manera podrás decirle a tu querida Amelia que estabas demasiado lejos y no me pudiste impedir hacerle nada a Carissa. No te lo tomaría en cuenta.

Leo le brindó una sonrisa breve que apenas se notaba. —Ser un cabrón no cambiará el hecho de que serás incapaz de hacerle nada a ella. La tienes bajo tu piel, en la mente, y muy hondo en tí. Pero adelante, Alec, engañaate a tí mismo.

Las palabras eran un golpe en la garganta para Alec. Su respiración se convirtió en una masa difícil de tragar. Señaló a su hombre mano derecha con un dedo de advertencia. —Si tuviera tiempo, te partiría la cara. Vas demasiado lejos, Leo.

Carissa dio palmadas vigorosas, luego apretó las manos. Lanzó la cabeza hacia atrás y rió. ¡Lo había conseguido! Había aprendido el truco para coser mangas de camisa. Era lo que se le había escapado de sus clases de costura hacía ya muchos años.

Agarró las tijeras y cortó el hilo. Admiró su creación antes de doblarla y guardarla en su bolsa de tela. Cómo le habría gustado compartir este momento con Gia o Mel, o cualquiera. Amenazaban las lágrimas, pero ella sacudió la cabeza. No habían hecho nada para ayudarla cuando el agente malvado de Calum había hecho arreglos para que ella fuese dejada en Arizona donde el gusano podría encontrarla.

Las lágrimas no ayudaron cuando se enfermó después de cruzar la frontera en México mientras tenía que seguir mirando por encima del hombro cada diez segundos. Lamentarse no era un privilegio que ella podía permitirse.

Carissa recogió la tela de algodón, sus flores de ganchillo, la cinta métrica y las tijeras. Cubrió la vieja máquina de coser con su tapa de madera por si llovía. Tenía que hornear los postres y sacarlos antes de que vinieran a recogerlos y después de eso podría intentar más costura. Mantenerse ocupada hacía que pasara el tiempo.

Se alzó de la silla pero tuvo que hacer una pausa cuando el dolor le subió por la espalda. Se paró un segundo, respiró un par de veces e intentó eliminar la rigidez. Tendría que hacer unas poses de yoga para soltar la espalda. Carissa estiró los brazos a ambos lados y el cuello... y le vió.

Más allá de los naranjos, una figura masculina estaba parada observándola.

El sol brillaba, pero él estaba en penumbra. Ella solo podía ver sus ojos, órbitas frías de color

azul atravesándola con la mirada. Se le heló la sangre en las venas y ella tragó, intentando obligar el aire a que entrase en sus pulmones. Los latidos de su corazón sacudieron su cuerpo entero, como un gong. Ella intentó parpadear para que la imagen se fuese, pero esta vez era distinto.

No era un sueño. *Alec estaba allí.*

Desde el momento en que la vio, encorvada encima de la vieja máquina de coser en el porche de la casita, Alec se quedó enraizado en la tierra mojada.

La estructura de una sola planta estaba construida de manera diferente a las otras casas del pueblo. Era cuadrada con un porche en forma de L. Había una puerta en la parte más alejada del porche y otra en el extremo opuesto, junto a una mecedora al lado de la puerta. La silla tras la máquina de coser estaba contra la pared, dándole una visión del jardín. Alec casi sonrió. La mente de ella lo tenía todo prevenido. *Y la mente de él también.*

Carissa bajó la cabeza y golpeó su mano, luego volvió a su postura inicial para repetir sus movimientos. Él no sabía lo que ella estaba haciendo pero no importaba. Nada importaba excepto conseguir lo que había venido a buscar: venganza. Ella había hecho un trato y luego desapareció. Le había traicionado.

Y había llamado a su amiga.

Carissa había tenido una llamada... una oportunidad. Y no le había elegido a él.

Por fin la tenía otra vez. Esta vez, se libraría de la obsesión en que ella se había convertido, la purgaría de su cuerpo de una vez por todas. La llevaría de vuelta a Nueva York para que rindiera cuentas por todo lo que había hecho.

Y sin embargo, no se movió, solo se quedó mirando sus rasgos, sus manos delicadas.

Entonces ella sonrió. El cuchillo de su traición se removía en su espalda y se hundió, penetrando su corazón.

Para cuando ella le vio, el veneno recorriendo sus venas se había cuajado en una hiedra que se desperdigaba y le rodeaba el cuello. Su corazón latía locamente, los ojos centrados en el rostro de ella.

Sus ojos se pusieron saltones, y ella sacudió la cabeza levemente. Puso la mano encima de la máquina de coser, la mano cerrándose alrededor de algo que él no podía ver. Se giró y salió corriendo hacia la casa, la tela de su vestido ondeando como una cortina.

Él salió corriendo tras ella, depredador siguiendo su presa. Carissa consiguió cerrar la puerta. Él tuvo que lanzar su cuerpo hacia la puerta, pero cedió ante su peso. Entró en la cocina, donde ella estaba parada tras una mesa grande con una pila de cazos para hornear. Carissa se inclinó hacia delante, apuntándole con un cuchillo mientras agarraba unas tijeras en la otra mano.

—Sí, lucha contra mí, Carissa. Pónmelo fácil —dijo él acercándose a la mesa. —Espero que consigas darme una cuchillada o dos.

—Voy a morir matando. —No había disculpas, ni lamentos, solo desafío.

La sangre de Alec se calentó hasta que hervía en sus venas. Enganchó las manos bajo la mesa y la volcó, desperdigando los cazos.

Carissa dio un paso atrás y tropezó con un banco. Se cayó hacia atrás soltando el cuchillo y las tijeras cuando intentó agarrarse a la pared. Cayó de nalgas con un fuerte sonido y se inclinó hacia delante. Un sollozo se escapó de sus labios y alzó las manos para agarrarse el vientre entre el estómago y el pecho.

—Nunca más —dijo Alec, regocijándose en el odio que se reflejaba en su voz, tan despiadado que su propio corazón temblaba. —No seas tímida ahora. Quiero que te burles de mí como vienes

haciendo desde el primer día.

Ella hizo un esfuerzo por ponerse en pie, sus ojos grandes anegados en lágrimas, la voz un ruego ronco. —Alec...

Él la agarró por el brazo. La alzó, propulsándola hacia delante hasta que sus dos cuerpos se tocaron, y él sintió el empuje del vientre de ella. Sus ojos fijos. El aire se salió de los pulmones de Alec y él se separó de ella como si ella le hubiera clavado la tijera.

Carissa se agarró a la pared otra vez, la boca abierta, pero Alec alzó una mano.

El mundo dio vueltas y los pensamientos de él se agolparon todos mientras él daba zancadas por la habitación, las manos cerradas entorno a sus orejas. Finalmente, se giró hacia ella y se obligó a decir las palabras.

—¿Cuántos meses?

Ella dio un respingo. Sus labios temblaban, y ella los cerró durante un segundo que parecía eterno. —Ocho. Y voy a tener dos.

Él miró su barriga protuberante. Ella rodeó con los brazos su vientre, las manos agarradas a sus codos. Había fuego y pelea en su mirada. Parecía una fiera.

Él tragó el nudo que tenía en la garganta. —No solo me traicionaste, sino que planeabas robarme mis hijos. —La amargura se desparramó en su boca hasta que ya no la pudo contener. —¿Cómo me vas a pagar esta deuda insuperable, Carissa?

Carissa no iba a llorar. Nunca le daría la satisfacción a Alec de verla así.

Incluso mientras sus hombres pasaban casi una hora destrozando la casa que ella había amueblado para recibir a sus bebés. Incluso el dormitorio modesto que ella había convertido en un sitio soleado con cortinas amarillas y almohadones. Ella no era una Martha Stewart pero, toda chica debía tener algo que hacer para pasar el tiempo y canalizar sus sentimientos o si no se pasaría otra semana comiendo y llorando.

Sus dedos recorrieron las barras de hierro del cabecero; apostaría su vida que nunca volvería a dormir en esa cama. Centró su atención en la botella de vidrio con flores silvestres encima de la cómoda. No volvería a salir y coger flores frescas dos veces a la semana.

Quería recordarlo todo. La mecedora marrón que había encargado de otro pueblo, la cuna al otro lado de la cama... Esas eran las cosas que por fin le habían aportado un poco de estabilidad en un tiempo en que ella estaba segura de que se volvería loca con el temor, la soledad y el malestar mañanero.

Nadie sabía lo que era. Alec ciertamente no. Él le había lanzado una acusación tras otra y le había dado cero oportunidades para defenderse. Si, no sabía él que ella lo había hecho todo para salvarse a sí misma y las chicas, pero, ¿tenía que portarse como un imbécil?

Un sonido fuerte la despertó de su ensoñación. Uno de los hombres había volteado la cuna y lanzó las almohadas para bebés como si fuesen basura.

Su pulso machacaba en sus oídos. Alguien estaba destrozando las cosas de sus bebés. Carissa agarró la botella que le servía de florero, se lanzó hacia delante para golpearle. El otro hombre la intentó detener, pero ella se lanzó a por él también, cortando el aire con el cuello de la botella rota. Él dio un paso atrás alzando las manos en rendición. El primero se puso en pie para mirarla con ira pero no se movió.

De la nada, un par de brazos agarraron los de ella desde detrás, subyugándola. —Suéltalo —le susurró Alec al oído, su cuerpo presionado contra el de ella.

Ella tragó duro e intentó respirar. Necesitaba estar espabilada. Soltó el cuello de botella y los

brazos de él aflojaron. Ella se giró para verle, su barriga chocando contra él. Él dio un salto hacia atrás como si la barriga de ella le hubiera quemado.

Ella se bufó y empezó a alejarse.

—No he dicho que podías irte.

¿Su voz siempre había sido tan fría? Ella se encogió de hombros. No le importaba mucho. —Entonces, dispárame, porque no me voy a quedar aquí sentada mientras destruyes mi hogar y las cosas que he hecho.

Ella salió de la habitación a trompicones, seguida por los pasos de él.

Él la agarró del brazo, pero esta vez cuando ella se giró, él se aseguró de estar lejos de su barriga. Hace unos meses, no podía mantenerse quieto sin tocarla, pero ahora con una barriga y los dos bebés que él le había metido, ella era un buen repelente. *Él podía irse al infierno.*

—Quiero recordarte, Carissa, que esto no es Manhattan. No estás encargada de nada aquí. De manera que vas a sentarte y ser una niña Buena. Pronto nos iremos, después de borrar todas las huellas de que estuviste aquí.

—Yo no voy a ninguna parte contigo.

—¿No? Desde mi punto de vista, parece que no te quedan muchas opciones.

Maldita sea. La tenía atrapada. No podía correr. Aún en el caso de que llegara al bosque, no podría ir muy lejos. No en su estado actual, que la convertía en una presa fácil. Sin descontar el peligro que el esfuerzo físico entrañaba. No haría eso a sus bebés. Ellos estaban primero.

—¿A dónde me llevas?

—A casa.

Sí, sí, sí. Sus amigas la ayudarían en esto. En casa ella podría explicar y hacerle ver que ella no tuvo opción. La esperanza brotó en su ser, y ella presionó la mano contra su pecho. —A casa.

—Sí, mi casa. Quizás puedes hacer que los depósitos de Mel y Gia a la cuenta Angela Mays se realicen en un banco de California. —Su sonrisa era apacible, casi paternal. Carissa hubiera preferido que le diera una palmadita en la cabeza y la llamase una mujercita.

Sus manos se hicieron puños, las uñas clavándose en las palmas de las manos. Las lágrimas amenazaron por aparecer por primera vez en todo el día. Durante un nanosegundo, se habían ido las nubes y el sol brilló en su vida, pero él se había llevado todo y se burló de ella. No volvería a pasar. Ella no picaría el anzuelo de nuevo.

No volvería a intentar explicarse de nuevo.

Él la obligó a salir de la casa por la fuerza. Carissa le rogó que la dejase aunque sea solo para recuperar su bolsa de tela.

—¿Me rogarás, Carissa? —preguntó Alec, su burla convirtiéndose en una sonrisa. —¿Es esa bolsa lo único que hace falta para que la Jefa se ponga de rodillas?

La cara roja, ella cerró firmemente los labios. Alec se preguntaba si ella se iba a poner a llorar. No lo hizo. Carissa mantuvo la cabeza alta, negándose a que su corona se cayese. —¿Puedes darme la bolsa?

Él le negó la petición, en vez de eso la escoltó al Jeep que esperaba. Pero le indicó a uno de sus hombres a que fuese por la bolsa. Al salir de la casa, el hombre lanzó una antorcha dentro y la casita fue pasto de las llamas en unos breves minutos. Alec no se sentía mejor. Necesitaba derramar el veneno de alguna manera, de alguna forma, en alguien. —La casita arde rápido.

La mirada de ella estaba fija en las llamas, su rostro impassible, como que ni siquiera estaba allí, excepto que el músculo en su mandíbula se tensó. —La madera siendo inflamable no es

necesariamente una sorpresa, ¿verdad?

—Al igual que el hecho de que el sarcasmo no es la mejor manera de llevarte bien conmigo — dijo él.

Carissa le despreció con un gesto y dejó de mirar las llamas para quemarle a él con una mirada. —Puedes quemar todo lo que quieras. Me da igual. Me esperaré hasta que acabes el berrinche para contarte mi lado de la historia.

Alec se volvió ciego de la ira. Ella tenía la cara dura de actuar así después de lo que había hecho. Lanzó la mano y la agarró por la cara. Ella dio un chillido. —Las cosas han cambiado. Ya no me siento benevolente, especialmente a una informante de la policía. No vas a recibir ninguna consideración por mi parte. Quizás sea mejor que midas tus palabras de ahora en adelante.

Algo brilló en los ojos de ella y reculó contra la puerta del vehículo. Giró la cara para mirar por la ventanilla. Alec volvió a su sitio, dejando espacio entre los dos, e ignoró la mano temblona que ella convirtió en un puño encima de su muslo.

Subieron al avión una hora exacta después de que un médico le diera el visto bueno para volar.

Carissa durmió en el asiento reclinable del avión privado. Leo ocupó un asiento en la parte de atrás. Le daba a Alec un poco de tiempo privado para estudiar esta nueva Carissa tranquilamente.

Ella parecía más joven, la cara fresca y sonrosada, excepto las ojeras que tenía bajo los ojos. Esas ojeras habían aparecido en los dos últimos días. Ella mantenía sus emociones bajo control, sólo mostrando vulnerabilidad rogando por la bolsa, pero se había retirado cuando él se la denegó. Ella se negaba a rogarle, como si todavía tuviese el poder.

Ella se movió y tiritó un poco en sueños. Él la tapó con una manta. Maldijo la piel de ella que rozaba sus nudillos contra su mandíbula, o se deslizasen por su mejilla suave, odiándose a sí mismo por ese gesto. Ella le estaba haciendo sucumbir a la debilidad otra vez.

Sus ojos recorrieron su cuerpo hasta la silueta de su barriga. Él no quería pensar en los niños, pero era inevitable. La redondez de su barriga se burlaba de él, y él no podía dejar de mirarla. Había visto su barriga desnuda en la consulta del médico y sus dedos ansiaban tocarla. No era más que curiosidad, nada que ver con los niños.

Él tendió una mano hacia la manta. La punta de sus dedos rozaron la barriga de ella. Sus ojos se abrieron de golpe y su mano se disparó para cubrir su barriga en un gesto protector. Su otra mano se alzó para golpear.

La ira y los celos surgieron en Alec. Ambos se quedaron mirándose fijamente unos instantes. Luego los ojos de ella se suavizaron y sus labios se separaron.

Pero Alec no tenía palabras para ella y no quería escuchar lo que ella estaba a punto de decir. Se puso en pie y se fue hacia la parte trasera del avión donde estaba Leo que leía el periódico. Alec se sentó a su lado. Su amigo le miró durante un momento antes de servir una copa y ofrecérsela a Alec.

Alec se bebió el whiskey de un trago.

—¿Tan mal? —Leo le sirvió otro whiskey. —¿Tú la crees?

Alec afirmó con la cabeza, los ojos fijos en la cabeza de ella. Carissa dormía otra vez. Él lo podía saber por la posición de su cuerpo. —No quiero, pero son míos. Ella sabe cómo mentir y manipularme. No debería creerle, pero... —presionó los dedos de una mano en su cabeza como si estuviera intentando penetrar su cráneo— el doctor lo confirmó. Ocho meses.

—Cayo Espanto. —Leo silbó bajo—. ¿No usaste protección? Tú siempre tienes precaución.

Alec soltó una respiración y bebió un sorbo de su bebida. —Ella tomaba anticonceptivos. El médico cree que los antibióticos que estuvo tomando después del asalto, le pudieron afectar el efecto de las pastillas.

—Maldita sea. ¿Qué pasará ahora?

Alec contempló su bebida. —Ya está pasando. Estamos camino a casa. Permanecerá a mi lado como la socia que juró que sería.

—¿Y si no quiere? —preguntó Leo.

Alec rió. —Ella afirma que todo esto le fue obligado, ¿verdad? Entonces eso significa que realmente tenía intención de quedarse a mi lado. Yo sólo estoy cumpliendo su deseo.

—No es tan sencillo. Necesitas hablar con ella. Las mujeres tienen el poder de convertir nuestras vidas en un infierno —advirtió Leo.

Alec se echó hacia atrás en su asiento. *Su vida ya era un infierno.*

CAPÍTULO DIECIOCHO

La casa de Alec era imponente, como una reina en su trono, situada en la loma más alta de Las Colinas. Era impresionante, su grama uniforme y perfectamente manicurada y su exterior blanco puro. Sin embargo era la vista desde arriba —de las lomas verdes, los lagos entre ellas, el mar a lo lejos—lo que impresionó a Carissa. Era un sueño. Paradisiaco. También era una prisión, aprendió Carissa durante los primeros días de su llegada.

En este lugar, ella carecía de derechos, no tenía voz ni manera de comunicarse con su única familia. Ella se fijó en el horizonte que veía desde la ventana de su cuarto, se abrió la puerta y pasos suaves se escucharon en la alfombra tras ella.

—Ellos me dicen que te has negado a bajar a comer con nosotros —dijo Alec.

Ella permaneció inmóvil. —¿Quiénes son 'ellos' ¿mis carceleros? O quizás 'ellos' son las cámaras de seguridad que están supuestamente para mi 'protección'. —Ella encapsuló las últimas palabras en un entrecomillado verbal. Era mejor que él supiera que ella no se creía ni por un momento lo que le habían dicho. *Para mi protección, como que me chupo el dedo.* Él la estaba espiando.

Su aliento expelido era tenso y largo. *¿Había estado contando hasta diez antes de hablar?*

—Ya te he explicado que esas cámaras se instalaron hace mucho tiempo, pero puedes creer lo que quieras —dijo él. —Están a punto de servir la cena. Baja.

Ella se dio la media vuelta, con cuidado de mantener la mirada en las ojeras de él y no en el Henley que recubría su torso, envolviendo sus brazos fornidos y hombros anchos. Si, no estaba durmiendo demasiado. Se lo tenía merecido. Pero ella seguía albergando la esperanza dentro de su ser de que él la escucharía.

—Oh, ¿entonces, me vas a dejar explicarte?

Su boca se cerró en una línea dura. —Depende de lo que tengas que decir. Si empieza por 'aquí está la carta de mi padre', estoy dispuesto a escuchar. Pero si sólo son excusas por tu traición, estás perdiendo tu tiempo.

Una naranja de cena otra vez. *Maldita sea, estaba harta de comer fruta.* Se volteó para mirar las colinas. —Buenas noches, Alec.

—No has salido de esta habitación desde que llegaste.

—Ese era tu deseo.

Él dio zancadas para ponerse delante de ella. —Sabes perfectamente que ése no es mi deseo. Te he dicho que puedes pasear por los jardines y por la casa con guardianes delante.

—Qué amable por tu parte.

Oh se estaba enfadando. El color de su cara era una advertencia que ella no iba a tener en cuenta. No iba a ceder, en esto no. Él tendría que escucharla, o no había ninguna manera que ella le iba a entregar su única prenda de negociación.

—Búrlate todo lo que quieras, pero estoy siendo bondadoso contigo, Carissa. Ya sabes la clase de cosas que los hombres en mi posición hacen a las personas que los traicionan. Tú me delataste, te largaste de la ciudad y planeabas quedarte con mis hijos.

No, él no iba a dejarla contar su versión de los eventos. Ella podría intentar convencerle, rogar un poco más, pero él no había escuchado cuando la trajo contra su voluntad y no iba a escuchar ahora. Estaba enfadado, y parte de ella entendía eso de sobra. De todas formas, ella tenía que mantenerse en sus trece. Lo que ella había hecho, lo hizo, en parte por él. Si ella intentaba darle el beneficio de la duda, ¿por qué no haría él lo mismo para ella? Daba igual. Ella se

quedaría esperando y escaparía en la primera oportunidad que se presentara.

—Déjame saber cuando estás dispuesto a escucharme. De otra manera, no tengo nada que decirte. No quiero paseos en tu propiedad, o cenas, o nada que venga de tí.

Alguien pegó en la puerta, instantes después, Annie, la sirvienta, entró.

—Alec, hay una mujer en la entrada preguntando por tí. Dice que se llama Amelia Solís.

—¿Qué diablos hace ella aquí? —Alec le preguntó a Leo.

—Ni puta idea —replicó Leo. —Tú mantén la calma. No hay manera que sepa nada.

Pero segundos más tarde, Mel entró por la puerta con una sonrisa en los labios.

—Alec, Leandro, qué bien volver a verlos. —Dijo Mel con el encanto de una debutante de sociedad, un papel que no encajaba con su personalidad demoledora.

Alec luchó contra el deseo de agarrarla por el brazo, lanzarla a la calle y cerrar la puerta de un portazo en su cara. —Sé que estás contenta de ver a Leandro, pero, ¿desde cuándo te alegras de verme a mí?

Su expresión cambió rápidamente, pero ella conservó la sonrisa. Alec se imaginaba sus músculos tensados para mantener la cordialidad. —No digas eso. Somos prácticamente familia —dijo ella con la voz melindrosa, bajando las pestañas de una manera recatada.

Alec reaccionó como si ella le hubiese dado un puñetazo en el estómago. Era la mordida en sus palabras, en combinación con el brillo en sus ojos. *No, el comentario no era inocente.*

—Bueno, estaba en el vecindario, me acordé de que vives aquí y pensé que les haría una visita. —Gesticuló por la habitación. —Tu casa es preciosa.

—¿Por qué estás aquí, Amelia? —preguntó Leo.

Mel dejó de mirar un cuadro y parpadeó un par de veces. —No entiendo. Acabo de decirte que pasé a saludar.

Ninguno de ellos se movió. Era mejor esperar, dejar que Mel siguiese y ver hacia donde iba todo.

—Estoy empezando a sentir que no soy bienvenida, así que me iré... —Se giró hacia la puerta, pero se detuvo otra vez a mirarlos, Alec sabía lo que iba a decir antes de que ella abriera la boca. —En cuanto hable con Carissa.

Él sacudió la cabeza. La negación estaba en la punta de su lengua, pero las palabras no le salían. La sonrisa de ella se ensanchó. Daba igual lo que Alec le intentase vender, ella no iba a comprarlo.

—Amelia, creo que la información que has recibido es errónea. No sabemos...

Ella no le dejó a Leo a que terminase la frase. Sus rasgos se fruncieron, se llevó un puño a la boca, y cerró los ojos. *Ahora es cuando empieza a llorar.*

—Sé que estás preocupada por Carissa.

Ella abrió los ojos y sacudió la cabeza pero no había lágrimas en sus ojos. —¿Sabes ese viejo dicho que dice cuando ibas por la harina, ya yo venía con el pan? Ni traten de engañarme. No desperdiciemos el tiempo en juegos. Sé que Carissa está aquí. Sabes que no me iré hasta que la vea. Bueno, al menos no sin causar una tonelada de problemas.

La sangre le llegó a la cabeza. Alec se refrenó, manteniendo la explosión a raya, intentando mantener la calma. —¿Has venido a amenazarme en mi propia casa?

Los ojos de ella se pusieron grandes de forma teatral y Mel sacudió la cabeza con vehemencia. —Para nada. Solo quiero ver a mi mejor amiga.

—Sáquenla de aquí —le dijo Alec a los guardaespaldas. No miró directamente a Leo pero

sabía que su cuerpo estaba en tensión. *Ahí vamos*. Esta mujer siempre estaba causando problemas.

Mel alzó una mano para detener a los guardianes. —Alec, escúchame. Sólo quiero verla. No voy a intentar nada. Seguramente puedo ayudar. Apuesto mi vida a que ella ha sido cabezota y que las cosas están difíciles entre ustedes dos. Si me dejas verla, garantizo que eso ayudará a que ella coopere contigo. —Habló rápido, su actitud cambiando de chulería a amiga preocupada en un momento.

Alec permaneció quieto. A pesar del truco elaborado, sus palabras tenían visos de verdad. Él podía usar la presencia de Mel, una muestra de buena voluntad, para ayudar con Carissa ya que ella se negaba a comer con ellos. Él había perdido esta batalla pero podía usar este fracaso para ganar la guerra de voluntades.

—No me confío de tí —reconoció él.

Ella sonrió de nuevo, esta vez como si hubiera encontrado un billete de veinte dólares en la basura. —No tengo la posibilidad de fugarme con ella. Ni siquiera llevo armas, y lo único que tengo es mi bolso, billetera y celular. Puedes hacer que tu guardaespaldas me registre si no me crees.

Uno de los guardianes dio un paso pero una mirada de Leo le hizo congelarse.

Alec se volvió hacia su mano derecha. —Tenía que haber sabido que tú habrías tenido un problema con eso.

—No veo por qué —dijo Mel.

Con los ojos puestos en Alec, Leo ni siquiera se molestó en reconocerla. —Yo lo hago.

Ella se colocó las palmas de las manos en la cabeza y se abrió de piernas. Su rostro permaneció serio pero el brillo en sus ojos y la mirada que le brindó a Leo no necesitaban traducción. Esta visita era un problema para él también...

Quizás esto no era tan mala idea. Dejar que entrara Mel podría suavizar la actitud de Carissa. A lo mejor ella volvería a ser menos intransigente y explicar por qué le traicionó. Entonces podrían ponerse en el buen sendero. Aunque odiaba reconocerlo, la visita de Mel podría cambiar radicalmente las cosas entre Carissa y él.

—Ya sabes que no hay pistola allí, Leandro. No hace falta que des tantos repasos con la mano.

Leo se detuvo y la miró. Alec casi rió. No iba a ser la única alma torturada en la casa. Aunque no fuera por otra cosa, Mel podía ser una fuente de entretenimiento interminable.

—Siento que las cosas estén tan mal. Prometo que haré lo posible por arreglarlo antes de que lleguen. —Una serie de pataditas contestaron y Carissa se frotó la barriga en movimientos calmantes. Ante el repique de la puerta, se llevó los brazos de manera protectora sobre su barriga.

Leo entró. —Alec te ha enviado algo.

—Sea lo que sea, llévatelo. Hasta que me oiga y me deje de tratar como si fuese una prisionera, no quiero nada de él.

—Suena jugoso. No puedo esperar a escuchar todos los detalles —dijo alguien detrás de Leo.

La voz aceleró el pulso de Carissa y alzó la vista para ver a Mel en la puerta.

—No es justo —dijo Mel, corriendo hacia su amiga, “estás preciosa.

La emoción subió desde el estómago de Carissa, alojándose en su pecho hasta que empezó a llorar. Sus brazos se apretaron alrededor a su amiga, la cara alojada en el cuello de Mel. Era patético, y seguramente parecía un niña de dos años en medio de una pataleta en el supermercado con gente mirando con horror y fascinación.

—Para ya. —Los brazos de Mel seguían rodeando a Carissa.

Sin embargo, no podía parar. Todo le llegó de golpe. Había estado virtualmente sola durante días. Leo le hablaba, pero él era el mejor amigo de Alec y ella sabía que Leo le contaría a Alec cualquier cosa que ella dijese. No tenía a nadie en quién confiar.

Mel se echó hacia atrás cuando sus lloros se pararon. Su cara era una de preocupación, la frente arrugada, y su mirada era severa por encima del hombro de Carissa.

Carissa se dio la media vuelta. La mandíbula de Leo estaba encajada y la movía. Ella conocía bien ese efecto. Siempre pasaba cuando Mel estaba por ahí.

—Se ha portado bien conmigo —le dijo a Mel.

Mel dejó de mirar a Leo, y ese movimiento acarreó un cambio de la noche al día en su cara. Su mirada se suavizó, y secó las lágrimas que todavía fluían libremente de los ojos de Carissa.

—Las dejo a solas para que puedan hablar. —La voz de Leo llevaba el estoicismo de un animal herido.

Mel mantuvo la mirada fija en él hasta que se cerró la puerta. —¿Estás bien de verdad?

Carissa sonrió por primera vez en días y apretó las manos de Mel. —Si, es que estoy tan contenta de verte. Pensé... ¿Cómo vamos a salir de aquí? Alec tiene...

—Un cabreo monumental, lo sé. Casi hizo que me echasen —dijo Mel. —Tuve que usar la amenaza de todas las armas, desde chulería hasta lágrimas. —Se llevó una palma de la mano a la frente de forma dramática.

—Tus métodos son obviamente eficaces. —Rió Carissa, pero la tensión volvió. —Necesito salir de aquí, Mel. No me puedo quedar aquí. Alec no quiere a los bebés y me odia. —Como ella odiaba el pequeño trabamiento en su voz.

—Se diga lo que se diga del Capitán Controlador, una cosa que no hace es odiarte. Se muere por hacer las paces contigo. —Mel parecía estar convencida, como si supiera algo que Carissa no sabía.

—¿Por qué crees eso?

—Porque cuando le dije que sabía que tú estabas siendo difícil de tratar y que mi presencia podría ayudarle llegar a tí, casi se tropieza en sus prisas por dejar que me quede. Si te odiase, no pensaría en nada más que torturarte hasta que le dieses la carta y la verdad.

La carta era su única baza. Pero una vez que la entregase, ¿le escucharía Alec? Carissa sacudió la cabeza. —Ni siquiera puede mirarme.

La mirada de Mel bajó al pecho de Carissa, y rió. —Oh, por favor. Apuesto que cuando no estás pendiente, se fija ahora en esas tetazas que tienes. Y wow como han crecido. —Los ojos de su amiga se pusieron serios. —Tienes que hacerle escuchar, Carissa. Hagamos lo que hagamos, necesitamos su ayuda.

El estómago de Carissa se hizo un nudo, y ella se llevó una mano al estómago. Había estado tan contenta de ver a Mel, que no se había detenido a pensar que algo grande tenía que haber pasado para que ella viniese hasta aquí.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que no me estás contando?

Mel la tomó de la mano y apretó. —Calum le ha puesto precio a tu cabeza, y es un precio alto.

—¿Cuánto? —Las palabras salieron de la boca de Carissa con dificultad, dejando en su rastro un sabor salado y oscuro.

—Hay dos millones de razones por el cual todo el mundo te está buscando, para cazarte viva, y entregarte. —La voz calmada, casi aletargada de Mel contrastaba con el brillo en su mirada.

Carissa se mecía, presionando el puño derecho contra su muslo, cerrando la mano izquierda en su puño. El número dos reverberaba en sus oídos.

—Soy una mujer muerta.

—No —Mel dijo con tanta fuerza que el corazón de Carissa pegó un bote. —Nunca te pondrá la mano encima. No lo vamos a permitir. Alec no dejará que pase eso.

Quizás estaba perdiendo la cabeza, porque surgió risas de sus entrañas. —¿Estás bromeando? Cree que soy una rata, Mel. Todavía no lo ha dicho, pero eso es lo que piensa. La única razón por la cual no me entrega a Calum es porque le odia tanto como yo.

—¿Es las hormonas? ¿Desde cuando eres bruta? —Mel se cruzó los brazos por el pecho ladeando la cabeza. —Ese hombre jamás te entregaría a nadie. Te ama de la única manera en que puede hacerlo un sociópata. Tenías que haberle visto cuando desapareciste. Y sí, puede que piense que le has traicionado, pero no hay manera en el mundo en que permitiría que te pasara algo. Me encojona que me hagas defenderle.

Carissa se soltó las manos y agarró las de Mel. —No le viste cuando me encontré en Nicaragua... las cosas que me dijo...

—¿Qué esperabas que dijera? Su orgullo se ha ido a la mierda. Te fuiste cuando sus almacenes fueron saqueados y la FBI nos subía por encima. Yo sé que tuviste que hacerlo. No estoy juzgando. Sólo te estoy diciendo lo que él siente.

—Has pensado alguna vez que yo...

—No. —Mel se inclinó hacia delante para mirarla a los ojos. —Pero yo te conozco de toda la vida.

No había suficiente aire en la habitación. Carissa se sintió con un mareo. Soltó a Mel y alcanzó una almohada. Se acostó de lado, apoyando su vientre contra un cojín. —Nunca me va a perdonar. —Su voz era un susurro.

—Sí, lo hará. Sólo necesitas encontrar una manera para obligarle a escucharte. —Mel peinó el cabello de Carissa con los dedos. —Y tienes suerte. Tienes a dos de los mejores manipuladores del mundo dispuestos a ayudarte.

El brillo en la mirada de Mel era alarmante pero conocido de la manera más reconfortante. —¿Tú y Leo? Él nunca traicionaría a Alec. Jamás.

Mel sonrió en una manera tortuosa pero dulce. —Nadie está pidiendo traición, pero ¿qué no haría por ver a su amigo feliz? Todos sabemos lo difícil que es tu hombre cuando está disgustado.

Carissa rió, a pesar del malestar que seguía sin dejarla respirar bien. —No es la persona más sencilla, eso es cierto.

Mel sacudió la cabeza. —No. Y no olvidemos que hay alguien más que necesita que los dos hagan las paces.

—¿Quién?

La mirada de Mel se posó en la barriga de Carissa.

Una fisura se formó en el corazón de Carissa, y ella presionó la palma de la mano contra sí. Sus bebés, los bebés de los dos. Ellos eran la razón principal por la cual ella necesitaba arreglar las cosas con Alec. Calum la había marcado como muerta—¿Y si tuviera éxito? Sus entrañas temblaron. —Tengo que obligarle a escuchar.

—Lo conseguirás. Nadie es más persuasivo que tú. —Mel siguió acariciando el cabello de Carissa como una madre a su niña de cinco años.

Carissa cerró los ojos, anclando su respiración al tacto suave. —Tú lo eres.

Los dedos de Mel cambiaron a movimientos circulares. —Sí, pero tú puedes ser dulce. Yo sólo soy una maldita.

Carissa sacudió la cabeza. —Ser una maldita no funcionaría con Leo. —Ella abrió los ojos para mirar a su amiga. —¿Cómo conseguiste que te ayudara?

Los dedos de Mel pararon, su voz se volvió plana. —Desempeñaré el papel que sea por mis

hermanas.

—¿Estabas... —Carissa miró a Mel. La otra mujer se cambió de postura. —... haciendo un papel, es decir?

Los labios de Mel se abrieron, y luego soltó una gran bocanada de aire que llenó la habitación. —Algunos juegos son más fáciles de jugar que otros. Para este juego, tienes una socia excelente—yo—y un poco de ayuda del otro lado—Leandro. Podemos ganar esto totalmente.

Carissa le agarró de la mano. —¿Era todo un juego?

Una emoción apareció en el rostro de Mel, alimentando el fuego en sus ojos. —No. Pero no tenemos tiempo para eso. Necesitamos asegurar tu posición antes de que estos bebes vengan al mundo.

Carissa dejó las cosas como estaban de momento. Mel tenía razón. Tenían cosas más importantes que hacer de momento. —Los McLean saben algo de la recompensa?

—Deberían, o sus contactos son una mierda. —Mel se echó atrás en la cama. Bajó la barbilla al pecho pero mantuvo la mirada fija de Carissa. Mel nunca se arriesgaba que la otra persona no la estuviera escuchando. —Creo que ha llegado el momento de usar tu as bajo la manga.

La carta de mi padre. Necesitaban hacer un trato usando la carta. Carissa estaba contenta de estar acostada porque sus piernas no la habrían podido aguantar.

—Le ayudaré a cazar a Calum. —Carissa cerró los labios. —Pero me tiene que escuchar primero. No voy a cooperar sin saber que él me escuchará.

Mel afirmó con la cabeza. —Eso me parece razonable. Le obligamos a que nos dé su palabra, y luego tu haz lo que tengas que hacer.

—¿La has traído? —preguntó Carissa.

Mel bajó la cabeza. —Me la traje conmigo. Hicieron que me registraran cuando entré, pero Leo estaba demasiado ocupado buscando en sitios grandes para poder encontrarla.

Carissa había estado examinando su plato desde que se sentó a la mesa. Alec alternaba entre mirar su cabeza inclinada y las otras dos personas que hicieron que esta cena tuviera lugar.

Mel sonrió. —Espero que no me vuelvan a atacar después de esta cena, como en el restaurante italiano. —Su mirada descansó en Leo. —La noche es joven, de todas formas.

Leo sacudió la cabeza. —No, no. Hoy nadie va a salir herido. ¿Verdad, Alec?

Él dejó de mirar la cabeza de Carissa. —Si, bien. Mel, es muy agradable verte después de... ¿cuánto tiempo? ¿Ocho meses? Casi a tiempo para el nacimiento de los bebés.

El tenedor de Carissa golpeó su plato. Alzó la mirada para verle, los ojos verdes brillando.

—Gracias, Alec —Mel dijo con el ánimo de una porrista. —Ha sido demasiado tiempo para todos nosotros. ¿Cómo está tu comida? Mi filete es delicioso. ¿Qué tal el tuyo, Carissa? Tiene buena pinta, y está preparado justo como te gusta a tí. —La sonrisa de Mel era tan falsa que parecía derretirse en su rostro.

—Está bien —Carissa dijo, la atención nuevamente en su plato.

—Bueno, me parece que Carissa no tiene tanto entusiasmo por su comida como tú, Mel —dijo Alec.

Carissa respingó su nariz. Esta vez ni se molestó en mirarle. Le causó una molestia violenta a él. Soltó una bocanada de aire larga.

—Bueno, gente —interrumpió Mel, soltando el tenedor y agarrando la mesa con ambas manos. —No sé cómo ser una persona alegre y feliz y hacer conversación banal. Especialmente cuando ninguno de los dos está poniendo de su parte. Así que saquemos esta mierda a la vista y luego

podemos seguir.

Leo se inclinó hacia ella. —Suave.

Alec estaba contento de ver a Carissa, pero resentido porque ella actuaba como si fuese la parte damnificada. —¿Qué esfuerzo necesito poner yo? Te dejo entrar en mi casa y he sido generoso. Incluso se podría decir que he sido hasta agradable. Lo más agradable que se puede cuando me han traicionado. Algunas personas se olvidan de esa parte, y se niegan a compartir mesa conmigo como si yo fuese la persona que la perjudicó.

—Bueno, sé que me he ofrecido a dar explicaciones, pero *algunas* personas prefieren actuar como neandertales en vez de escucharme —replicó Carissa. —Si alguien se niega a escucharme y me tiene aquí como una prisionera en Guantánamo, ¿por qué iba a compartir mesa con él? —Le sonrió a Leo y se metió un bocado de comida en la boca.

—Dudo mucho que los prisioneros en Guantánamo puedan comer filetes y pasear por los jardines con sus mejores amigos toda la mañana —replicó Alec en el mismo tono almibarado. —¿Te he estado alimentando con bocadillos de jamón en un calabozo? Quizás me acuerde mal, pero ¿hemos torturado a Su Alteza todavía, Leo?

—Estoy segura de que eso está en tu lista de actividades. —Carissa alcanzó su vaso de agua.

—Carissa —dijo Mel, “recuerda que estamos dando pasos para entendernos. —El recordatorio venía en un tono que Alec nunca había oído antes. Podía haber jurado que había una advertencia en su tono.

—Sí, Mel, no se me olvida —replicó Carissa, “pero *algunas* personas han estado tirando pullas desde que entramos en la habitación. No se me puede pedir que me quede tranquila y aguantarlas.

—Bueno, *Mel* —atajó Alec, “parece que a tu amiga se le olvida que la parte perjudicada aquí no es ella.

—Alec, ¿por qué no le das a Carissa la oportunidad de explicar? —preguntó Leo.

Carissa contestó antes de que él pudiera abrir la boca. —¿Por qué, preguntas? Porque no escucha a nadie. Se le caería un pedazo si decidiera escuchar antes de juzgar.

Alec dio un puñetazo a la mesa. —¿Qué es lo que necesito escuchar? Tú eres la que desapareciste. —La señaló con el dedo en el aire. —Tú eres la que hizo tratos con la FBI y me vendiste. Tú eres la que se volvió.

Ella se puso en pie y le hizo frente, blanca como una sábana, los ojos grandes y fieros. —Una rata. ¡Dílo! Ten las malditas agallas de decir con tu boca lo que te mueres por decirme todo el tiempo. Llámame una maldita rata. Sácatelo de adentro.

—Carissa —dijo Mel, corriendo al lado de su amiga. —Para ya.

—No, no lo haré. Estoy tan cansada de todo esto. No sabe nada, pero cree que lo sabe todo, y estoy tan cansada de su...

Su respiración se volvió más agitada y se balanceaba en los pies. Mel gritó su nombre, y antes de que Alec pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, acunaba la cabeza de Carissa entre sus brazos. Los ojos de ella se volvieron hacia atrás y su cabeza cayó hacia un lado.

El corazón de Alec golpeaba en latidos sonoros y dolorosos mientras la alzaba y la llevó a su habitación, Mel pisándole los talones. La dejó encima de la cama, llamándola por su nombre. Ella no se movió.

—Por favor. —No sabía lo que pedía pero siguió repitiéndolo.

La piel de ella estaba pálida, fría al tacto.

—El médico viene para acá —dijo Leo desde la puerta.

Pasos rápidos competían con los latidos del corazón de Alec. Mel apareció a su lado, y llevó

una botella bajo la nariz de Carissa. Pronto, el olor a alcohol invadió la estancia.

—¡Trae algo dulce, como jugo! —gritó Mel por encima del hombro.

Carissa se movió. La respiración de Alec salió tan aprisa que pensó que él también perdería el conocimiento. Dio un respingo cuando sintió una mano en su hombro. Mel estaba allí en pie ante ellos. —Va a estar bien. Se desmayó —explicó Mel, aunque su voz temblaba.

Alec afirmó con la cabeza y volvió a mirar a Carissa, cuyos ojos eran como espejos. Ella miró más allá de él, pero luego sus ojos se enfocaron, y al fin, le nombró.

—Estoy aquí. No hables. Vas a estar bien —se escuchó decir por encima del ruido en su pecho.

—Tenemos que hablar. No puedo.

Él colocó un dedo por encima de los labios de ella. —Ahora no. Hablaremos cuando te encuentres mejor.

—¿Me lo prometes?

En ese momento, con ella allí casi muerta, su ira, resentimiento y dolor pasaron a un segundo plano.

—Sí.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El Dr. Lane salió de la habitación. —Ahora puede pasar.

Alec dejó de mirar el suelo de la alcoba y dio un salto del asiento como si los botones de la silla le hubieran punchado el trasero. Después de treinta minutos de espera, el doctor por fin le permitió volver a la habitación de Carissa.

Pálida, los ojos muy grandes, estaba sentada en la cama, descansando contra el cabecero. En sus dedos largos había un vaso de zumo vegetal, casi sin haberlo probado. Cuando su mirada se posó en él, se enderezó.

Alec cerró los ojos durante un segundo, deseando que los vellos en su cuello no se pusieran rígidos ante la reacción de ella. Respiró lentamente. Con todo lo mucho que le debería haber gustado la idea de que podía hacerla sentirse incómoda, Carissa lastimada o en malestar era algo que le turbaba de la manera más irritante.

—Siéntate, Alec —empezó el Dr. Lane. —Como le expliqué a Carissa, los desmayos en mujeres embarazadas no son algo infrecuente. Puede ocurrir por muchas razones y no significa necesariamente que les pase nada a los bebés o la madre.

Buenas noticias, al fin.

—Sin embargo, ciertas circunstancias pueden crear las condiciones perfectas para un desmayo. El sobrecalentamiento, baja tensión arterial, hiperventilación, levantarse demasiado aprisa de un asiento, no comer o beber suficiente... estrés. —El médico hizo una pausa para mirarlos fijamente a los dos. —El desmayo de ella puede ser la consecuencia de cualquiera de estas cosas o todas en combinación.

Carissa se miró las manos. La columna vertebral de Alec se puso rígida cuando el doctor le miró. ¿Había una acusación en la mirada de este hombre?

—Estoy seguro de que a ella le encantaría culparme de todo esto, pero ella es la que se precipitó con las conclusiones —dijo Alec.

El rostro de ella se puso lívido y se incorporó, casi derramando el líquido en el vaso. —¿Precipitarse a conclusiones? ¿Es una broma? Estabas a punto de...

El médico alzó una mano. —Paren. Esto es lo que estoy diciendo. Mi diagnóstico es que Carissa tiene preclamsia. Eres más susceptible al estrés y la ansiedad.

—¡Tú sabes perfectamente que ibas a decir que soy una rata! —le espetó a Alec, ignorando al médico.

—No, no lo iba a hacer. Iba a decir que tú faltaste a tus promesas, pero asumiste lo que querías y te enfermaste, poniéndote a tí misma y a los bebés en riesgo.

Carissa se echó hacia atrás.

Hubo un silencio tenso en la habitación. Durante unos segundos, la barbilla de ella tembló hasta que cerró los labios firmemente.

—Miren. —La mirada del médico se suavizó. —El primer embarazo siempre es duro en una relación. Sólo necesitan encontrar un terreno en común y recordar que habrá altibajos. Les dejaré para que puedan hablar. Intenten mantener las cosas calmadas. Y Carissa, descansa unos cuantos días. La enfermera estará a mano pero voy a necesitar seguir supervisándote de cerca.

Después de despedir al médico, Alec se paró antes de entrar en el dormitorio, preparándose para la pelea que iba a haber.

—El Dr. Lane dijo que volvería en un par de días. Quiere que estés en la cama lo más que puedas. Va a traer equipo para que puedas tener un sonograma en casa.

Ella no le contestó. Sus manos se hicieron puños en las sábanas y parpadeó para no verter lágrimas.

Alec dejó de sentir ganas de pelea. Se quedó sentado frente a ella en la cama. Con la mano en la mejilla de ella, le preguntó, “¿Estas bien?”

Carissa afirmó con la cabeza, se agarró a su antebrazo, y descansó la mejilla contra su mano. Estiró un brazo para coger su otra mano. La necesidad de consolar venció su ira, y él la atrajo hacia sí hasta que el cabello de ella le acarició la barbilla.

Ella le rodeó la cintura con sus brazos, su rostro pegado a la camisa de él. —Alec, me tienes que dejar que te explique. No tuve elección.

Él intentó echarse hacia atrás, pero ella le apretó más fuerte.

—Por favor, escúchame. No pude elegir quedarme contigo. Tenían pruebas sobre tí y las muchachas. Me pusieron contra la pared.

Él separó las manos de ella de su cuerpo y se inclinó hacia atrás para mirarla a los ojos fijamente. —¿Por qué no llamarme? ¿Realmente crees que no puedo protegerte a tí y a tus amigas?

Ella negó con la cabeza. —¿No entiendes? Ellos sabían de tu relación conmigo. Tenían fotos y un video de tí disparándole a mi atacante esa noche en el callejón. Cedí los almacenes para evitar que nada de eso saliera. Cedí el cargamento para mantenerte fuera de la cárcel o ser acusado de asesinato. Tú me salvaste. Yo no podía dejar que te apresaran por eso. No quería ser testigo en protección. Me obligaron a todo.

Él se zafó de ambas manos de ella y la agarró por la cara. —Pero te quedaste abierta a cualquiera que quisiera hacerte daño a tí o a mí. ¿Sabes lo que los DeMateos habrían hecho contigo si te hubieran encontrado antes que yo?

—Pero tú me encontraste...

Las manos de él se desplazaron a los hombros de ella y le dio una leve sacudida. —Tardé ocho meses en encontrarte. ¿Cuánto más habrías podido aguantar? Calum estaba pisándote los talones también. ¿Te puedes imaginar lo que te habría hecho? ¿Lo que les habría hecho a estos bebés?

Carissa abrió la boca, la cerró y sacudió la cabeza.

—Les pondrá precio a las cabezas de nuestros hijos también. Será de millones, y ¿qué te haría Calum ahora que yo te he tenido, ahora que llevas a mis hijos en tus entrañas?

Los ojos de Carissa se pusieron grandes y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—No nos podemos esconder, Carissa. Cazarnos a los dos sería un gran golpe. La gente nace hambrienta y siempre habrá alguien por ahí para cazarnos. Nuestros hijos nunca serán libres ante esto, no mientras que nosotros seamos sus padres o...

El color se difuminó en su rostro, cerró los ojos y forcejeó unos segundos. Empujó la mano de él y se llevó la mano a la garganta. —Tú no los quieres. Quieres que los entregue.

—¿De qué estás hablando?

Carissa se secó las lágrimas con el dorso de la mano. —Está bien. No tienes que hacer nada. No tienes por qué ser parte de nosotros. Yo puedo protegerlos yo sola. Sólo deja que me vaya.

Si a ella en ese momento le hubiera nacido un cuerno en la frente, él habría estado menos confuso. —Si me dejaras terminar una frase... ¿Es esto una cosa hormonal o has perdido la cabeza?

El rostro de ella se enrojeció, e intentó abrirse paso pero Alec la sujetó firmemente. —Soy un monstruo y los monstruos son egoístas, Carissa. Guardamos lo que es nuestro y lo protegemos hasta el final. Tú eres mía. Estos niños son míos y cuando la guerra llegue a nuestra puerta, yo pintaré las calles con la sangre y las entrañas de nuestros enemigos antes de dejarles llevarse lo

que es mío.

Sus palabras eran terroríficas para sus propios oídos, pero las decía en serio. ¿Qué no haría él para protegerla a ella y a sus hijos sin nacer todavía?

—Nadie se los va a llevar... —La voz de ella se quebró, su respiración más superficial.

Él tomó la cara de ella entre sus manos y acercó la suya. —Nadie. Nunca.

La besó ligeramente, suavemente, y eso lo único que hacía era hacerla llorar más. Cambió las posiciones de los cuerpos de los dos para apoyarse contra el cabecero y la atrajo a ella contra su cuerpo.

Carissa le miró a los ojos una vez más. Había fuego tras sus lágrimas y ella alzó la barbilla. —Lo digo en serio. Nadie me quitará a mis bebés. Ni siquiera tú, Alec. Yo también mataré a quien sea.

Quizás él no era el único monstruo.

Alec nunca se había sentido tan orgulloso de los jardines en el pasado. Había vivido en la casa toda su vida, de manera que ya no miraba las colinas con placer, o se detenía a mirar a las flores o los pájaros que volaban. Sí, a él le gustaba pasar tiempo fuera de la casa en un día agradable, lo mismo que cualquiera, pero estas vistas no provocaban en él el asombro evidente en los ojos de Carissa. Habían caminado la mitad del perímetro de la casa y ella no dio señales de querer parar.

—Estás haciendo que me sienta incómoda —murmuró ella.

La piel picándole por haberse dejado pillar mirándola, Alec desvió la mirada. Pero no podía evitarlo—sus ojos se iban hacia el perfil de ella, su cabello más largo, su piel luminosa, esa sonrisa a medio esbozar en sus labios. Carissa caminaba con una mano descansando en su abdomen. Su paso ya no era el paso decidido de sus piernas largas, ahora había cambiado con el embarazo. Esto era un paso más lento, casi cuidadoso, pero era natural.

Todo en ella era diferente ahora. Sus rizos parecían más densos, sus curvas más acentuadas, su sonrisa más brillante. Quizás era porque al fin le estaba sonriendo de nuevo. Aunque llevaba la mayor parte del peso en su barriga, su pecho se había duplicado en tamaño. Esto no era una cosa mala.

—Lo siento —dijo él. —No era mi intención.

Los hombros de ella se bajaron y ella se rodeó con su jersey. —Entiendo. Estoy enorme.

Él frunció el ceño y tomó el brazo de ella en su mano, y ocho meses de deseo colisionaron con la necesidad. Alec la atrajo contra sí y pegó su boca contra la de ella.

Las manos de ella descansaron en su pecho y ella abrió la boca. La lengua de él se deslizó encima de la de ella y un suave gemido escapó de los labios de ella. A menudo se había preguntado si todo lo que él recordaba de ella—su tacto, sus besos, su calidez—formaban parte de sus recuerdos defectuosos. Ahora sabía que no lo eran. La necesidad apareció en su cuerpo, las manos hundiéndose en la cintura de ella.

Carissa colocó la mano firmemente en el pecho de él y dijo, “Alec, tenemos que hablar primero. —Las palabras se escaparon en un graznido sin aliento, los ojos de ella todavía en los labios de él.

Alec se reprimió un suspiro. Genial, una charla. Justo lo que estaba necesitando.

—Seguro que sí. —Le tendió una mano y ella la tomó.

Desde que la encontró en Nicaragua, había luchado con su atracción hacia ella. La deseaba aún más en esta condición. La idea de una mujer embarazada nunca le había hecho sentir nada

aparte de una sensación de aléjate-de-mi. Con Carissa, era algo totalmente diferente, una contradicción. Cuando ella acariciaba su barriga en suaves movimientos circulares, él sentía unos celos desbordantes, un deseo de sentir ese mismo tacto en su rostro y su cuerpo.

Pero eran sus hijos germinando en ella, su semilla brotando en ella. De cierta manera, él crecía dentro de ella, con los niños atándoles para siempre. Ella no podría escapar otra vez.

—Siempre estás huyendo de mí, Carissa.

Su estómago se convirtió en una roca. Alzó una mano como si pudiera cazar las palabras y volver a metérselas en la boca.

Carissa exhaló profundamente. Presionó una palma de la mano contra su pecho. —Yo...

Alec dejó de caminar. Se inclinó hacia ella hasta que sus narices casi se tocaban. —¿Pararás alguna vez?

—No quiero huir de tí, pero no quiero ser tu prisionera tampoco. No soy de tu propiedad, Alec. —Su voz era firme, a pesar de las nubes de tormenta que había en sus ojos.

Él no dijo nada. ¿Qué podía decir? Si le decía que se equivocaba y que ella era muy suya, esta conversación sería fuego. Era mejor dejarla hablar primero.

Ella exhaló. —Si me tienes aquí en contra de mi voluntad, nunca va a funcionar. Nunca estaré aquí bajo tus órdenes o las de nadie más. Me aguantaré y me iré en la primera oportunidad que tenga. Necesitamos trabajar esto de una manera satisfactoria mutuamente para nosotros, para nuestros bebés.

Él afirmó lentamente con la cabeza. —No quieres que te trate como una prisionera, y no puedo fiarme de que no te vayas a escapar. ¿Qué clase de acuerdo puede haber?

—No sé. Pero tenemos que encontrar un punto de encuentro aquí. —Después de un momento, ella pareció iluminarse, como si alguien hubiera encendido un interruptor. —¿Quizás un contrato?

La mirada en los ojos de ella le decía a él que ella no se estaba dando cuenta de lo que estaba sugiriendo o por lo menos a qué sonaba. Pero Alec sí. La miró en silencio durante un rato y luego sonrió. —Tienes razón. Un matrimonio solucionaría todos nuestros problemas. Carissa, acepto tu propuesta.

Ella se quedó boquiabierta y sacudió la cabeza “¿Matrimonio? Eso no es lo que quería decir.

—Pero es la solución lógica. Piensa. Vamos a estar atados el uno a la otra de por vida de todas formas, y no querrás que nuestros hijos nazcan fuera de matrimonio. —Él acarició el vientre de ella.

Carissa se apretó más el jersey a su alrededor. —Esa no es razón por la que casarse.

Las paredes del pecho de él oprimieron su corazón. Cogió las manos de ella entre las suyas. —Bueno, nuestros bebés conseguirían una familia y nuestra sociedad se podría cimentar en algo más que palabras. Ni tú ni yo podríamos huir de eso, y podríamos ir a por Calum juntos.

Alec no dijo que eso la haría estar en sus manos todo el tiempo además.

CAPÍTULO VEINTE

—Esta bien, puedes mirar ahora.

Carissa miró por debajo de sus pestañas al espejo y parpadeó unas cuantas veces. Una sonrisa ensanchó sus labios cuidadosamente maquillados. —¿Cómo has logrado hacer esto?

El vestido de seda con pedrería enfundada en sus curvas, una frescura susurrante en su piel. La cintura de estilo imperio justo por debajo de su busto estaba hecho de encaje y la parte de arriba tenía mangas casquillo. El cuello tenía pedrería. La cintura alta era adecuada para su barriga prominente, dándole forma de una manera favorecedora. La falda fluía por sus piernas y llegaba hasta los dedos de sus pies. Los dedos de Carissa se deslizaron por encima de los delicados detalles de tono dorado en el busto y el cuello.

—Es precioso.

Mel le brindó una sonrisa algo irónica, sus dedos ocupados en trenzar el pelo de Carissa por encima de su hombro. —Corrección, tú eres bella. Quitas el aliento. Alec va a meter otro niño en esa barriga antes de que se acabe la noche.

El pulso de Carissa se aceleró, como un caballo de carreras llegando a la meta. Durante meses, había intentado suprimir el recuerdo de sus labios en su piel, en vano. Su mirada fue desde la parte de arriba de la cómoda a su barriga. —Um. No creo que vamos a ...

Mel resopló sonoramente, esta vez sin molestarse a mirar a Carissa. —Oh, se me olvidó. Los hombres nunca tienen sexo con mujeres embarazadas. Siempre se esperan a que vuelvan a tener aspecto de súper modelos otra vez. Chica, hoy te miró como si estuviera a punto de comerte para almorzar. Una mujer menos valiente que yo se habría sentido incómoda viendo eso.

La garganta de Carissa se quedó seca. Ella había estado evitando la mirada de él durante la comida. Desde que llegaron a la decisión de casarse, ella se había ido poniendo cada vez más nerviosa. Por el lado bueno, las miradas de Alec, sus toques, se habían vuelto más atrevidos ¿Cómo se suponía que tenía que mantenerse distante y en control cuando las miradas de él insinuaban todas las travesuras que quería hacerle a ella? Exhaló un respiro tembloroso. Necesitaba estar en control.

Mel rió. —Supongo que te acuerdas de esas miradas hacia tí después de todo. Ey, tengo un regalo para tí.

Carissa sacudió la cabeza. —Has hecho bastante, Mel. En serio. Ni siquiera sé como conseguiste este vestido para mí.

—Hoy me enteré de que esos muchachos realmente sirven para algo —dijo Mel desde la alcoba.

Eso sólo podía significar que habían dicho que sí a lo que Mel les pedía e hicieron lo que ella exigía sin preguntar. —Eso es un gran elogio, viniendo de tí.

Mel regresó con las manos tras la espalda. —Espero que te guste. —Sacó los brazos para enseñar un ramillete de flores. Dentro de un contenedor de seda de color alabastro, un arreglo floral en el que se encontraban delicadas peonías, oscuros capullos de rosa y hortensias en distintas tonalidades de color rosa. Había lirios blancos y hojas de helecho para completar el arreglo.

—El ramillete de Gia. —El arreglo floral personificaba a Gia, o al menos eso se habían dicho Carissa y Mel cuando se metieron en la casa del vecino a robar las flores hace ya catorce años para animar a Gia. Hasta el día de hoy, el ramillete era sinónimo de la sonrisa de Gia y un recuerdo a cada una de las dos personas con las que podían contar siempre.

Mel afirmó con la cabeza, entregándoselo a Carissa. —Pensé que era una buena manera de representarla. Si estuviera aquí, nos habría vuelto locas a las dos. ¿Te acuerdas de lo severa que era cuando su Barbie se casó con tu Ken? Unas cuantas veces casi para la boda.

Carissa rió entonces, su garganta liberándose de nuevo. —Se toma muy en serio sus bodas. La echo de menos. —Ladeó la cabeza en el ramillete hasta que el dulce olor de las peonías le hizo cosquillas en la nariz.

—Necesitamos casarte antes de que estropeemos nuestro maquillaje las dos. —La voz de Mel era suave, un poco ronca. Se abanicó los ojos con la mano en movimientos rápidos.

Carissa alzó la mirada para darle las gracias a Mel otra vez, pero un toque en la puerta la sacudió y su mente se puso en blanco.

Leo entró en la habitación vistiendo un traje de tres piezas de color gris. Conjuntado con una corbata negra estrecha y una camisa blanca, también lucía su mejor accesorio—una pequeña sonrisa que se podría describir con una palabra: *sincera*.

—Nunca he visto una novia más bella. Mi amigo es un suertudo. —Leo besó la mejilla de Carissa, sus brazos entorno a ella con la misma calidez. Se volvió para darle un repaso visual a Mel. Su vestido corto, estilo imperio tenía una falda suelta tipo letra A. —Estás linda, Amelia —dijo. Pero las palabras corrientes no iban parejas con la manera en que sus ojos la abrazaban.

Mel jugueteó con el borde de su vestido. —Gracias. Tú también te ves bien. Vamos tarde. Los veo abajo. —Ella salió de la habitación a toda prisa y Leo se quedó mirándola marchar.

Carissa se esperó hasta que Leo la miró. Su expresión vergonzosa era encantadora. —Me parece que le gusta lo que ve también.

Los labios de él se abrieron en su sonrisa jactanciosa. —Me alegro de que te cases con Alec y es un honor para mí ser tu padrino.

Carissa le devolvió la sonrisa. —Me alegro de que vamos a ser familia. Creo que será divertido. Te advierto que mi familia está loca.

Los ojos de él se fueron hacia la puerta por donde Mel se acababa de ir. —Te creo. Esa me volvió loco todo el día. Todo tenía que estar perfecto. Es demasiado mandona. Casi nos matamos un par de veces. Me sorprende que no hubo derramamiento de sangre.

Carissa se inclinó hacia él. —Pero, te encantó, ¿cierto?

Leo bajó la cabeza. —Entre tú y yo... quizás.

—Me alegro de que estés aquí.

Le ofreció un brazo. —Bueno, no hay razón por la cual ponerse nerviosos. No es como que puedes salir embarazada de nuevo.

Carissa le miró, parpadeó y luego rió. Unos segundos más tarde, bajaron por los escalones, y toda la risa se le acabó a ella.

Encendida con velas y luces suaves, la sala tenía un aspecto casi íntimo. La atención de Carissa se fue hacia el manto, donde estaba parado Alec al lado del sacerdote. El novio llevaba un traje parecido al de Leo, pero más oscuro. Sus ojos serios no dejaban adivinar sus pensamientos.

Con cada paso que dio hacia él, algo se apretaba en su pecho. Su piel se tensó; tenía un frío en los huesos, rezaba por no desmayarse. Alec tomó sus manos entre las suyas, pero ella se concentró en sus ojos, se aferró a él con la mirada como hizo la noche en que la hirieron y él era la única persona en su mundo.

—Carissa, ¿tomarás a Alec en matrimonio? —preguntó el sacerdote, sorprendiéndola. ¿Cuánto tiempo había pasado ya? La habían pillado en una ensoñación en su propia boda.

Ella dijo: —Sí, acepto.

Las estrellas brillaban en el cielo y una brisa le ondeaba el cabello. Tras ella, los sonidos de ropa siendo descartada. Se volvió a tiempo para ver la chaqueta de Alec y su chaleco caer descuidadamente encima de un asiento en la parte de abajo de la cama.

—Ven aquí.

Carissa parpadeó unas cuantas veces y luego se acercó. Toqueteó las joyas en su vestido. —Eso fue agradable. Lo que hicieron nuestros amigos por nosotros.

Alec se deshizo de su corbata como si fuera el envoltorio de un chicle. Su mirada penetró y sacudió cada gramo de su ser—¿Podía él sentir la batalla que había entre sus nervios, su necesidad y el deseo que tenía ella de mantener las distancias? Bueno, lo más distante que podía permanecer ante un hombre que se quitaba la ropa lentamente. —Si, lo fue. Pero no quiero hablar de ellos.

—¿De qué te gustaría hablar?

Los labios de él se curvaron en una sonrisa lenta y cargada de sentido. —Quiero hablar de tí, o mejor aún... no hablar siquiera.

Los dedos de él rozaron la curva de la mandíbula de ella, deslizándose para trazar el borde de su vestido. Rozó las pedrerías, haciendo que Carissa tragara aire. Su pecho se alzó para empujar contra los dedos de él.

—¿Me has echado de menos, Carissa?

Grave y profunda, su voz le rasgó la piel, dejando sus entrañas caldeadas. Ella miró hacia otro lado, incapaz de sostener la intensidad de su mirada. —Alec...

Su mano cálida se deslizó hacia la base de la espalda de ella, acercándola. Plantó un beso en la base de su garganta. Sus labios presionaban contra la columna de su cuello, enviando escalofríos a sus pezones, su vientre y su sexo. Luego la mordió, y manteniendo su piel sensible entre los dientes, le dió un suave tirón antes de alisarla con la lengua. —Te echaba de menos así, con la guardia baja, tan sensible. Estás mojada solo para mí, ¿verdad?

El pulso de ella se aceleró. —Sí.

—Perfecto —dijo él, capturando su labio inferior y chupándolo entre los suyos.

Ella tembló, sus manos cerradas en la camisa de él. Las puntas de sus dedos le rozaban la espalda, se engancharon en las mangas de su vestido y tiró hacia delante. ¿Cuándo había bajado la cremallera?

Alec rió. —Durante ocho meses, he estado viviendo de recuerdos. Me volvía cada día más loco sin poder tenerte... tocarte... besarte... saborearte... metértelo de la manera en que quiero. La manera en que voy a hacerlo esta noche.

Ella abrió la boca, pero él desenganchó su sujetador y la prenda cayó encima de su barriga. Sus pechos se quedaron libres.

Los ojos de él se fueron de su rostro hacia los senos engrandecidos. Sus labios se abrieron y sus dedos se cerraron en torno a cada seno a la vez que cerró los ojos. De forma suave pero firme, apretó. El dolor y placer extrajeron una inspiración ahogada de los labios de Carissa.

Sus pulgares trazaron círculos por encima de sus pezones. Los pequeños capullos se endurecieron bajo el tacto de él. Latidos de deseo bajaron hasta su sexo, haciéndolo pulsar.

Si, estoy húmeda.

Él pellizcó un pezón entre el pulgar y el dedo índice, haciéndola dar un grito. Oleadas de calor pasaron por su vientre. Ella deseaba, necesitaba su toque. Con todo lo distante que quería permanecer, ya habían intercambiado votos—poco más de un mes antes de que los bebés llegaran. No, este no era su matrimonio ideal, pero era el que tenía y necesitaba hacer que funcionase.

Los labios de Alec bajaron por su pecho hasta encontrar un pezón. Su boca se cerró entorno a él, presionándolo contra el paladar con la lengua. Las piernas de Carissa cedieron y se balanceó contra él. El líquido se arremolinó en su sexo y ella hundió los dedos en el cabello de él, presionándose contra él.

—Tócame —dijo ella en un suspiro.

La mano de él se bajó por debajo de su vestido y rozó sus muslos, pero en vez de abrirse camino hacia arriba, Alec se detuvo y sonrió. —Te quiero desnuda.

La realidad la invadió, como un cubo de agua del Ártico. Él estaba más guapo esta noche que la noche en que le conoció. Su cuerpo estaba duro y fuerte. Ella no se podía ver las puntas de sus pies. El calor subió en sus mejillas y miró hacia otro lado un instante.

—Voy a tener bebés. Mi cuerpo...

Él ladeó la cabeza para permitir que su mirada descendiera lentamente por su cuello largo y por encima de su pecho, detenerse un poco en sus senos desnudos, seguir por su torso y descansar en su barriga. Miró a su rostro, sus ojos brillando como rescoldos.

—Lo sé. —Tomó la mano de ella y la colocó entre sus piernas. —Esto es lo que tu cuerpo me hace a mí.

La longitud de él se presionó dura en sus dedos obligándola a abrirse un poco más de piernas. Sintió sus labios curvarse. El hambre que tenía él por ella era un poderoso afrodisíaco. Ella acarició su miembro. —Quiero esto.

Alec alzó el vestido por encima de su cabeza y lo colocó al lado de su chaqueta. —Tengo hambre de tí. Necesito hundirme dentro de tí.

Desesperada, Carissa torpemente le desabrochó el cinturón y los pantalones. Recorrió su miembro con los dedos de arriba abajo. Con pericia experta, Alec se quitó la camisa y la dejó caer al suelo. Después se deshizo de sus pantalones y las pantis de ella.

Se enfrentaron el uno a la otra desnudos, el cuerpo de él firme, el vientre de ella delante. Ella ahora temblaba con una necesidad que ya no dejaba sitio para la timidez, tan obvia era su necesidad de ser colmada, tan grande que iba a necesitar varias rondas.

Los dedos de él se deslizaron por el hombro de ella, acercándola hasta que su pecho se presionó contra el de él. Sus manos se cerraron entorno al cuello de él, sus labios encontrando los de él. El olor de Alec, ese olor de mar y almizcle y hombre, invadió su nariz. Ella separó su boca de la de él para hundir la nariz en el cuello de él. —Hmmm. Me encanta tu olor.

Él gimió y apretó la cintura de ella. Le frotó el vientre, deteniéndose para besárselo antes de dejarla suavemente en su costado.

Se subió a la cama detrás de ella. Sus manos se deslizaron por la espalda de ella, siguiendo la curva de su columna como un fino instrumento, creando piel de gallina y gemidos musicales. Las caderas de ella se movieron contra las suyas.

Enganchó una mano bajo su pierna y la dobló por delante de ella, con el dedo índice entre sus pliegues, haciéndola suspirar. Se echó hacia atrás, rozando dos dedos contra su pubis hasta encontrar su manojo de nervios. Sus nudillos dieron círculos alrededor a ella hasta que todo reventó en ella, haciéndola pulsar en una liberación que era casi dolorosa.

Carissa no tuvo tiempo para recuperarse.

Alec frotó la punta de su miembro contra ella, invadiéndola con una nueva oleada de necesidad. Sus uñas rasgaron la sábana, intentando encontrar una manera de hacer frente a esta invasión de deseo que la conmovía.

Él la penetró, las paredes de su sexo envolviéndose entorno a él. Impotente, ella gritó. —¡Sí, Dios, sí!

Él la penetró hasta el fondo, haciéndola rebasar los límites.

Los ojos de Carissa se abrieron y conectaron con la mirada de él. —¿Alec? —Ella frunció el ceño, se frotó los párpados y parpadeó unas cuantas veces. Sus manos se alzaron para alisarse el cabello. —Estoy fatal, ¿verdad?

Su cabello, ya no trenzado, se desparramaba por la almohada. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos brillaban. —Te prefiero así. Tienes el aspecto que deberían tener todas las mujeres en su noche de bodas—como que la han te han echado un buen polvo.

La piel de ella se puso rosada, encantándole a él aún más. Se inclinó hacia ella y la besó. Se miraron cada uno a los ojos; ella fue la primera en sonreír. Se intentó sentar sola, pero al final él la ayudó. Sus manos descansaron encima de su vientre, y ella las mantuvo allí con las suyas. —Tengo miedo.

Alec reaccionó como si ella le hubiera pegado en la cara. —No crees que te puedo proteger.

—No es eso. Yo puedo cuidar de mí misma. Es sólo que... No nos podemos poner de acuerdo para poder comer juntos, pero vamos a tener dos bebés. Los bebés nunca han sido una prioridad para mí. Ni siquiera desde que era una tonta adolescente con sueños de casarme con mi novio jugador de fútbol en mi escuela de secundaria. ¿Qué tengo para poder ofrecerle a nuestros bebés aparte de una vida complicada llena de enemigos?

El estómago de él se cayó y rodó. *Los bebés*. Las otras dos personas en la habitación, sus elefantes en la esquina. ¿Qué diablos iban a hacer con sus niños cuando ni siquiera tenían vidas adecuadas para una familia?

Él no iba a pensar en eso esta noche. Ella era suya y esta noche eso era suficiente. *De momento*.

Deslizó una mano por encima de la rodilla de ella y por su muslo. Fue recompensado por el ardor de la mirada de ella por su rostro y por su cuerpo.

Ella cazó su mano al mismo tiempo en que llegaba al ápice de ella, y la sostuvo mientras que el dedo anular de él realizaba ochos por encima de su raja. Ella arqueó la espalda y movió las caderas contra la mano de él.

—Quiero olerte —gimió ella estirando una mano hacia él.

Sin quitar la mano o dejar de hacer los hábiles gestos, se inclinó hacia ella y sus labios se encontraron. La lengua de ella rápidamente se metió en su boca para acariciar la suya, luego siguió por su cuello. La mano de ella entre sus piernas recorrió la longitud de su hombría.

La respiración se le trabó en la garganta, y la sangre se le subió a la cabeza con cada toque de los dedos de ella. Le colocó besos en el cuello, pausando sólo para gemir cuando su dedo tocaba su lugar de placer.

—Tu olor me vuelve loca —dijo ella en un susurro. —Imaginaba tu cuerpo y tu boca y casi lloraba porque necesitaba sentir tus labios en mí.

Él se echó hacia atrás. Como un hombre desesperado, su boca descendió en los labios de ella, su cuello y luego tiró de sus pechos, chupando duro, con la cantidad de presión que sabía que ella necesitaba. La respiración de ella se aceleró; estaba a punto. Él retiró la mano de sus piernas y soltó su pecho. Se bajó más abajo en la cama y colocó la cara entre los muslos de ella. —Ya no tienes que volver a imaginártelo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Carissa escuchó el repique en la puerta, pero no se movió. Estaba demasiado cómoda y cálida en brazos de Alec. Pero él se incorporó, retirando su brazo de la cintura de ella y se salió de la cama. Ella suspiró e intentó retirar la almohada.

—Quédate aquí. Seguramente es Leo.

—¿Normalmente llama en medio de la noche? —preguntó ella, aunque todavía estaba medio dormida.

—No.

—Al menos que algo esté mal —terminó la frase para él, alzándose hasta quedar sentada.

Él encendió la lámpara en su mesilla de noche y se puso los pantalones de un brinco. Le colgaban bajo en la cintura. Se volvió para darle una rápida sonrisa que no le llegó a los ojos. —Vuelvo en un momento. No te vistas.

Los labios de ella se curvaron todo lo que pudo, pero algo le roía las entrañas. ¿Qué podía ser tan urgente que Leo les interrumpiese en su noche de boda? ¿Se lo contaría Alec? ¿Era Mel? ¿Pasaba algo malo?

El manubrio de la puerta hizo clic y ella escuchó la voz de Leo. Un instante después, Mel entró en la habitación de golpe con Gia pisándole los talones.

—¡Estás aquí! —gritó Carissa.

Gia le brindó una breve sonrisa, pero pronto se disipó conjuntamente con el alivio de Carissa. Algo estaba muy mal y a punto de ponerse peor.

Mel ya estaba a su lado. Tiró de la manta, haciéndole a Carissa inspirar. Las manos de Carissa intentaron cubrirse. —Estoy desnuda.

—Claro que sí —dijo Gia. —Es tu noche de bodas. —Su tono era brusco—con un toque de ensoñación.

—Nos vamos a otro sitio —dijo Mel. —Te explico pronto, pero necesitamos vestirte. Voy a buscar ropa del armario. Gia, ayúdala a levantarse.

Mel volvió del armario con un suave maxi vestido. Gia se agachó para buscar los zapatos de Carissa.

—¿Pueden explicarme por qué me están sacando de la cama y vistiéndome como si fuera una niña? —exigió Carissa. —¿Y, de qué están hablando Alec y Leo en la otra habitación?

Gia ayudó a Carissa a meterse los brazos por las mangas de un jersey. —Noah y yo recibimos mensajes de Mel y Leo de venir aquí esta noche.

Carissa frunció el ceño. ¿Cómo? Mel y Leo no enviarían mensajes que podían ser seguidas. Nunca harían eso. Además, la boda era secreta, desconocida a todos menos los presentes. Eso dejó sólo una opción.

—¿Crees que Calum les envió esos mensajes?

—Carissa, ¿te acuerdas de la Lanza mencionada en la carta de tu padre? ¿El traidor? —Mel se acercó más. —Creemos que puede ser el que está detrás de esto. Leandro le está explicando sus sospechas a Alec, pero puede que se nos haya acabado el tiempo.

Ella no tuvo la oportunidad de preguntarle a Mel lo que quería decir. Alec volvió a trompicones al dormitorio. —Necesito la carta de tu padre, ahora.

—¿La carta de mi... mi padre?

—Sí, la carta. —Se llevó una mano al cabello. —Mira, no tenemos tiempo. Noah está afuera asegurándonos un carro. Sospechamos que la casa va a ser atacada. Necesito esa carta. Tengo que saber lo que dice para estar preparado.

Ella nunca le había visto tan agitado. Se mordió el labio, y ella no tenía que mirar a nadie más en la habitación. La pesadez era tan potente que lo podía sentir con cada inhalación.

¿Podía darle la carta de su padre? La carta era lo único que le daba algún tipo de control sobre la situación. Era su seguro para protegerla, sus bebés y las chicas. Si la entregaba ahora, ¿qué clase de palanca tendría? ¿Cumpliría Alec su palabra? ¿Sería esto una sociedad de verdad una vez que él consiguiese lo que más deseaba?

Toda su vida, sólo había podido confiar en las dos mujeres a su lado. Todas las otras personas le fallaron. Ahora, cuando realmente no podía tener nada actuando en su contra, ¿se atrevía a confiar en un hombre con el que se acababa de casar pero a quien apenas conocía?

Era mucho pedir. Estaba sacrificando su libertad, su autonomía completa, su arma más grande, todo en el mismo momento.

Sin embargo, no tenía opción. Tendría que seguir por el camino en que se había embarcado, con las decisiones que ya había tomado. Tendría que fiarse de él.

Soltó la respiración más larga de su vida, cerró los ojos, y movió la cabeza en dirección a Mel. Las cejas de Alec se juntaron.

—Dame mi celular —le dijo Mel a Leo.

Entonces se lo pasó a Carissa una tarjeta SIM que se sacó del sujetador. Las manos de Carissa temblaban. Hizo un esfuerzo pero finalmente fue capaz de sustituir la SIM en el celular.

Desbloqueó el celular y buscó en los archivos hasta que encontró el documento escaneado. Le entregó el celular a Alec antes de que pudiera cambiar de parecer.

Amigos míos, Hebreos 11:4 nos dice que la elección que El hace para bendecir a uno puede desencadenar el fin de otro. El cordero inocente a veces es matado porque estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Dios sabe que he exterminado muchas ratas en mi vida. Nunca pensé que acabaría siendo uno de ellos. Pero hay una razón más ponderosa en mi y que en cualquier otra cosa en la que crea. Carissa es la única que me haría volverme en contra de la única vida que he conocido, contra el joven que una vez amé como si fuese un hijo. No la quiero aquí, no después de lo que ví el fin de semana pasado. Ella sólo tiene trece años, pero sus ojos ven más. La quiero fuera de esta ciudad, lejos de él.

Ella, su madre, y yo, elegimos esta vida, pero Carissa es inocente. Su único defecto es su sonrisa y la belleza que heredó de su madre.

Confío de tu palabra que estarás en el sitio acordado. Mi mujer y mi hija estarán allí esperando. En el dorso de esta carta encontrarás los nombres de todos los hombres que Calum ha ordenado matar. El nombre de Sheldon no debería estar en esta lista. Era la de otro —el más joven el que creías honrar pero que condenaste. Ese pecado no es únicamente de Calum pero mayormente de la Lanza. Como dice 1 Juan 3:12. —¿Y por qué le asesinó? Porque sus propias acciones eran malvadas y las de su hermano eran virtuosas (agradables para Él).

—Por favor, salva mi familia. Estaré muerto antes de que salga el sol, pero ellas se habrán escapado.

Clyde S. Elliott

Alec se quedó mirando fijamente la pantalla del celular hasta que ya no la vió. Las paredes de su pecho se constriñeron como una pared lista para aplastarle. Oleadas de nauseas surgieron en su garganta. Dio un traspiés pero la mano de Leo le agarró del brazo. Su mirada voló hacia el rostro sin sangre de Carissa.

—Sabes quién es —dijo ella con sorpresa.

—La Lanza significa Caín, que mató a su hermano en la Biblia. Bas... él mato a Shel. —Las palabras salieron de él en un torrente de dolor, como si fuesen demasiado grandes para su garganta y que las tuviera que decir rápido. Se sacudió la mano de Leo de su brazo. —¿Cómo? ¿Por qué haría eso?

—No lo sé —dijo Leo—. Creo que quería ocupar tu lugar.

—Yo no elegí esto. ¿Por qué no habló de esto con el Abuelo? ¿Por qué yo? ¿Por qué Shel?

Alec volvió a mirar la imagen, la carta que llevaba años buscando. Ahora deseó nunca haberla visto. ¿Hasta qué punto se podía ser tan estúpido? Era su hermano, delante de sus narices.

Carissa le colocó una mano en el brazo. —Alec.

Se volteó de ella hacia su mejor amigo, necesitando saber todo. —El atentado en Miami, el ataque en Nueva York, ¿Era él?

—Sí —dijo Leo.

El corazón de Alec sonó fuerte en sus oídos, la ira subiendo por su pecho. Sus manos se fueron a Leo agarrándole de la pechera de la camisa. —¿Tú lo sabías?

—¡No! —gritó alguien, pero Alec la ignoró. Leo lo había sabido y no le había dicho nada. Sacudió a su amigo otra vez.

Las manos de Leo colgaban a sus costados. —He sospechado desde Miami. Y luego después de Nueva York... ¿Pero cómo podía decirte que pensaba que era Bas, si no estaba seguro? Todo lo que podía hacer era protegerte, intentar no dejar tu lado.

¡Que carajo! ¡Maldito sea Bas! ¡Maldito sea él mismo por ser tan estúpido!

—Alec, no podemos demorarnos —dijo Leo—. Creo que Bas viene para acá. Estamos en peligro. Noah está consiguiendo el carro para ir a una zona segura. Tenemos que salir de la casa, llevar a Carissa a un sitio seguro.

Fue el nombre de ella lo que atravesó la neblina. —Quiero que la llesves a la casa segura. Noah y yo esperaremos a Bas.

—No —dijo Carissa. —No me voy a ninguna parte sin tí.

—Si. Leo te acompañará al carro. Voy a hablar con Noah. Nos reunimos con ustedes más tarde.

Los ojos de ella se pusieron saltones y le agarró de los antebrazos. —No, te esperaré.

—No, tienes que irte. El médico estará allí. Déjame hablar con Noah. Tenemos que averiguar lo que vamos a hacer. —Él dejó de hablar y cerró los ojos. —Necesito que estés segura. No tendré la cabeza despejada de otra manera.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. —No quiero dejarte aquí.

—¿Nos pueden dar un minuto. No tardaremos —les dijo a los otros tres, pero sus ojos permanecieron en el rostro de ella. Alec la acercó a sí y la besó. —Nada importa si tú y los bebés no están a salvo. No me va a pasar nada. Sólo tengo que ver a Sebastián. —La abrazó, le besó la frente y el cabello.

—Ni siquiera puedo cuidar de mi misma.

Le besó la cabeza. —Tenemos que confiar el uno de la otra ahora más que nunca. Todos tenemos un papel que desempeñar aquí. Si trabajamos juntos, podemos sobrevivir esto. Necesitamos asegurarnos de que no nos encuentren a todos juntos en el mismo sitio. Leo te llevará desde nuestro sitio seguro a un carro, y Noah y yo nos reuniremos con ustedes con más municiones.

Ella encajó la mandíbula, y Dios, no tenían tiempo para una discusión ahora mismo.

—Carissa.

—Consígueme una pistola —dijo ella.

Mierda. La última imagen del mundo que necesitaba era una Carissa embarazada intentando dispararle a alguien para defenderse. —Leo tiene una pistola. Y tus chicas también.

—Pero yo no. Si vamos a trabajar en equipo, ¿por qué soy la única persona desarmada?

Ella no iba a ceder. Lo peor es que tenía razón. Alec dejó de imaginarse cosas y sacó su Beretta Pico de la mesilla de noche. —Esto te debe caber en el bolsillo. ¿Necesitas que te enseñe como funciona?

—Voy a pasar eso por alto, porque sé lo apremiante que esta la cosa. Mi vestido no va a ocultar esto bien. —Señaló la silla en la habitación. —Necesito tu chaqueta.

Dios, el fuego en sus ojos. *Esa es mi chica.* Él agarró su chaqueta y la ayudó a ponérsela. —Vámonos.

Ella no se movió, pero su mano se aferró a su antebrazo. —Prométeme que te cuidarás. Prométeme que volverás a mi.

Sus ojos húmedos le dijeron que ella necesitaba la única cosa que él no podía darle: seguridad.

Tomando los escalones de dos en dos, Alec se fue corriendo hacia el segundo piso camino a la sala principal. Necesitaba encontrar a Noah y conseguir un arma más potente de la sala de armas.

Su pie pisó el último peldaño justo cuando sonaron los disparos, fuertes y veloces. Un asalto de semi-automática. Su corazón latió fuerte, su aliento frenado de golpe. Se oían los ecos de pisadas en el primer piso; él estimó que había por lo menos cuatro personas. El hielo se apoderó de su pecho y se prodigó por el resto de su cuerpo. Sus dedos se apretaron entorno al mango de la pistola a su lado.

Noah. Estaba abajo.

Alec marcó el número de Noah pero no recibió contestación. Marcó de nuevo y en la segunda llamada Noah contestó.

—Es Bas. Nos ha traicionado.

Apenas podía oír a Noah por encima de un ruido atronador en la línea. —Lo sé. ¿Dónde estás?

—Afuera. Me engañó. Me dejó fuera. Me dispararon. Está dentro de la casa. Necesitas salir de ahí. —Noah habló rápido, la voz ahogada.

—Voy por tí. Dime dónde estás.

—No, yo estoy bien. Tienes que salir, Alec. Bas iba camino a buscarte. Consigue que todo el mundo esté en la sala segura.

Las entrañas de Alec se encogieron, su garganta tan espesa que no podía tragar. —Ya están aquí. Yo venía a buscarte. Voy a reunirme con ellos ahora.

Con el celular pegado a la oreja, Alec se encaminó por el pasillo, jadeando con cada paso. Llegó a la habitación que fue de su madre y se fue hacia el vestidor, donde estaba la otra entrada de la habitación segura, solo para encontrársela cerrada bajo llave. Los pasos se acercaron por el pasillo.

—Mierda —susurró al celular. —Está cerrada desde dentro. Noah, me tengo que ir. Quédate a cubierto. Intenta llegar a nuestros hombres.

Colgó y le mandó un mensaje de texto a Leo, haciéndole saber que Sebastián estaba en la casa. Cerró los ojos y rezó porque su mejor amigo ya tuviera a Carissa fuera de la casa. La historia de ellos no podía acabar hoy, no de esta manera. Su hermano traidor no se iba a salir con la suya.

Se agachó hasta el suelo y se apoyó contra la pared, presintiendo más que oyendo la presencia

en la habitación.

—Sal que te vea, Alec. Es hora de vernos cara a cara.

La voz le heló la sangre en las venas. La conocía demasiado bien. Era la voz del hombre que había causado dolor y pérdida tanto a él como a Carissa.

—Calum, qué bien que te hayas venido a hacernos una visita —gritó.

—Ya no puedo caminar más. —Doblegada por el dolor, Carissa se preparó para una nueva oleada de dolor que rasgó su vientre. Sus piernas amenazaban con doblarse, y se aplastó contra la pared.

Gia le rodeó el hombro con su brazo. —Sí que puedes. Vamos, Carissa. Ya casi hemos llegado.

Mel afirmó y la flanqueó por el otro lado. —Sí, tú puedes hacer esto.

Carissa no les contestó. El dolor la obligó al silencio. Usó su fuerza para cerrar los labios, preocupada de que si abría la boca, le dolería más.

Leo miró por encima del hombro. —Necesito que sigas un poco más, Carissa. Cuando lleguemos al garaje, te llevaré en brazos. Ahora mismo, necesito asegurarme de que no nos asalte nadie por sorpresa.

El dolor, como pedazos de vidrio, le clavaban en su zona lumbar. Gimió, presionando la espalda contra la pared. Esperó, el tormento sacudiendo su cuerpo, dejándola temblando. Se obligó a respirar, sin molestarse en concentrarse en la conversación a su alrededor.

No quería que se quedaran rezagados, pero por otro lado no podía moverse. Se negaba a pensar en lo que significaba esto. Su única esperanza era que estas contracciones fuesen un parto falso. El doctor estaba en el sitio seguro. Necesitaban llegar hasta allí. El temor le susurraba que no llegarían.

Deseaba a Alec. Quería estar fuera de esta casa. Quería tantas cosas pero era incapaz de ninguna.

—¿Carissa?

La voz de Mel la sacó de sus pensamientos. *Presta atención y sigue adelante.* No podía dejarlo todo en manos de Gia, Leo y Mel.

—Estoy bien, Mel.

Atravesaron el largo pasillo que tenía luces de emergencia que Leo encendió cuando llegaron al final. —Está diseñado de esta manera por si acaso tuviéramos que realizar nuestra huida.

—Sí, muy útil. Gracias por la lección de historia. —La voz de Gia era como papel de lija.

Leo se giró para mirar a Gia.

—Se pone quisquillosa cuando está nerviosa —explicó Mel.

—Entiendo.

Un zumbido doble les hizo detenerse a todos. Leo miró a su celular y luego dejó que su cabeza cayese hacia atrás. —Maldita sea. Es un texto de Alec. Bas está en la casa.

El pulso de Carissa se aceleró, dejándola mareada. Sebastián estaba aquí. Iba a matar a Alec. No tuvo tiempo para gritar. Leo la tomó en brazos y todos se fueron corriendo hacia la salida. Encontraron las dos puertas cerradas con llave.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Mel, sin aliento, la cara roja de la carrera.

Leo depositó a Carissa en el suelo y le colocó una mano en el hombro. —Hay una entrada desde fuera. Amelia, ven conmigo. Yo te cubriré para que puedas escabullirte por la ventana y abrir la puerta. —Se volvió hacia Gia. —Si entra cualquiera que no sea Alec o Noah por esa

puerta, quiero que le dispares. Volvemos en tres minutos. Si no volvemos para entonces, entren en esa habitación ahí mismo y se encierran.

El pánico subía en oleadas en el pecho de Carissa. Se mordió el labio para ahogar cualquier sonido proveniente de sus labios. Estaban condenados por su culpa. No podía moverse y ahora estaba poniendo a todos en peligro. Pero no había nada que pudiera hacer. Quería que sus bebés y su familia estuvieran a salvo. Enderezó la columna y afirmó con la cabeza. —Tengan cuidado los dos.

Mel le miró a los ojos, y durante un instante, Carissa casi le gritó que no se fuese. ¿Y si les disparaban desde fuera? Su corazón latía aprisa en su pecho, pero consiguió una pequeña sonrisa para su amiga.

—Vamos a estar bien. Tengo a este hombre grande, malo y sexy para protegerme. Volvemos enseguida. —Con eso, Mel se encaminó hacia Leo.

Carissa se frotó los ojos. —¿Cómo puede gastar bromas en un momento como este?

Gia la rodeo con los brazos. —Volverán pronto y todos estaremos a salvo. Además, sabes que no está bromeando. A Mel le gusta ese hombre grande, malo y sexy.

La carcajada de Carissa amenazó con convertirse en un sollozo, así que se abrazó a Gia. Un gemido salió de su garganta cuando le llegó la siguiente oleada de dolor, esta vez en su abdomen. Plantó las piernas firmemente, pero su cuerpo se descolgó por delante y se cayó con Gia.

—Carissa, háblame —le dijo Gia, poniéndose en pie y tomando a Carissa entre sus brazos de nuevo.

Carissa no quería decirle. Se lo quería quedar para sí misma. Ya era una molestia, el ancla que les estaba estorbando a todos. Si ella no estuviera allí, embarazada e inútil, se podrían ir corriendo hacia el sitio seguro y alejarse de la casa. En vez de eso, Gia estaba aquí haciendo de niñera y Mel y Leo estaban ahí afuera arriesgando su vida para llevarla a un sitio seguro.

Por favor, necesito más tiempo.

—Estoy de parto. —No pudo detener las palabras.

A su lado, Gia inspiró e intentó retirarse para tomar alguna clase de acción, pero Carissa se aferró a ella con fuerza.

—No, no te muevas. Te necesito aquí. Necesito respirar y no quiero que esto sea cierto.

Gia le frotó la espalda con movimientos circulares confortantes en el centro de la espalda de Carissa. —Sé que tienes miedo, pero vamos a estar bien. Esos bebés no llegan todavía. ¿Cuándo sales de cuentas?

—En cinco semanas. —Carissa estaba sorprendida de ser capaz de hablar. Y eso era una cosa buena, porque había algo que necesitaba decir. —Gia, quiero que me prometas algo. Si me pasa algo, tú y Mel tienen que velar por mis bebés.

Gia sacudió la cabeza. —Deja de decir locuras. No te va a pasar nada.

Carissa le apretó la mano. —Tienes que prometérmelo. No me confió en nadie más que tu y de Mel. Tienen que ayudar a Alec con los bebés.

Gia se mordió el labio inferior. —Te lo prometo.

No hubo tiempo para sentir alivio. Instantes más tarde, la peor pesadilla de Carissa se materializó en forma de un líquido cálido que le bajaba por las piernas hasta los dedos de los pies.

Oh, Dios, no.

Los rasgos de Gia se contorsionaron. —Oh, no. Esto significa que...

—Acabo de romper fuente.

Gia daba manotazos al aire como si estuviera intentando decir algo, pero le fallaban las

palabras. ¿O estaba reflejando la expresión de Carissa? Estaban bien jodidas.

¿Dónde estaba Alec? ¿Estaba bien? Tenía que estar bien. Le había mandado un texto a Leo y le había prometido que se reuniría con ella en la casa segura.

—Oh Dios mío —Gia gimió. —Esto no está pasando. —Retiró a Carissa de la pared y la movió hacia un sitio seco. —¿Tienes mucho dolor?

Carissa no podía hablar, pero afirmó con la cabeza y siguió las instrucciones de Gia en unos ejercicios de respiración. Era todo lo que podía hacer y parecía estar funcionando.

—Bien. Vas muy bie...

Hubo un gran golpe y Gia cayó al suelo ante la mirada de horror de Carissa. Tras ella estaba Sebastián.

—¿Por qué has hecho eso? —chilló una mujer.

La mirada de Carissa se fue de él a Nelly—*Oh, Dios.*

Carissa tenía tanto dolor que estaba viendo visiones. Nelly estaba en Nueva York—sin embargo estaba ahí cerca, agarrándose la cabeza entre las manos.

Sebastián abrió la puerta de par en par a la sala adyacente. —Cállate y ayúdala a meterse ahí dentro.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

—Ha pasado demasiado tiempo, amigo. Sál para que te vea y que nos podamos dar un abrazo — dijo Calum desde el otro lado de la pared. La risa se oía en su voz.

Alec tenía ganas de darle un buen abrazo. Con su pistola y todas sus balas. Necesitaba ver a Calum morir, pero no iba a ser un estúpido atacando a balazos. Necesitaba esperar. Si Calum podía ser frío, Alec podía ser un iceberg. Rió.

—No quiero nada más en todo el mundo que abrazarte a tí, Calum. Lo llevo deseando años

—No hay momento como el presente, viejo amigo. Podemos abrazarnos y tomar una copa mientras hablamos sobre nuestra rubia favorita. ¿Cómo esta mi chica? ¿Te ha hablado de nuestro rato en Arizona? Hicimos bebés allí.

Alec necesitó usar todos sus recursos por no vaciar su pistola en la dirección de la voz de Calum. Necesitaba controlarse. No sabía cuántas personas tenía Calum consigo, y, en el vestidor, estaba en desventaja física. —Carissa sabe lo que le hiciste a su madre, como asesinaste a su padre y a Braeden. Se burló de tus intentos de seducirla. Cree que eres muy patético.

—¿Eso es lo que te ha dicho? Siempre has sido un crédulo, Alec. No me extraña que te hayan engañado bajo tu propio techo toda tu vida.

La columna de Alec se tensó. El recordatorio de la traición de su hermano era una espada en sus entrañas. *Tranquilo...* Tenía que conseguir que Calum siguiera hablando, distraerle lo suficiente como para cambiar de posiciones. Era la única manera en que saldría vivo de allí.

—¿Ah, sí? Explícame cómo he sido un tonto.

—Bueno, ¿te has preguntado sobre todas las veces que me ha costado tan poco trabajo alcanzarte?

La espada se retorció más hondo. Alec quería verter sangre. No cualquier sangre. La sangre de Calum.

Conserva la calma.

—Te halagas a tí mismo. No han sido tantas veces.

Calum continuó como si Alec no hubiera dicho ni una palabra. —Te diré que tienes más vidas que un gato. Sobreviviste la bomba del carro. Y Sheldon, ese pobre inocente, murió cuando debiste ser tú. Y luego estaba la noche esa en Miami. Demasiadas vidas, me parece a mí.

Se burló. Nunca sabría cómo lo hizo, pero Alec sonó casi distante mientras decía. —No te lo pregunté. ¿Llamas esa cosa de Miami un atentado de verdad? Tu gente es la única que salió herida. Salí de ese sitio por mi propio pie—y con la chica que siempre has querido y que nunca tendrás.

Calum se movió por la habitación. —Cuando tú mueras, yo estaré para consolar a Carissa y dejarla saber lo mucho que me ha defraudado últimamente.

El nombre de ella en los labios de Calum le hervía la sangre a Alec. Se paró, esperó. Necesitaba ser preciso para poder moverse, o acabaría siendo un colador humano. —Nunca conseguirás ni a mi mujer ni a mis hijos. Vas a morir esta noche por matar a mi hermano.

Calum suspiró. Un suspiro pesado y cargado. Un suspiro de te-lo-he-dicho-mil-veces. —Eso no fue culpa mía. Mi gente hizo su parte. Sebastián fue el que la cagó al no asegurarse de que tú te subieras al carro.

Las palabras atravesaron el corazón de Alec. Sebastián había ido a su cuarto para decirle que el carro le estaba esperando. Pero Alec había olvidado su cartera y volvió para buscarla. Sheldon había decidido tomar el carro para ir a ver a su novia. Alec volvió a tiempo para ver el carro explotar, matando a Sheldon instantáneamente. La bomba era destinada a él.

Pero no podía meditar en eso. No ahora.

—¿Esperas que me lo crea?

—Piensa, Alec. ¿Por qué no estaba Leo en ese viaje a Miami contigo? ¿Quién te dijo que le dejaras en casa?

Calum decía la verdad. Sebastián había insistido que Leo se quedara en casa en otros asuntos. Alec apoyó la cabeza contra la pared. Se las vería con Sebastián más tarde, pero Calum sería primero. —Vas a morir, Calum. Te voy a matar.

—No, te voy a matar yo, y Sebastián me va a dar tu mujer. Desde el infierno, tú y Clyde van a ver a Carissa siendo cogida por un hombre de verdad.

Alec frunció el ceño. —¿Su padre?

—Sí, Clyde pagará por su traición. Es todo culpa suya. Podía ser diferente. Lo único que dije era lo bonita que se estaba poniendo Carissa, y él decidió que yo no era lo suficientemente bueno para ella. Se fue corriendo al pendejo de tu abuelo para hablar de mí.

Jesús. —No eres lo suficientemente bueno para ella, Calum. Eres un cobarde. Si tenías tantas ganas de matarme, tendrías que haber tenido los cojones de ir a por mí tú mismo.

—¿Para qué hacer eso cuando tenía a tu hermano que te ofrecía en bandeja?

Esas palabras. Daba igual que las dijera Calum o cómo las decía o el contexto en que las decía, la realidad siempre era la misma. *Sebastián quería a Alec muerto.* Había pasado una vida traicionándolo a él y a su familia.

Alec hubiera preferido que Calum le atacase con un hacha. Le habría dolido menos. Pero no había manera alguna en que admitiese eso a Calum. —Esto no es sobre Bas. Es sobre tí y cómo te ocultaste tras mi hermano para hacer tu trabajo sucio.

Calum hizo un sonido ahogado desde muy dentro de la garganta. —No tuve que ocultarme tras él, Alec. Vino a mí con el trato. Incluso yo no te odio tanto como Sebastián. Es casi cómico. Sólo se le acerca el odio por Leo. Su problema con ese tipejo es casi psicótico.

El corazón de Alec latía fuerte en su pecho y tragó la bilis que le subía por la garganta. *Leo.* Sebastián siempre había ido tras su mejor amigo. Si llegaba a Leo, Sebastián le mataría y entregaría a Carissa a Calum. Ya había intentado matar a...

—¿Y qué pasa con Noah?

La burla de Calum rebotó contra las paredes. —Dice que Noah es otra de tus mascotas. Es hora de salir a la luz, Alec. Te has quedado sin miembros de familia, y estoy cansado de este juego.

Necesitaba realizar una maniobra. Alec se estrujó el cerebro, repasando escenarios. No, lo que necesitaba era conseguir más tiempo. —Ven por mí, Calum. Sé un hombre por una vez. Acabemos a tiros. Sólo tú y yo.

—Lo prometo, Alec —dijo Calum, su voz helada y firme. Le aceleró el pulso a Alec. —Hoy veré la luz apagarse en tus ojos.

Luz.

Podía apagar las luces desde su celular. Eso le daría una ventaja nocturna. Podría salir del vestidor y entrar en la alcoba. Entonces estaría en plano de igualdad.

Alec sacó su celular y accedió al sistema de seguridad para cortar el suministro eléctrico en el segundo piso. Las luces se apagaron, sumiendo la habitación en la oscuridad.

—Es un truco bastante chulo, pero no funcionará —dijo Calum.

El celular vibró, enviándole una corriente a la mano de Alec. Apenas tuvo tiempo para esquivar el chorro de balas que llovía hacia él.

—Puedes intentar todo lo que quieras, Alec, pero no saldrás vivo de aquí.

—Bas, ¿qué diablos estás haciendo? Dijiste que estábamos aquí para hablar. —La voz de Nelly mezclaba confusión con ira.

Con la pistola en la mano, Bas se quedó boquiabierto mirando a Nelly como si le hubieran crecido dos cabezas. —¿Hablar? No hay nada de qué hablar.

El corazón de Carissa luchaba en sus oídos. La expresión de pánico en el rostro de Nelly y la determinación obcecada en los ojos de Sebastián lo contaban todo. Una historia en la cual las cosas no acabarían bien para ninguna de ellas dos o Gia que yacía inconsciente en la habitación adyacente. Carissa rezó por que su amiga.

—Sebastián, no hagas esto.

Él la miró con frialdad. Sus labios se retorcieron en una leve curva, como si ella fuese un gusano arrastrándose hacia sus mocasines italianos. —Deja de hablar.

Su voz detuvo la sangre en sus venas. Ella se frotó las manos arriba y abajo por los brazos para impedirle agarrar la Beretta en su bolsillo. Un sabor a níquel le llenó la lengua, un sabor demasiado familiar para Carissa. Ella y el miedo eran viejos conocidos. Ahora reunidos, le atenazaba en un abrazo de amantes, difuminando su afecto por todo su cuerpo.

Dios, sólo necesitaba una oportunidad, algo para distraerle.

Nelly se acercó poco a poco hacia él, el brazo tendido. —¿Qué vas a hacer? Carissa no tiene nada que ver con esto. Vayamos a hablar con mi hermana y Leo.

El rostro de Sebastián se arrugó. —Jesús, ¿cómo puedes ser tan tonta? ¿Todavía no lo notas, verdad? Ella es parte de la historia. Todos lo son. —Le replicó con tanta fuerza que Nelly dio un paso hacia atrás chocando con Carissa.

Su mano en el brazo de Nelly, el cuerpo de Carissa se contrajo, dolor y presión mezclándose en sus caderas y vientre bajo.

¿Dónde estás, Alec?

Sebastián entornó los ojos. —Leo ha llegado a Mel como le llegó a Alec. Ya se la ha tirado. Han estado revolcándose en las sábanas todo este tiempo.

Nelly tendió una mano ante sí. —No, Mel no haría eso. Sabe que me gusta.

Sebastián sacudió la cabeza. —¿Para qué me molesto? Eres una pobre perrita. Nunca eras tú. Él deseaba a Mel todo el rato. Ella es fuerte, va a por lo que desea, y no va a todos los hombres como haces tú.

Nelly sacudió la cabeza casi violentamente. —No.

La mirada de Sebastián se posó brevemente en Carissa. —Ella te lo puede decir. ¿Por qué no se lo preguntas? Mel ha estado aquí todo el tiempo, Nelly. ¿No te das cuenta? Los cuatro han estado aquí jugando a la casita.

Nelly desplazó la mirada a Carissa. La agudeza en su mirada se disipó en una mirada líquida como hacía cuando Nelly era una niña pequeña. La mirada que le permitía salirse con la suya siempre.

Carissa respiró hondo. —Alec me trajo aquí desde Nicaragua. Mel lo averiguó y llegó aquí. No se lo contó a nadie más.

Los ojos de Nelly se entrecerraron. —Se lo contó a Gia, ¿verdad? Ustedes nunca creen que soy lo suficientemente mayor para las cosas, pero yo soy la que enganchó a Hector y ahora controlo a Los Salvajes. Si ella deseaba a Leo... no tenía por qué mentirme. —El tono de Nelly era casi petulante.

Carissa sentía dolor por ella. Nelly era, muy en el fondo, una niña. Aunque deseaba decirle la verdad, este no era el momento. No cuando tenía una pistola apuntándole la sien y un asesino que

no dudaría en dispararle para herir a su hermano.

—No, no es así.

Sebastián rió como un cerdito y sacudía el arma entre las dos. —Claro que lo es. ¿Cómo te puedes creer nada que viene de la boca de ésta? Todo es sobre Carissa. Ella consigue la gloria y el resto de ustedes tienen que dejarlo todo para salvarla. Por eso tiene que morir. Tú puedes ocupar su lugar, Nelly. Estaré de tu lado. Tú puedes ser la jefa.

Carissa encontró su voz. —Nelly, no le escuches. Hay cosas que no sabes.

—¡Cállate! —gritó Sebastián con tanta fuerza que el pulso de Carissa explotó. Avanzó hacia ella.

Ella iba a morir. Peor aún, sus bebés morirían antes de poder vivir.

Alec se abrió paso en la oscuridad y se encontró parapetado tras el escritorio en la alcoba. Su mejor opción era dejar que Calum disparase hasta que se quedara sin municiones.

—¿Quién es un cobarde ahora? —exigió Calum. —Sal. ¿Qué fue de arreglar las cosas como hombres. Yo soy el que está pegando todos los tiros.

Se oyeron pasos fuera de la habitación, y segundos más tarde, sonaron disparos en el pasillo. Alec podía sentir la posición de Calum. El hijo de puta estaba ahora al lado de la puerta del dormitorio. Alec se arrimó contra la pared y esperó a que el generador de la energía devolviese la luz.

Un sonido fuerte sonó del intercambiador y Alec se quedó arrimado contra la pared. Se iban a encender las luces de emergencia. La alarma sonó cuatro veces más mientras que Alec se puso de rodillas. En el último aviso, la luz bañó la habitación y Calum se materializó delante de él. Bajó la mirada justo a tiempo para que Alec le golpease la mano haciéndole soltar el arma de un sólo disparo.

Antes de que Calum pudiera mostrar una mirada de shock, Alec disparó otra vez, una sola bala al estómago. Calum cayó de rodillas, agarrándose la herida. Alec corrió hacia delante y le dió una patada en el pecho, lanzándole hacia atrás. Cayó de espaldas.

—¿Alec?

—Gracias a Dios —susurró Alec, reconociendo la voz de Noah desde el pasillo. —¡Estoy aquí dentro! Entra. —Sus ojos se mantuvieron en Calum que apenas se movía, quién se agarraba a su herida gimiendo.

Un segundo más tarde, Noah entró de golpe en la habitación, sudor cayéndole por la frente. Sus ropas estaban embarradas, su rostro lleno de arañazos y sangre. Sus ojos eran solemnes. —Bas —dijo.

—Lo sé, y este pedazo de mierda.

Noah se acercó mas y le propinó una patada rápida al costado de Calum. —Bas me envió ahí a fuera. Sabía que este hijo de puta venía con sus hombres. Tuve que arrastrarme por los arriates, pero llegué al jardín de atrás y Los Salvajes me rescataron. Llevan un rato en la zona para reforzar a Mel.

Calum rió. —Matarme no te hará ningún beneficio. Sebastián tiene a Carissa. Si yo no vivo, él la matará. Los va a matar a todos. Si me dejas vivir, te puedo ayudar. Sé todos sus planes...

—No, gracias. —Alec sonrió. —No necesitamos tu ayuda. Has hecho bastante ya. Adiós Calum. Espero que tu muerte sea tan dolorosa como lenta.

Agarró un pedazo largo de vidrio de una lámpara de cristal rota y se la clavó en la garganta de Calum.

Otra contracción le sacudió el cuerpo y Carissa se derrumbó al lado de la pared, sosteniéndose con la mano.

Sebastián tendió una mano hacia Nelly. Dándole palmaditas en la cabeza como si fuese una niña, le besó en la frente. —Lo siento, Nelly. No era mi intención ser brusco. Quiero que seas lista. Somos tan parecidos. Alec no me quiere. Leo me robó eso, como esta te robó el amor y la atención de Mel. Tu hermana está tan involucrada en protegerla y mantenerla a salvo que ni siquiera piensa en tí.

Las lágrimas cayeron de los ojos de Nelly. El corazón de Carissa se le estaba rompiendo con el resto de su cuerpo. Estaba perdiendo esta batalla. Sebastián ya había quebrado a Nelly. Se notaba en los hombros caídos de la mujer joven, la devastación en sus ojos.

Que sigan hablando. Entonces quizás tendría una oportunidad para sacar el arma del bolsillo de su chaqueta. Empujó a través del dolor para intentarlo de nuevo.

—Nelly, sabes que eso no es verdad —dijo ella—. Te quiero. Tú y Mel son como hermanas para mí. Son mi familia.

Sebastián resopló, atrayendo la atención de Nelly. —Ella miente. Te utiliza a tí, a Gia y a Mel. Tu hermana no te puede amar de la manera en que debiera porque esta siempre necesita algo. Necesita salir de Eden Rose, necesita salir de la cárcel, necesita salir de Nicaragua. ¿Cuántas veces te ha dejado de lado Mel para atender a Carissa? ¿Se te ha ocurrido que si estuvieras necesitando ayuda constante, estaría Mel así de dispuesta y deseosa de ayudarte? Llama a Carissa su hermana. Ese título debería ser sólo tuyo. Y se llaman a sí mismas La Trinidad. Piensa, Nelly. Trinidad significa tres. Tú eres la que sobra.

Nelly se tapó la cara con las manos y sollozó. Carissa deseaba consolarla, pero Sebastián sacudió la cabeza cuando ella se movió.

—Quieta ahí. Has hecho bastante. Nunca más le causarás dolor a Nelly.

Sebastián apuntó el arma a su barriga. No tuvo tiempo para sentir el horror. Un instante estaba mirando el cañón de la pistola, sabiendo que iba a morir y sus bebés también. Pero no iba a morir sin dar guerra. Empujó la mano en el bolsillo y sacó el arma apuntándole.

El segundo siguiente, Nelly se giró y se lanzó hacia él. El sonido del disparo reverberó en la habitación. La bala entró en la pared, cerca del oído de Carissa. Sebastián empujó a Nelly y Carissa le disparó, dándole en el hombro y lanzando su cuerpo hacia atrás.

Su corazón le latía fuerte en la garganta y su cuerpo sentía espasmos de dolor, pero dió un paso hacia el frente, dispuesta a acabar con él.

—Carissa.

Se giró rápidamente para encontrarse con Nelly de rodillas agarrándose el pecho. La sangre chorreaba entre sus dedos, empapándole la camisa. Se cayó al suelo y el estómago de Carissa cayó a su vez.

Oh, no, no, no.

Carissa se giró pero Sebastián salió corriendo de la habitación dejando un reguero de sangre tras él. Carissa se acercó a su amiga y la acunó contra su pecho. —¿Nelly?

—Lo... lo siento —sollozó Nelly. —No sabía.

—No, no, no hiciste nada. Ayúdenos —gritó Carissa hacia la puerta abierta.

—No podía dejarle matarte a tí y a tus bebés. Dile a mi hermana que lo siento. —Empezó a temblar.

Los brazos de Carissa se apretaron entorno a ella. —Quédate conmigo. Ahora vienen a ayudarnos.

El cuerpo de Nelly se sacudió violentamente, y Carissa seguía gritando socorro. —Nelly, quédate conmigo.

Le tomó un rato darse cuenta que Nelly ya no se movía. El sonido de pisadas acercándose más y más, se detuvieron a unos metros de ella. Carissa alzó la mirada esperando que Sebastián entrase por la puerta. En vez de eso Mel estaba parada delante de ella, la tez pálida. Su cabeza se sacudió rápidamente como una marioneta.

En ese momento Alec estaba allí, comprobando el pulso de Nelly. Los ojos en Carissa, sacudió la cabeza. El grito de Mel llenó la habitación y todo se puso negro.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Dentro del SUV reinaba la oscuridad, salvo las luces del salpicadero. Leo conducía por el camino de tierra desde Las Colinas. Este camino secundario les daba una ruta de escapatoria menos poblada que la carretera principal de la casa. La noche de California era tan negra como la boca del diablo.

Esta era la segunda vez que Alec la tenía que llevar urgentemente al hospital, pero la diferencia entre las dos ocasiones era como del cielo al mar.

Por favor. Rogaba, imploraba, rezaba Alec durante minutos interminables. Pero todavía no recibía respuesta. Carissa no se movía ni recuperaba el conocimiento.

La decisión había sido sencilla e inmediata. Ella necesitaba atención médica y urgente. El Dr. Lane ordenó que la trajeran al hospital. También necesitaban estar lejos por si Sebastián todavía estaba por ahí para causar más daños. El muy cerdo había conseguido escapar, y Leo había dado ordenes a su gente para que siguieran el rastro de sangre que dejó tras de sí.

Ellos habían recuperado a la Trinidad de los destrozos. Alec alzó a Carissa inconsciente en sus brazos, Leo arrastró la inconsolable Mel del suelo, y Noah ayudó a la semi-inconsciente Gia a la que habían golpeado en la cabeza.

Iban en silencio, excepto el sonido del aire acondicionado, los sonidos ocasionales de lloros al otro lado del asiento, y el rugido dentro del pecho de Alec.

Él quería respuestas, pero más que nada, quería que Carissa dijese algo, que parpadeara y lo mirase con ira. Una sola palabra de sus labios podría aligerar la presión en su pecho y eliminar los sonoros mensajes que la muerte le estaba susurrando al oído.

—¿Qué hacía Nelly aquí? —dijo Mel en un graznido, su voz espesa como si hubiese tragado humo.

Alec sacudió la cabeza, pero fue Noah el que contestó desde el asiento delantero. —Vino con Bas.

—No —Mel gimió, moviéndose en su asiento. —Mi hermana no se iría de Nueva York con él. Le dije que no se fuese a ningún sitio.

Alec se giró hacia Noah. —¿Qué demonios hacía con Bas? —le preguntó a Noah.

—No lo sé. Entraron y él me mandó fuera. Cuando abrí la puerta... salté a los arbustos ante la lluvia de balas. Me fui a gateando hasta el otro lado del edificio. Entonces fue cuando me encontré a Los Salvajes afuera. Nos fuimos a buscarte. Ya sabes el resto.

Lo sabía. Era caos.

Nelly muerta, su hermana una cáscara, Gia herida y Carissa sin conocimiento—como si la guerra se hubiera declarado a la Trinidad en vez de los McLean. Todo esto se podría haber evitado si él no hubiera sido tan estúpido o ciego. Encajó la mandíbula y rodeó más fuertemente a Carissa.

¿Por qué no estaba reaccionando? El médico había dicho que podría reanimarse en cualquier momento. —¿Qué ha dicho el Dr. Lane?

—Ya te lo he dicho. Nos verá en el hospital. —La voz de Noah era tan tensa como las terminaciones nerviosas de Alec.

Los dedos de Alec rozaban las mejillas de Carissa, y el mundo se difuminó. Si sólo hubiera llegado unos minutos más temprano. Él era el que tenía experiencia en situaciones como esta, pero ella tuvo que salvarse sola—y perder a su amiga al mismo tiempo. La única cosa que le hacía conservar las esperanzas era saber que la última vez que ella perdió el conocimiento, fue capaz de

volver en sí. Pero no había tardado tanto tiempo.

Puede que haya sido demasiadas veces.

—Hemos llegado.

Leo metió el carro donde pudo, y todo el mundo salió del carro y entraron en el hospital. En minutos, se les guió a una sala de examinación. El Dr. Lane estaba ahí. Leo y Noah salieron para aparcar bien el carro. Mel guió a Gia hacia un asiento cercano.

Conectaron a Carissa a un monitor, y pronto se escucharon sonidos fuertes y rápidos que competían con el malestar dentro de Alec. Incluso sin una licenciatura en medicina, era obvio que esto no presagiaba un buen final. ¿Por qué coños no decían nada?

El Dr. Lane miró hacia Alec tenso. —Alec, desgraciadamente las cosas están complicadas. Los bebés están mal. Tenemos que sacar a los gemelos ahora.

—¿Por qué? ¿Qué diablos quiere decir eso?

—Carissa ha tenido una apoplejía. Necesitamos realizar una cesárea. Pero tengo que comentarte los riesgos. Si hacemos la cesárea, tenemos que administrar anestesia. Hay riesgos serios con eso. Puede tener otra apoplejía y nunca despertar. Pero si no hacemos la cesárea, perderás a los bebés. No tenemos cinco minutos. Necesito tu decisión.

Podía perder a Carissa, sus hijos o los tres. Sus vidas habían sido puestas en sus manos. ¿Qué diablos iba a hacer?

—Alec. —Gia se puso en pie con la ayuda de Mel y le agarró las manos. —No puedes dejar que mueran esos bebés. Carissa quiere esos bebés más que nada en el mundo. Nos obligó a Mel y a mí prometer que cuidaríamos de ellos si a ella le pasara algo. Ya los ama con todo su ser. Las personas que ella ama son todo para ella, parte de ella.

A su lado, Mel afirmó con la cabeza y se pasó el dorso de la mano por los ojos. —Es cierto. Ella habría pedido que eligieras la cesárea.

Ellas la conocían mejor que nadie, pero él no podía descartar lo mucho que necesitaba a Carissa viva. —Puede que tengan razón, pero la alternativa es que ella viviría. Eso es lo más importante. Ella podría tener otros bebés.

—Pero puede que ella nunca te perdona —insistió Gia. —Tenemos que hacer todo lo que podamos para salvar a sus hijos.

El Dr. Lane se interpuso entre ellos. —Lo siento. No tenemos más tiempo. Pero debo decirte, los gemelos tienen que salir o es probable que ella morirá igualmente. Necesito tu consentimiento para sacar los bebés para intentar salvarla a ella.

Moriré matando. Sus palabras cuando la encontró en Nicaragua. Había estado tan llena de vida, ira, pasión, dispuesta a matar para protegerse a ella misma y sus bebés. Esa era Carissa, implacable en cuanto a defender a quienes ella quería.

Alec no se confiaba en sí mismo, sus sentimientos o su voz. Si Carissa moría, no confiaba en nada. —Por favor, intente salvarlos a todos.

Una enfermera le dio vestimenta médica.

—Póngase esto. Tiene treinta segundos. No podemos esperarle —el Dr. Lane dijo, señalando a Gia y añadiendo. —Alguien que atienda a esa mujer. Está perdiendo el equilibrio.

Alec se puso la ropa médica y siguió la camilla. Nada le podía mantener lejos de Carissa. Con cada paso hacia la sala de operaciones él iba rezando. Rezó, aunque no tenía derecho alguno, con el fervor de un hombre arrinconado en una esquina y dejado sin recursos. No podía usar dinero, o un arma o su propio puño para ganar esta batalla. Tendría que volverse al único poder más grande

que esos.

Siguió con la letanía después de que las enfermeras erigiesen la cortina que ocultaba la operación de su vista. Por un lado, quería tirarla abajo—no tenían derecho a ocultarle este momento. Pero eligió concentrarse en Carissa. Acarició su cabello, desde el borde de su frente demasiado pálida a su cabeza y a la almohada, repitiendo una vez, dos, veinticinco veces.

¿Podía ser esta la última vez que la tocaba así? *No, no, no.* Ella iba a sobrevivir. Tenía que hacerlo. Su garganta se hinchó, sus ojos se cerraron y se dobló para besarla en los labios.

—Por favor —susurró. —No puedo perderte. Despierta, Carissa.

Tocó con su nariz la de ella y luego dió un salto atrás ante el fuerte grito que venía de detrás de la cortina.

—Bueno, los pulmones son definitivamente fuerte —rió alguien.

—Alec, ven aquí —le llamó el Dr.

Se desprendió de Carissa rápido, antes de lamentarlo, y se fue hacia la cortina. Los gritos seguían pero el Dr. Lane salió de detrás de la cortina sosteniendo una pequeña masa temblorosa cubierta en algo blanco y escurridizo. Las pequeñas manos del bebé temblaban y a Alec se le revolviéron las entrañas.

El Dr. Lane le metió el bebé en los brazos. —Ya que Mamá está inconsciente, tú debes ser el primero en tenerla entre los brazos. —Le dió la espalda a Alec y volvió tras la cortina, dejándole con una bebé apenas tapada.

Alec miró a Carissa que estaba exactamente como él la había dejado. ¿Cómo era posible que ella pudiera permanecer allí sin moverse cuando todo estaba cambiando y sacudiendo su mundo? Con cada grito, el cuerpo de la bebé tembló y el suyo también.

Entonces las máquinas empezaron a pitar y zumbar.

—Doctor, la sístole está bajando a noventa —dijo alguien.

¿Sístole? Su tensión arterial estaba bajando. La estaban perdiendo. —¿Qué coños está pasando? —gritó Alec.

—Necesitamos sacar al otro bebé antes de poder estabilizarla. —Gritó el Dr. Lane.

Alec no pudo encontrar las palabras para decir que no, así que sacudió la cabeza y se aferró a la bebé cuyos gritos apenas oía por encima de las órdenes del médico, el monitor y la voz de Carissa en su cabeza.

Tan claro como el día, podía oírla. *Nadie se llevará mis bebés. Ni siquiera tú Alec. Yo también mataré a quien haga falta.* Él le había prometido que nadie lo haría. Ahora era ella la que se les estaba siendo llevada de su lado. Le había fallado a su familia una vez más. Un nuevo grito llenó la habitación, y no venía de la bebé que tenía en sus brazos. Alec se fue corriendo hacia el otro lado de la cortina, no importándole que le habían dicho que no lo hiciera. La mano del médico estaba detrás de la espalda de un bebé que era varón. La enfermera tomó el bebé de brazos de Alec y el Dr. Lane le colocó al niño entre sus brazos. Pero Alec había visto de reojo la incisión abriendo la barriga de Carissa, revelando sus carnes. Sus entrañas se encogieron.

Permitió a la enfermera que le guiase de vuelta para estar al lado de la cabeza de Carissa. El Dr. Lane le habló durante el resto del procedimiento, pero Alec apenas le oía. Carissa no se despertó, ni siquiera cuando le administraron medicamentos para regular su tensión arterial. —Si no despierta de la anestesia en la próxima hora, tendremos que hacerle un TAC para asegurarnos de que no ha tenido una apoplejía —le dijo el Dr. Lane.

¿Una hora? ¿Y luego qué?

¿Y si nunca despertaba para ver los bebés que había luchado tanto por proteger? Los bebés para los cuales había hecho esas chaquetitas blancas que él había encontrado en la bolsa de lona

en Nicaragua. Ella había discutido tanto por esa bolsa que Alec tuvo curiosidad. Ahora sus hijos le eran arrancados de sus entrañas y era posible que no viviría para ver lo bellos que eran.

No podía morir. No iba a morir. ¿Pero y si moría? Alec agarró con firmeza su hijo. ¿Y si no iban a poder conocerla? ¿Y si perdía la única mujer a la que había amado?

CAPÍTULO VEINTICUATRO

El vivo color de las paredes de la habitación del hospital, que habían hecho que Carissa entornara los ojos cuando despertó con gran dolor, ahora le hacía sonreír. Si ignoraba las máquinas que estaban enganchadas a su brazo y la enfermera que le tomaba las constantes vitales.

Tocó cada parte de los bebés, ansiando el tacto, necesitando conocer cada dedo de las manos, los pies, centímetro de su piel para saber que estaban bien. Las suaves mejillas de los bebés y sus barriguitas vestidas con algodón difuminaban la confusión, el dolor profundo y la desesperación que sintió al despertar. Todo le había vuelto en un instante. Sebastián las tenía. Le disparó a Nelly. Carissa le disparó a él. Mel gritó.

El corazón de Carissa se aceleró más y más. Nelly estaba muerta. ¿Dónde estaba Alec? ¿Dónde estaban las otras chicas? Los bebés estaban en cunas mientras que una mujer desconocida trasteaba con un intravenoso en el brazo de Carissa.

¿Qué demonios estaban pensando dejando a los bebés solos? Necesitaba hacer algo.

—Todo está bien, Carissa.

Sus ojos se fijaron entonces en el uniforme y la placa de la mujer. Era una enfermera.

—¿Por qué no hay nadie aquí para protegerlos? —le había preguntado a la enfermera, mientras echaba atrás la manta y buscaba en la habitación cualquier cosa que podría usarse como un arma. Mataría a cualquiera que se acercase a los bebés.

La enfermera dejó de escribir en su impreso para sonreírle a Carissa levemente y tirar un poquito de su muñeca. —Tú y tus bebés están a salvo, Carissa. Yo trabajo para el Dr. Lane. Obligamos a tu marido a que fuera a bañarse y a tus amigas a que descansaran. Fue sólo después de que el escaneo TAC revelara que no habías tenido una apoplejía y que sólo era que tardarías un poco más en despertar de la anestesia, que ellos estuvieron de acuerdo. Pero hay guardianes por todas partes. No creo que Michelle Obama tenga tanta seguridad como tú. —La enfermera rió un poquito, añadiendo. —Alec volverá pronto.

La enfermera había salido después de colocar a los bebés encima de los muslos de Carissa.

Carissa se sacudió los recuerdos y volvió a acariciar las barriguitas de los bebés dormidos. Ni siquiera había estado despierta para sus nacimientos, pero algo tiraba de ella, mas bien jalaba de las cuerdas internas en su pecho. No necesitaba que le dijeran que eran suyos. Incluso si su vientre no doliese como si todavía la estuvieran desgarrando. —Lo habría sabido.

—¿Habrías sabido qué?

Su voz le enviaba corrientes eléctricas por todo el cuerpo y su corazón en su garganta. Miró a Alec al lado de la puerta, vestido con una camiseta blanca y jeans. Tragó unas cuantas veces pero no era capaz de controlar su pulso, ni cuando se acercó a ella.

Se detuvo al pie de su cama. —¿Cómo te encuentras?

Ella ladeó la cabeza hacia los bebés, sin confiar en su voz, como si ese gesto respondiese a su pregunta. ¿Vaya tontería, no? Pero él afirmó con la cabeza, un esbozo de sonrisa en sus labios. Entendía. Como si fuese lo más natural del mundo, cargó la bebé.

Sus ojos se encontraron de nuevo, y Alec rió. —No te sorprendas tanto. Hemos tenido un rato para conocernos desde que tú estabas... —Él miró hacia otro lado pero se sentó con cuidado al lado de ella en la cama, como si lo hubiera hecho un millón de veces. —Tenemos que elegir nombres.

—Brooklyn y Hudson —dijo ella de una vez y se concentró en frotar circulitos en la barriga de su hijo.

Los ojos de Alec se entrecerraron, pero él afirmó con la cabeza. —Me gustan esos nombres.

Eran sus hijos también y ella acababa de tomar una gran decisión sobre ellos. —¿Tenías otra cosa en mente?

Él sacudió la cabeza. —Me encanta verte cargándolos. Durante un rato no pensé que tú... — La sonrisa se le borró de la cara conjuntamente con su color. Su mirada se puso vidriosa como si estuviera aprisionada en alguna parte.

El pecho de ella se cerró y su respiración salió en una sibilancia. —La enfermera me lo dijo. Dijo que estuve a punto de morir.

—Dos veces. —Algo oscuro y amargo recubría las palabras, y ella estiró la mano para tomar la de él. Estaba viva, aquí con él y los niños.

—¿Está muerto Sebastián? —preguntó ella.

Alec se echó hacia atrás, su rostro tensándose. —No, encontré una manera de escapar. Bas conoce bien la casa. —Tocó el borde de la manta de su hijo. —Nació con Sheldon. Ellos también compartieron un útero...

Ella sacudió la cabeza, sin saber qué decir.

Él se aclaró la garganta y miró a sus bebés. —¿Y si se revuelven el uno contra la otra?

—No lo harán. Tú y yo nunca permitiremos que pase eso. Les enseñaremos a amarse y ser uno para la otra.

—Casi te perdimos, Carissa. —Alec se arrimó a ella. —No puedo perderte.

Ella le colocó las manos en sus mejillas y tocó con sus labios los de él. Dios la ayude, le encantaba el roce de su barba sin afeitar contra las palmas de sus manos. —No me vas a perder. Estoy aquí.

La pena y el dolor permanecía en sus rasgos, y eso la enfadaba a ella. Su propio hermano le había hecho esto a él, a ellos.

—Vamos a matar a Sebastián —dijo ella firmemente. —Por Nelly. Por lo que te hizo, por lo que me hizo a mí y a nuestros hijos y todos los demás. Se va a arrepentir de no haberme matado cuando tuvo la oportunidad. Nadie le hace nada a nuestra familia. —Nunca se había sentido tan segura de nada. Sebastián pagaría por todo lo que les habían hecho.

Alec tragó. —Tú le disparaste. Encontramos el rastro de su sangre.

—Me iba a matar. Quería dispararme pero Nelly se interpuso. No sé por qué hizo eso. —Ella cerró los labios firmemente y respiró. —Mel nunca me perdonará.

—¿Por qué dices eso? Ella le culpa a él. Están arriba en una habitación. Gia tiene una contusión leve, y le dieron un sedante a Mel. Los médicos no van a poder mantenerlas lejos durante mucho rato.

Ella se llevó una mano a la cara y exhaló. —¿Por qué tardaste tanto en llegar a donde estábamos?

La mandíbula de él se endureció. —Calum estaba allí. Bas le dejó entrar con su gente a la casa. Casi mataron a Noah. Pero le pillamos. Está muerto.

—Oh, Dios mío. Nos iban a matar a todos. ¿Declan también está muerto?

Alec negó con la cabeza. —Sólo Calum y sus hombres.

Las últimas hebras de sus escrúpulos finalmente se rompieron. —Tenemos que ir tras de ellos. Sebastián y Declan tienen que morir. No pueden estar allí fuera, donde pueden dañarnos a nosotros y nuestros bebés.

Alec se puso en pie y colocó a cada uno de los bebés en su cunita. Luego volvió a la cama y le tomó las manos a ella. —Escúchame, nadie va a hacerle daño a nuestros bebés.

Él tenía razón.

—No, porque atacaremos primero. Vamos a empezar por el agente Davies que trabaja para los DeMateos. Necesitamos enviar un mensaje claro y sonoro. Cualquiera que se atreva a...

Los labios de él chocaron con los de ella. La besó largo, duro y desesperadamente. Le dió a probar su emoción, su posesión, todo lo que había dentro de él, todo lo que ella siempre ansió.

—Te amo, Carissa —exhaló él.

Y las entrañas de ella se volvieron líquidas. —¿Por qué? ¿Porque tengo una lista creciente de gente de la que necesito vengarme? ¿Te recuerdo a ti mismo o algo?

Él rió. —No, porque harás lo que sea por proteger a los que quieres, igual que yo haría lo que fuera por protegerte a tí y a nuestros hijos. Anoche, pensaba una y otra vez ¿y si te perdía? Te había dicho que siempre te consideraba mía, pero nunca te dije la verdad. Que es que yo soy tuyo.

La sonrisa empezó muy dentro de su pecho, y pronto no la pudo contener. —Te amo. Nunca podría haber sospechado esa noche en Miami que nosotros acabaríamos juntos, enamorados, con niños. Me habría reído si alguien lo hubiera sugerido.

—¿En serio? Porque no podías dejar las manos quietas esa noche.

La boca de ella se quedó abierta. —¿Qué? Eso fuiste tú. Con todo ese *me encantan tus ojos dime tu nombre, no quiero besar un personaje ficticio.*”

Él rió con todo su cuerpo, y Carissa sonrió. Estos momentos eran tan valiosos para ella. Su risa, como sus hijos, llevaban la promesa de que las cosas estarían bien un día. Esos eran los momentos en que ella acallaba la vocecita que le susurraba que ellos no se merecía esto. Porque, cómo él había dicho una vez, quizás no lo merecían pero matarían para conservarlo.

EPÍLOGO

—Esto es incorrecto. No sé como me has convencido de esto. —Alec miró a su alrededor en la sala enorme, las ventanas con escenas pintadas en vidrieras, las velas en los vasos rojos, la estatua de un ángel que lo miraba directamente con ojos de piedra que le condenaban. Miró a su mujer otra vez. —¿Te das cuenta de lo mal que esta esto?

Carissa se volvió hacia él con una mirada neutral, pero sus labios le traicionaron con sus movimientos. Ella enganchó una mano al brazo de él. —Nuestros bebés son inocentes y necesitan esto. Estamos todos haciendo una promesa para ellos hoy y dándole a nuestra familia la normalidad que tanto necesita.

Alec todavía estaba inseguro. Mel acunaba al hijo de los dos contra su pecho. Las manos del bebé se cerraron entorno a uno de sus rizos y ella le sonrió. A su lado a una distancia respetable, Leo escuchaba al Padre Anthony darle sus instrucciones. Al otro lado del sacerdote, Gia le hacía carantoñas a la pequeña Brooklyn al lado de Noah.

Alec no se había acostumbrado todavía a ser padre cuando Carissa entró en su dormitorio para insistir en que los bebés debían ser bautizados. —Estamos en una iglesia —murmuró él.

Carissa se inclinó hacia él. —¿Tienes miedo de arder en llamas?

La risa en su voz no era bienvenida, la quemó con una mirada. —No. Sólo es que estamos haciendo esto ahora mismo, y Sebastián sigue allí afuera...

—Necesitamos esto, Alec. Después de todo lo que hemos pasado... Casi no sobrevivimos en el nacimiento. Quiero que crezcan sabiendo que esto es una familia y que nos queremos unos a otros y tienen gente con la que pueden contar, siempre... Nuestras relaciones van más allá que la sangre. —Ella miró a sus amigos mientras lo decía.

Era cierto. Para ellos, familia significaba algo diferente, algo fuera de lo normal.

El celular de Alec vibró en su bolsillo y lo sacó. Carissa lo miró con reproche.

—Es para tí. —Le enseñó el celular. Era un mensaje de texto. *Hemos entregado al agente.*

La sonrisa se propagó por su rostro y sus ojos. Ella le apretó el brazo y se arrimó a él. —Muy bien.

FIN

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Agradecimientos

Acerca de la Autora

Los Libros de J. L. LORA

AGRADECIMIENTOS

Thank you to my lovely editor Nina S. Gooden and my sweet proofreader Katie Testa.

To the Damned Mob of Scribbling Women, Audrey Couloumbis, Cate Tayler, Laralyn Gill and Shadow Leitner. Angil, thank you for always being there and letting me vent throughout this process.

Thank you to my group of supportive friends John, Vivian, Crystal, Maria, Felia, Marisol, Kakazi, Vera, Nancy, The Lake House Writers, The Domingo crowd, and my LPHIDs.

Mami, my stepmom, my brothers and sister, uncles, aunts, nieces and nephews, and my sweet Trinity. I wouldn't be here without any of them.

Thank you to everyone who supports me, reads my books, and indulges my muse.

ACERCA DE LA AUTORA



J. L. Lora es una autora dominicano-americana. Sus libros exploran el lado oscuro de buenos personajes, que viven en las áreas grises de la vida mientras juegan las cartas que está les ha repartido. A través de sus historias, J. L. manifiesta su amor por las heroínas fuertes y sus hombres igualmente poderosos. Ella vive en Maryland, en busca de su sueño: escribir historias que son cautivadoras, irresistibles e imposibles de soltar con heroínas fuertes y héroes que te roban el aliento.

Suscríbete a su boletín informativo y recibe periódicamente las últimas noticias, nuevas publicaciones, novedades, y más sobre JL. También, puedes visitar su pagina web www.JLLora.com/enespanol.



LOS LIBROS DE J. L. LORA

En Inglés

The Trinity

BOSS

MADE

STEEL

A Love for All Seasons Series

THE SUMMER I LOVED YOU

THE WINTER OF MY LOVE

THE AUTUMN YOU BECAME MINE (Coming soon)

THE SPRING OF MY HEART (Spring 2020)

Standalone Books

SOME NIGHTS

SOME MORNINGS (October 2019)

EMPIRE (2020)

Free Short Stories

DAMNED — *Companion story to Made*

ALL I WANT — (Epilogue) *The Summer I Loved You*